

Alan Angell
Partidos políticos y
movimiento obrero en Chile

El hombre y su tiempo



Alan Angell

Partidos políticos y movimiento obrero en Chile

De los orígenes hasta el
triunfo de la Unidad Popular



ALAN ANGELL

PARTIDOS POLÍTICOS Y
MOVIMIENTO OBRERO EN CHILE

Alan Angell

Partidos políticos y movimiento obrero en Chile



Ediciones Era

BIBLIOTECA
CLODOMIRO ALMEYDA

6260

Índice

Agradecimientos, 11

1. Introducción, 13

Primera parte

2. Historia del movimiento obrero y su herencia, 22
Orígenes, 23/ Primeros movimientos políticos, 33/ La FOCh, 42/
Conclusiones, 47
3. Tamaño y estructura del movimiento obrero chileno, 51
1. Tamaño, 51/ 2. Distribución por ocupación, 54/ 3. Estructura, 57/
4. Crecimiento, 63/ Conclusión, 64
4. El sistema de relaciones industriales, 67
El código legal y sus efectos sobre los sindicatos, 67/ Papel de los
sindicatos en la economía, 79/ Sindicatos y patronos, 86/ Los sindi-
catos y el Estado, 90

Segunda parte

5. Socialismo y comunismo I, 93
El partido comunista, 96/ El partido socialista, 105/ Relaciones en-
tre socialistas y comunistas dentro de los sindicatos: de la CTCh a la
CUT, 113
6. Socialismo y comunismo II, 130
Fuerza comunista y socialista en los sindicatos, 132/ Sindicatos y
partidos, 137/ Partidos y sindicatos, 149
7. Los radicales y los trabajadores de cuello blanco, 156
Los sindicatos de empleados, 157/ El partido radical, 168/ Los tra-
bajadores sindicalizados radicales, 172
8. Los demócrata-cristianos y el reto al marxismo, 177
Orígenes del partido, 177/ Doctrina y divisiones del partido, 181/
Base social del partido, 188/ Estructura del partido y departamento
sindical, 193/ Evolución política del sindicalismo demócrata-cristia-
no, 196
9. Sindicatos y partidos, 215
La CUT, 217/ Sindicatos y dirigentes, 235/ Sindicatos y afiliados,
243/ Conclusión, 248

Primera edición en inglés: 1972
Título original: *Politics and the Labour Movement in Chile*
© 1972, Oxford University Press. Londres
Primera edición en español: 1974
Traducción: Isabel Fraire
Derechos reservados en lengua española
© 1974, Ediciones Era, S. A.
Avena 102, México 13, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

Apéndice I

Sindicalismo rural, 251

Las organizaciones católicas, 256/ Las organizaciones marxistas, 261/

Sindicalismo rural bajo los demócrata-cristianos, 265

Apéndice II

Influencias externas en el movimiento sindical chileno, 272

Bibliografía escogida, 281

ABREVIACIONES NO CONTENIDAS EN EL TEXTO*

ACR	Acción Católica Rural
AD	Acción Democrática
AIFLD	American Institute for Free Labor Development (Instituto Norteamericano para el Desarrollo Sindical Libre)
ANEF	Agrupación Nacional de Empleados Fiscales
ANOC	Asociación Nacional de Campesinos Cristianos
ASICH	Acción Sindical Chilena
CC	Comité Central
CDN	Consejo Directivo Nacional (CUT)
CEN	Comité Ejecutivo Nacional
CEPCh	Confederación de Empleados Particulares de Chile
CGT	Confederación General de Trabajadores
CLASC	Confederación Latinoamericana Sindical Cristiana
CNC	Confederación Nacional Campesina
CNSC	Confederación Nacional de Sindicatos Chilenos
COMACH	Confederación Marítima de Chile
CORA	Corporación de la Reforma Agraria
CORFO	Corporación de Fomento
CTAL	Confederación de Trabajadores de América Latina
CTC	Confederación de Trabajadores del Cobre
CTCh	Confederación de Trabajadores de Chile
CUT	Central Única de Trabajadores
DESAL	Desarrollo para América Latina
FECh	Federación de Estudiantes de Chile (Universitaria)
FIFCh	Federación Industrial Ferroviaria de Chile
FNCI	Federación Nacional Campesina e Indígena
FOCh	Federación Obrera de Chile
FOF	Federación Obrera Ferroviaria

* Se excluyen las de uso común.

FONACC	Federación Obrera Nacional de Cuero y Calzado
FORCh	Federación Obrera Regional de Chile
FRAP	Frente de Acción Popular
HAHR	<i>Hispanic American Historical Review</i>
ICIRA	Instituto de Capacitación e Investigación de la Reforma Agraria
IER	Instituto de Extensión Rural
ILPES	Latin American Institute of Economic and Social Planning (Instituto Latinoamericano de Planeación Económica y Social)
INDAP	Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario
INSORA	Institute for Administration and Organization (Instituto de Organización y Administración)
IWW	International Workers of the World
JUNECh	Junta Nacional de Empleados de Chile
MAPU	Movimiento de Acción Popular Unitaria
MCI	Movimiento Campesino Independiente
MIR	Movimiento de Izquierda Revolucionaria
MUTCh	Movimiento Unitario de Trabajadores de Chile
ODEPLAN	Oficina de Planeación Nacional
OLAS	Organización Latinoamericana de Solidaridad
ORIT	Organización Regional Interamericana del Trabajo
PAL	Partido Agrario Laborista
PC y PCCh	Partido Comunista y Partido Comunista Chileno
PDC	Partido Demócrata Cristiano
POS	Partido Obrero Socialista
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PS	Partido Socialista
PSP	Partido Socialista Popular
RILU	Red International of Labour Unions (Internacional Roja de Sindicatos)
SNA	Sociedad Nacional de Agricultura
UCC	Unión de Campesinos Cristianos
UECh	Unión de Empleados de Chile
USP	Unión Socialista Popular
UTRACH	Unión de Trabajadores de Chile

WFTU; FSM.

Nota: A menos que se indique lo contrario, los libros y revistas chilenas a que se haga referencia fueron publicados en Santiago.

ICFTU: CIO SL: con. Int. Org. sind. libros, de influencia norteamericana, con sede en Amsterdam

AGRADECIMIENTOS

Andrés Bande, Harold Blakemore, Emanuel de Kadt y David Lehmann leyeron algunos capítulos de este libro; les agradezco sus consejos y comentarios. Raymond Carr y Philip Williams leyeron el manuscrito completo, y sus críticas y sugerencias me fueron muy útiles. Debo mucho al apoyo y aliento de Raymond Carr en los últimos cinco años. Laurence Whitehead leyó las primeras versiones de este libro y sus detallados y cuidadosos comentarios me llevaron a volver a escribir la mayor parte del mismo.

Para dos visitas a Chile St. Antony's College y Chatham House me facilitaron —merced a una subvención de la Ford Foundation— generosa ayuda financiera.

El doctor Claudio Véliz y el Instituto de Estudios Internacionales fueron huéspedes amables y considerados. Las facilidades para trabajar, así como colegas muy afines en el medio académico, contribuyeron a que el trabajo de campo fuera productivo y agradable. Sandra Barbosa, de la biblioteca del Instituto, Alicia Claro, de la Biblioteca del Congreso y Patricia Rogers, de la Biblioteca Nacional, me proporcionaron su valiosa ayuda en la búsqueda y localización de material esencial. Jorge Barría y Emilio Morgado, de INSORA y Adolfo Gurrieri, del ILPES, estuvieron siempre dispuestos a discutir su propio trabajo conmigo y me proporcionaron inestimable ayuda al principio de mis investigaciones. En Chile disfruté varias conversaciones con Pat Peppe a propósito de asuntos sindicales.

Varias versiones de este libro fueron mecanografiadas, con velocidad y paciencia por Diana Greenfield. Su habilidad para descifrar extensos y no muy pulcros borradores fue una gran ayuda. Moira MacQuaide tuvo la gentileza de ayudar con la versión final. Frente a un manuscrito demasiado largo y detallado, Hermia Oliver colaboró en la versión definitiva con una firmeza, concentración y tacto que le agradezco; el lector se ha ahorrado así muchas repeticiones y detalles innecesarios. Agradezco, asimismo a la señora Helen Baz la preparación del índice.

Gran parte de mi investigación se basó en entrevistas con sindicalistas y líderes políticos. Mis solicitudes de información fueron recibidas invariablemente con gran cortesía y, en general, con la mejor disposición para conversar largamente. Sin su ayuda no hubiera podido escribir este libro.

Puede permitirse al autor de un primer libro la oportunidad de reconocer ayuda menos específica. Quisiera agradecer al profesor S.E. Finer y a mis antiguos colegas del Departamento de Política de la Universidad

de Keele, su estímulo cuando empecé a interesarme por América Latina; a mis amigos en St. Antony's y Chatham House el que haya sido un placer sostener ese interés; y finalmente a mi esposa por muchas cosas.

A.A.
Septiembre de 1971

1. INTRODUCCIÓN*

El movimiento obrero chileno se distingue por la abundancia de pequeños sindicatos y la consiguiente debilidad de la mayoría de ellos. Como consecuencia se ven obligados a depender mucho más del apoyo de los partidos políticos que en otros países. Por esta razón los sindicatos chilenos tienen frecuentemente lealtades conflictivas, ya que, si bien existen para defender los intereses económicos de sus miembros, necesitan conciliar este objetivo con la lealtad de la mayoría de sus líderes a un partido en particular. Aun cuando los líderes puedan conciliar estos dos intereses debido a la feliz coincidencia de los objetivos del partido en cuestión y los del movimiento obrero, surge una nueva fuente de zozobra al tratar de satisfacer el objetivo sindical de unidad obrera, ya que tienen que enfrentarse al hecho de que las relaciones entre los cuatro principales partidos chilenos comprometidos activamente con el movimiento obrero (el socialista, el comunista, el radical y el demócrata cristiano) rara vez son cordiales y en ocasiones se vuelven sumamente agresivas. El grado en que un sindicato persiga una u otra meta —la unidad interior o las exigencias del partido político— revela el grado y tipo de politización del movimiento obrero chileno.

Debido a que la mayoría de los líderes sindicales se identifican con alguno de los principales partidos políticos, y a que éstos se desempeñan activamente entre los obreros y en los sindicatos, cualquier estudio del movimiento obrero chileno tendrá que ocuparse en gran medida de los partidos políticos. Las relaciones entre los sindicatos y los partidos arrojan mucha luz sobre la estructura, metas e ideas de los partidos, cuando menos dos de los cuales, el socialista y el comunista, se apoyan conscientemente en la clase obrera. Los demócrata-cristianos, y aun los radicales,

* Cuando terminé de escribir este libro —apenas unos meses después de que Allende subiera al poder— ya estaba bastante claro que se encontrarían muchos obstáculos en el camino hacia el socialismo en Chile. Pero nadie, en el clima de euforia que rodeó la elección de Allende, podía haber imaginado los acontecimientos del 11 de septiembre de 1973, cuando el brutal golpe de Estado militar derrocó su gobierno. La fuerza que ganó el movimiento sindical durante el período de Allende quedó eliminada. La CUT fue suprimida, los líderes sindicales detenidos, y los partidos marxistas declarados ilegales. Es imposible predecir la evolución de la situación actual. Sin embargo, en lo que al movimiento sindical chileno se refiere, es un retroceso en la fuerza que había ganado, que recuerda el final de los años veinte, cuando gobernaba a Chile el último gobierno militar, inspirado en un autoritarismo similar y en el odio al marxismo. [A. A., enero de 1974.]

aunque desean atraer principalmente a los trabajadores de cuello blanco, también se esfuerzan por lograr una base más amplia entre los obreros. Los partidos utilizan a los sindicatos en su búsqueda del poder político: pero éstos no se limitan a ser sus dóciles instrumentos: los sindicatos tienen sus propias funciones, su fuerza y sus organizaciones independientes. En la medida en que se comprende la interacción entre partido y sindicato, cuando ninguno domina completamente al otro, se esclarece el estudio de la política y del movimiento obrero chileno; esto en virtud sobre todo de que en Chile los partidos políticos son más importantes que en la mayoría de los países latinoamericanos.

No hay ninguna fórmula sencilla que permita juzgar si el movimiento obrero de un país dado es político o apolítico, pero en términos generales podemos decir que es *apolítico* si cumple solamente con la función de gestionar y negociar contratos colectivos; si es *político* entonces actúa también en la política nacional, pero como una especie de grupo de presión independiente y si es *politizado* actúa en la política nacional, pero a instancias de un partido o de un grupo ideológico. Hay elementos de estos tres tipos de funcionamiento en la conducta de muchos movimientos obreros; el chileno no es una excepción. Pero el movimiento chileno sí es excepcional en América Latina por muchas razones, que son las mismas que lo vuelven particularmente interesante para quienes desean estudiar las actividades políticas de los sindicatos. En primer lugar, el movimiento sindicalista es lo suficientemente extendido, y además, lo que es más importante, lo suficientemente representativo de la fuerza obrera activa, para librarse de la acusación de estar compuesto por una élite de trabajadores sin ningún vínculo verdadero con la clase obrera. En Chile hay bastante coincidencia entre las metas del movimiento obrero y los intereses de la clase obrera en general; aun en las zonas rurales el sindicalismo se ha extendido rápidamente en los últimos tiempos. En segundo lugar, los sindicatos no están controlados por el Estado o por los patrones. Los sindicatos blancos, aunque existen, no son corrientes excepto en las empresas más pequeñas. En Chile, a diferencia de lo que ocurre en Brasil o en México, por ejemplo, el movimiento obrero nunca ha sido controlado por la Secretaría del Trabajo o por el partido oficial. Esto no significa que las relaciones laborales no estén rigurosamente reglamentadas por el Estado; al contrario, y este hecho ha perjudicado muchas veces a los sindicatos. Pero en cambio los dirigentes sindicales no son nombrados ni controlados por el Estado, y en términos generales la línea de acción de los sindicatos es planeada por líderes elegidos democráticamente por las bases.

Otro factor que aumenta el interés de un estudio del movimiento obrero chileno es que varios partidos de ideología diversa y a veces conflictiva compiten activamente por obtener el apoyo de los sindicatos. Ningún partido los domina con exclusión de los demás y aunque tanto el socia-

lista como el comunista se autoconsideran marxistas, esto no implica de ninguna manera una uniformidad de metas y métodos en sus relaciones con la clase obrera. Aunque ambos partidos cooperaron para lograr la elección del presidente Salvador Allende, líder del partido socialista que encabezó la Unidad Popular en 1970, mantienen su identidad independiente ante los sindicatos, y ninguno de los dos está dispuesto a ceder posiciones de influencia en beneficio del otro.

El contraste entre el movimiento obrero chileno y los movimientos obreros de otros países latinoamericanos es paralelo al que se da entre el sistema político chileno y los del resto de América Latina. En ningún otro país del continente tiene raíces constitucionales y populares tan firmes el sistema de gobierno representativo. En ningún otro país hay una competencia tan abierta y relativamente equitativa entre varios partidos importantes que defienden todas las posiciones políticas, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda. Chile fue el único país latinoamericano que eligió un gobierno de Frente Popular a fines de la década de los treinta, y el primero en elegir un presidente demócrata-cristiano. Y, más importante aún: Chile ha sido el primer país del mundo en elegir, por vías exclusivamente democráticas, un presidente marxista.

Desde 1920, con la elección del presidente Arturo Alessandri, que se presentaba como campeón de la clase media que por entonces surgía, el experimento y el cambio han caracterizado a la política chilena. Aunque Chile no escapó a la ola de dictaduras militares que recorrió América Latina en el periodo comprendido entre las dos guerras, sí presenció el espectáculo inusitado de un grupo de oficiales (que desde el punto de vista político eran unos románticos) y políticos (algo más fríos y calculadores) que estableció —durante un breve lapso de 100 días, en 1932— la llamada República Socialista, episodio más importante por haber dado origen al Partido Socialista que por sus logros legislativos o políticos. Un experimento más duradero e importante fue el de la formación de un movimiento de Frente Popular en 1936, compuesto en su mayor parte por los partidos radical, socialista y comunista, con la participación de la mayor confederación obrera de la época. Dos años más tarde el Frente Popular eligió a un miembro del partido radical como presidente. Aunque los radicales habían de detener el poder ejecutivo durante los siguientes catorce años, periodo durante el cual socialistas y comunistas tendrían puestos en el gabinete, las relaciones amistosas entre los tres partidos tan sólo duraron poco más de dos años. Después entraron en una abierta rivalidad que, en 1948, culminó en la persecución y declaración de ilegalidad del partido comunista por el presidente radical González Videla, apoyado por una facción de los socialistas, para entonces divididos.

En 1952 el general Carlos Ibáñez, que fuera dictador militar en el periodo entre las dos guerras y que ahora se presentaba como populista,

fue elegido presidente con gran entusiasmo popular y gracias al apoyo del partido socialista, entonces mayoritario. Si el populismo de Ibáñez no produjo ninguna solución para los problemas económicos y sociales de Chile, el regreso a la política conservadora durante la presidencia de Jorge Alessandri (1958-1964) tampoco había de resolverlos, lo cual representó una nueva decepción para los electores. Es posible que el electorado chileno sea tan propenso a experimentar con nuevas fórmulas políticas precisamente porque casi ninguno de los regímenes del pasado se ha enfrentado seriamente a los problemas de la inflación endémica, la baja productividad agrícola, la inversión industrial insuficiente, el crecimiento económico caprichoso, la enorme deuda exterior y la creciente tensión social.

El esfuerzo más sostenido que se ha hecho por resolver estos problemas fue, indudablemente, el que realizó el gobierno demócrata-cristiano del presidente Eduardo Frei (1964-1970). En la década de los sesentas todos los partidos políticos chilenos se desplazaron perceptiblemente hacia la izquierda, a medida que un electorado en rápida expansión —los votos aumentaron de 1 250 350 en 1958 a 2 954 799 en 1970— mostró un deseo creciente de reformas fundamentales al sistema político, económico y social. Los dos contrincantes principales en la elección presidencial de 1964 prometían una revolución, pero la mayoría de los electores prefirieron el ofrecimiento de revolución con libertad que les hizo el Partido Demócrata Cristiano, a la revolución marxista que ofrecían socialistas y comunistas, coaligados en el FRAP. Pero si bien el gobierno demócrata-cristiano se mantuvo fiel a su promesa de mantener la libertad, descubrió que la revolución era mucho más difícil de promover de lo que había esperado. De alguna manera el efecto más importante de la política demócrata-cristiana fue el aumento de las urgentes demandas de cambio. El gobierno, por ejemplo, permitió y alentó a los trabajadores agrícolas rurales a organizar sindicatos militantes; pero la reforma agraria resultó demasiado lenta para satisfacer las demandas de tierra, y la productividad agrícola no aumentó lo suficiente para satisfacer a los sindicatos, que exigían mayores salarios. En el sector urbano el gobierno alentó el crecimiento de los sindicatos, pero se enemistó con el movimiento sindical cuando intentó, sin éxito, frenar la inflación mediante medidas estrictas y rigurosamente aplicadas de control de salarios.

La elección de 1970 vio surgir un fuerte reto derechista en la persona del ex-presidente Jorge Alessandri, que ofrecía un regreso a la estabilidad y al orden después de los agitados años de transformación social bajo la égida de los demócrata-cristianos, postura que despertó una fuerte respuesta favorable entre la clase media y alta, e incluso en algunos sectores de la clase baja. Pero tanto el candidato demócrata-cristiano como el de la alianza Unidad Popular (integrada por socialistas, comunistas, radicales, el MAPU, una facción escindida de los demócrata-cris-

tianos, y dos partidos pequeños) ofrecían programas electorales más radicales que los de 1964, y los votos que obtuvo la alianza fueron más numerosos que los del candidato del ala derecha. A diferencia de lo sucedido en 1964, el candidato victorioso triunfó por el voto de una minoría ya que obtuvo solamente el 36.9% del total de la votación, contra un 34.9% para el candidato derechista y 27.8% para el candidato demócrata-cristiano.

Al momento de escribir esto es demasiado pronto para predecir los cambios que probablemente lleve a cabo el gobierno de Allende. No cabe ninguna duda de que habrá importantes reformas económicas, políticas y sociales, pero debe insistirse en que el gobierno representa una coalición, con todas las debilidades e inestabilidades propias de las coaliciones pluripartidistas, cuyos miembros tienen convicciones propias muy marcadas y que representan distintos sectores sociales. Además, el partido más numeroso de todos los chilenos sigue siendo el demócrata-cristiano, y está decidido a obligar a Allende a cumplir con su compromiso de respetar el sistema democrático constitucional.

Es por lo tanto difícil prever cómo se desarrollará el movimiento obrero bajo la nueva administración, aunque es probable que los sindicatos se fortalezcan y adquieran mayor poder político. Pero no será fácil reformar las leyes laborales, ya que si bien todos los partidos —con excepción del partido nacional, derechista— están de acuerdo en que es necesario hacer reformas, no hay ningún acuerdo respecto a cuáles son las reformas que se necesitan. No es probable que se debilite el partidismo dentro del movimiento obrero, incluso respecto a los comunistas y socialistas de la coalición que detenta actualmente el poder; y los demócrata-cristianos se opondrán con toda seguridad, tanto dentro como fuera del Congreso, a cualquier medida que pudiera debilitar su posición en comparación con los miembros de la coalición dentro de los sindicatos. Tampoco se pueden separar las reformas sindicales de las reformas industriales en general, ni de los problemas urgentes de la inflación y desempleo que probablemente absorberán la atención de la nueva administración durante una gran parte, o durante todo el periodo presidencial. El movimiento sindical tendrá, obviamente, un papel muy importante en la estrategia económica del gobierno. Para comprender ese papel, y el compromiso político en general del movimiento sindical, es necesario entender la estructura, tradiciones, objetivos y desarrollo político del movimiento sindical. Tal es precisamente el tema de este libro.

Los sociólogos que estudian los movimientos sindicales insisten en la importancia que tienen los orígenes de los sindicatos en el proceso de creación de una tradición que ejerce y mantiene una influencia fuerte sobre su desarrollo posterior, especialmente a nivel de dirección. Como se verá en el capítulo 2, el movimiento sindical chileno desarrolló mucho antes que los de otros países latinoamericanos sus propias estructuras, ob-

jetivos y organización política, generalmente bajo la dirección de comunistas convencidos, aunque las actividades de los anarquistas y de los miembros de los partidos radical y democrático no fueron precisamente despreciables. Además, a diferencia de los procesos que se dieron en Argentina con la subida de Perón, o en Brasil, con Vargas, no hubo ningún acontecimiento de capital importancia para los sindicatos que dividiera la historia de su desarrollo en dos periodos claramente marcados: una especie de prehistoria en que la influencia marxista y anarquista fuera muy fuerte, aunque se limitara a un pequeño número de obreros sindicalizados, y después una repentina transición a la sindicalización masiva, bajo la dirección de un gobernante populista, periodo durante el cual las ideas y afiliaciones anteriores perdieran importancia. (Ésta es una simplificación excesiva de lo que sucedió en Argentina.) La continuidad de actitudes, objetivos, y actividades políticas de los obreros chilenos resulta notable; es por lo tanto de gran importancia familiarizarse con los orígenes del movimiento sindical chileno.

Para estimar el poder y la influencia de los sindicatos en cualquier país es necesario saber cuántos sindicatos hay, en qué proporción se encuentran respecto del total de la fuerza de trabajo, y cómo están repartidos entre las distintas ocupaciones. En Chile estas estadísticas básicas (que se dan en el capítulo 2) son especialmente importantes debido al número elevado de pequeños sindicatos, y a la escasez de federaciones nacionales poderosas, aunque en comparación con los movimientos obreros en otras partes de América Latina, el número de obreros y empleados sindicalizados en proporción con el total de la fuerza de trabajo es relativamente alto: cerca del 30%. Los motivos de esta situación excepcional deben buscarse en la ley del trabajo, ya que ésta establece dos tipos básicos de sindicato (sin tomar en cuenta al sector rural, en donde ha habido desde 1967 un sistema diferente). La mayoría de los obreros están organizados en "sindicatos industriales", a los cuales es obligatorio afiliarse siempre que en cualquier establecimiento de cuando menos veinticinco obreros haya un voto de cuando menos el 55% de ellos en favor de organizar un sindicato. Sólo puede haber un sindicato por establecimiento y se les prohíbe a estos sindicatos formar federaciones con otros sindicatos para contratar colectivamente. El otro tipo de sindicato que hay es el "sindicato profesional", que se destina a los obreros especializados y a los empleados de oficina, y que no está limitado a un solo establecimiento o empresa. A diferencia de los sindicatos industriales, no tienen derecho a compartir las ganancias. Las federaciones que pueden formar los sindicatos profesionales se ven tan limitadas por los reglamentos legales, que la posibilidad de que semejante federación tomara fuerza y se convirtiera en un agente poderoso en el proceso de contratación colectiva a nivel nacional es sumamente remota. Hay en Chile federaciones nacionales fuertes, pero existen a pesar de, y no debido a, las leyes obreras.

El efecto de la ley obrera sobre la estructura interna de los sindicatos y el papel que desempeñan éstos en el sistema de relaciones industriales son tema del capítulo 4. Promulgado por primera vez en 1924, el código del trabajo abarca casi todos los aspectos de los asuntos sindicales y ha influido profundamente en el desarrollo de los sindicatos. Pero un sistema de relaciones industriales no es el producto de la reglamentación legal únicamente; también depende de la estructura económica del país y de las relaciones entre los sindicatos y los patrones y entre los sindicatos y el Estado. En el caso de Chile he llegado a la conclusión de que el movimiento obrero ha desarrollado lealtades políticas fuertes y radicales porque los efectos de las leyes laborales, la actitud de los patrones y las actividades del Estado se han combinado para debilitar la posición de los sindicatos en cuanto a la contratación colectiva, obligándolos a buscar aliados políticos y soluciones políticas.

La segunda parte trata de las relaciones entre los partidos políticos principales y los sindicatos. Se estudian conjuntamente el socialismo y el comunismo debido a la estrecha relación que se da entre ambos dentro de los sindicatos así como en el sistema político en general. Las confederaciones obreras principales de la historia del trabajo en Chile desde la decadencia del primer FOCh, controlado por los comunistas, han sido a su vez dominadas por socialistas y comunistas, y el estado de las relaciones entre los partidos se ha reflejado en el interior de estas confederaciones. El Frente Popular produjo una estrecha alianza entre sindicalistas de ambos partidos en el CTCh; la hostilidad provocada entre los partidos por el principio de la guerra fría y los desacuerdos internos específicos dieron por resultado la división del CTCh en dos facciones enemigas. Finalmente la cooperación de los partidos en los cincuenta resultó en la formación de la CUT (Central Única de Trabajadores). Sería sin embargo engañoso dar la impresión de que la influencia se ejerce en un solo sentido, de partido a sindicato. Los sindicatos también influyen en los partidos, y uno de los mayores logros de los sindicalistas en la CUT fue el mantener y fortalecer la intención original de unidad y cooperación entre los dos partidos marxistas, a veces a pesar del desacuerdo abierto entre los líderes parlamentarios de ambos partidos. Sin embargo, la relativa debilidad de los sindicatos chilenos los vuelve dependientes hasta cierto punto de los partidos, y también se analizará el grado de dependencia y sus efectos.

Los socialistas y comunistas no monopolizan la adhesión política de los obreros chilenos. El partido radical también ha gozado durante mucho tiempo del apoyo sindical, aunque limitado casi totalmente a los empleados de cuello blanco, especialmente dentro del sector burocrático gubernamental. De mayor importancia, aunque más recientes, son las actividades de los demócrata-cristianos en el movimiento sindical. La relación entre demócrata-cristianos y otros grupos dentro de los sindicatos siempre ha

sido incómoda, en parte debido a las diferencias de opinión dentro del propio partido. Algunos miembros de este partido, generalmente políticos, eran de la opinión de que los sindicalizados demócrata-cristianos deberían colaborar con los grupos católicos para organizar una federación rival a la CUT (dominada por marxistas); otros, generalmente sindicalistas, insistían en la importancia de la unidad de toda la clase obrera por encima del sectarismo católico. El impacto de seis años de gobierno demócrata-cristiano fortaleció la segunda tendencia, ya que el disgusto de los sindicalistas por la política antinflacionaria del gobierno, basada en el estricto control de salarios, radicalizó a los obreros demócrata-cristianos.

El último capítulo intenta valorar la extensión y el significado de la politización a distintos niveles dentro del movimiento sindical. Obviamente la confederación principal, o sea la CUT, es una asociación de tipo político, pero además los sindicatos y federaciones tomados aisladamente, tanto los dirigentes como las bases, son en mayor o en menor grado creadores o partícipes de un movimiento sindical que, en conjunto, está muy politizado. El que estén politizados no equivale a —ni tampoco implica— que estén controlados por partidos; como trataré de mostrar, la relación es mucho más complicada.

Los dos apéndices tratan el tema de los sindicatos rurales y las influencias externas. La sindicalización rural efectiva comienza de hecho en 1967, con la promulgación de la ley referente a la sindicalización rural. Sin embargo, inmediatamente antes de su promulgación, y anticipándose ya a sus efectos, se dio una importante actividad sindical en las zonas rurales. La situación en el campo sigue confusa, pero cuando menos resulta claro que los sindicatos urbanos han desempeñado un papel muy reducido, o ninguno en absoluto, en la formación de los sindicatos rurales. Son los partidos los que han desempeñado un papel importantísimo, aunque hay puntos de comparación y contraste con los sindicatos urbanos. Ha habido grupos externos activos, que han tratado de orientar las actividades políticas de los obreros chilenos; aunque no han tenido mayor éxito, me pareció pertinente tratar de esbozar las actividades de dos de los más influyentes —el norteamericano y el sindicalismo católico internacional—, pues una de las razones del fracaso de las influencias externas ha sido el concebir mal y subestimar las lealtades políticas del obrero chileno.

Como es inevitable en un libro que cubre una amplia gama de relaciones entre sindicatos y partidos, habrá omisiones o, quizás, énfasis indebidos. Se puede dar como disculpa que hay muy pocos estudios del movimiento obrero chileno, o de los partidos políticos chilenos, que abarquen el mismo campo. Aunque en este libro critico a veces las interpretaciones de los autores del estudio sobre los líderes obreros chilenos del INSORA, agradezco mucho el haber podido utilizar alguna evidencia empírica en

un campo donde hay tan poca. Se da noticia de las fuentes secundarias a las que recurrí en secciones particulares en las notas correspondientes. Las publicaciones sindicales y de partido son pocas y están muy dispersas pero las he utilizado siempre que he tenido acceso a ellas y que su información ha resultado pertinente. Una gran parte de este libro está fundada en entrevistas y conversaciones con sindicalistas y políticos. Excepto allí donde deseaba citar la fuente específica, no he dado crédito para toda la información obtenida mediante estas entrevistas, ya que gran parte me fue ofrecida confidencialmente, para ser utilizada, pero sin indicar la fuente de información y porque no siempre es útil ni necesario citar la fuente en cada punto de la interpretación. Con frecuencia la interpretación es el resultado de informes obtenidos en varias entrevistas diferentes. Además, las afirmaciones acerca de los sindicatos hechas por miembros de los mismos, sobre todo cuando se trata de interpretaciones, más que de informaciones de tipo concreto, no necesariamente son ciertas ni exactas; si bien aun las declaraciones erróneas o intencionalmente engañosas pueden ser útiles.

2. HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO Y SU HERENCIA

En la década de los veinte, los políticos chilenos discutían la necesidad de que hubiera un código del trabajo para restringir y contener las actividades de los obreros sindicalizados, actividades que entonces crecían y se radicalizaban cada vez más. Cuando el Congreso, en 1924, aprobó una ley del trabajo, los legisladores estaban más preocupados por la intervención de los militares en la política que por el radicalismo de la clase obrera, pero el temor de que el radicalismo cundiera era, sin duda, uno de los motivos de que se promulgara semejante legislación. Este temor no carecía de fundamento. Para 1924 había importantes sectores obreros chilenos encabezados por comunistas o anarcosindicalistas convencidos. Los sociólogos insisten en el importante papel que desempeñan las características y la estructura de los cuadros directivos sindicales para la formación de una tradición política e industrial tenaz,¹ y es necesario examinar esta tradición para comprender la actual composición política y las actividades del movimiento obrero chileno hoy en día.

El concepto de radicalismo es ambiguo. Por una parte había una tendencia radical en el movimiento chileno que representaba, esencialmente, un rechazo del "sistema", una negativa a mezclarse en las intrigas de un parlamento desprestigiado y a comprometer sus principios a cambio de ganancias poco duraderas; y por otra parte había una tendencia radical cuya meta era, cuando menos en teoría, la completa y definitiva transformación de la sociedad, pero que estaba dispuesta a trabajar dentro del sistema electoral y participar en el juego político. Esta diferencia corresponde a la división entre anarquistas y comunistas ortodoxos. Pero, aunque ésta fue la más temprana, no fue la única división del movimiento obrero chileno. El partido comunista mismo estaba muy dividido, reflejando el

¹ W. McCarthy, "Why workers join unions", *New Society*, 26 de octubre, 1967. Éste es también el punto de partida de uno de los mejores estudios que se han hecho de los sindicatos ingleses, *Trade Union Growth, Structure and Policy* de H. A. Turner, Londres, 1962. McCarthy se refiere a los cuadros directivos, no a las bases. Tiene que haber alguna relación entre los cuadros directivos y las bases para que la tradición creada por los directivos se desarrolle y sobreviva.

En la mayoría de los casos no resulta inapropiado el comentario de Henry Pelling sobre la clase obrera inglesa a fines de la era victoriana: "El cuadro es, en general, de apatía política y conservadurismo social, asociado, sin embargo y, con mucha frecuencia, a un resentimiento muy marcado". (*Popular Politics and Society in Late Victorian Britain*, Londres, 1968).

posterior cisma entre stalinistas y trotskistas. La formación del partido socialista en la década de los treinta representó una nueva división. Sin embargo, hasta la época del turbulento periodo político de fines de la década de los veinte y principio de la de los treinta, el acontecimiento más importante para el movimiento obrero fue la creación y consolidación de la autoridad del partido comunista.

ORÍGENES

Las actividades políticas y sindicales de la clase obrera chilena cristalizaron con la formación del POS en 1912 y el desarrollo de la FOCh que, partiendo de una sociedad mutualista, llegó a convertirse en una federación sindical revolucionaria. Pero hay muchas pruebas de que hubo actividad política y sindical antes de esta época.²

La guerra del Pacífico (1879-83) y sus consecuencias habían modificado notablemente a la sociedad y la economía. Mientras que en 1880 en las provincias norteñas de Antofagasta y Tarapacá había solamente 2 848 obreros en la industria del nitrato, para 1890 este número había aumentado a 13 060, con un crecimiento correspondiente del empleo relacionado con el transporte y embarcación del mineral.

En todo el país el número de trabajadores manuales no rurales había aumentado en casi un 50% en el lapso de una década, y era ya de 150 000 obreros.³ Aunque los salarios estaban subiendo en el periodo 1890-1914, dada la curva de inflación para ese periodo se ha estimado que su valor de compra estaba bajando.⁴ Una moneda en rápida depreciación era un aguijón que impulsaba a la clase obrera a protestar, y uno de los primeros partidos obreros pequeños que se formó luchaba por una moneda convertible.⁵

El final del siglo XIX y el principio del XX vieron las grandes masacres de la historia de la clase obrera chilena: la primera huelga general de los obreros del nitrato en Iquique, en julio de 1890, que se extendió a Valparaíso, y fue severamente reprimida por el ejército; la

² Las publicaciones más útiles para este periodo son: H. Ramírez, *Historia del movimiento obrero*, 1956. J. C. Jobet, *Recabarren*, 1955. M. Poblete, *Organización sindical en Chile*, 1926; y dos tesis universitarias o memorias por J. Barria, *Movimientos sociales en Chile 1900-10 y 1910-26*, 1952 y 1960.

³ Ramírez, *Historia*... pp. 190-91.

⁴ Solberg, "Immigration and Social Problems in Argentina and Chile", *HAHR*, mayo de 1969.

⁵ J. H. González hace referencia a un senador radical contemporáneo que declaró que la única causa de las huelgas era el alza del costo de la vida producido por la depreciación de la moneda. Y en 1914 los obreros de Valparaíso presentaron al presidente una petición en contra de los bancos de ahorros del Estado, alegando que la inflación era tan severa que sus ahorros perdían todo su valor en muy poco tiempo (*Constitución de 1925*, 1950, pp. 91-92 M. Segall, *Desarrollo del capitalismo en Chile*, 1953, p. 39).

huelga de la marina mercante en Valparaíso a mediados de 1903, que inició la lucha por la jornada de 8 horas y que resultó en la muerte de unos cuarenta obreros; la "semana roja" en Santiago, en octubre de 1905, cuando muchos obreros fueron muertos en actos de protesta contra el alza del costo de la vida; la huelga de los ferrocarrileros en 1906, en Antofagasta; y la represión más infame de todas, cuando entre 1 000 y 3 000 obreros del nitrato fueron segados por el ejército en un patio de escuela, en Iquique, en 1907, cuando protestaban por las condiciones de trabajo en las minas y por el cese masivo de obreros al iniciarse recesos en la industria.⁶ Los cálculos del número de muertos y heridos son, por supuesto, muy inciertos, pero la fórmula parece clara: el empeoramiento de las condiciones produjo protestas masivas que provocaron la represión rápida y brutal por parte del Estado y del ejército. Las causas de las protestas eran semejantes: la intolerancia por parte de los patrones; el sistema de pagos que implicaba mayores abusos en las tiendas de raya; el prejuicio de las autoridades en favor de los patrones; las pésimas condiciones de trabajo que ponían en peligro la vida de los obreros.⁷ Las demandas eran con frecuencia semejantes, y parecen muy modestas cuando se comparan con el nivel corriente en la actualidad: pago en efectivo; libertad de comprar en tiendas que no pertenecieran a la compañía; derecho a reunirse y formar asociaciones; que no se hicieran descuentos ilegales a los salarios; condiciones de trabajo menos peligrosas.⁸

La respuesta a corto plazo de los obreros a la opresión y la explotación fue desorganizada y espontánea. Parecían pensar que las concentraciones masivas llamarían la atención a sus exigencias, simplemente impresionando por su número; con estas concentraciones y uno que otro acto de violencia agotaron sus recursos tácticos. Fue por esto que, después de la masacre de 1908, un periódico laboral atacaba a la clase obrera por su estupidez, su falta de metas, y por apoyarse exclusivamente en la violencia.⁹

⁶ G. Kaempffer, *Así sucedió*, 1962; también "Masacres en la historia chilena", en *Punto Final*, 2 de enero de 1968.

⁷ Estas fueron las quejas presentadas en la primera huelga obrera de que se tiene noticia en Chile, organizada por un grupo de mineros, en septiembre de 1864 (C. M. Ortiz y P. I. Ljubetic, *Estudio sobre el origen y desarrollo del proletariado en Chile durante el siglo XIX*, Memoria, Inst. Pedagógico, Univ. Chile, 1954, pp. 274-76.)

⁸ Estas fueron las principales demandas de los huelguistas del nitrato en Iquique en 1890. Las otras demandas esclarecen las condiciones en que vivía y trabajaba la clase obrera, así como sus aspiraciones. Inclúan la educación gratuita y obligatoria; la seguridad para el dinero que tenían en cuentas de ahorros; la prohibición de que hubiera bebidas alcohólicas en los campos mineros; que no se violara la correspondencia; que hubiera agua potable; que se prohibiera la prostitución y los juegos de azar en terrenos de las compañías (Jobet, *Recabarren*, p. 89).

⁹ *La Voz del Obrero*, Taltal, 13 de enero de 1908, citado por O. Millas en *Principios* (publicación mensual oficial del PC), julio-agosto de 1962, p. 9.

Hubo dos respuestas a largo plazo a estas condiciones de trabajo. Una fue la de fundar y apoyar a varios partidos políticos reformistas y revolucionarios.¹⁰ La otra fue la formación de sindicatos. Hubo tres tipos de sindicato: las sociedades mutualistas, importantes en los sectores artesanales; las "sociedades de resistencia" o "sindicatos para la protección del trabajador", importantes en los medios obreros en que influían los anarquistas; y las hermandades *mancomunales*, que predominaban entre los mineros del norte y los trabajadores portuarios.

1. Las sociedades mutualistas

Las sociedades mutualistas se formaron muy temprano en la historia de las organizaciones obreras chilenas. Para 1870, 13 de ellas habían sido reconocidas por el gobierno; para 1880, 39; y para 1924 había ya 600, que contaban con 90 000 miembros, sin tomar en cuenta las sociedades que no habían solicitado reconocimiento oficial.¹¹

Sus metas eran la cooperación mutua entre los miembros y proveer un sistema rudimentario de seguridad social que no era probable que suministraran ni el Estado ni el patrón. Aunque al principio sólo incluían artesanos, más tarde parecen haberse organizado entre otro tipo de trabajadores. Su relación con el sindicalismo era ambivalente. Gracias a los servicios educativos que proporcionaban y a su experiencia en la organización, funcionaron como campo de entrenamiento para líderes sindicales de otro tipo. Ellos mismos, bajo la presión de los acontecimientos, podían actuar como sindicatos, pero su objetivo declarado era la cooperación, no el enfrentamiento con el patrón y el Estado. En su primer congreso nacional, que tuvo lugar en 1901, excluyeron a las sociedades de resistencia de su organización y parece ser que el congreso tuvo lugar con el apoyo y protección del gobierno.¹² Con esta medida daban a entender claramente su deseo de romper con los grupos radicales que habían estado asociados con ellos, y confirmaban el carácter artesanal y cooperativo de

¹⁰ Acerca del efecto de la represión gubernamental y patronal del movimiento obrero ruso en sus principios, S. Perlman dice: "Si hubieran dejado en paz a los sindicatos obreros rusos durante los doce años que mediaron entre las dos revoluciones, no es improbable que hubieran elaborado de manera definitiva la ideología que recibían de los intelectuales, vertiéndola en el molde pragmático de un sindicalismo que buscara ante todo ampliar las oportunidades de la clase obrera [...]. En consecuencia, cuando el gobierno reprimió y obligó a refugiarse en la clandestinidad a los sindicatos, sólo logró que la clase obrera tomara sobre sus hombros la dirección de los partidos revolucionarios de manera permanente." *Theory of the Labor Movement*, Nueva York, 1928, p. 47.

¹¹ Poblete, *Organización sindical*, p. 24. La primera que cita es la Sociedad de Artesanos de Valparaíso, formada en 1858, aunque Ramírez (*Historia*, p. 166) se refiere a una del mismo nombre en Santiago, en 1847.

¹² Jobet, *Recabarren*, pp. 112-13; A. Escobar, *Compendio de la legislación social*... 1940, p. 198. Escobar fue inspector laboral.

su movimiento. Estaban más ligados al partido demócrata que a ninguno de los grupos socialistas, y preferían funcionar dentro de la legalidad, siendo además susceptibles a la influencia del clero, que sostenía que las sociedades mutualistas representaban la solución cristiana a los problemas de la clase obrera.¹³ Aunque el posterior crecimiento de estas sociedades fue más bien independiente de los sindicatos,¹⁴ estuvieron ligados a ellos, al principio cuando menos. Las sociedades mutualistas demostraron la posibilidad de organizarse, difundieron ideas, mostraron que la cooperación podía producir beneficios, pero su organización se proponía objetivos que se cumplían fuera del lugar de trabajo, ya que intentaban revalorar la posición social de sus miembros.¹⁵ A diferencia de la clase obrera del norte del país, habían gozado del apoyo y estímulo de liberales de clase media como Santiago Arcos y Francisco Bilbao, quienes estaban influidos por ideas europeas de mediados del siglo XIX.

El mutualismo no pertenece únicamente a la prehistoria del movimiento obrero chileno. Mientras hubo un sector artesanal numeroso, siguieron funcionando las sociedades mutualistas, sobre todo hasta que el Estado comenzó a satisfacer algunas de las necesidades básicas de seguridad social que en un principio habían satisfecho las sociedades mutualistas. El hecho de que la FOCh comenzara como sociedad mutualista parece indicar que influyeron en el movimiento sindical. Desde un punto de vista político se ha sugerido que los miembros de la sociedad, al carecer de una ideología socialista firme, podían ser fácilmente incorporados a movimientos populistas, como el de Alessandri en 1920, cuyo programa contenía muchas promesas que habían sido objetivos centrales del movimiento sindicalista.¹⁶

¹³ Ramírez, *Historia*, p. 170. Ramírez, siempre ansioso de encontrar antecedentes ideológicos, también sugiere en la página 148 que una de las razones del crecimiento del mutualismo era la lectura de Proudhon, bastante extendida entre la pequeña burguesía chilena (lo cual comprueba con los catálogos de los librerías de la época).

¹⁴ El informe del presidente del Congreso Social de Chile, la principal federación mutualista, afirma en 1927 que los objetivos esenciales del movimiento desde sus inicios eran: primero, organizar a los obreros con base en la concordia, la solidaridad y la cooperación mutua; segundo, la educación popular como la única manera de difundir la cultura, la dignidad, la consideración y la felicidad entre los obreros; tercero, proponer planes de colonización nacional, desarrollo industrial, y protección; cuarto, luchar contra los vicios del juego y el alcoholismo, que arruinan al trabajador, y organizar conferencias o cursillos de higiene. Informó también acerca de activas campañas para abolir los impuestos sobre la carne argentina, para solucionar el problema del desempleo en las industrias del nitrato y del carbón, para construir viviendas baratas, para formar cooperativas, etc. Los obreros también felicitaron personalmente a Ibáñez, a quien llamaban "salvador de la patria", en el momento mismo en que estaba deportando a líderes sindicales. Bernardo Quiroga, "Memoria anual", *Congreso Social Obrero* (1926).

¹⁵ A. Gurrieri y F. Zapata, *Sectores obreros y desarrollo en Chile*, 1967.

¹⁶ *Ibid.*, p. 29; véase también B. G. Burnett, *Political Groups in Chile*, 1970, pp. 102-03.

2. Las sociedades de resistencia

Las sociedades de resistencia y los sindicatos para la protección de los obreros fueron más comunes entre los obreros industriales y portuarios que entre los mineros. No eran tan importantes ni tan numerosos como las mancomunales del norte. Más que a la influencia de Proudhon traída por Bilbao y Arcos, sus antecedentes intelectuales correspondían a la difusión de ideas anarquistas y socialistas desde Argentina.¹⁷ Concentraban sus actividades en el sitio de trabajo, no fuera de él, y luchaban por el día de ocho horas, aumentos de salario y mejores condiciones de trabajo. Aunque había entre ellos anarquistas, también había sectores más moderados que estaban ligados al partido demócrata. Las sociedades de resistencia se concentraban en la zona central del país, especialmente en Santiago y Valparaíso, aunque había algunas en el norte, hasta que fueron sustituidas casi todas por las mancomunales.

Se apoyaban fundamentalmente en la fuerza de trabajo de sectores industriales —a menudo de carácter artesanal o semiartesanal— tales como el trabajo de imprenta, la zapatería, el transporte y la carpintería. A este grupo pertenecen también los sindicatos para la protección del trabajador, como se llamaron entonces. Éstos eran distintos de los grupos anarquistas, que en general utilizaban el nombre de "sociedades de resistencia", pero las distinciones distaban mucho de ser claras. Se calcula que para fines del siglo XIX había treinta sindicatos de este tipo, de los cuales diez se llamaban a sí mismos sociedades de resistencia. Militaban entre los trabajadores portuarios, quienes, en 1893, con un núcleo de anarquistas de Valparaíso, hicieron el primer intento en Chile de organizar una federación nacional (con la intención de que llegara a ser continental): la Federación General de Sindicatos Sudamericanos para la Protección del Trabajador, pero la federación se hundió el mismo año de su fundación.

Las sociedades de resistencia decayeron junto con el anarquismo y había una tendencia a remplazarlas por un sindicalismo más profesional y apolítico del tipo de las sociedades mutualistas, o por sindicatos marxistas politizados. Muy frecuentemente su existencia era efímera, ya que aparecían como resultado de una protesta y desaparecían poco después, y tendían a perder importancia al desarrollar la industria unidades más grandes y modernas.

3. Las mancomunales

El corazón del sindicalismo chileno eran las hermandades o mancomunales, aunque el estudio de su desarrollo no debe aislarse del de las sociedades mutualistas y de resistencia que influyeron en su crecimiento.

¹⁷ A. Gurrieri, "Consideraciones sobre los sindicatos chilenos", *Aportes*, julio de 1968, p. 88.

Si bien las hermandades llevaban huellas de estas dos formas sindicales, su papel en la economía, su composición social, su aislamiento geográfico y las condiciones de trabajo las distinguieron claramente.

La fuerza de trabajo creció rápidamente en el norte después de la guerra del Pacífico. Mientras que en 1884 había 5 505 obreros empleados en la industria del nitrato, había 19 345 en 1896, y 48 476 en 1912.¹⁸ La mayoría de ellos provenían de las zonas del centro y del sur, aunque había un número considerable de obreros extranjeros, especialmente peruanos, bolivianos y chinos.¹⁹ Los peruanos y los bolivianos formaban casi la tercera parte de la población total de Tarapacá en 1907. El capitalista extranjero que controlaba la producción de nitrato prefería obreros extranjeros, alegando que le causaban menos problemas que los chilenos.²⁰ Pero no parece haber habido mucha tensión racial entre los distintos grupos de obreros; en las protestas y levantamientos de esa zona se insistía en los salarios y en las condiciones de habitación y de trabajo, y las soluciones que proponían los obreros no hacían ninguna referencia al problema del obrero extranjero.²¹

Al parecer la fuerza de trabajo se desplazaba continuamente de una mina de nitrato a otra, lo cual creaba dificultades para la formación de organizaciones obreras. En parte esto se debía a la búsqueda de mejores condiciones,²² pero el motivo determinante era la fluctuación de la oferta de empleo, debido a la alternación de periodos de producción restringida y de producción a capacidad máxima, que a su vez se debía no sólo a la demanda en el mercado mundial, sino también a la habilidad de los productores para formar alianzas a fin de limitar la producción y hacer subir el precio del producto. De esta manera, en 1884, la oferta de empleo se redujo a la mitad, y los patrones estaban frecuentemente dispuestos a despedir en primer lugar a sus obreros chilenos; en 1896, en el curso de

¹⁸ F. Recabarren Rojas, *Historia del proletariado de Tarapacá y Antofagasta 1884-1913*, Memoria, Inst. Pedagógico, Univ. Chile, 1954, p. 13. También crecieron otros sectores de la economía subsidiarios de la industria del nitrato.

¹⁹ No se conoce con exactitud el número de obreros chinos; pero los resultados, algo dudosos, del censo de 1907 arrojan la cifra de 2 000 (ibid., p. 36).

²⁰ Según los testimonios ante el comité que envió el congreso para examinar las condiciones de trabajo en la zona (citado en ibid., p. 29).

²¹ Cuando menos esto es lo que afirma categóricamente Elías Lafertte, que fue durante muchos años secretario general de la FOCh y líder del PC chileno. en su *Vida de un comunista*, 1961, pp. 63-64. Durante algún tiempo Lafertte trabajó en las zonas nitreras y asegura que se culpaba a los capitalistas extranjeros, no a los trabajadores extranjeros. Por otra parte Kaempffer (p. 105) asegura que los dueños ponían a los obreros peruanos o bolivianos a comandar grupos de obreros chilenos, para descargar las tensiones a un nivel inferior al de la gerencia. Si bien es indudable que esto ocurrió, no parece haber desplazado del primer plano de su atención el resentimiento de los obreros contra los capitalistas debido a motivos económicos.

²² Lafertte, que había trabajado en "una gran cadena de centros de nitrato" antes de cumplir veinte años, op. cit., pp. 38-39.

sólo dos meses fueron despedidos 6 000 obreros.²³

El Comité de Investigación del Congreso de 1904, que reflejaba los valores del paternalismo católico, informó que los salarios bajos no eran la principal causa de la miseria, ya que encontraron que el salario promedio bastaba para satisfacer las necesidades de la vida. También opinaron que los peligros del trabajo y los abusos de las tiendas de las compañías habían sido exagerados (aunque las protestas obreras de entonces dan la mayor importancia a estos problemas). Por otra parte señalaron causas genuinas de descontento. Aparte del trabajo, había poco que hacer en la pampa nitrera; los obreros vivían completamente abandonados por patrones, Estado e Iglesia, y a menudo sin sus familias. El hecho de que los dueños y gerentes fueran en su mayoría extranjeros originaba graves tensiones sociales. El comité encontró también que casi todos los jueces de la zona eran empleados de las compañías o recibían dinero de las mismas.²⁴

La situación de los obreros del nitrato es típica del pueblo de una sola industria, notable por sus malas relaciones obrero-patronales.²⁵ Por una parte había una fuerza de trabajo relativamente homogénea, o cuando menos condiciones laborales similares; por la otra parte, un grupo patronal intransigente, de nacionalidad extranjera, carente de simpatía por los obreros que empleaba, y apoyado por el Estado y el ejército. A diferencia de lo que ocurría en la vecina Argentina, no había un número elevado de obreros inmigrantes con sus propias tradiciones y cultura. La inmigración a Chile fue mucho menor y se componía predominantemente de personas de la clase media. El censo de 1907 mostró que sólo el 4% de la población había nacido en el extranjero, contra el casi 30% para Argentina poco antes de la primera guerra mundial.²⁶ Esto no impidió que la burguesía chilena culpara a los "agitadores extranjeros" por sus problemas laborales, pero, como insistió Recabarren, el principal líder obrero y fundador del PC, ante el Congreso, los agitadores en ese país eran chilenos, y además obreros, que no intelectuales.²⁷ El movimiento obrero chileno era menos radical, menos agresivo, menos urbano, y menos perseguido (cuando menos de manera sistemática) que en Argentina. Era más probable que los obreros radicales europeos que venían a Chile fueran

²³ Recabarren, pp. 81-91. Algunos obreros se iban a los pueblos y ciudades, otros en gran número, regresaban a las zonas rurales del sur a esperar la siguiente demanda de obreros en el norte. Véase también Ramírez, *Historia*, p. 279.

²⁴ F. Recabarren, p. 156.

²⁵ Clark Kerr Siegel, "The Interindustry Propensity to Strike" en Kerr, *Labor and Management in Industrial Society*, Nueva York, 1964, pp. 105-47.

²⁶ Solberg, *HAHR*, mayo de 1969, p. 216. Sólo unos 100 000 europeos emigraron a Chile desde mediados del siglo XIX hasta la primera guerra mundial.

²⁷ L. E. Recabarren, "Los albores de la revolución social en Chile" en *Obras escogidas*, 1965, p. 23. Recabarren insistió en que las protestas de los primeros años de este siglo fueron obra genuina del proletariado.

anarquistas urbanos que socialistas de las zonas mineras.²⁸ Los mineros chilenos procedían en su mayoría de zonas rurales; sus sistemas de valor se derivaban de la estructura social rural y tradicional, y se requería tiempo y algunas violentas sacudidas para convertirlos en militantes sindicales. No eran, como en Argentina, anarquistas y socialistas dispuestos a transformar el Estado en cuanto llegaban de Europa. La clase obrera chilena apenas si tenía aceptación o representación en el sistema social y político, pero hasta que se fortaleció la FOCh fue demasiado débil para tratar de minar o reformar ese sistema.

La homogeneidad de la fuerza obrera minera hacía de ella un grupo social bastante sólido, con su propia cultura y conciencia de clase, aunque todavía afectado por su pasado rural. A pesar del menor número de inmigrantes europeos, la influencia de las ideas europeas ayudó a radicalizar los primeros sindicatos.²⁹ Había división entre los obreros; los más avanzados y politizados intentaban mejorar las condiciones mediante la organización de la fuerza obrera y mediante el enfrentamiento con el patrón y el Estado; los menos avanzados, que constituían una fuerza retentiva importante, tendían a exigir beneficios del patrón y del Estado, a alternar entre la pasividad y la protesta, y así a sufrir la explotación y la represión. Sin embargo ambos grupos estaban ligados y relativamente aislados de los demás sectores de la sociedad. En esta actitud de la clase obrera, la oposición al capital extranjero desempeñó un papel importante, ya que la mayor parte de las zonas nitreras estaban controladas por compañías inglesas y norteamericanas, y esto tendía a separar al capital y a los obreros para formar dos grupos claramente definidos. Puesto que las empresas nitreras también necesitaban controlar el transporte, las facilidades portuarias y, de hecho, la mayor parte de la estructura económica del norte, el movimiento obrero tenía una imagen clara de la extensión del poder del capital. La fuerza de trabajo era además relativamente homogénea, y consistía en gran parte de inmigrantes rurales sin especialización, que posiblemente ganaban sueldos un poco superiores al nivel promedio nacional, pero que sufrían privaciones similares, y que siempre pasaban por periodos regulares de desempleo.³⁰ Dada la importancia crítica del ni-

²⁸ Ramírez se refiere a 300 comunistas franceses que emigraron al sur de Chile después de la Comuna de París; pero aunque estos y otros grupos similares trajeron nuevas ideas, no eran lo suficientemente numerosos para formar las bases de movimientos sindicales o sociales ("¿Tuvo influencia la Primera Internacional en Chile?", *Principios*, septiembre-octubre de 1969, p. 39). Las actividades y los escritos de los socialistas argentinos especialmente J. B. Justo y J. Ingenieros, también fueron influencias teóricas importantes (Jobet, "Alejandro Escobar Carvallo", *Arauco*, enero de 1967, p. 54).

²⁹ El movimiento obrero boliviano —algunos de cuyos sectores habían de volverse, y seguir siendo, muy radicales— recibió sus primeras ideas socialistas, así como sus primeros organizadores de los obreros bolivianos que regresaban de trabajar en las minas de nitrato de Chile.

³⁰ Gurrieri y Zapata, p. 20. Y como había pocas distinciones entre los obreros

trato en la economía del Estado, era natural que el gobierno tratara de mantener una producción regular. Escogió por lo tanto reprimir al obrero antes que causar dificultades a los patrones. De esta manera, mientras que había una tendencia sostenida y fuerte en ciertos sectores obreros a buscar el apoyo y el beneficio del Estado, el uso constante del ejército para reprimir la protesta, el uso frecuente del sistema legal en contra de los obreros, el abandono de los obreros por parte del Estado en todos los asuntos relativos a sus condiciones de vida, tenía que convencer a los directivos obreros de que el Estado era un enemigo del pueblo y un aliado del capital.

La organización sindical que se creó para luchar contra estas condiciones, o sea la sociedad mancomunal, reflejaba la situación del obrero norteño. Estaba organizada por territorios y no por tipo de trabajo, ya que había pocas distinciones de este tipo entre los obreros; planteaba demandas de tipo general respecto a salarios y condiciones de habitación y de trabajo; era débil, y estaba sujeta a continuas irritaciones por parte del Estado y del patrón, que volvieron su existencia efímera y peligrosa; pero como representaba las exigencias de una mayoría de la fuerza de trabajo reaparecía constantemente.

Las mancomunales no eran la única forma de organización en la zona. Los sindicatos mutualistas eran bastante fuertes, y se calcula el número de sus miembros en 10 000, para 1910, en las dos provincias del norte del país.³¹ Eran más numerosos en los pueblos que en los campos mineros. Muchos se desarrollaron convirtiéndose en mancomunales,³² mientras que muchas mancomunales siguieron cumpliendo funciones de tipo mutualista.

En esencia, los objetivos de las mancomunales eran más semejantes a los de las sociedades de resistencia que a los de las sociedades mutualistas, a pesar de que en muchos casos habían sido organizadas para oponerlas a los modelos anarquistas. Empezaron en los puertos de las áreas nitreras, y también, en los distritos carboníferos cercanos a Concepción en el sur, pero pronto se extendieron a los campos nitreros propiamente dichos. Fundamentalmente eran organizaciones de obreros manuales, y con frecuencia se estipulaba que los miembros tenían que formar parte de la clase obrera y que los dirigentes debían ser trabajadores activos. Generalmente comenzaban por publicar un periódico o revista de corta duración. La primera mancomunal que se fundó parece haber sido la Combinación Mancomunal de Obreros, en Iquique, en 1901. Para 1904 tenía entre 4 000 y 6 000 miembros, y en 1903 formó un partido político efímero.³³

que se originaran en el tipo de trabajo desempeñado, las demandas de los mismos tendían a ser generales y aplicables a todos, más que a buscar diferenciaciones y privilegios para un sector especializado.

³¹ F. Recabarren, *Historia del proletariado*, p. 174.

³² Tales como la Sociedad Gran Unión Marítima, formada, en Iquique, en 1892, que organizó a los obreros portuarios.

³³ Ramírez, *Historia*, p. 269; Jobet, *Recabarren*, p. 106.

Aunque algunos de ellos parecen haber tenido ideas radicales (la mancomunal de Tocopilla expresó su solidaridad con los obreros rusos en la revolución de 1905),³⁴ la primera convención mancomunal aprobó unas resoluciones relativamente moderadas, la mayor parte de las cuales exigían que el Estado suministrara servicios tales como la educación y solicitara de los patrones que mejoraran las condiciones de seguridad en el trabajo.³⁵ Había una fuerte vena puritana en las mancomunales; exigían insistentemente educación para ellos y para sus hijos, y que se prohibieran las bebidas alcohólicas, los juegos de azar y la prostitución. Un ex-inspector laboral afirma que a diferencia de muchos otros movimientos sus fondos nunca fueron usados fraudulentamente, sino que la casi totalidad de ellos se invirtió en escuelas, bibliotecas, periódicos y ayuda mutua en casos de enfermedad.³⁶

Las mancomunales eran la expresión de la cohesión social y la solidaridad de sus miembros, y en este sentido siguieron el ejemplo de las sociedades mutualistas; pero en sus demandas y acciones se adelantaron, anticipándose a las de los sindicatos más modernos. Todas las huelgas importantes de la zona norte en este periodo fueron promovidas por las mancomunales.³⁷ Y sin embargo eran organizaciones débiles, que se apoyaban en un sector relativamente reducido de la población obrera para su funcionamiento regular, y su debilidad las volvía vulnerables. Después del gran periodo de las huelgas que duró de 1905 a 1907, y con el subsiguiente desempleo prolongado, casi desaparecieron. Sus dirigentes no gozaban de ninguna inmunidad que los protegiera del cese y eran fácilmente eliminados por los patrones. Las tempranas rivalidades políticas del movimiento mancomunal, que con frecuencia enfrentaban grupos afiliados al partido democrático con otros, como los afiliados a los primeros partidos socialistas, o incluso a secciones del partido radical, representaban una fuente adicional de debilidad. En la segunda mitad de la década de los veinte revivieron las mancomunales para participar en las actividades de la FOCh y del PC. Habían desempeñado un papel muy importante en

³⁴ Ramírez, *Historia*, p. 270; y también condenaron "el despotismo autoritario y burgués que en todas partes del mundo pesa como una montaña de granito sobre los hombros de los obreros".

³⁵ Esta tuvo lugar en Santiago en 1904, con 15 organizaciones que enviaron 25 delegados para representar a 20 000 miembros. Pidieron la abolición de la pena de flagelación en el ejército y la marina; que el Estado administrara los servicios públicos como el agua y los transportes; que hubiera educación primaria gratuita y obligatoria; escuelas nocturnas para adultos; habitaciones higiénicas; que los patronos indemnizaran a los trabajadores que sufrieran accidentes de trabajo; y que se nombraran inspectores de fábricas (Jobet, *Recabarren*, pp. 108-09). Algunas sociedades de resistencia se retiraron de esta convención; orguyendo que los obreros no debían pedirle nada al gobierno (Barría, *Breve historia*, 1967, p. 19).

³⁶ Escobar, p. 198.

³⁷ Gurrieri y Zapata, p. 31. Y hubo más huelgas en las provincias septentrionales que en cualquier otra zona de Chile.

el entrenamiento de líderes, así como en la difusión de ideas y de formas y hábitos de organización, con frecuencia a través de una prensa activa, y habían preparado el camino para posteriores desarrollos sindicales.

Paralelamente a la organización de los obreros en sindicatos, se formaron organizaciones de naturaleza propiamente política que nacieron de la clase obrera y cuyos objetivos se identificaban con los de la misma.

PRIMEROS MOVIMIENTOS POLÍTICOS

En un principio hubo tres organizaciones políticas obreras: el partido democrático, los anarquistas, y los movimientos socialistas que dieron lugar a la formación del POS, que más tarde se convirtió en el PC.

1. *El partido democrático*

Este partido tuvo su origen en los esfuerzos de un grupo de jóvenes radicales de clase media por organizar centros en donde obreros, artesanos y miembros de la clase media que ejercían profesiones liberales se unieran para tratar de resolver el "problema social". Sus actividades no eran bien vistas por el partido radical y se separaron para formar el partido democrático, convocando a su convención fundadora en 1887.³⁸ En su primer programa proclamaron como meta la emancipación política, social y económica del pueblo;³⁹ e insistían en la necesidad de ofrecer al pueblo educación y servicios sociales, y de eliminar la corrupción de la vida pública en términos que habían de reflejarse en muchos de los manifiestos de las sociedades mutualistas y de los primeros sindicatos.

Como si quisiera respaldar sus palabras con hechos, organizó manifestaciones para protestar en contra de las compañías ferrocarrileras por el alza de tarifas. Como estas manifestaciones terminaron en la quema de carros de ferrocarril, el comité ejecutivo del partido fue detenido y encarcelado.⁴⁰

Sin embargo la línea del partido era más liberal que socialista. Sus campañas se basaban en promesas de elecciones libres, representación popular, descentralización administrativa, promoción de manufacturas, y servicios sociales.⁴¹ Era además, esencialmente, un partido parlamentario; y en sus primeros años presentó un notable número de proyectos legislativos.

³⁸ P. F. Iñiguez Irarrazaval, *Notas sobre el desarrollo del pensamiento social en Chile 1901-06*, Memoria, Univ. Católica, Santiago, 1968, p. 21.

³⁹ Ramírez, *Historia*, p. 214. También quería reducir el tamaño del ejército, conceder la autonomía a los municipios, afirmar la supremacía del Estado sobre todas las demás asociaciones, proteger a la industria nacional, y sustituir los impuestos sobre alimentos por los impuestos sobre la riqueza.

⁴⁰ Jobet, "Estudio preliminar", en Recabarren, *Obras escogidas*, pp. 6-7.

⁴¹ G. Feliu Gruz, *Chile visto a través de Agustín Ross*, Santiago, 1950, pp. 126-28. También se oponía a la inmigración de "las bajas clases sociales de la vieja Europa con todas las lacras y vicios de las naciones agotadas".

vos reformistas, la mayoría de los cuales no fueron aprobados, aunque en 1920, después de muchos años de esfuerzo, la ley que reglamentaba la educación primaria gratuita y obligatoria fue puesta en práctica. Pero el partido llegó a comprometerse en las corrupciones, intrigas y alianzas del llamado "periodo parlamentario" en Chile; para 1920 estaba bien acomodado en el sistema político y ya no constituía una fuerza reformista digna de tomarse en cuenta.

Se apoyaba en artesanos y pequeños burgueses, más que en la clase obrera, y se relacionaba con las sociedades mutualistas más que con las formas más radicales de organización obrera. Pero sí atrajo a muchos dirigentes que más tarde se convirtieron en socialistas y comunistas, como el mismo Recabarren, que durante muchos años fue militante del partido democrático. Sus periódicos ayudaron a difundir ideas reformistas entre sectores de la población que no recibían más periódicos que las publicaciones anarquistas que aparecían muy irregularmente. En la huelga de Valparaíso de 1903 sobresalieron los demócratas, y los obreros democráticos difundieron ideas sindicalistas y ayudaron a organizar sindicatos en algunas zonas del norte.⁴² Muy pronto comenzaron a combatir a los anarquistas y sus polémicas son anteriores a las que tuvieron lugar después entre comunistas y anarquistas. Pero aunque al principio representaron una fuerza educativa y de entrenamiento, más tarde se convirtieron en una influencia restrictiva. El movimiento obrero superó el reformismo limitado del partido.⁴³

De hecho el partido democrático había fundado ramas muy radicales en Santiago, y especialmente entre los mineros de la zona de Concepción, que más tarde se mostraron reacios a abandonar a quienes los habían ayudado a organizarse. En la convención de 1921 los elementos más avanzados fueron derrotados y muchos de ellos abandonaron su organización para unirse al PC y a la FOCh (que fundó organizaciones locales en las zonas carboníferas sólo a partir de 1920, ya que sus intentos anteriores habían sido obstaculizados por la fuerza del partido democrático), dejando tras de sí un partido democrático más conservador, más típicamente clase media, y más atrapado en el sistema parlamentario y político.⁴⁴

El mismo Recabarren había terminado por separarse del partido en 1912 debido a un desacuerdo respecto a la selección de candidato del partido para diputado, en un distrito en que deseaba competir, pero en donde el miembro democrático que ocupaba la curul se negaba a retirarse.⁴⁵

⁴² Kaempffer, pp. 75-76; F. Recabarren, *Historia del proletariado*, p. 177.

⁴³ Escobar (p. 197) se refiere a la suposición de los demócratas de que ellos eran los verdaderos dirigentes de la clase obrera. Pero señala su conservadora tendencia a oponerse siempre a las nuevas ideas y a la acción independiente.

⁴⁴ Ramírez, "El movimiento obrero chileno desde 1917 a 1922", *Principios*, enero de 1960, p. 32.

⁴⁵ Lafertte, p. 81. El historiador del partido democrático asegura que Recabarren fue expulsado del partido por indisciplina (H. de Petris Giesen, *Historia del partido democrático*, 1924, p. 41).

2. Los anarquistas

Los anarquistas representaban una forma diametralmente opuesta de acción. Sus ideas influyeron en Recabarren (cuyos primeros escritos se apoyan fundamentalmente en las obras de Reclus, Kropotkin y Malatesta), aunque éste había rechazado esas ideas antes de abandonar el partido democrático. Ya en 1904 había de afirmar en contra de los anarquistas que era necesario entrar en el mundo de la política para realizar las metas de la clase obrera.⁴⁶

En muchos casos no estaban claras las líneas divisorias entre socialistas y anarquistas antes del impacto de la revolución rusa de 1917 en Chile; y había muchos grupos libertarios socialistas que podrían haber pertenecido a cualquiera de los dos campos. Parece, sin embargo, que cuando menos en la primera década de este siglo los anarquistas eran los mejor organizados, los más avanzados y los más conocidos entre los grupos radicales, especialmente en lo que atañe a sus sociedades de resistencia. También fueron los primeros en recibir el impacto de los ataques de los patronos y del gobierno. Estaban organizados principalmente en las zonas de Santiago y Valparaíso, y la mayoría de sus miembros eran impresores, panaderos y zapateros, o trabajadores de la zona portuaria, además de lo cual tenían cierta fuerza en las minas de carbón cercanas a Concepción y en algunos de los distritos del norte. Muchos de estos primeros anarquistas habían inmigrado desde España, Italia y Alemania, y se habían radicado sobre todo en la zona de Santiago.⁴⁷ Los anarquistas intentaron por primera vez organizar formalmente a los obreros en esa zona, junto con la Federación de Carpinteros y Similares, que desempeñó un papel muy importante en las huelgas de Santiago en 1906-07. Aunque rechazaron las alianzas con políticos, cooperaron con los estudiantes, y muchos líderes estudiantiles prominentes de esta época fueron anarquistas.

Sus ideas eran típicas de los movimientos anarquistas en todas partes. Insistían en la importancia de la acción directa y en el rechazo de la ayuda exterior, especialmente si provenía de políticos, pues veían a los políticos, sea cual fuere el partido al que pertenecieran, como explotadores de la clase obrera. Se oponían especialmente a la organización de partidos obreros. Atacaban a Recabarren e intentaron probar que se había vendido a la burguesía.⁴⁸ Las relaciones internas de la clase obrera se deterioraron aún más después de la revolución rusa, de la formación del partido comunista chileno, y de la conversión de la FOCh en una sección

barren fue expulsado del partido por indisciplina (H. de Petris Giesen, *Historia del partido democrático*, 1924, p. 41).

⁴⁶ *Ibid.*, p. 12, citando el artículo de Recabarren en el periódico *El Marítimo*, Antofagasta, 20 de agosto de 1904.

⁴⁷ Barria, *Movimientos sociales 1900-10*, p. 123; Jobet, *Recabarren*, p. 41.

⁴⁸ G. Ortúzar e I. Puente, *Hacia un mundo nuevo*, 1938, p. 12; Osvaldo Arias, *La prensa obrera en Chile*, Memoria, Univ. Chile, 1953, p. 45.

del RILU. Los anarquistas alegaban que la FOCh se había vuelto totalmente dependiente de Moscú, y actuaba como fuerza divisoria dentro de la clase obrera; constantemente atacaban al PC con el lema de "abajo todos los gobiernos, proletarios o burgueses".⁴⁹

Los anarquistas estuvieron muy activos en muchos de los movimientos de protesta de la época. Pretendieron haber tenido participación en la huelga de Valparaíso de 1903, y en la "semana roja" de 1905, cuando habían ayudado a organizar el Comité para Abolir los Impuestos sobre la Carne Argentina, cuyo fracaso atribuyó un escritor anarquista a ignorancia de la teoría de la huelga general. Eran fuertes en la Federación de Zapateros, que organizó la acción directa y una serie de huelgas que tuvieron éxito en el periodo 1917-18. También sobresalieron en los primeros tiempos de la FOCh, que no fue en un principio un grupo exclusivamente comunista ni mucho menos. En 1913 los anarquistas fundaron su periódico mejor recibido, *La Batalla*, que se siguió publicando hasta 1925.⁵⁰

La mejor época del anarquismo organizado culminó en la creación de la rama chilena de la IWW, que organizó su primer congreso en 1919. Ésta era una asociación anarcosindicalista, más que anarquista. Su periódico veía el anarquismo y el sindicalismo como dos caras de un ideal común. Se argumentaba que la IWW no era anarquista; el sindicalismo industrial era la forma de organización sindical más moderna, que evitaba tanto la impotencia antiorganizativa del anarquismo como la burocracia estatal del socialismo.⁵¹ En este congreso la rama chilena adoptó una serie de tácticas de la IWW: la huelga, el boicot, el sabotaje, y anunció cuáles eran sus enemigos: el capital, el gobierno y la Iglesia.⁵²

La IWW chilena permaneció unida hasta 1925, y era fuerte entre los obreros portuarios de Iquique, Valparaíso y Antofagasta. Estaba compuesta de siete asociaciones, organizadas por ramas industriales, con un número de miembros que se calcula en 9 000.⁵³ Suspendió todos los puestos pagados, con la única excepción del cargo de secretario general, cuya función era convocar a junta a los miembros del ejecutivo. La IWW encontró un apoyo considerable entre los estudiantes y una o dos organizaciones de maestros, especialmente la Asociación de Maestros de Escuela

⁴⁹ Arias, p. 49. Fuera de la obra de Arias, no hay mucho escrito, especialmente por los mismos anarquistas, si exceptuamos los periódicos contemporáneos. Una obra que sí reflexiona sobre la tradición anarquista y que trata de ofrecer algunas pesimistas previsiones es la de Luis Heredia (que se presenta a sí mismo como un obrero con poca educación de tipo escolar) en *Cómo se construirá el socialismo* (1936). En ella se pronuncia firme y abiertamente en favor de Bakunin y en contra de Marx.

⁵⁰ Fanny Simon, "Anarquismo y anarcosindicalismo en América del Sur", HAHR, febrero de 1946, p. 52.

⁵¹ Tomado de *Acción directa*, Santiago, 1920-26, citado en Arias, p. 49.

⁵² Simon, p. 53.

⁵³ Troncoso, *Organización sindical*, p. 36. Ésta fue su mejor época, en 1928; en 1924 tenía, según se ha calculado, 2 000 miembros (Simon, p. 53).

Primaria de Chile. Aunque la IWW tenía sindicatos en un buen número de ramas industriales: panadería, construcción, zapatería, impresión, nunca fue tan fuerte como la FOCh, e incluso era menor que algunos sindicatos católicos y clericales. No había de permanecer unida durante mucho tiempo; los trabajadores portuarios, los impresores y los panaderos pronto se separaron de ella. Esto se debió a que hubo una gran disputa respecto al tipo de organización que adoptarían, prefiriendo algunos de ellos una estructuración federal o regional con base en la profesión u oficio, en vez de la organización en sindicatos industriales; y el primer grupo se separó para formar la FORCh, en 1925-26.⁵⁴

Los sindicatos anarquistas sufrieron fuertes represiones tanto por parte del gobierno como de los patrones. En 1920, por ejemplo, muchos de los nuevos dirigentes fueron detenidos, acusados de tener explosivos en sus oficinas de Valparaíso, aunque siempre sostuvieron que habían sido colocados en esas oficinas por la misma policía.⁵⁵ Fueron especialmente perseguidos en la época de la dictadura militar de Carlos Ibáñez (1927-31), en parte porque eran el grupo que más fuertemente se le oponía, en parte porque Ibáñez presionó para que se aplicara rigurosamente la ley del trabajo, y reprimió a los que se oponían a ella, y la oposición más fuerte provenía de los anarquistas.⁵⁶ Sus organizaciones fueron prácticamente destruidas y sus dirigentes desterrados.

Aunque la formación de la CGT, en 1931, no pertenece al periodo cubierto en este capítulo, es conveniente tratar de ella aquí, ya que fue la última vez que los anarquistas lograron formar una organización importante. La CGT estaba organizada por regiones más que por industrias, y unificaba a los restos de la IWW y de la FORCh. Sus miembros provenían de los mismos grupos y se estima que en su mejor época llegó a tener entre 15 000 y 25 000 miembros;⁵⁷ contaba entre sus miembros a algunos de los obreros mejor pagados de Chile en esa época, ya que muchos eran artesanos calificados y sus sindicatos eran muy combativos, como en el caso del Sindicato Industrial de Peleteros. Su tradición sigue viva en el actual FONACC.

Pero para 1946 la CGT se había reducido a una organización esquelética. Al irse modernizando las estructuras industriales, y reduciéndose en importancia el aspecto artesanal, la base social del apoyo anarquista se redujo notablemente. Por oponerse terminantemente a los sindicatos legales, perdió el apoyo de muchos trabajadores que veían ventajas en la protección legal

⁵⁴ Barria, *Breve historia*, pp. 27-28.

⁵⁵ Heredia, p. 47.

⁵⁶ En 1924 el régimen civil fue derrocado por los militares. Ibáñez —que tenía a la sazón el grado de mayor— surgió como el principal dirigente, y ejerció el poder (tanto formal como informalmente) desde 1927 hasta 1931. Fue derrocado en 1932 y el gobierno volvió a manos civiles al ser elegido presidente Arturo Alessandri por segunda vez en 1933.

⁵⁷ Barria, *Breve historia*, p. 36; Escobar, p. 217.

y la participación en las ganancias. Como rechazaban la conciliación y el arbitraje, fueron reprimidos más duramente que otros sindicatos. La violencia de sus actividades hizo que perdieran apoyo cuando estas tácticas no sólo fracasaron sino que resultaron en ceses masivos de obreros.⁵⁸ En las olas sucesivas de entusiasmo popular que llevaron al poder a Alessandri en 1920, y al Frente Popular en 1936-38, perdieron gran parte del apoyo masivo de que habían gozado entre los elementos marginales que anteriormente habían podido movilizar para protestas masivas, sobre todo en protestas contra los altos impuestos sobre alimentos, las rentas altas y el alto costo de la vida.⁵⁹ En comparación con los gigantes comunista y socialista que habían surgido en el movimiento obrero, parecía, y era de hecho, débil, ineficaz, improcedente. Heredia, un anarquista convencido, que escribía en 1938, se mostró muy pesimista respecto al futuro de su movimiento; ya no creía que sería capaz de derrocar al Estado mediante una huelga general, y admitió que no sabía de dónde vendría la fuerza que llevaría al cabo la revolución, aunque añadía que de cualquier manera era necesario que hubiera antes una fuerte sacudida de los cimientos políticos en Europa o en un país latinoamericano grande. El anarquismo chileno, concluía, no tenía ningún futuro por sí solo;⁶⁰ y los acontecimientos le dieron la razón.

Y sin embargo la influencia del anarquismo en el movimiento obrero fue importante. Muchos de los futuros dirigentes del PC, tanto intelectuales (como Carlos Contreras Labarca,⁶¹ que fue secretario general del PC) cuanto proletarios (como Juan Chacón, antiguo trabajador portuario de Valparaíso que más tarde fue miembro del comité central, y portavoz del partido sobre asuntos agrarios) pasaron por las filas del anarquismo.⁶² También hubo anarquistas que después figuraron de manera importante en el partido socialista, como Óscar Schnake, que fue un prominente socialista y ocupó un puesto en el gabinete del gobierno del Frente Popular. Las viejas disputas entre Marx y Bakunin se repitieron en los debates de los congresos del partido socialista hasta la mitad de la década de los cuarentas. La postura radical del anarquismo, su hostilidad hacia

⁵⁸ Hasta los trotskistas de la época, que concentraban sus ataques contra el partido comunista por "conservador" y "burocrático", condenaron a la CGT, acusándola de aventurerismo e irresponsabilidad (CPCh, *En defensa de la revolución*, 1933, p. 113).

⁵⁹ Gurrieri, p. 89.

⁶⁰ Heredia, pp. 78-79.

⁶¹ Dirigente estudiantil de los veintes. La revista anarquista *Acción Directa* tuvo una gran circulación entre los estudiantes, y su propia revista, *Claridad*, publicó muchos artículos sobre el anarquismo. A. Chelén, *Trayectoria del socialismo* (?1968), p. 33.

⁶² Muy brevemente, rinde tributo a la energía y entusiasmo de los anarquistas en esta época de 1910-20 (J. M. Varas, *Chacón*, 1968, pp. 21-27). También menciona que hubo contactos activos con los anarquistas argentinos en esa época.

el Estado, la Iglesia y el capital, fue un elemento importante de la tradición del movimiento obrero chileno.

3. Movimientos socialistas y el POS

Las dos décadas que median entre 1890 y 1910 se señalaron por la frecuente formación y, generalmente, rápida decadencia de clubes, movimientos y partidos socialistas y anarquistas, la mayoría de ellos en Santiago y Valparaíso, y unos cuantos en Punta Arenas, Iquique, y Antofagasta. Muchos de sus miembros eran intelectuales de clase media, aunque también había artesanos.⁶³

Los primeros antecedentes de estos movimientos se pueden encontrar en la Sociedad de la Igualdad, establecida por Santiago Arcos y Francisco Bilbao en 1850. Ya desde la Europa de 1848, los fundadores de esta sociedad habían concebido la necesidad imperiosa de destruir a la aristocracia por medio de un movimiento verdaderamente democrático y popular. La sociedad original sólo duró siete meses; pero despertó interés por sus reuniones, y organizó protestas y actividades de tipo educativo. Surgieron muchas imitaciones, tales como el Club de la Opinión en Valparaíso, en donde las "clases trabajadoras respirarían por primera vez el aire de la filosofía y vislumbrarían por primera vez su propia dignidad e importancia".⁶⁴ Si los fundadores de semejantes grupos pertenecían a la clase media, en cambio muchos de sus miembros eran artesanos y obreros. Las sociedades no eran socialistas y utópicas, más bien intentaban impresionar a la clase trabajadora con la necesidad de la educación y de la acción política. En este sentido eran precursores de los partidos radical y democrático más bien que del POS, pero también fueron una escuela por la cual pasaron muchos dirigentes de ese partido.

La fundación del partido socialista en 1897 fue el primer intento serio que hubo de fundar un partido que representara a esta tendencia. Lo constituía un grupo confuso pero activo, muchos de cuyos dirigentes, como Alejandro Escobar Carballo, habían de decidirse más tarde por el "socialismo libertario" y el anarquismo. Su programa era avanzado para la época: exigían un día de trabajo de ocho horas; consejos de obreros y patronos para resolver las disputas industriales y reglamentar las condiciones de trabajo en las fábricas (los miembros del consejo serían pagados por el Estado); impuestos directos y progresivos; abolición de monopolios y privilegios; salarios proporcionados a la producción y a las utilidades.⁶⁵ Y sin embargo, agregaban cautamente, el partido se esforzaría por conseguir estas metas por medios legales. El PS nunca atrajo a las masas, y en el norte del país tenía muy pocos seguidores. La mayoría de sus dirigen-

⁶³ Jobet, *Recabarren*, p. 101.

⁶⁴ Ramírez, *Historia*, pp. 80 y 82 (citando sus estatutos).

⁶⁵ Para el texto completo, *ibid.*, p. 235.

tes eran sumamente jóvenes y muy pronto se decidieron por el anarquismo. El partido duró poco más de un año.

Los grupos socialistas de Punta Arenas tenían muy pocas relaciones con los movimientos del resto de Chile. La inmigración europea era mucho más importante en el sur del país, y los obreros se desplazaban con frecuencia de Punta Arenas a la Argentina y viceversa, de manera que el movimiento de la provincia de Magallanes se puede ver como una extensión del movimiento argentino más que del chileno.⁶⁶

En 1912 se fundó el POS, más como un grupo separado del partido democrático que como la creación de un movimiento socialista autónomo. Hacía tiempo que entraban y salían grupos socialistas del partido democrático; ya desde 1891 se había separado del mismo el núcleo de un partido proteccionista, alegando que el partido democrático no se preocupaba lo suficiente por las condiciones económicas de la clase obrera. Estos movimientos, generalmente de corta vida, regresando algunos de sus miembros al partido democrático y convirtiéndose otros en anarquistas, eran bastante frecuentes.⁶⁷ Pero la división clave se había de producir al formar Recabarren el POS, antecesor del PC chileno.

En 1912, un grupo de obreros militantes del partido democrático fundó el POS; en el mes de agosto, en Punta Arenas, y de manera completamente independiente, se fundó una organización parecida que había de fundirse con el POS, aunque al principio el grupo de Punta Arenas era mucho más reformista.⁶⁸ Para 1915, cuando tuvo lugar su primer congreso, presidido por Recabarren, había organizado dieciséis secciones en distintas partes del país. Se decidió llamar al partido POS, para distinguirlo claramente de los partidos social-demócratas de Europa que, al parecer de Recabarren, habían traicionado a la clase obrera por su actitud hacia la primera guerra mundial.⁶⁹ Además de decidirse a luchar por la jornada de ocho horas y la semana inglesa, el partido decidió tomar parte en las luchas políticas y electorales sin buscar la alianza con otros grupos o partidos. Algunos miembros deseaban que el POS y la FOCh se fundieran en una sola organización, pero Recabarren insistió en la necesidad de mantener separados el sindicato y el partido, aunque sin perjuicio de su coordinación. Desde este momento arranca pues el desarrollo paralelo pero independiente (independencia teórica que no siempre se confirma en los hechos) del partido político de membresía menos nutrida que aglutina a los obreros más militantes, y de la confederación, más numerosa, que acepta a todos los miembros de la clase obrera aunque sin perder la esperanza de convertirlos en miembros del partido.

En un principio el POS era una organización que no tenía nada de

⁶⁶ Ibid., p. 245; Chelén, p. 23.

⁶⁷ Ramírez, *Historia*, pp. 225-26, 243.

⁶⁸ S. M. Martínez, "El primer congreso del POS", *El Siglo*, mayo de 1967.

⁶⁹ Ibid., El congreso de 1915 del POS condenó la segunda guerra mundial.

rígida. Como dice Lafertte:

Llegaban miembros de todas las líneas políticas. Había militantes del partido democrático, anarquistas, personas sin partido, obreros, pequeños negociantes, intelectuales, profesionales, pero predominaba la clase obrera que venía de la pampa nitrera de Iquique y de los sindicatos panaderos. En nuestras filas florecían muchas ideas anarquistas; por ejemplo, la resistencia a las leyes, el amor libre, el anticlericalismo. No éramos realmente marxistas. El marxismo llegó a su hora al POS, después de estudiar mucho, después de leer libros provenientes de Europa, estimulado por los contactos internacionales, los viajes de nuestros camaradas, el contacto con la Internacional Comunista. Pero teníamos entre nosotros [...] la capacidad de luchar, de resistir a la injusticia, de organizarnos, el sentimiento de la unidad, el orgullo del proletariado y, sobre todo, la conciencia de clase (p. 101).

No es posible exagerar la influencia de las ideas de Recabarren en la formación y el desarrollo del partido. Sus sentimientos puritanos se hacen notar en la insistencia constante en la higiene, en la presión en favor de la prohibición de bebidas alcohólicas y en favor de la difusión de la educación.⁷⁰ Su visión se reflejaba en la búsqueda de una sociedad sin clases y de la igualdad de los sexos. Sus tácticas se tradujeron en la división entre partido y sindicato sin perder los miembros la obligación de tomar parte activa en los sindicatos. También insistió en la necesidad de rechazar la oposición anarquista a las actividades partidistas y parlamentarias. Él mismo fue elegido dos veces diputado. Después de la ocasión en que no se le permitió ejercer el cargo, fue elegido para representar a Antofagasta, junto con otro miembro del POS, en 1921.

Sin embargo el POS fue transformado por el impacto simultáneo de la revolución rusa y el desempleo posterior a la primera guerra mundial. La situación social se volvió tensa, y el primer dirigente popular de Chile, Arturo Alessandri, inició su campaña presidencial coronada por el éxito en 1920. Fue entonces que el POS tomó los primeros pasos que lo habían de llevar a integrarse al Comintern. Recabarren se negó a permitir al partido que apoyara la candidatura de Alessandri, y él mismo presentó su candidatura (a pesar de estar en la cárcel) sin obtener más que unos cuantos votos para oponerse al "león de Tarapacá". Con todo, el POS parecía al menos constituir un reto a los viejos partidos largamente establecidos y parecía una afirmación de independencia.

En el cuarto congreso del partido, que tuvo lugar en Valparaíso en

⁷⁰ En una ocasión escribió: "Hay dos circunstancias fatales que determinan en gran medida la miseria permanente, progresiva y heredada de las masas: la impreviabilidad y el vicio." ("Ricos y pobres", *Obras escogidas*, pp. 90-91.) Una de las razones que justifican la expulsión de un miembro del PC actual, según sus estatutos es "el alcoholismo habitual" (PCCh, *Estatutos*, 1965, p. 20).

diciembre de 1920, se acordó solicitar su admisión a la Tercera Internacional, después de que las ramas locales hubieran tenido tiempo de discutir y aprobar la medida. Y como prueba de lo que había de venir, se resolvió purgar al partido de sus elementos reformistas que sólo servían para desviar al proletariado de su tarea de liberación,⁷¹ tomar el nombre de partido comunista y adoptar como programa inmediato el mismo de la FOCh. Estas propuestas fueron ratificadas en el congreso de Rancagua en enero de 1922 casi sin oposición, no sin que antes algunos sectores hicieran un gran esfuerzo por lograr que se probara el modelo alternativo de un partido laboral a la inglesa, que había de formarse con la FOCh, el partido democrático (muy criticado, pero que como el partido radical actualmente podía ser utilizado) y el POS. Sin embargo había de pasar algún tiempo antes de que el nuevo PC se transformara en un partido marxista leninista "correcto", que mereciera la aprobación de Moscú. Para el año de 1926, la oficina sudamericana de la Comintern sentía que la bolchevización del PC chileno no avanzaba a un paso satisfactorio.⁷² En realidad, antes del año de 1928, el PC no fue aceptado sino como candidato a miembro de la Comintern; sólo se le reconoció plenamente después de que había sido declarado ilegal por Ibáñez en 1927.

LA FOCH

En 1908 las compañías de ferrocarriles estatales, alegando que estaban pasando por una crisis financiera y necesitaban hacer economías, redujeron en un 10% los salarios de sus trabajadores. Un abogado conservador ayudó a los trabajadores a organizar, en septiembre de 1909, la Federación Obrera, y a llevar al cabo con éxito una campaña para que se les volviera a fijar el salario anterior. En el año de 1911 los ferrocarrileros tuvieron su primer congreso, en donde dieron a su sindicato el título de Gran Federación Obrera Chilena. Se habían organizado en una sociedad de trabajadores ferrocarrileros de tipo mutualista, y tenían un programa muy moderado que hacía hincapié en la cooperación con los patrones y el gobierno.⁷³ Su sindicato fue incorporado legalmente como sociedad mutualista.

La Federación fue severamente criticada por Recabarren por servir como un instrumento de la burguesía para controlar a los obreros. Pero sí ofrecía a éstos una organización relativamente fuerte en tiempos en que los sindicatos eran generalmente muy débiles. Algunas de las secciones más militantes de Valparaíso la utilizaron para lanzar una huelga general en 1913, con objeto de protestar contra un decreto que obligaba

⁷¹ Ramírez, *Origen y formación del PCCh*, 1965, p. 124.

⁷² Barría, *Movimientos 1910-26*, p. 400. En 1923 había, según se ha calculado, unos 2 000 miembros organizados en 50 secciones (Ramírez, *Origen*, p. 182; ver también S. Clissold, *Soviet Relations with Latin America 1918-68*, 1970, p. 119).

⁷³ Barría, *Breve historia*, p. 23. Troncoso reproduce este programa y partes de otros posteriores en *Organización*, pp. 83-88.

a los ferrocarrileros a llevar consigo credenciales de identificación con fotografías.⁷⁴ La Federación misma comenzó a desarrollar tendencias militantes. Los demás sindicatos estaban bastante desorganizados. Las sociedades mancomunales y de resistencia sufrían los efectos de las represiones de este periodo. En 1917, en su segundo congreso, que tuvo lugar en Valparaíso, se permitió que participaran representantes de las mancomunales, y se decidió abrir la Federación —ahora con el nombre de FOCh— a todos los obreros que quisieran ingresar a ella. Acudieron obreros provenientes de muchas ramas industriales y de todas las filiaciones políticas; en un principio la Federación, como el POS, reunió a socialistas, miembros del partido democrático, anarquistas y sindicalistas apolíticos.⁷⁵ Era mucho más fuerte en el norte y en el sur del país que en la misma ciudad de Santiago, en donde tenía muy poco apoyo, si se la compara con los anarcosindicalistas.⁷⁶

El periodo de posguerra fue de marcadas tensiones sociales, y los años de 1917-20 se señalaron por un número creciente de huelgas y de movimientos de masas, como el de la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional, que se formó a fines del 1918 para luchar contra el alto costo de los alimentos (con representantes de la FOCh, de la federación de estudiantes, del POS, y de los partidos democrático y radical).

La FOCh misma comenzó a reflejar esta acentuación de las tensiones. En el congreso de 1919, en Concepción, cambiaron tanto su estructura como sus características. Desde ese momento el sindicato fue la unidad básica de la organización, y en él se agrupaban todos los trabajadores de una zona dada, sin distinciones de función ni de profesión. La FOCh exigió la abolición del sistema capitalista y propuso que la industria fuera administrada por los sindicatos. Recabarren calculaba que inmediatamente después de la primera guerra mundial, tenía aproximadamente 60 000 miembros, pero que para el año 1922, había bajado a 30 000, debido al desempleo y a la represión por parte del Estado y de los patrones.⁷⁷

El periodo de 1920-22 fue vital para el desarrollo de la FOCh, por ser éste el de la gran disputa respecto a la conveniencia de formar un solo partido político al estilo del partido laboral británico, y de ingresar al RILU. En el congreso que se organizó en 1920, y que presidió Recabarren, se consideró esta idea, aprobada anteriormente por el comité ejecutivo de la FOCh, de formar un partido político popular de masas. Se llegó al acuerdo de discutir el asunto con el POS y el partido democrá-

⁷⁴ Barría, *Movimientos*, p. 114.

⁷⁵ Laferte, pp. 149-50.

⁷⁶ L. Vitale, *Discursos de Clotario Blest*, 1961, p. 49.

⁷⁷ Repartidos, según Recabarren, de la siguiente manera: 10 000 mineros (nitrato, cobre y carbón), 10 000 obreros del transporte, 1 000 campesinos y 9 000 trabajadores de otros ramos u oficios. Para 1924, año en que se había recuperado la economía, el número de miembros había vuelto a subir hasta 140 000, según Ramírez (*Origen*, p. 98).

tico; y se esperaba que el congreso de la FOCh, que tendría lugar en 1921, pudiera celebrar la fusión de las tres organizaciones. Pero el partido democrático no pudo aceptar la idea de formar un solo partido que no formaría alianzas con ningún otro grupo; en cambio sí aceptó el principio de la cooperación con la FOCh en su lucha contra el capitalismo y también el proyecto de formar pactos electorales con la FOCh con exclusión de otros grupos (aceptación que pronto retiró para aliarse con el partido radical). Sin embargo, en el congreso de 1921, la FOCh resolvió que debido al reformismo del partido democrático y su colaboración con el gobierno, se negaría en el futuro a mantener ninguna relación con él. Esta resolución se aprobó por 77 votos en favor y 33 en contra, y la minoría (que pertenecía predominantemente al partido democrático) se retiró del congreso.⁷⁸ El POS también estuvo de acuerdo, en su congreso de 1920, en formar un partido único, y había participado en las infructuosas negociaciones con el partido democrático.⁷⁹

El congreso de la FOCh de 1920 también había resuelto que sus secciones deberían considerar el asunto de ingreso al RILU, y en el congreso de 1921 la medida se aprobó por una mayoría abrumadora.⁸⁰ Ese congreso aprobó una declaración radical de su política acerca de la necesidad de controlar los medios de producción, así como la acostumbrada resolución de combatir el juego y el alcoholismo. Se volvió a modificar la forma de organización: los consejos federales que existían en la mayoría de las ciudades, organizados por profesiones u oficios, se reorganizaron por industrias, que se clasificaron en seis grandes grupos. La FOCh resolvió trabajar con el POS para lograr sus fines comunes, que habían de difundir mediante periódicos de los cuales serían copropietarios.⁸¹

Uno de los motivos para que tanto el partido como el sindicato ingresaran al bando del comunismo internacional, fue la rápida decepción sufrida después de la elección de Alessandri en 1920. La candidatura de Recabarren había sido poco más que un gesto (y difícilmente podría ser otra cosa, tomando en cuenta que estaba encarcelado). La prensa obrera

⁷⁸ Barriá, *Movimientos*, p. 145.

⁷⁹ Hay testimonios contradictorios respecto al papel de Recabarren durante este episodio. Según Chacón, Recabarren estuvo en contra de utilizar a la FOCh como base de un partido político (en el congreso de la FOCh en Rancagua, en 1920) (Varas, p. 38). En cambio Vitale (trotskista) asegura que fue el propio Recabarren quien promovió la idea, p. 56. Un artículo publicado en *El Siglo*, el 22 de diciembre de 1968 (el diario oficial del PC) da la impresión de que cambió de opinión entre 1920 y 1921.

⁸⁰ Al congreso de 1921 asistieron 128 delegados que representaban a 102 organizaciones con 80 000 miembros. Una moción para aplazar la afiliación durante un año fue derrotada por 74 votos en contra, 34 en favor y 6 abstenciones. La moción en favor de solicitar la afiliación fue aprobada por 106 votos en favor, 12 en contra (la mayoría de éstos fueron de delegados de sindicatos ferrocarrileros) y 7 abstenciones (Barriá, *Movimientos*, p. 143).

⁸¹ Poblete, *Organización*, pp. 34-35.

contemporánea hizo poco caso de las elecciones,⁸² ya que los obreros en general carecían de derecho al voto. Aun así, la elección de 1920 fue la primera que interesó e hizo reaccionar a muchos miembros de la clase obrera. Sin embargo, una masacre de trabajadores nitreros en San Gregorio decepcionó a muchos, cuando Alessandri no sólo se negó a repudiar, sino que incluso dio su apoyo a las secciones del ejército que habían sido responsables. Como se encontraba bloqueado en el congreso por una mayoría conservadora, podía hacer muy poco para cumplir sus promesas electorales.

Si la claridad ideológica y la unidad política que produjo el ingreso al RILU y su creciente identificación con el PC (nombre que había adoptado el POS) trajo consigo beneficios para el movimiento sindical, también tuvo desventajas. El movimiento comenzó a ocuparse más de fines políticos, y menos de fines de tipo económico; y perdió miembros, como los del partido democrático, que no aceptaban sus ideas. También perdió sindicatos enteros, como, en 1923, el de los ferrocarrileros, que sentían que sus problemas no recibían una dosis suficiente de atención en la nueva FOCh.⁸³ La FOCh tendía a concentrar sus actividades en los mismos lugares en donde estaba activo el PC, por ejemplo en las zonas carboníferas y nitreras, y olvidar un poco los centros urbanos, de manera que en Santiago tenía apenas 1 000 miembros.⁸⁴ Ahora los historiadores comunistas ven este periodo como uno en que se dedujeron tácticas equivocadas de conclusiones correctas. La conclusión correcta era que la emancipación de los obreros sólo podía ser el producto de sus propios esfuerzos; pero el movimiento era demasiado introvertido y demasiado pesimista y desconfiado de otros grupos sociales. Estas tácticas no las cambiaron hasta que se formó el Frente Popular.⁸⁵ Además, según los historiadores oficiales del

⁸² Excepto en el sector controlado por el partido democrático, que estaba decididamente en favor de Alessandri (Arias, p. 178). Chacón describe en términos vivos la atracción de Alessandri para la clase obrera (Varas, pp. 35-36). Pero muy pocos obreros hubieran podido votar por Alessandri. En 1920, de una población total de 3 785 000 y un electorado potencial adulto y masculino de 898 000, no registraron únicamente 370 314 votantes, de los cuales sólo 166 917 votaron (lo cual representa un censo respecto a las elecciones para diputados de 1912, en que se contaron 295 000 votos), ganando Alessandri por una escasa mayoría. El fraude y la corrupción electoral son factores que explican tanto el reducido número de votos como el de votantes registrados (Atilo Boron, "Movilización política y crisis política en Chile", *Aportes*, abril de 1971, pp. 47-51).

⁸³ Aunque más tarde se afiliaron al RILU por separado (Jobet, *Recabarren*, p. 140).

⁸⁴ Barriá, *Movimientos*, p. 146. C. A. Martínez, que era entonces el secretario general de la FOCh, atribuía esto a la competencia ideológica y el faccionalismo en la clase obrera.

⁸⁵ Ramírez *Movimiento*, pp. 45-46. En su *Origen* escribe: "La notoria participación de militantes comunistas en la FOCh, y el reconocimiento del papel dirigente de Recabarren tanto en el partido como en el sindicato, el hecho de que la FOCh había expresado su simpatía por la revolución rusa y había ingresado al

partido, la FOCh subestimó la capacidad de persistencia del capitalismo, y sobrestimó su propia capacidad de cambiar el sistema; y el hecho de que prácticamente se identificara a la FOCh con el PC hizo bajar los bonos de la FOCh y crecer los de grupos como la IWW. Y sin embargo los historiadores del partido son críticos demasiado severos. La IWW, con su política de membrecía abierta y sus tácticas radicales, fue atacada y destruida. El PC y los sindicatos comunistas sufrieron, pero sobrevivieron, y más tarde siguieron creciendo.

La FOCh probablemente llegó a su máxima fuerza en 1924, antes de que los efectos combinados de la intervención de los militares en la política, la dictadura de Ibáñez y la depresión mundial, arrojaran a todo el movimiento obrero en un estado de confusión y decadencia, al resentir el golpe combinado de la persecución y del desempleo. El tamaño aproximado del movimiento obrero se puede ver en la tabla que sigue.

<i>Federaciones y sindicatos obreros, 1925</i>	<i>Sindicatos</i>	<i>Miembros</i>
Federación de Ferrocarrileros (afiliada directamente al RILU)	30	15 000
Sindicatos de mineros del carbón (en la FOCh)	12	10 000
Sindicatos metalúrgicos (sólo algunos pertenecían a la FOCh)	15	16 000
Sindicatos de trabajadores del nitrato (pertenecientes a la FOCh)	40	40 000
Sindicato de trabajadores portuarios (divididos entre la FOCh y la IWW)	30	11 000
Sindicatos rurales (pertenecientes a la FOCh)	10	5 000
Otros sindicatos pertenecientes a la FOCh	50	60 000
Otros sindicatos no pertenecientes a la FOCh	20	40 000
	<hr/> 214	<hr/> 204 000

FUENTE: Poblete, *Organización*, anexo 5. Poblete tenía un puesto oficial en la Secretaría del Trabajo y desempeñó un papel importante en la redacción del código de trabajo.

RILU, la circunstancia de que —ya desde el principio— el partido tenía ligas íntimas y cordiales con la FOCh, fueron factores que produjeron la impresión de que el partido y la FOCh eran la misma cosa, tanto a los comunistas como a los enemigos de la clase obrera.” Esto tendió a dividir a la clase obrera por una parte, y por otra hacía parecer a la FOCh, que era una organización de masas, como la fuerza directriz del movimiento comunista, lo cual redujo su peso político (pp. 209-20.) En 1933 la oficina sudamericana del Comintern hizo la misma crítica.

De 1924 en adelante la FOCh se involucró en la turbulenta política de la época, y sufrió las consecuencias, como la mayoría de los partidos políticos y los sindicatos.⁸⁶ El suicidio de Recabarren en 1924 fue un golpe fortísimo;⁸⁷ al establecerse sindicatos legales perdió apoyo el movimiento, ya que la FOCh tenía una posición ambivalente respecto a la búsqueda de reconocimiento legal; tanto el movimiento como el partido se dividieron en su actitud respecto a Ibáñez cuando un senador comunista y cuatro diputados comunistas (el partido tenía dos senadores y siete diputados en 1924) recomendaron que se le apoyara en un momento en que estaba persiguiendo a muchos dirigentes comunistas y de la FOCh.⁸⁸ La FOCh tomó parte activa en la creación de la Unión Social Republicana de Jornaleros y Asalariados Chilenos en 1925, que llegó a tener 100 000 miembros, entre maestros, obreros y trabajadores de cuello blanco. Apoyó la candidatura a la presidencia de José Santos Salas,⁸⁹ que distaba mucho de ser comunista y que obtuvo 80 000 votos contra 180 000 para el candidato de la derecha. Pero esta sociedad precursora del Frente Popular cayó en poder de grupos que deseaban un partido reformista (aunque acabó por apoyar a Ibáñez que más tarde la proscribió), y los comunistas se separaron de la organización, llevándose con ellos a la FOCh.

CONCLUSIONES

Para 1924 es posible definir algunas características generales y persistentes del movimiento obrero. En primer lugar, se puede afirmar que es un movimiento sumamente politizado. Las divisiones sindicales reflejan divisiones de partido o ideológicas; tiene pocas oportunidades de éxito un dirigente que abogue por la completa separación de sindicato y partido, o sea por un sindicalismo apolítico, aunque muchos se adhieran verbalmente a esta posición. Los asuntos que se discuten son políticos: si debería de haber movimiento sindical revolucionario, o si la tarea de realizar

⁸⁶ Entre 1925 y 1933 le fue imposible organizar un solo congreso, y para 1933 se había reducido a la cuarta parte de su tamaño, aunque sí tuvieron una convención en 1931, fundamentalmente para participar en las disputas de la época, entre los seguidores de Trotsky y los de Stalin. Esta convención expulsó al grupo supuestamente trotskista de Manuel Hidalgo (que se había adueñado del comité central del partido por una temporada, durante la dictadura de Ibáñez, cuando casi todos los miembros del grupo Lafertte-Contreras Labarca estaban exiliados o encarcelados), que estaba en favor de trabajar con sindicatos legales. El grupo de Hidalgo también atacaba la línea comunista contemporánea acerca del “social-fascismo” (R. J. Alexander, *Communism in Latin America*, 1957, p. 185).

⁸⁷ No se saben los motivos de su suicidio, pero estaba enfermo y desilusionado, y había una agria lucha interna en el partido comunista.

⁸⁸ Varas, p. 60.

⁸⁹ Modestamente proclamaba que su programa “no era de izquierda, no era extremista, sino que era un programa de salvación nacional” (citado por Ramírez, en *Origen*, p. 149).

la revolución política se debe encomendar a un partido político formalmente independiente; si la ideología de los sindicatos debe inspirarse en Marx, Bakunin o Cristo (y más tarde en Trotsky, en el movimiento demócrata cristiano, o en los sindicatos norteamericanos). El hecho de que estas discusiones políticas tienen lugar dentro de los sindicatos crea una tensión entre la inclusividad (si el sindicato debe abarcar a todos los miembros de la clase trabajadora, incluyendo a los trabajadores de cuello blanco) y la exclusividad (sólo los fieles al partido), y esta disputa ha sido permanente. Cada partido cree que es el único en seguir una política sindical correcta; pero por otra parte los miembros de los demás grupos representan a grandes sectores de la clase obrera. La cuestión de las relaciones entre partido y sindicato ya había surgido en 1924: ¿qué punto de vista había de predominar, el del sindicato o el del partido? Ya entonces el movimiento sindical, y especialmente la FOCh, había comenzado a buscar aliados, teóricamente a la derecha del movimiento, con el objeto de ganar poder político e influencia. Para 1924 el problema de cómo retener el control político definitivo de un movimiento planeado para incorporar a grupos muy diferentes de ideologías variadas, ya era familiar a los dirigentes comunistas.

No debe suponerse que todos los sindicatos ni todos los obreros estaban ocupados en discutir cuestiones políticas. Aun en sus mejores momentos, había más obreros fuera de la FOCh que dentro; y aun entre los obreros sindicalizados, los militantes políticos o sindicales eran una minoría. Debido a que muchos obreros rechazaban o se mantenían indiferentes ante una discusión llevada en términos políticos, muchos de los obreros, aun los que estaban formalmente afiliados a un partido, eran vulnerables a un llamado de tipo nacionalista en boca de un dirigente genuinamente popular, como Alessandri, en 1920, que se mantenía independiente de la disputa sindical interna. Pero si los dirigentes populistas arrastran a muchos electores, no arrastran a los dirigentes sindicales. El PC fue bien servido por aquellos dirigentes sindicales que, a pesar de persecuciones y ceses, permanecieron fieles al partido y a su ideología, y mantuvieron en operación dentro de los sindicatos una organización de partido sumamente reducida aun en las épocas en que el partido mismo había sido declarado ilegal.

El PC no estaba operando en el seno de una clase obrera hostil a sus ideas o ignorante de ellas. Aun cuando los grupos sindicales disputaban amargamente en los primeros años, había cuando menos algunos supuestos que compartían; la oposición al sistema capitalista; la deseabilidad de una acción unificada; la necesidad de que los obreros buscaran su propia salvación (aun cuando este supuesto se viera modificado por la formación de partidos políticos, estos partidos eran partidos obreros); compartían también un trato arbitrario de parte del Estado y una situación de clase. Cuando menos esto era cierto en las zonas mineras del norte, y

esta tradición radical fue difundida por los obreros del nitrato que habían perdido sus empleos al desarrollarse sustitutos artificiales del nitrato después de la primera guerra mundial, y se acentuó con la depresión del periodo que media entre las dos guerras. De los 100 000 obreros que trabajaban en la industria nitrera en 1928, sólo quedaban 60 000 en 1932. Las líneas de migración no son fáciles de establecer, pero hay pruebas del papel que desempeñaron estos obreros en la difusión del sindicalismo norteño a otras partes del país.⁹⁰ La autobiografía de Laferte, ex-secretario general de la FOCh, apoya esta aseveración.⁹¹ Aún antes de que se hubiera convertido en un comunista de cierta importancia, había cambiado su residencia varias veces, yendo de un punto a otro de Chile, después de ser expulsado del norte por el desempleo y la persecución política. Él afirma que su vida ambulante era típica del trabajador norteño desempleado de este periodo.

Y estos dirigentes sindicales no sólo se desplazaban geográficamente sino que también ocuparon cargos directivos durante largas temporadas. Laferte mismo fue prominente como dirigente obrero durante muchos años. No había en Chile, como lo hubo en Argentina, un rompimiento entre la "vieja clase" de dirigentes obreros, y una "clase nueva", formada en distintas circunstancias, en respuesta a distintas presiones (tales como la industrialización masiva o el surgimiento de dirigentes como Perón o Vargas). La continuidad de las ideas, actitudes, estructuras, dirigentes, hace que sea sumamente importante entender la tradición del movimiento obrero chileno.

Los diez años posteriores a 1924 fueron muy agitados para el movimiento obrero chileno. Se inició la formación de sindicatos legales, y todo el sistema de relaciones industriales fue reglamentado por el Estado; una dictadura militar interrumpió el largo periodo de gobierno civil que había vivido Chile, proscribió al partido comunista y persiguió a la FOCh; al principio de la década de los treinta, el desempleo redujo el tamaño de los sindicatos y la industrialización modificó su forma a fines de la misma década; surgió un nuevo partido marxista para retar al comunista, ahora que los anarquistas habían perdido fuerza; y la Comintern cambió su política, dejando de proclamar la guerra de clases para promover la creación de un Frente Popular.

El movimiento obrero tuvo que enfrentarse a muchos dilemas. ¿Deberían aceptar el código legal los sindicatos? Si lo aceptaban, ¿en qué medida? ¿Cuál debería ser su reacción a los golpes militares de 1924

⁹⁰ Poblete ("Movimiento sindical en Chile", *Combate*, Costa Rica, julio-agosto de 1962, p. 26), calcula que unos 20 000 obreros (junto con sus familias, esto significaría unas 100 000 personas en total) fueron trasladados desde el norte hasta la región de Santiago por el gobierno, debido al desempleo que siguió a la primera guerra mundial.

⁹¹ Laferte, pp. 17-68.

y 1925? ¿La indiferencia, el apoyo, o la hostilidad? (De hecho la reacción resultó ser una mezcla de las tres posiciones mencionadas, en proporciones variables.)⁹² También hubo un desacuerdo respecto a la forma de acción política que debían adoptar: ¿debería ser autónoma o debería aliarse con otros grupos? Para los comunistas que pertenecían a sindicatos surgió una tensión entre sus propias valoraciones y políticas internas y las de la Comintern. Y después de 1933 la cuestión de las relaciones con el partido socialista cobraron importancia y se volvieron difíciles. Sin embargo, los comunistas se habían asegurado una base firme en su movimiento sindical; si a veces su apoyo había de disminuir ante los ataques, no habían de perderlo definitivamente. Y ayudaron a formar un movimiento laboral con una fuerte tradición de politización y radicalismo.

En 1924 la tradición chilena de gobierno civil se vio interrumpida. Un golpe militar introdujo un periodo de subordinación a las fuerzas armadas, hasta que la principal figura militar, el coronel Carlos Ibáñez, como la presidencia, desde 1927 hasta 1931. En julio de 1931 Ibáñez, como muchos otros presidentes latinoamericanos, cayó víctima de los efectos de la depresión económica. Siguió dieciocho meses de agitación política, antes de que se volviera a establecer firmemente el gobierno civil, al ser elegido presidente por segunda vez Arturo Alessandri.

Los obreros sindicalizados fueron espectadores más que participantes activos de estos acontecimientos. Una nueva constitución, un código laboral, una legislación social, todos fueron aprobados sin consultar a los sindicatos. En un principio los gobernantes militares hicieron algunos gestos de acercamiento para ganarse el apoyo de los obreros, pero pronto cambiaron de táctica y adoptaron la más efectiva de perseguir y desorganizar al movimiento sindical.

El objetivo de este capítulo fue delinear las tradiciones principales del movimiento obrero antes de que el código laboral de 1924 impusiera una nueva estructura a los sindicatos y reglamentara sus actividades. En este punto, por lo tanto, es conveniente cambiar de la descripción histórica al análisis contemporáneo. Antes de examinar la política obrera después de la formación del partido socialista en 1933, los dos capítulos siguientes tratarán del tamaño, estructura y crecimiento de los sindicatos, y del impacto del código laboral.

⁹² La FOCh y el PC apoyaron el "segundo" golpe de enero de 1925, que prometía llevar al poder a un grupo militar más reformista (Chelén, p. 65). C. V. Fuentes asegura que estaban preparados para organizar una huelga general para septiembre de 1924, si se llenaban ciertas condiciones (apoyo del Congreso, y que se tomaran provisiones para alimentar a los huelguistas); pero no se dieron estas condiciones (*La tiranía en Chile*, 1938, i. 156).

3. TAMAÑO Y ESTRUCTURA DEL MOVIMIENTO OBRERO CHILENO

Con excepción de los sindicatos rurales, el crecimiento del movimiento sindical chileno ha sido lento y gradual desde la década de los treinta, y no, como en muchos países latinoamericanos, repentinamente acelerado. No ha habido ningún crecimiento explosivo comparable al que hubo en Argentina con el peronismo (aun concediendo que esta explosión se dio más en el papel que en la realidad). Por otra parte, el movimiento sindical chileno no ha sido domesticado e incorporado al aparato estatal, como el brasileño y, en menor medida, el mexicano. Es cierto que el sector rural se está transformando como resultado de la ley de 1967 que permite la formación de sindicatos rurales, y que el número de sindicatos y de trabajadores sindicalizados ha crecido en los demás sectores de la economía. Sin embargo, la proporción de la fuerza de trabajo que está sindicalizada ha cambiado gradual y no dramáticamente en los últimos treinta años, y, lo que es más importante, el estilo, la estructura y el papel político del movimiento no han tomado formas radicalmente nuevas.¹

Si esto resulta de alguna manera cómodo para el investigador, también le impone la necesidad de encontrar alguna explicación histórica ya que, como se vio en el último capítulo, los orígenes del movimiento determinaron en gran medida su estilo y su papel político. Y puesto que, fuera del sector rural, el marco legal es esencialmente el mismo que cuando se promulgó por primera vez el código laboral, en 1924, se deben describir sus efectos. El papel político e industrial de cualquier movimiento sindical depende considerablemente de su tamaño, distribución, estructura y crecimiento, y éste es el punto de partida del presente capítulo.

I. TAMAÑO

Las últimas cifras oficiales de que podemos disponer aseguran que el 10.2% de los trabajadores están sindicalizados, lo cual representa un crecimiento importante cuando se compara con el 10.3% para 1964, cuando

¹ La elección de un presidente marxista a fines de 1970 trae consigo la posibilidad de que los sindicatos desempeñen un papel cada vez más importante, pero, como trataré de demostrar, la estructura de la política y de la organización sindical chilena son tales que lo más probable es que los cambios sean graduales y con frecuencia difíciles.

asumió el poder la administración demócrata-cristiana del presidente Eduardo Frei.² Las cifras para sindicatos y trabajadores sindicalizados son las siguientes:

Sindicatos y miembros de sindicatos, 1969

	<i>Sindicatos</i>	<i>Miembros</i>
Sindicatos industriales	1 342	196 101
Sindicatos profesionales o artesanales	2 413	232 946
Sindicatos rurales	421	533 713

FUENTE: Como la nota 2, pp. 362-64. Las cifras se refieren a fines de 1969. ODEPLAN calculó la fuerza de trabajo, para octubre de 1967, en 2 822 500, de la cual 136 000 personas, o sea el 4.9%, estaba desempleada (*Informe sobre la actividad económica en 1967* [1968, p. 29]).

Hay, sin embargo, tres importantes fuentes de error en estas cifras, y cuando se corrigen dos de ellas aumenta la proporción real de trabajadores sindicalizados. En primer lugar, las cifras oficiales incluyen solamente a los sindicatos legales, pero las organizaciones de empleados y trabajadores del sector público, que no son considerados legalmente como sindicatos, funcionan de hecho como tales. Los burócratas estatales y los empleados municipales no deben formar sindicatos, pero pueden formar "asociaciones" u otras organizaciones colectivas. En realidad estas asociaciones cumplen con todas las funciones de los sindicatos sin sufrir las restricciones que impone el código laboral. Por motivos que se expondrán más tarde, un alto porcentaje de los empleados y trabajadores del sector público, incluyendo los de las empresas estatales, municipales y autónomas, están sindicalizados. Se ha calculado que de los aproximadamente 25 000 empleados públicos, más del 90% pertenecen a organizaciones parasindicales, y la mayor parte de los cálculos dan un porcentaje mayor de 80%.³

La proporción de trabajadores sindicalizados en Chile también aumenta si excluimos del total de la población activa a quienes no pueden formar sindicatos o a quienes muy improbablemente los formarían. Como, por ejemplo, los aproximadamente 330 000 trabajadores entre las edades de 12 y 17 años, ya que la edad en que legalmente se puede ingresar a un sindicato es de 18 años. También hay unas 70 000 personas que traba-

² Sexto mensaje del Presidente Frei... 21 de mayo de 1970, p. 345.

³ Clotario Blest, "La organización de la clase trabajadora chilena", *Prensa Firme*, 22 de abril de 1969, pp. 22-23. Blest es un católico radical, castrista, que en una ocasión fue presidente de la CUT, y que también lo ha sido de la mayor federación de empleados estatales (ANEF). Pero observadores menos directamente interesados confirman sus cifras (ver E. Morgado, *Libertad sindical*, 1967, p. 120).

jan en el cuerpo de policía o el ejército y que no pueden sindicalizarse; y unos 50 000 trabajadores que técnicamente son patrones y sin embargo pertenecen a la fuerza de trabajo activa.⁴ Los individuos que se emplean a sí mismos normalmente no forman sindicatos, pero no se les puede excluir totalmente, ya que algunos grupos, como los voceadores de periódicos, tienen de hecho un sindicato de tipo politizado muy bien organizado. A las sirvientas domésticas, que en 1960 formaban el 34% de la fuerza de trabajo femenina, es muy difícil organizarlas, pero aún allí el PC ha hecho esfuerzos para poner en marcha un sindicato.

Fuerza de trabajo: distribución por categorías, 1960

<i>Categoría</i>	<i>No.</i>	<i>%</i>
Patrón	32 842	1.4
Se emplea a sí mismo	449 116	18.8
Empleado asalariado	488 056	20.4
Jornalero	1 081 188	45.3
Sirviente doméstico	196 478	8.2
Trabajador no asalariado (empresa familiar)	38 826	1.6
No especificado	102 161	4.3
	2 388 667	100.0

FUENTE: Dirección de Estadística y Censos, *Población del país: Características básicas de la población (censo de 1960)* (1964), pp. 62-63. Las cifras más exactas sobre la distribución de la fuerza de trabajo con respecto a categorías provienen de los censos decenales; las cifras para 1970 no estarán disponibles por algún tiempo, de manera que la tabla resume la situación tal como la arroja el censo de 1960.

Por otra parte, la CUT, que es la confederación obrera mayor de Chile, mediante la reducción al máximo de las cifras para la fuerza de trabajo (a la de 2 169 000 sindicalizados potenciales) y el aumento al máximo del número de trabajadores sindicalizados (734 000), calcula la proporción de trabajadores sindicalizados en el 34% del total de la fuerza de trabajo. Pero al hacerlo incluye la tercera fuente importante de error: la clasificación como sindicatos de asociaciones que no son en realidad sindicatos de trabajadores, el conteo por partida doble en algunos casos, y la inclusión de sindicatos inactivos. Por ejemplo, las cifras de la CUT, y también las oficiales, incluyen a 26 000 miembros de las asociaciones de patrones legalmente registradas, como miembros de sindicatos;⁵ y las

⁴ Blest, p. 21. Sus cifras llegan hasta diciembre de 1968, y fueron obtenidas de la Secretaría del Trabajo y de CORFO.

⁵ F. Zapata, *Estructura y representatividad del sindicalismo*, 1968, p. 35. Esta última obra se basa en las cifras de la Secretaría del Trabajo que se refieren

cifras que se dan para los sindicatos rurales también incluyen a unos dos mil patrones rurales.⁶ Los cálculos respecto al número de trabajadores que pertenecen a más de un sindicato varían considerablemente; dada la naturaleza de los datos, no pueden ser otra cosa que el resultado de la adivinación.⁷ Los datos respecto a los sindicatos que para todos los fines prácticos han dejado de funcionar son un poco más dignos de confianza. Aunque al final de la década de los cincuenta los sindicatos inactivos formaban el 20% del total de los sindicatos (incluían al 15% de todos los trabajadores sindicalizados), para 1967 esta proporción había bajado hasta el 2.3% de todos los sindicatos (1% de sindicalizados).⁸

Debido a estas ambigüedades resulta claramente imposible dar cifras precisas de la proporción de sindicalización real con respecto al total potencial de trabajadores sindicalizados. Parecería sin embargo que las cifras de la CUT son las más próximas a la verdad, tanto en su cálculo de la membresía potencial de los sindicatos, como en su inclusión de las organizaciones de trabajadores del sector público entre los sindicatos. Si el porcentaje de obreros sindicalizados con respecto al total de la fuerza de trabajo no es tan alto como 34%, cuando menos es improbable que sea menor de 30%.

2. DISTRIBUCIÓN POR OCUPACIÓN

Las cifras globales no son índices muy satisfactorios de la representatividad de las organizaciones sindicales, que se puede apreciar mejor por un examen de la distribución de los sindicatos entre los distintos sectores de la fuerza de trabajo.

En primer lugar es necesario echar un vistazo a la distribución de la

únicamente a los sindicatos legales (lo cual equivale a la mayoría, aunque no a todos los sindicatos del sector privado, pero excluye a los sindicatos del sector público) hasta el 3 de mayo de 1967.

⁶ Blest, en *Prensa Firme*, 22 de abril de 1969, p. 21.

⁷ J. O. Morris y R. Oyaneder, *Afiliación y finanzas sindicales*, 1961, estiman que un sexto de los trabajadores afiliados a sindicatos pertenecen a dos sindicatos (p. 27). Morgado (p. 120) piensa que esta cifra es excesiva y reduce la proporción al 6%. Zapata (p. 71) defiende una proporción cercana a la que propone Morgado.

⁸ Morris y Oyaneder (pp. 26-27) son los que dan las primeras cifras. Estos cálculos se basan en los informes (legalmente obligatorios) que tienen que dar los sindicatos, cada vez que hay una elección sindical para puestos directivos, y en los informes financieros que tienen que presentar a la Secretaría del Trabajo. Los datos oficiales no revelan si los sindicatos dejaron de funcionar por apatía de sus miembros o por cierre de la empresa. El registro de sindicatos mejoró muchísimo en 1958 al eliminarse muchos sindicatos inactivos (generalmente los de empresas muy pequeñas). La reducción del número de sindicatos inactivos también se debe a un cambio en el clima político y administrativo, que favorece a los sindicatos, desde 1965. Las cifras más tardías fueron tomadas de M. Barrera, *Participación social y los sindicatos industriales*, 1970, pp. 12-16.

fuerza de trabajo activa entre los distintos sectores económicos. Los cambios más importantes desde el punto de vista histórico tuvieron lugar como resultado de la política industrial del Frente Popular y de gobiernos posteriores, que buscaba sustituir importaciones. Desde la década de los cincuenta no ha habido grandes cambios en la distribución por ramas industriales de la fuerza de trabajo. En segundo lugar, se debe examinar el grado de sindicalización en cada sector económico, y aquí los cambios más notables tuvieron lugar en el sector rural, después de que el gobierno demócrata-cristiano, en 1967, promulgó la ley que permitía la formación de sindicatos rurales efectivos. Estas cifras también deben tomar en cuenta el tamaño normal de los sindicatos en los distintos sectores económicos, ya que un sector en el cual exista un número elevado de sindicatos pequeños puede muy bien tener un sistema de relaciones industriales diferente de aquel donde haya un número reducido de sindicatos grandes. Las cifras se pueden ver en la tabla de la pág. 56.

Las cifras que se dan para el tamaño promedio de los sindicatos se pueden precisar más. En la mayoría de los países mientras más grande es la empresa, hay más probabilidades de que se forme un sindicato. Chile no es una excepción a esta regla. En el caso de la industria manufacturera, si basamos nuestros cálculos en el número *total* de trabajadores industriales, obtenemos una cifra de poco más de 30%; sin embargo, si nos basamos únicamente en las empresas que emplean a diez o más trabajadores, obtenemos un nivel de 60%; pero si consideramos solamente a las fábricas que ocupan a 25 o más trabajadores —o sea el mínimo legal para formar un sindicato en Chile— obtenemos un nivel de sindicalización de 70%. Es importante tener presentes estos detalles cuando se habla de la representatividad de los sindicatos industriales ya que muchas de las acusaciones de que los obreros sindicalizados de Chile constituyen una pequeña "aristocracia obrera", se basan en cálculos poco realistas de la diferencia entre el nivel real y el nivel potencial de sindicalización. En Chile es imposible formar sindicatos legales en fábricas que emplean a diez trabajadores o menos, y en fábricas que emplean entre 10 y 24 trabajadores sólo se pueden formar "comités" sindicales, a los cuales sólo se les permite cumplir unas cuantas funciones. Los empleados de estas empresas pequeñas tienen, además, menos propensión a formar sindicatos. Si se utiliza una base más realista para los cálculos, se puede apreciar que el movimiento sindical chileno, cuando menos en el ramo de la industria manufacturera, está muy lejos de representar deficientemente a la fuerza de trabajo que efectivamente puede sindicalizarse.

Lo mismo es cierto para los demás sectores. Las minas de cobre, por ejemplo, tienen un nivel muy alto de sindicalización, ya que más de la mitad de los trabajadores pertenecen a sindicatos. Pero si excluimos de nuestros cálculos a los trabajadores empleados por las minas pequeñas y medianas, generalmente de propiedad privada, y consideramos únicamente

	Distribución de la población activa por sectores económicos (%)			Nivel de sindicalización de los distintos sectores económicos (%) de 1965 a mediados de 1968	No. de miembros a mediados de 1967	Tamaño promedio de los sindicatos a mediados de 1967
	1930	1952	1965			
1. Agricultura	37.5	30.1	27.7	3.3	22 700	72
2. Minería	5.7	4.7	3.8	65.3	57 800	321
3. Manufacturas	15.9	19.0	18.0	38.9	163 200	127
4. Construcción	4.3	4.8	5.7	17.8	16 000	125
5. Electricidad, gas, agua	0.8	0.9	0.8	45.0	9 400	151
6. Comercio	11.4	10.3	10.1	16.6	42 600	96
7. Transporte y comunicaciones	5.4	4.4	4.9	20.7	37 000	110
8. Servicios	16.1	22.2	22.8	4.6	22 400	93
9. No especificado	2.9	3.6	6.2		900	58
	100	100	100		372 650**	124

* Estas cifras, a diferencia de las que se tienen para 1965, incluyen los sectores públicos.

** Excepto para el total original, las cifras se han redondeado a la centena más próxima.

FUENTES: La distribución de la población por sectores económicos hasta el año de 1952: C. H. Ruiz Tagle, *Concentración de población y desarrollo económico: el caso Chileno* (Santiago, 1966), p. 186; 1965: CORFO, *Geografía económica de Chile: primer apéndice* (1966), p. 153. Para el grado de sindicalización en 1965: Gurreri, *Aportes, julio de 1968*, p. 95; 1968: *Memoria del consejo directivo al 5º congreso de la CUT, 19-24 de noviembre de 1968*, p. 51. Para el tamaño y membresía promedio de los sindicatos, Zapata, p. 36.

a la "Gran Minería", que hasta hace poco estaba en gran medida en manos norteamericanas, pero que ahora es una empresa estatal, entonces el porcentaje de la fuerza obrera minera sindicalizada se eleva a casi el 90%.

Como en el caso de los sectores económicos, también aquí hay grandes diferencias según las zonas geográficas. El nivel más alto de sindicalización (el 32%) se da en la provincia minera de Antofagasta, en el norte de Chile. En varias provincias rurales del sur la proporción baja al 3%. En Santiago y alrededores, en donde vive y trabaja casi la mitad de todos los trabajadores sindicalizados, la proporción sube al 12%, aunque subiría mucho más si se incluyera a los trabajadores del sector público. Casi el 90% de todos los trabajadores sindicalizados viven en o cerca de cuatro ciudades grandes: Santiago, Antofagasta, Valparaíso y Concepción.

3. ESTRUCTURA

La estructura de los sindicatos chilenos está prescrita por la ley de 1924 para los sindicatos urbanos y por la ley de 1967 para los rurales. No todos los sindicatos funcionan dentro del marco legal. Algunos operan fuera de la legalidad, pero su situación es más bien extralegal que ilegal. Esto es especialmente cierto de las confederaciones "politizadas" como la CUT, y también de algunas federaciones como la FONACC, que encuentran que la mayor libertad de que gozan les compensa las ventajas que ofrecería el reconocimiento legal. Puesto que estas ventajas están limitadas en gran medida a los sindicatos industriales, no es sorprendente que éstos constituyan el sector más importante del sindicalismo legalmente reconocido.

Antes de que la ley de 1967 modificara la situación en las zonas rurales, el código laboral fijó tres tipos de sindicato, aunque también hay varios subtipos.

En primer lugar tenemos los *sindicatos industriales*, o fabriles. Debe haber cuando menos 25 trabajadores para que se pueda formar un sindicato (aunque si hay más de diez pueden formar una asociación parasindical, y esto es muy común en la industria de la construcción); en una elección libre, cuando menos el 55% debe estar en favor de formar un sindicato. Una vez que se toma la decisión de formar un sindicato todos están obligados a pertenecer a él y no puede haber más de uno. Sólo los obreros pueden sindicalizarse. Una vez formado el sindicato, puede compartir las ganancias de la empresa: la mitad de las ganancias que correspondan a la fuerza de trabajo se distribuyen entre los obreros, y la mitad se entrega al sindicato. Los sindicatos industriales pueden formar federaciones con otros sindicatos industriales, pero no para los fines principales de la actividad sindical, tales como la contratación colectiva. Las funciones de las federaciones deben ser principalmente educativas y sociales, aunque normalmente el código laboral impide que reciban la canti-

dad suficiente de cuotas por membresía para que puedan desarrollar estas actividades inocuas.

En segundo lugar tenemos los *sindicatos profesionales*, o sindicatos artesanales. En teoría éstos se forman con miembros de profesiones, oficios o artesanías semejantes, que pueden trabajar en distintas fábricas y no necesariamente en la misma. Pueden incluir entre sus miembros a empleados, obreros, e incluso a patronos. Los miembros de un sindicato industrial pueden pertenecer al mismo tiempo a un sindicato profesional. Aunque hay muchos sindicatos profesionales, son en general más pequeños, débiles y tienen menos importancia que los sindicatos industriales. Los empleados que, según la ley, sólo pueden formar sindicatos profesionales, gozan de sueldos mínimos más altos que los de los obreros, de un sistema de seguridad social más favorable y de un nivel social más alto, en el cual no influye la sindicalización; de manera que tienen menos motivos para formar sindicatos que los obreros. La membresía en los sindicatos profesionales no es obligatoria; no comparten las ganancias; sus actividades de contratación colectiva son en gran medida extralegales, ya que se supone que no pueden declarar huelgas. Aunque los sindicatos profesionales están habilitados legalmente para formar federaciones, de hecho la mayor parte de ellos funcionan dentro de una sola empresa.

Anteriormente los sindicatos agrícolas o rurales se constituían según las provisiones sumamente estrictas de la ley de 1947. No sólo había que vencer la dificultad de organizar a los campesinos dispersos en el campo sino que además la ley exigía que cada sindicato tuviera un mínimo de 20 trabajadores (número que sólo se alcanzaba en la sexta parte de las propiedades agrícolas), y que todos hubieran trabajado en la misma propiedad agrícola por un año como mínimo (con lo cual se excluía a la mayor parte de la fuerza de trabajo rural), y que diez de ellos cuando menos supieran leer y escribir (siendo el analfabetismo en las zonas rurales de 50% en esa época). Si además de todo esto se toman en cuenta las limitaciones que marcaba la ley al derecho de huelga, se puede apreciar que casi no valía la pena formar sindicatos rurales, aun si el bajo nivel de los salarios rurales lo hubiera permitido. La intención de la ley de 1947 era más la de evitar que se formaran sindicatos rurales, que alentar su formación, y era una parte del trato que llevó al cabo el presidente radical, González Videla, para obtener el apoyo de los partidos de derecha.⁹ La reforma de 1967 permitió que se formaran sindicatos rurales y que funcionaran de manera semejante a la de los sindicatos industriales.¹⁰ Aunque un sindicato rural debería tener un mínimo de 100 trabajadores,

⁹ Véase F. W. Linares, "Trade unionism among agricultural workers in Chile", *Internat. Labor R.*, 68/6, 1953.

¹⁰ Para el texto exacto de la ley véase *La Nación*, 10. de mayo de 1967. Véase también J. Petras, *Chilean Christian Democracy*, 1967, cap. iv, *passim*. Y para una discusión muy útil del texto, G. Arroyo, "Sindicalismo y promoción campesina", *Mensaje*, junio de 1966, pp. 244-49.

basado en la *comuna* geográfica (combinando de esta manera las ramas sindicales de varias propiedades agrícolas), ahora se podía organizar con 25 miembros, si se obtenía para ello el permiso del inspector laboral de la localidad. Los sindicatos rurales están en entera libertad de formar federaciones y confederaciones, como los sindicatos artesanales o profesionales (los sindicatos industriales no gozan de este privilegio), pero sólo pueden pertenecer a una federación. La ley también permite que se formen sindicatos de empleados, para facilitar la contratación colectiva. Los dirigentes sindicales gozan de protección legal contra el cese durante el cumplimiento de sus deberes sindicales y el periodo de formación de sindicatos. Las cuotas sindicales son descontadas de los sueldos por los mismos patronos (y equivalen al 2% del ingreso sujeto a impuestos, pagando otro tanto el patrón) y se utilizan para sufragar los gastos no sólo de las organizaciones de base, sino también para contribuir a los fondos de las organizaciones provinciales o nacionales. A diferencia de la ley de sindicalización urbana, la rural no establece que debe haber un solo sindicato por comuna o propiedad agrícola; pero reconoce el derecho del sindicato más representativo a defender los intereses y contratar colectivamente en provecho de todos los trabajadores sindicalizados de la localidad. Las provisiones respecto a huelgas son mucho menos restrictivas que bajo las leyes anteriores. Los sindicatos sólo pueden pertenecer a una federación, y las federaciones a una sola confederación.

Al aprobarse la ley de sindicalización de 1967, se dio un crecimiento muy rápido del movimiento sindical en el campo; aunque con mucha frecuencia esto sólo significa que se reconocía legalmente a sindicatos formados con anterioridad, anticipándose a la promulgación de la ley y con el estímulo económica de varias agencias tanto gubernamentales como privadas. De esta manera se puede afirmar que prácticamente todos los sindicatos rurales se formaron después de 1965.

El sindicato industrial es el más importante y más numeroso si se compara con cualquier otro tipo de sindicato. Aunque entre los sindicatos industriales hay, indudablemente, sindicatos blancos, sobre todo en el caso de las empresas más pequeñas,¹¹ también existen grandes sindicatos de tipo moderno, que participan en un proceso de contratación colectiva muy semejante al que se da en la industria moderna en otras partes del

¹¹ Este es un fenómeno bastante generalizado. S. M. Lipset y otros escriben que "hace más de cien años que Marx observó que los obreros de los pequeños establecimientos artesanales que trabajan junto a sus patronos y tratan con ellos informalmente y desarrollan con ellos ligas personales, tienen mucho menos conciencia de clase y están menos involucrados en organizaciones obreras que los obreros que trabajan en las grandes industrias. Las ligas personales de los trabajadores de los talleres pequeños con sus patronos tienden a debilitar su identificación con organizaciones que fundan sus prédicas en un conflicto de intereses [...] Para el trabajador empleado en un taller pequeño los problemas de su patrón resultan más

mundo. Los sindicatos industriales son por lo general más grandes que los artesanales y están concentrados en las ciudades más grandes y en las zonas mineras. Más del 80% de todos los sindicatos industriales corresponde al sector secundario y a la minería; un estatuto especial prescribe la forma de organización en las minas de cobre.¹² Los sindicatos industriales que corresponden al sector agrícola pertenecen casi todos al ramo de la pesca y de la explotación de bosques. En cambio en el sector terciario los sindicatos industriales son menos importantes que los profesionales. Si no se da un nivel más alto de sindicalización en el sector de manufacturas, se debe más al hecho de que el código laboral prohíbe la formación de sindicatos industriales en establecimientos en donde haya menos de 25 trabajadores, que al supuesto olvido en que una hipotética aristocracia obrera tiene a grandes sectores de trabajadores no sindicalizados. Para expresarlo en otros términos, el 51% de todos los obreros que pertenecen al sector de manufacturas están sindicalizados (en comparación con el 30% de los empleados). También se observa una marcada correspondencia entre la concentración industrial y el grado de sindicalización.¹³ En el próximo capítulo se examinarán los efectos de esta estructura en el sistema de relaciones industriales, pero está claro que la mayor parte de la actividad sindical en el sector de la industria manufacturera se da a nivel de sindicato industrial.

Los sindicatos profesionales son mucho más variados que los industriales. Pueden formarse con grupos de obreros muy especializados que buscan ascender de la categoría legal de obrero a la de empleado, por las ventajas materiales que trae consigo esta segunda categoría. Por otra parte, pueden tener una forma de organización menos avanzada que la de los sindicatos industriales, característica de las empresas industriales pequeñas en zonas retrasadas, con objetivos a veces más cercanos a los de la clásica sociedad mutualista que a los del sindicato moderno. Algunos sindicatos profesionales también pueden incluir entre sus miembros a patrones.

En contraste con los sindicatos industriales, se dan varios tipos de sindicato profesional. Su distribución relativa se puede apreciar en la siguiente tabla:

convincentes y las oportunidades que tiene de ser reconocido y recompensado individualmente debido a sus relaciones personales con el dueño del taller parecen mayores que en los talleres grandes que emplean cincuenta o hasta cien obreros" (*Union Democracy*, 1956, p. 172).

¹² Zapata, p. 42. En 1967 el 75% de todos los sindicatos industriales (y el 65% de todos los trabajadores sindicalizados) correspondían a la industria manufacturera; y el 8.2% de todos los sindicatos (y 23% de todos los miembros de sindicatos) correspondían a la minería (Barrera, *Participación*, p. 19).

¹³ Zapata, pp. 113 y 127. Más del 95% de los obreros que trabajan en industrias de tipo monopolista están sindicalizados, en contraste con el 55% de los obreros que trabajan en industrias de tipo competitivo.

Tipos de sindicato, a mediados de 1967

<i>Tipo</i>	<i>Sindicatos</i>	<i>Miembros</i>	<i>Tamaño promedio</i>
Industriales	1 054	179 500	170
Profesionales			
de obreros, por establecimiento	80	9 000	112
de obreros, independientes	504	50 600	110
de empleados, por establecimiento	471	57 700	122
de empleados, independientes	262	27 400	104
de patrones o autoempleados	299	25 800	86
mixtos, por establecimiento	96	7 700	79
mixtos, independientes	28	3 700	131
Rurales	199	11 300	56
Total	2 995	372 650	124

FUENTE: Zapata, p. 35. Las cifras para los miembros se han llevado a la centena más próxima, con excepción del total.

El sindicato profesional de obreros independientes reúne a los que practican el mismo oficio o tienen la misma especialización, pero trabajan en distintas empresas, aunque deben residir lo suficientemente cerca unos de otros para formar sindicatos, ya que éstas no son federaciones masivas, sino sindicatos locales muy pequeños. Aquí es donde se presenta con frecuencia la membresía por partida doble de obreros que pertenecen al mismo tiempo a un sindicato industrial y a uno profesional. Este tipo de sindicato se da en las zonas más desarrolladas, y es la forma más común de sindicalización en varias de las provincias subdesarrolladas del sur del país, en parte porque en estas zonas el tamaño reducido de las empresas impide que se formen sindicatos industriales; con frecuencia se forman con fines de tipo mutualista, más bien que para contratar colectivamente. Es un sindicato más común que el industrial en los sectores primario y terciario de la economía, y también se le encuentra en la industria de la construcción, en donde el desplazamiento continuo de los trabajadores impide la formación de sindicatos industriales más permanentes.

Los sindicatos profesionales de obreros organizados por empresa forman un grupo muy reducido. Fundamentalmente representan a los mecánicos y electricistas de empresas específicas que también pertenecen a un sindicato industrial, ya que la contratación colectiva por parte del sindicato industrial los incluye en una sección separada. Predominan en la zona de Concepción en donde hay muchas industrias modernas; la mayoría de estos sindicatos se han formado en los últimos diez años.

El sindicato profesional de empleados por empresa es el equivalente, para los trabajadores considerados como empleados, del sindicato industrial de los obreros. Su menor tamaño promedio resulta significativo, ya que indica que los empleados muestran una tendencia menor a organizarse en sindicatos (y que hay un número menor de empleados). El número de trabajadores sindicalizados que corresponden a esta clasificación ha crecido considerablemente, con un aumento de casi dos tercios desde 1965;¹⁴ debido a los cambios legislativos que han convertido en empleados a muchos grupos anteriormente considerados como obreros, tales como los mecánicos, electricistas, etcétera. Casi la mitad de sus miembros pertenecen al sector terciario, y trabajan en ramos como el comercio, el transporte y los servicios personales.

El sindicato profesional de empleados independientes incluye a aquellos sectores que trabajan en los ramos de comercio y transporte pero no para la misma empresa. Casi todos corresponden al sector terciario, con una gran proporción de choferes de vehículos públicos.

El sindicato profesional de *empresarios* o patrones se compone, básicamente, de trabajadores que se emplean a sí mismos, tales como los comerciantes al detalle, panaderos, carniceros, etc. Casi todos corresponden al sector terciario y particularmente a los ramos de comercio y transporte. Muy frecuentemente son los que emplean a los que se agrupan en los sindicatos profesionales de empleados independientes.

El sindicato mixto de empleados y obreros por establecimiento es, nuevamente, característico de las empresas pequeñas, tales como la imprenta, el comercio y establecimientos que venden servicios personales, tales como los salones de belleza. Con mucha frecuencia es difícil distinguir, en tales sindicatos, entre empleados y obreros, o bien la pequeñez de la empresa significa que el número legalmente indispensable de 25 trabajadores que se requieren para formar un sindicato no se puede satisfacer sino combinando ambas categorías. La mayor parte de estos sindicatos se formaron después de la victoria de los demócrata-cristianos en 1964 y en 1965.

Hay muy pocos sindicatos mixtos de obreros y empleados independientes. La mayor parte de ellos se dan en minúsculas empresas manufactureras o de servicios, aunque, por extraño que parezca, hay un sindicato muy grande en este grupo, que cuenta con casi 2 000 miembros y que aglutina a casi la mitad de los sindicalizados que corresponden a esta clasificación. Éste es el Sindicato Profesional de Obreros y Empleados Textiles, en la provincia de Santiago, que representa a los trabajadores de un gran número de pequeñas fábricas de hilados y tejidos.

Además de los sindicatos legales, existen varias organizaciones de empleados del sector público, y se ha calculado que hay unas 2 000 asociaciones de muy diferente tamaño y distinto nombre.¹⁵ A diferencia de los

¹⁴ Ibid., p. 72.

¹⁵ Barría, *Breve historia*, p. 45.

sindicatos del sector privado, han logrado constituir auténticas federaciones. En la tabla que sigue se puede apreciar su distribución.

Federaciones de organizaciones de trabajadores del sector público, 1967

	<i>Miembros</i>
Asociación Nacional de Empleados Federales (ANEF)	43 130
Federación de Educadores Chilenos (FEDECh)	51 603
Asociación Nacional de Empleados Semiatales (ANES)	9 812
Unión de Profesores y Empleados de la Universidad de Chile (UPECh)	6 731
Federación Industrial de Ferrocarrileros Chilenos (FIFCh)	27 252
Federación Nacional de Trabajadores de Salubridad (FENATS)	33 560
Asociación Nacional de Obreros y Empleados Municipales	26 000
Otras asociaciones de trabajadores y empleados de empresas descentralizadas (petróleo, transportes [ETCE] portuarios, líneas aéreas, viviendas [CORVI])	10 031
	208 118

FUENTE: Blest, *Punto Final*, 26 de marzo, 1968, p. 17.

4. CRECIMIENTO

El número de trabajadores afiliados a sindicatos, si se definen como miembros de una organización permanente que están al corriente de sus cuotas, no equivale necesariamente al número de trabajos que se pueden movilizar para acciones específicas de cariz sindical o político. A fines del siglo XIX, aunque sólo había un movimiento sindical rudimentario, era mucho mayor el número de elementos que se podía movilizar en tiempos de crisis o penalidad, que el número de miembros teóricamente reconocidos, (que era muy escaso), aunque esta movilización tomaba más frecuentemente la forma de una protesta masiva espontánea, que la de una agitación sindical planeada. Hoy en día la relación entre los miembros formalmente inscritos en sindicatos, y el número de trabajadores que pueden ser movilizados para una acción de tipo sindical, tal como la toma de fábricas, o la huelga, es mucho más estrecha, aunque esta relación varía de un oficio, profesión o zona industrial a otro.

Los cálculos respecto a la cantidad de trabajadores sindicalizados son casi totalmente especulativos para los primeros años del movimiento sindical chileno. Los cálculos más altos son de 63 000 para 1903; y para 1928 la primera de las grandes confederaciones, la FOCh, afirmaba tener 136 000 miembros.¹⁶

¹⁶ Ramírez, *Origen*, p. 93.

Son más dignas de confianza las cifras que se dan para los sindicatos legales solamente, de 1932 en adelante, después de que la Secretaría del Trabajo comenzó a recabar informes al respecto.¹⁷

Crecimiento del número de trabajadores afiliados a sindicatos

Año	Industriales	Profesionales	Rurales	Total
1932	29 400	25 400	—	54 800
1942	122 400	71 600	—	194 000
1952	155 000	128 300	1 000	284 300
1964	143 000	125 900	1 700	270 600
1969	196 100	233 000	104 700	533 800

FUENTE: Hasta 1964: Morgado, p. 153. Desde 1964: *Sexto mensaje del presidente Frei*, p. 362. Las cifras se refieren a los sindicatos legales únicamente y se han llevado a la centena más próxima.

El crecimiento y decadencia de los sindicatos legalmente reconocidos parece depender en gran parte de factores económicos y administrativos. La aceleración del desarrollo industrial, al llegar al poder el gobierno del Frente Popular, produjo un aumento en el número de los trabajadores sindicalizados. El estímulo oficial a formar sindicatos y el esfuerzo por allanar obstáculos de tipo administrativo que impiden el reconocimiento legal, explican en parte la multiplicación de sindicatos en la etapa de gobierno demócrata-cristiano. Obviamente en el sector rural la modificación de las leyes y la asistencia técnica ofrecida a los sindicatos explican el crecimiento rápido del número de trabajadores rurales sindicalizados. Y aun en el sector urbano, sin que se diera una modificación radical de la legislación, se dio un aumento del 12% tan sólo en el año de 1967. La variación del número de trabajadores afiliados a las federaciones y a las grandes confederaciones obreras, aunque obviamente se ve afectada por factores como los económicos, y aún más por los administrativos, también resulta afectada por factores políticos de tipo partidista. Las exacerbadas luchas internas entre socialistas y comunistas a fines de los cuarentas produjeron la división y decadencia de la mayor conferencia sindical de la época, la CTCh. Las cifras para el número de miembros de la CUT dependen de que en el momento en que se recaben los datos pertenezcan a ella o no los trabajadores demócrata-cristianos y los radicales.

CONCLUSIÓN

No es fácil encontrar sectores de la economía donde la sindicalización podría aumentar fácil y rápidamente; los sectores donde hay pocos sindicatos

¹⁷ Se da un resumen útil de estas cifras en Morris y Oyaneder.

son aquellos donde resultaría difícil organizar sindicatos en cualquier circunstancia. Si se tiene una estructura industrial manufacturera en donde casi la mitad del número total de obreros trabaja en empresas que emplean a diez personas o menos, la única estructura sindical apropiada sería el sindicato profesional de obreros; pero mientras la legislación obrera conceda pocas ventajas a este tipo de organización no es probable que se dé un gran aumento de la sindicalización en estas empresas pequeñas. Tampoco son tantas las ventajas que ofrece la sindicalización a los empleados para que se pueda prever una modificación importante del nivel de sindicalización en esta categoría.

La mayoría de los sindicatos chilenos son pequeños. A mediados de 1968 el tamaño promedio de los sindicatos de empresas era de 155 miembros; el 63% de todos estos sindicatos tienen menos de 100 miembros, y equivalen al 21% del total de trabajadores afiliados a este tipo de sindicatos.¹⁸ En un recuento anterior se encontró que sólo 26 sindicatos tenían más de 1 000 miembros.¹⁹ El tamaño promedio de los sindicatos profesionales es aún más reducido ya que apenas llega a los 98 miembros. Además, el 77% de estos sindicatos tienen menos de 100 miembros, y no había sino cinco que tuvieran más de 1 000 miembros.²⁰ Con el crecimiento actual de los sindicatos en el sector urbano se está reduciendo aún más el tamaño promedio de los mismos. Para los 449 sindicatos que se formaron en 1967 y mediados de 1968, el tamaño promedio era de 61 miembros (para los sindicatos industriales únicamente era de 69).²¹

Hay pocas federaciones fuertes de sindicatos industriales o profesionales que sirvan de contrapeso a esta fragmentación sindical. La contratación colectiva, tal como la marca la ley, es en gran medida un proceso en el que se enfrentan el sindicato industrial individual y el patrón individual. El sindicato industrial local es el sindicato chileno típico.

La carencia relativa de federaciones que funcionen a nivel regional o nacional (excepto en el caso de los burócratas) no es sorprendente. Las federaciones de sindicatos industriales tienen prohibido contratar colectivamente; y en el sector profesional están limitados en la práctica a fines de tipo mutualista o poco menos. A principios de 1967 había 7 federaciones legalmente reconocidas de sindicatos industriales, 21 de sindicatos profesionales, y los obreros de las minas de cobre gozaban de un estatuto especial que es uno de los factores que hacen de la suya la federación más poderosa del país.²² Hay, sin embargo, federaciones extralegales poderosas, tales como la COMACH y la FONACC. Además de éstas, se tiene la Confederación de Molineros, la Central de Obreros Gráficos de

¹⁸ *Memoria al 5º congreso de la CUT*, p. 20.

¹⁹ Harris y Oyaneder, pp. 28-29.

²⁰ *Memoria*, p. 20; Morris y Oyaneder, p. 29.

²¹ *Memoria*, p. 20.

²² Morgado, pp. 146-48.

Obras y la Federación de Panificadores, que son las únicas que contratan colectivamente a nombre de todos sus miembros con una asociación comparable de patrones.²³ Hay otras diez o más federaciones que desempeñan un papel de coordinación e información en el proceso de contratación colectiva de sus miembros, aun cuando no corra por su cuenta la contratación misma. Las cifras para el número de miembros de las federaciones no son muy dignas de confianza, pero es probable que en el sector privado sean menos que diez las que tengan más de 10 000 miembros, y de éstas la mayor es la Federación de Mineros con 30 000 miembros.²⁴ Las tres confederaciones rurales mayores son muy grandes y, dado el crecimiento actual de los sindicatos rurales, es probable que crezcan mucho más rápidamente que cualquiera del sector público, a menos que el gobierno de Allende logre, como ha prometido, modificar de manera importante la legislación obrera.

La característica más notable del panorama sindical en Chile no es tanto la falta de sindicalización, como las serias limitaciones que se le han impuesto. Una causa de estas limitaciones es, obviamente, la estructura de la economía y la distribución de la fuerza de trabajo entre las distintas ocupaciones que surgen de ella. Otro factor de gran importancia es la legislación obrera, que todo lo abarca. Estos dos factores, y la manera en que su interacción produce el sistema de relaciones industriales en Chile, son el tema del próximo capítulo.

²³ Barria, *Relaciones colectivas del trabajo*, 1967, p. 52.

²⁴ Barria, *Trayectoria y estructura del movimiento sindical chileno*, 1963, pp. 387-89.

4. EL SISTEMA DE RELACIONES INDUSTRIALES

Los sindicatos que se establezcan en conformidad con las provisiones de este [código] serán instituciones de colaboración mutua entre los factores de producción, y por lo tanto aquellas organizaciones que impidan la disciplina y el orden en el trabajo serán consideradas como contrarias al espíritu y normas de la ley.

Art. 367, Código Laboral

EL CÓDIGO LEGAL Y SUS EFECTOS SOBRE LOS SINDICATOS

El código legal fue redactado en la década de los veinte y sigue aplicándose hasta la fecha, en todo lo fundamental, excepto por las modificaciones que ha sufrido en el sector rural y el estatuto especial que se aplica a los trabajadores de las minas de cobre.¹ Sus orígenes se remontan a las propuestas legislativas de las dos fuerzas políticas más importantes de los veinte, el partido conservador y la alianza liberal. Los proyectos eran, en esencia, autoritarios y restrictivos, siendo la principal diferencia entre ellos que los conservadores deseaban que los sindicatos fueran controlados por los patrones (el ala más avanzada del partido conservador abogaba por una forma de paternalismo católico), mientras que los liberales estaban dispuestos a que el gobierno fuera la autoridad final. Sin embargo, ni cada uno de los partidos por separado ni ambos juntos estaban de acuerdo respecto a la necesidad misma de una legislación; la mayoría de los diputados estaba muy satisfecha de que los sindicatos no fueran reconocidos, y aún más, si esto fuera posible, de que no hubiera sindicatos.² Aun aquellos intelectuales cuya preocupación con el "proble-

¹ J. Morris, *Elites, Intellectuals and Consensus*, 1966, ofrece una exposición bastante completa de los antecedentes históricos. Alexander, en *Labor Relations in Argentina, Brazil and Chile*, 1962, describe el efecto del código legal en el sistema de relaciones industriales. Una reforma proyectada por el partido demócrata cristiano, presentada al Congreso en febrero de 1965, fue bloqueada debido a la oposición de la izquierda y de un sector del mismo partido, suscitada por algunas de sus provisiones. La primera iniciativa del presidente Allende dirigida a la reforma del código de trabajo —o sea la legalización de la CUT— también fue derrotada por el Congreso.

² El código no fue aplicado inmediatamente. Morris (p. 292) escribe: "En realidad, no fue sino hasta que se unificó el movimiento obrero en 1936 y triunfó en las elecciones el Frente Popular, dos años más tarde, que comenzó a desarrollarse de una manera constante el sistema de relaciones industriales legales." De hecho, hasta que las leyes se codificaron en 1931, muchos de los intentos por organizar sindicatos legales (sobre todo en las regiones nitreras, a iniciativa de la

ma social" los había llevado a discurrir medidas para reglamentar legalmente las condiciones de trabajo, lo habían hecho por temor al radicalismo del movimiento sindical existente. Querían eliminar las influencias radicales promoviendo la formación de sindicatos fácilmente controlados por el Estado y por los patronos.

Los sindicatos mismos no fueron consultados ni por los políticos ni por los militares, cuya irrupción en la escena política en 1924, permitió al presidente Alessandri presionar al Congreso y lograr la aprobación de un buen número de reformas que tenía bloqueadas desde hacía varios años. Dada la turbulencia política de 1924 y 1925, el movimiento obrero estaba tan preocupado por la situación política general, y en particular por la propuesta asamblea constituyente que había de reformar la constitución, como por el código laboral propuesto. La actitud de los sindicatos hacia el código laboral era ambigua. Estaban de acuerdo en que se trataba de una conspiración capitalista, pero la opinión se dividía entre el rechazo total, o la aceptación del código para después intentar manipularlo en provecho propio.³ Sin embargo la mayoría se sintió atraída por la posibilidad de que la protección gubernamental permitiera extender su influencia a zonas en donde los sindicatos no habían tenido hasta entonces ninguna aceptación, y por la ventaja concreta que representaban los planes de reparto de utilidades. Pero la aceptación del código por parte de los sindicatos no se generalizó hasta que cambió la actitud del partido comunista, al iniciarse el periodo del Frente Popular.⁴

Además de reglamentar la estructura general de los sindicatos el código determina con mucho detalle su funcionamiento interno. Sin embargo, está muy lejos de aplicarse de manera uniforme; mencionaremos sólo dos anomalías en su aplicación: el reconocimiento tácito por el Estado de los sindicatos de los trabajadores del sector público que se suponen inexistentes, y el desarrollo extralegal de unas cuantas confederaciones fuertes.

FOCh) y de hacerlos funcionar de acuerdo con la ley, fueron aplastados por los patronos con ayuda de la policía (ibid., pp. 250-51). De esta manera, aunque la ley fue aprobada en 1924, para el año de 1929 sólo se habían formado 61 sindicatos. La administración de Ibáñez, en 1930-31, reforzó las leyes, primero codificándolas y luego estableciendo el aparato administrativo necesario para aplicarlas. Ibáñez quería desarrollar su propio movimiento obrero bajo la protección del código, pero fue derrocado antes de que le diera tiempo de hacerlo.

³ Morris, pp. 243-47. En su congreso de diciembre de 1925, la FOCh decidió que debería rechazar el reformismo y al mismo tiempo rechazar una posición completamente antipolítica; que usaría la legislación burguesa para luchar contra los capitalistas; y que por lo mismo trabajaría para lograr la aplicación o la derogación de leyes, de acuerdo con los dictados de la clase obrera y de acuerdo con sus metas a largo plazo. El dirigente y diputado comunista Recabarren había, por iniciativa propia, presentado proyectos de legislación obrera de los cuales hizo caso omiso el Congreso.

⁴ De hecho, la hostilidad hacia las leyes aumentó en 1927, cuando la administración de Ibáñez trató de sacar a la izquierda de los sindicatos y utilizó el aparato gubernamental legislativo laboral para este fin (ibid., p. 247).

La mano del Estado pesa sobre el movimiento sindical. Son muchas las maneras en que logra el código su propósito de limitar el poder económico de los sindicatos, al contribuir, entre otros factores, a volverlos agentes relativamente débiles dentro del sistema de contratación colectiva. Sin embargo este hecho produce un efecto que no se propusieron los redactores del código. La debilidad económica tiende a aumentar la influencia de los partidos políticos y el compromiso político de los sindicatos, ya que los sindicatos débiles se ven forzados a buscar aliados políticos que lleven la defensa de su causa a áreas donde el éxito es más probable que si actuaran independientemente en el frente industrial o económico.

La manera en que el Estado modifica las leyes laborales para sus propios fines es otro factor que explica por qué los sindicatos buscan protección política. El mejor ejemplo del uso arbitrario del poder estatal contra los sindicatos es la Ley para la Defensa de la Democracia que se promulgó en 1948 y siguió vigente durante diez años. La intención de esta Ley era la de eliminar al PC de la actividad política. Todos los dirigentes sindicales afiliados al partido comunista fueron relevados de sus puestos y se prohibió a todos los miembros del partido comunista ocupar cargos sindicales. Se encomendó la vigilancia de los dirigentes sindicales a la policía política, que tenía el derecho de impedir a aquellos miembros del sindicato de quienes se sospechaba que simpatizaban con el partido comunista que se postularan como candidatos a los cargos sindicales.⁵ Esta ley dio, naturalmente, amplias oportunidades a los patronos para que denunciaran a los dirigentes y activistas sindicales ante la policía política.⁶ La ley, y los reglamentos subsecuentes emitidos por la Secretaría de Gobernación, aumentaron considerablemente el poder del gobierno sobre los sindicatos. En las organizaciones de empleados y trabajadores del sector público se prohibieron todas las agrupaciones de tipo político; en ese sector se prohibieron prácticamente las huelgas, y se volvieron también mucho más difíciles de llevar a cabo en el sector privado; se aumentó aún más el control sobre los fondos y propiedades de los sindicatos; el actuar "en contra de los intereses económicos de la nación" podía dar por resultado la pérdida de la legalidad para un sindicato. La persecución de los legi-

⁵ W. Thayer, *Trabajo, empresa y revolución*, 1968, pp. 25-26.

⁶ Las dos circulares emitidas por la Secretaría de Gobernación en las cuales se otorgaban mayores poderes a la policía para intervenir en asuntos sindicales, fueron conocidas como el decreto Koch-Yáñez y la circular Holger-Letelier. Fue de acuerdo con estos reglamentos, por ejemplo, que el dirigente ejecutivo del sindicato industrial de la fundidora de Huachipato fue relevado de su cargo por haber apoyado una huelga general convocada por la CUT, en enero de 1956, para protestar contra la política económica del gobierno. La empresa aprovechó la oportunidad para deshacerse de personas conocidas como causantes de problemas. El nuevo ejecutivo escogido para sustituir al relevado se encontró con una fuerte oposición de parte de las bases (T. Di Tella y otros, *Sindicato y comunidad*, 1967, pp. 89-90).

timos fines de los sindicatos se podía interpretar como crímenes en contra del Estado.⁷ A pesar de que la ley fue derogada en 1957, no fue sino hasta la elección de un presidente demócrata-cristiano en 1964 que la Secretaría del Trabajo pudo ser vista cuando menos en algunos aspectos como aliada y no como enemiga del movimiento sindical. Sin embargo, la administración de Frei, aunque ayudó a que se formaran nuevos sindicatos, no logró que se aprobara una nueva legislación sindical, de manera que las leyes que reglamentan la estructura interna de los sindicatos todavía son (al momento de escribir esto) las mismas del código laboral original.

El código del trabajo prescribe en detalle la forma de organización interna para los distintos tipos de sindicato. La autoridad suprema del sindicato es la asamblea general de todos sus miembros. El cuadro directivo consiste de cinco funcionarios y todos ellos, tanto al ocupar el cargo como mientras dura la campaña para las elecciones sindicales, gozan de inmunidad contra el cese arbitrario.⁸ Tres de ellos sirven como presidente, tesorero y secretario respectivamente, aunque no son elegidos para dichos puestos, sino que el comité ejecutivo mismo es el que distribuye los cargos. Las elecciones son anuales (excepto en el caso de los sindicatos de los obreros del cobre, donde las elecciones son cada tres años). El sistema de votación en los sindicatos industriales es bastante extraño. Los obreros que han trabajado durante tres o más años en la misma empresa gozan de voto doble, y como cada obrero tiene derecho a votar para los cinco puestos directivos, los obreros que tienen derecho a un voto doble disponen de diez votos; además, el obrero puede dar todos sus votos (en algunos casos diez) por el mismo candidato. Este sistema permite que haya pequeñas minorías representadas en el comité directivo, con tal de que un número a veces muy reducido de obreros que tienen varios años de trabajar en una fábrica den todos sus votos al mismo candidato. También puede resultar que minorías poco más numerosas, pero bien organizadas, obtengan representación en tres de los cargos ejecutivos, monopolizando así los cargos de presidente, tesorero y secretario, aun en el caso de que los tres candidatos en cuestión hayan obtenido sólo el tercero, cuarto y quinto lugar en la votación.⁹ Hasta el año de 1965, los dirigentes sindicales no debían recibir compensación por los sueldos perdidos en el des-

⁷ A. Bowen Herrera, *Nuestro derecho del trabajo y la ley de defensa de la democracia*, 1950, pp. 12-37: Comité de Solidaridad y Defensa de las Libertades Públicas. *El Estado policial o la ley de la defensa de la democracia*, I, 1951, pp. 29-30. La organización que publicó este panfleto, "fachada" de un grupo comunista, calcula que unos 15 000 obreros fueron despedidos o trasladados a otras zonas del país, generalmente remotas.

⁸ Aunque esto no se concedió sino hasta 1931; de allí un motivo para el lento crecimiento de los sindicatos.

⁹ Morgado, pp. 70-71. Toda votación tiene que efectuarse ante un inspector laboral.

empeño de sus cargos sindicales, y se esperaba, de hecho, que trabajaran turnos completos en sus empleos normales. Las únicas excepciones se daban en los sindicatos que habían alcanzado un acuerdo *de facto* con los patrones y, gracias a que gozaban de estatutos especiales, en los sindicatos de la marina mercante y de los trabajadores del cobre.¹⁰ Aun después de las reformas de 1965 apenas si se les hace justicia a los dirigentes sindicales, y si el sindicato carece de fondos y el patrón no está dispuesto a pagarle al dirigente mientras cumple con los deberes de su cargo, no ha mejorado en nada su situación.¹¹ En ningún caso recibe una compensación adicional a su salario por cumplir con sus deberes sindicales.¹² Esta situación obviamente ha impedido el desarrollo de una estructura burocrática sindical, aunque tiene la ventaja de reducir la distancia entre los dirigentes sindicales y las bases.¹³ El efecto del actual sistema, en ausencia

¹⁰ En 1965 (y en 1967 para el sector rural) se aprobaron enmiendas que extendieron el derecho de compensación a todos los dirigentes sindicales. Si así lo autoriza la asamblea general del sindicato, los dirigentes reciben salario y gastos de los fondos del mismo cuando tienen que atender asuntos sindicales a horas de trabajo. Es solamente en las regiones rurales donde se prevé la existencia de dirigentes sindicales de tiempo completo. Los dirigentes de la CTC todavía deben dedicar a sus trabajos regulares un mínimo de 30 días consecutivos cada tres meses. Sin embargo no parece que se aplique con mucho rigor esta exigencia (Departamento del Trabajo de Estados Unidos, *Labor Law & Practice*, 1969, p. 31).

¹¹ En una encuesta realizada entre presidentes de sindicatos industriales en la zona de Santiago, Valparaíso y Concepción, el 32% dijo que las empresas les pagaban incondicionalmente; el 16% dijo que la empresa ponía algunas condiciones para pagarles, tales como el que siempre pidieran permiso y que cumplieran con sus deberes dentro y no fuera de la fábrica; el 13% dijo que el sindicato era el que los compensaba por las horas de trabajo perdidas; el 2% dijo que la empresa los compensaba por el tiempo perdido en cumplimiento de sus tareas sindicales dentro de la fábrica, y el sindicato cuando estas tareas se cumplían fuera de la misma; el 19% dijo que ni el sindicato ni la empresa los compensaban, es de suponerse que perdían sus salarios. En algunas fábricas grandes todos o algunos de los miembros del comité sindical ejecutivo recibían compensación; pero en la mayoría de los casos sólo el presidente del sindicato era compensado (Barrera, *Sindicato industrial*, 1965, p. 28).

¹² Es obvio que hay algunas compensaciones de tipo material, tales como los viajes ocasionales a Santiago, o incluso a Moscú o a Washington. Pero éstas son pocas y a grandes intervalos, y no pueden ser consideradas como un estímulo para buscar la representación sindical.

¹³ Sin embargo hay una notable estabilidad en la tenencia de cargos sindicales. En una encuesta realizada entre los presidentes (el cargo sindical más importante) de casi todos los sindicatos industriales de la región de Santiago, Valparaíso y Concepción, se reveló que el 23% se había mantenido en la presidencia durante diez años o más, el 44% por cinco años o más (Landsberger y otros, *Pensamiento del dirigente sindical*, 1963, p. 22). Sin embargo, otro estudio que cubría únicamente la zona de Gran Santiago, y que abarcaba todos los cargos sindicales, descubrió que el 77% de los sindicatos tenía una movilidad en los cargos de 50% o más para el periodo de 1959-63, y que el 10% cambiaba de dirigentes cada año. De los dirigentes elegidos en 1963, casi el 40% ocupaban cargos sindicales por primera vez. Los sindicatos profesionales mostraban una inestabilidad mayor que los sindicatos industriales. Había una rotación especialmente marcada entre

de la compensación en forma de prestigio, poder o ganancias de tipo monetario, es aumentar la importancia relativa de la atracción que ejerce el compromiso político como motivación para ocupar cargos sindicales. De hecho los partidos políticos estimulan a sus miembros a ocupar cargos sindicales, puesto que los principales partidos políticos chilenos que están inmiscuidos en el movimiento sindical insisten en la necesidad de que sus miembros militantes traten de ocupar cargos sindicales, o ayuden a organizar las campañas de los miembros del mismo partido que se hayan postulado como candidatos.

Los sindicatos tienen prohibido tener fondos de resistencia para el caso de que declaren huelgas; y, aunque hay muchos que logran darle la vuelta a esta ley, es difícil, ya que el Estado reglamenta con mucha precisión los asuntos financieros de los sindicatos. El presupuesto de los sindicatos tiene que ser sometido a inspectores laborales locales; los tesoreros de los sindicatos sólo pueden tener a la mano una cantidad ridícula de dinero, y el resto tiene que ser depositado en una cuenta bancaria supervisada por el gobierno. Cuando los sindicatos tienen necesidad de actuar se ven obligados, debido a la insuficiencia de sus propios recursos, a recurrir a la asistencia de un partido político o si no a organizar una huelga "guerrillera", es decir una huelga corta, a veces violenta, acompañada frecuentemente de la toma de la fábrica. Excepto en el caso de las pocas grandes federaciones que existen, no tienen medios para sostener una acción prolongada.

Ligado a los problemas creados por el control gubernamental está el problema general de la insuficiencia de los fondos sindicales, especialmente debido a la constante inflación que obliga a aumentar constantemente las cuotas sindicales para mantener su valor real. Una gran parte de los ingresos de los sindicatos industriales proviene del reparto de utilidades, y no de las cuotas sindicales.¹⁴ En 1948 se calculó que los dos tercios de los ingresos totales provenían de las utilidades pagadas directamente a los sindicatos, y en 1959 se calculó que la proporción era de 52%.¹⁵ Y sin embargo la evasión del pago de utilidades a los sindicatos

los dirigentes jóvenes. No se encontró ninguna diferencia digna de tomarse en cuenta entre las empresas grandes y las chicas. El cargo de presidente era mucho más estable que ningún otro, lo cual explica en parte las discrepancias de este estudio con el de Landsberger (E. Latorre Díaz, *Rotación de dirigentes sindicales*, Memoria, Escuela de Economía, Universidad de Chile, 1964).

¹⁴ Es posible utilizar legalmente el descuento automático, pero presenta dificultades. Las formalidades legales son complicadas; hay la posibilidad de intervención patronal, pues es el patrón quien cobra las cuotas; y las asambleas sindicales prefieren que sus comités directivos agoten en primer lugar las posibilidades que ofrece el reparto de utilidades como fuente de fondos.

¹⁵ Alexander, *Labor relations*, p. 296; Morris y Oyaneder, p. 40. Los patrones también pagaban una parte de las utilidades correspondientes directamente a los trabajadores. La mitad de las utilidades repartidas es para el sindicato, la mitad para los trabajadores.

sigue siendo una práctica muy extendida; por ejemplo, de los 608 sindicatos industriales que tenían derecho a recibir utilidades en 1960, sólo 265 las recibieron de hecho.¹⁶ Los sindicatos pierden mucho tiempo en discutir con los patrones el reparto de utilidades. Tal y como lo previó el plan conservador original, el sistema de reparto de utilidades aumentó el dominio de los patrones y debilitó la solidaridad obrera. Los sindicatos profesionales y las federaciones no reciben normalmente ningún reparto de utilidades y, dado el monto tan bajo de los ingresos por concepto de cuotas, su escasez de fondos impide que desarrollen una actividad digna de tomarse en cuenta. La CUT, por ejemplo, siempre está en crisis financiera.¹⁷

En general el ingreso por concepto de cuotas y utilidades es bajo, y las limitaciones legales a las inversiones de los sindicatos impiden que los sindicatos saquen mucho provecho de sus escasos recursos. Los sindicatos industriales tienen prohibido pagar cuotas a las federaciones a las cuales pertenecen. Un estudio que se hizo al respecto estima que el ingreso promedio mensual por miembro en los sindicatos industriales para el año de 1959 era de E° 0.62; para los sindicatos profesionales era de E° 0.29. El ingreso promedio real por miembro ha estado bajando desde 1940,¹⁸ en parte debido a que la sindicalización se ha extendido a sectores menos capacitados que perciben salarios más bajos.

Los sindicatos tienen muy poca influencia sobre los términos en que se contrata a sus miembros. La contratación de obreros y empleados es individual y, en general, los sindicatos tampoco pueden evitar que cesen a los empleados u obreros, aunque bajo el gobierno de Frei el cese se volvió más difícil y costoso para los patrones.

La importancia del sindicato industrial en el panorama sindical chileno, y la impotencia de la mayoría de los sindicatos profesionales y federaciones, se ven acrecentadas por las restricciones legales impuestas a la contratación colectiva que es, esencialmente, un asunto que incumbe al sindicato industrial local. La tabla de la página 74 muestra la distribución por tipo de sindicato de los *pliegos de petición* (que equivalen de hecho a demandas sindicales respecto a salario y condiciones de trabajo).

El convenio que firma un patrón con sus empleados sólo es aplicable a los firmantes; y no se extienden sus beneficios a otros establecimientos similares a menos que firmen convenios semejantes.¹⁹ Es frecuente, por supuesto, que se firmen estos convenios similares, pero la necesidad de cumplir con ciertos procedimientos legales y de asegurarse de que los

¹⁶ Secretaría del Trabajo de los Estados Unidos, *Labor in Chile*, 1962, p. 37.

¹⁷ Barria, *Trayectoria*. Aunque desea mantenerse libre de compromisos internacionales (según dice), en una ocasión se vio obligada a solicitar un préstamo de la World Federation of Trade Unions (ibid., p. 373).

¹⁸ Morris y Oyaneder, p. 42. En 1960 el escudo chileno (E°) valía aproximadamente un dólar norteamericano.

¹⁹ Barria, *Relaciones colectivas*, p. 37.

patrones concedan condiciones semejantes de salario y de trabajo en empresas similares establecidas en otras regiones ocupa una gran parte del tiempo de los dirigentes sindicales en Chile. Este sistema también tiende a evitar que se formen unidades mayores, puesto que si los convenios se tienen que negociar en cada localidad entonces la unidad sindical básica será la local. Cada año se presenta un gran número de *pliegos de petición* y esta cifra tan elevada indica que en cada empresa se tiene que cumplir con las formalidades legales de la contratación colectiva por separado.

Aunque la mayoría de los sindicatos industriales presenta pliegos, sólo un número reducido de sindicatos profesionales y un número menor aún de sindicatos de empleados lo hacen. Para el año al que se refiere la tabla (1964), esto se debió en parte a que los reajustes de salario para la categoría de empleados fueron fijados por ley y por lo tanto no podían caer dentro de las condiciones solicitadas en los pliegos; pero aun cuando hubo alguna relajación de esa provisión legal en 1966, el número de pliegos presentados por los sindicatos de empleados sigue siendo bajo, reflejando este hecho la debilidad y el reducido tamaño de estos sindicatos.

Pliegos de petición presentados por tipo de sindicatos, 1964

	No. de demandas	No. de trabajadores amparados
Sindicatos industriales	525	137 486
Sindicatos profesionales de obreros	194	29 373
Sindicatos profesionales de empleados	74	14 737
	793	181 596

FUENTE: Barría, *Relaciones colectivas*, p. 46. Este autor también indica que los pliegos provenían de comités sindicales (la forma legal para los establecimientos que emplean de 10 a 24 trabajadores) en la siguiente proporción: 297 fueron presentados por comités de obreros que representaban a 20 398 trabajadores y 20 por comités de empleados que representaban a 1 412 trabajadores. Estas cifras corresponden exclusivamente a sindicatos legalizados.

Aun en el caso de los sindicatos industriales las demandas que se pueden incluir en los pliegos están severamente restringidas. Por una parte la legislación laboral reglamenta muchos de los asuntos que podrían decidirse en contratación colectiva, tales como el salario mínimo, las condiciones de trabajo, las provisiones de seguridad social, etcétera. Por otra parte, a lo largo de la última década y debido a los esfuerzos oficiales por controlar la inflación, se ha intentado fijar límites, con rigor variable, al margen del reajuste anual de los salarios, tomando en cuenta el ritmo

de la inflación.²⁰ El efecto que tiene este tipo de reglamento es el de obligar constantemente al Estado a desempeñar un papel en el proceso de contratación colectiva, aunque es obvio que el proceso tiene un aspecto puramente ritual: los patrones argumentan que no pueden conceder mayores aumentos que los que permite el Estado, y el sindicato insiste, y se recurre finalmente al Estado como mediador.²¹ Enfrentado a lo que con frecuencia parece una doble alianza de Estado y patrón, incapaz de formar alianzas de gran efectividad inmediata con otros sindicatos, el sindicato industrial resulta débil y necesitado de aliados políticos; sus problemas trascienden la situación local y se convierten en temas de debate nacional, pero no tanto de tipo económico como de tipo político.

Hay cierto número de federaciones que han logrado un tipo de contratación nacional colectiva, meta largamente acariciada por el movimiento sindical. Además, en vista de los intentos cada vez más vigorosos de controlar los aumentos de salario bajo el gobierno de Frei, la CUT adquirió mayor importancia por ser la única organización que se podía enfrentar al Estado a nivel nacional.

Una de las federaciones nacionales que ha logrado obtener una posición excepcionalmente favorable para la contratación colectiva es la FONACC, que funciona extralegalmente. Es una federación relativamente rica, se extiende a industrias de todos tipos a nivel nacional (con excepción de la mayor fábrica del país, que por su mismo tamaño tendería a dominar la federación), sus dirigentes están a sueldo, y es coadministradora de un fondo para pensiones y beneficios de seguridad social que asciende a varios millones de escudos.²² El proceso de su formación se inició a fines de los cincuentas y debió mucho a la buena voluntad de los patrones (aproximadamente 100) que aceptaron el ofrecimiento sindical de racionalizar los procesos de producción en la industria, con la condición de compartir el aumento de utilidades que resultara.²³ Los obreros

²⁰ Barría, *Breve historia*, p. 6.

²¹ "En años recientes ha sido excepcional que se llegue a un acuerdo respecto a salarios en la industria del cobre sin intervención del gobierno [...]. Los dirigentes sindicales con quienes hablamos parecían convencidos de que la intervención del gobierno durante el régimen de Alessandri resultó en aumentos de salario mayores que los que se hubieran conseguido sin ella. Y es cierto que las compañías nunca declaran su oferta máxima en negociaciones privadas, pero esto es meramente una cuestión de táctica, nacida de la convicción de que el sindicato siempre recurrirá a la intervención del gobierno. Si esta intervención fuera eliminada reglamentariamente de manera irreversible, no hay motivo para creer que el acuerdo final obtenido en negociaciones privadas sería muy distinto al obtenido actualmente por mediación gubernamental" (P. Gregory, *Industrial Wages in Chile*, 1967, p. 71).

²² Barría, *Convenio colectivo en la industria de cuero y calzado*, 1967.

²³ Gregory, p. 68. Tanto los sindicatos como los patrones ganaron con este acuerdo. La FONACC agrupa a 67 sindicatos y 8 000 trabajadores. Llegó a su actual posición después de una larga trayectoria de combatividad sindical antes de obtener el reconocimiento de los patrones.

del cobre también están muy bien organizados, pero de una manera muy diferente: gozan de sueldos altos debido al papel vital que desempeña esta industria en la economía y a las altas utilidades que produce.²⁴ Algunas otras federaciones desempeñan también cierto papel en el proceso de contratación colectiva, pero en muchos sectores industriales hay solamente una o dos empresas grandes y muchas pequeñas. Con frecuencia las grandes empresas tienen sindicatos fuertes que no tienen ninguna relación con los pequeños, y esto dificulta el proceso de formación de federaciones, independientemente de los obstáculos legales que hay que rodear. Pocas asociaciones de empleados han mostrado la buena voluntad para entenderse con los trabajadores sindicalizados que se puede apreciar en los patrones de la industria de zapatería y peletería.

Una distinción muy importante que se estableció en el código laboral original de 1924, y que se ha reforzado mediante estatutos y convenciones desde entonces, es la que separa al trabajo "manual" del "intelectual", a los obreros de los empleados. Los trabajadores de cuello blanco son muy bien tratados en comparación con los de overol. En la industria manufacturera, los empleados reciben salarios promedio que triplican los de los obreros, con ajustes automáticos para cubrir el alza en el costo de la vida. Además, en el renglón de servicios sociales y otros beneficios (que forman una parte importante de los salarios y pensiones) también se favorece al empleado.²⁵ De hecho los trabajadores considerados como empleados recibieron su salario mínimo legal en 1924, mucho antes que los obreros. No se estableció un salario mínimo general para los obreros in-

²⁴ Se forman sindicatos en los centros de trabajo con un mínimo de 50 empleados o 200 obreros. Empleados y obreros pueden formar cada cual su sindicato. Cuando un sindicato de obreros incluye al 55% de los trabajadores de ese centro de trabajo, incluye automáticamente a todos los trabajadores y participa en el reparto de utilidades. Allí donde existen estos sindicatos individuales, no se permite que haya sindicatos profesionales. El estatuto de 1956 también reglamenta legalmente a la CTC, a la cual sólo pueden afiliarse los sindicatos de las grandes minas de cobre: está gobernada por un comité ejecutivo de 13 miembros, que es elegido cada 3 años por un consejo nacional de delegados de los sindicatos afiliados y que tiene derecho a cobrar cuotas descontadas automáticamente a los miembros de los sindicatos afiliados (Departamento de Secretaría del Trabajo de los Estados Unidos, *Labor Law*, p. 30).

²⁵ En 1965, aunque los trabajadores asalariados formaban las tres cuartas partes de todos los asegurados, recibieron únicamente un tercio de los beneficios de seguridad social, mientras que los empleados, que formaban la cuarta parte solamente de la población trabajadora, recibieron los dos tercios de los beneficios. Y dentro del sector de los empleados, los correspondientes al sector público recibieron una proporción mucho mayor de los beneficios que los empleados del sector privado, situación que reflejaba el tratamiento preferencial que daba el gobierno radical a uno de los sectores en que se apoyaba. (Secretaría del Trabajo de los Estados Unidos, *Labor in Chile*, p. 34; véase también T. Davis, "Dualism stagnation and inequality: the impact of pension legislation in the Chilean labor market", *Industr. & Labor Relations R.*, abril de 1964, pp. 380-98).

dustriales sino hasta 1960.²⁶ El salario mínimo para los obreros es menor de la mitad —a veces solamente el 40%— del salario mínimo de los empleados. El pago adicional para manutención de la familia es tres y media veces mayor en el caso de los *empleados*. También se da una variación mucho menor en los niveles de sueldos que reciben los empleados, en parte debido a que su salario mínimo está fijado más realísticamente, es decir con mayor proximidad a sus sueldos reales, y en parte porque el monto total de sus salarios es menor que el de los obreros, debido a que su número es muchísimo menor, de manera que los patrones tienden a respetar más los niveles comúnmente aceptados en todo el país. Sus niveles de capacitación son requeridos por la industria. Socialmente son más afines a los grupos de gerentes y patrones, y gozan de una mayor identificación con ellos en cuanto clase social.

Ciertamente que la organización sindical no parece tener nada que ver con su situación relativamente privilegiada. En la industria manufacturera sólo el 30% de los empleados pertenecía a sindicatos (en comparación con el 51% de los obreros) y en el comercio solamente el 23% (24% de los obreros).²⁷

La división entre obrero y empleado ha tenido importantes repercusiones en el sistema sindical. Tiende a subrayar las diferencias sociales dentro del movimiento sindical y por tanto a debilitar sus posibilidades en cuanto fuerza unificada con vistas a la contratación colectiva. Debilita también a la categoría de los obreros al tentar a los obreros capacitados a procurar cambiar su categoría a la de empleado, hecho que refleja la debilidad de los obreros calificados para establecer lo que considerarían una diferencia adecuada de salarios mediante los medios comunes de contratación colectiva. De allí la apelación al Congreso para obtener su reclasificación como empleados y poder gozar de los beneficios de un sueldo mínimo más alto y de ventajas mayores en cuanto a seguridad social.²⁸ Puesto que es el Congreso quien fija estas líneas divisorias, generalmente tan confusas, los políticos, y en especial el poder ejecutivo, si goza del respaldo de la mayoría en el Congreso, tienen una gran influencia sobre el movimiento sindical. Aun cuando los sindicatos profesionales a los cua-

²⁶ Aunque antes de esta fecha se establecieron salarios mínimos para ciertos sectores (Gregory, p. 91).

²⁷ Zapata, pp. 113 y 115.

²⁸ Como ejemplo típico, Gregory (p. 99) cita el caso de los operadores de máquinas excavadoras que en 1958 apelaron al congreso para que se les reclasificara, no sólo en los talleres de ferrocarriles, sino en toda la industria privada. La fundidora de Huachipato, la mayor del país, inició sus operaciones en 1952 con una fuerza de trabajo compuesta de un tercio de empleados y dos tercios de obreros. La reclasificación posterior ha invertido la proporción, y pronto, según parece, todos sus trabajadores se considerarán como empleados. Todos los grupos políticos persiguen esta reclasificación; en el caso de Huachipato la mayoría son socialistas y comunistas.

les pertenecen los empleados tienen una menor capacidad que los sindicatos industriales para cumplir con las funciones sindicales normales, las ventajas individuales que otorga a sus miembros la categoría de empleados pesan más que las que obtendrían al pertenecer a un sindicato industrial.

También los sindicatos que han organizado los trabajadores del sector público están fuera de la ley. En el código laboral se declara tajantemente que los trabajadores pertenecientes a este sector no pueden formar sindicatos;²⁹ tampoco pueden afiliarse a organizaciones de tipo político.³⁰ En teoría la prohibición es absoluta; en la práctica se hace caso omiso de ella. De hecho existen sindicatos, aunque no se les llame por ese nombre, y dentro de ellos agrupaciones políticas. Más aún, el número de miembros de estas asociaciones es muy alto. Hay muchas razones que explican este hecho. Debido a que estos *gremios* o asociaciones no son considerados como sindicatos por el Estado, no están sujetos a las numerosas restricciones que impone la ley del trabajo a los sindicatos. La distinción entre empleado y obrero no tiene la importancia que tiene en el sector privado, ya que la mayor parte de los trabajadores del Estado se consideran como empleados, comparten los mismos niveles de salario y los mismos sistemas de seguridad social. Pertenecer a estas asociaciones ofrece muchas ventajas materiales, tales como tiendas subsidiadas por el gobierno, ventajas especiales en préstamos hipotecarios, instalaciones y servicios especiales para sus vacaciones y otras que seguramente tentarán al empleado estatal más renuente a inscribirse en estas asociaciones. Tanto los partidos políticos como el gobierno han alentado a las asociaciones oficiales a aumentar el número de sus miembros. El estímulo directo fue especialmente notorio en el periodo que va de 1938 a 1947, cuando los socialistas y los comunistas (que formaron parte alguna vez del gobierno) y los radicales (que siempre estuvieron representados en el gobierno) trataron de fortalecerse en el sector público como se habían fortalecido (al menos los socialistas y comunistas) en el sector de la empresa privada. Dada la identificación con la clase media de muchos de los empleados estatales, el partido radical logró obtener entre ellos un apoyo considerable, del cual goza todavía. Las asociaciones más importantes dentro del sector público, sobre todo aquellas donde predominan los empleados de tipo burocrático y adminis-

²⁹ Aunque en la práctica hay muchas contradicciones, como en el caso de los 2 500 empleados de las compañías petroleras estatales que están organizados en sindicatos y asociaciones de trabajadores y empleados. Aunque según la ley este tipo de sindicatos del sector público no pueden presentar pliegos de petición, de hecho, gracias a una decisión de la Contraloría General, presentan sus pliegos anualmente y siguen el proceso acostumbrado (Barría, *Relaciones colectivas*, p. 99).

³⁰ El art. 166 del Decreto con Fuerza de Ley No. 338 del 6 de abril de 1960 dice que los "empleados y obreros que trabajan para el Estado no pueden formar ni afiliarse a ningún sindicato ni formar brigadas, equipos o grupos funcionales de carácter esencialmente político".

trativo, tienen, generalmente, una mayoría radical. Los empleados gubernamentales también gozan de una ventaja de la cual se ven privados la mayoría de los obreros en Chile: tienen un solo patrón con el cual negociar, y este patrón está acostumbrado a gastar más de lo que recibe, salvando la diferencia mediante préstamos. En lugar de tener que enfrentarse a 100 patronos o más, como en muchos sectores de la industria manufacturera, la asociación de empleados del sector público se enfrenta al poder ejecutivo o al poder municipal. Aunque a veces el procedimiento obliga a tratar con varios ministros o consejeros, es mucho menos estorbo que el que se tiene que seguir en el sector de la empresa privada.

PAPEL DE LOS SINDICATOS EN LA ECONOMÍA

El sistema de relaciones industriales también está conformado por cierto número de factores económicos, tales como la estructura de la economía, el poder de los sindicatos en cuanto agentes económicos y las relaciones con los patronos y con el Estado.

1. La estructura de la economía

Una explicación de la estructura sindical fragmentaria que se da en Chile es, obviamente, la estructura económica fragmentaria. El gran número de sindicatos pequeños refleja el gran número de empresas demasiado pequeñas para formar sindicatos legales o efectivos. La tabla que sigue muestra la extensión del sector sindical profesional.

Fuerza de trabajo empleada en la industria, 1925-60

Año	Fuerza de trabajo (millares)		%	
	artesanal*	industrial**	artesanal	industrial
1925	198	82	70.7	29.3
1930	161	96	62.6	37.4
1940	140	138	50.4	49.6
1950	194	189	50.7	49.3
1960	207	240	46.3	53.7

* Establecimientos de 4 trabajadores o menos.

** Establecimientos de 5 trabajadores o más.

FUENTE: R. Lagos, *Industria en Chile*, Instituto de Economía, 1966, p. 146.

De las 6 100 empresas que corresponden al sector de manufacturas sólo 190 empleaban a 200 obreros o más en 1960; en cambio había 70 000 empresas que empleaban a 5 obreros o menos y abarcaban aproximadamente la mitad de la fuerza de trabajo ocupada en la industria.³¹

³¹ Secretaría del Trabajo de los Estados Unidos, *Labor Law*, p. 15.

Los salarios y la fuerza de los sindicatos varía en proporción al tamaño de las empresas, en parte porque en las empresas más grandes los patrones y los sindicatos se enfrentan en una situación de contratación colectiva semejante a la que se da en la industria moderna de otros países.⁸² En las fábricas más pequeñas los patrones tienden a dominar a sus empleados y muchos de los sindicatos de las empresas pequeñas son blancos. El medio ambiente tradicional y la docilidad de los obreros en estas fábricas han sido explicados muchas veces recurriendo a los antecedentes sociales de los obreros. Se ha dicho, y lo mismo se ha observado en la mayoría de los países latinoamericanos, que los obreros son campesinos recientemente emigrados a la ciudad y que sus sistemas de valores están concebidos en términos de dependencia semejantes a los que se dan en las relaciones entre patrón y peón en el campo.⁸³ No es probable que ésta sea la verdadera explicación, o cuando menos no en Chile. En un estudio que se hizo de la migración se mostró que la mayoría de los emigrantes no se trasladan directamente de las zonas rurales a las grandes ciudades, sino que pasan por una serie de etapas intermedias, desplazándose primero hacia los pueblos pequeños y de allí a otros más grandes antes de radicarse en la capital. También se descubrió que los que habían emigrado recientemente a Santiago no tenían problemas especiales de adaptación a la vida urbana; sus problemas eran los mismos que enfrentan generalmente los habitantes pobres de las grandes ciudades.⁸⁴ Otro estudio, en el cual se comparan las condiciones en la moderna fundidora de Huachipato con las de las minas de carbón de Lota, de tipo tradicional, revelaron que en ambos casos los trabajadores recién emigrados del campo desarrollaban una labor muy activa en los sindicatos.⁸⁵

⁸² Según Davis, "el hecho de que las empresas más grandes tengan costos más altos por concepto de salarios es una consecuencia del hecho de que los salarios mínimos y la protección legal, así como las contribuciones a la seguridad social (que pueden constituir hasta el 50% del salario neto del trabajador), sólo se pueden exigir, junto con los impuestos y el cumplimiento de las leyes que reglamentan el trabajo, cuando se trata de operaciones en gran escala, de empresas altamente capitalizadas" (como nota 25, p. 384).

⁸³ Véase E. Faletto, *Incorporación de los sectores obreros al proceso de desarrollo* (ILPES, 1965, mimeógrafo), *passim*. Otro tipo de argumento que puede servir para explicar la falta de conciencia de clase es que "ven el pertenecer a la fuerza de trabajo industrial como una fase transitoria en un movimiento de ascenso social que los llevará finalmente a un nivel pequeño burgués, cuando menos. De esta manera, aunque están muy preocupados por el aspecto de la compensación económica de su trabajo, tienden a desligarse de las ambiciones solidarias, nacidas de una conciencia de clase de la clase obrera establecida. Y así retienen los valores más individualistas y fundamentalmente conservadores de su cultura original" (J. H. Goldthorpe y otros, *The Affluent Worker*, Londres, 1968-69, iii, 13).

⁸⁴ B. Herrick, *Urban Migration and Economic Development in Chile*, 1965, pp. 51 y 100.

⁸⁵ En Huachipato los inmigrantes rurales venían de una capa más alta de su sociedad de origen, tenían más ambiciones que muchos de sus compañeros traba-

Además, la proporción de la fuerza de trabajo que está compuesta de emigrantes de zonas rurales es tan pequeña que se esperaría que los recién venidos adoptaran los valores sociales de la mayoría. El desarrollo económico que se ha dado en Chile durante la última década no ha favorecido el crecimiento de un proletariado industrial que pudiera formar la base de un movimiento sindical más extenso y poderoso. Entre los años de 1953 y 1965 la productividad del ramo industrial de manufacturas se incrementó a una velocidad mayor que el número de trabajadores enganchados, que sólo aumentaron en un 6.5% (aunque el número de empleados creció en 40%). En el ramo de minería el número de trabajadores decreció en un 12% entre los años de 1957 y 1965.⁸⁶ Se nota una tendencia similar en la moderna fundidora de Huachipato.⁸⁷

2. Los sindicatos en la economía

El problema más urgente al que tienen que enfrentarse los dirigentes sindicales chilenos es el de lograr que los salarios suban al mismo ritmo que el costo de la vida, o un poco más aprisa.⁸⁸ Al considerar el papel que desempeñan los sindicatos en la economía se plantean dos preguntas: la primera se refiere a los salarios reales y al avance o retroceso de los obreros con relación a otros grupos en lo que a esto respecta; la segunda se refiere al papel que han desempeñado los sindicatos en relación con este asunto, si su actuación ha tenido una verdadera importancia o ha sido poco efectiva en realidad. Éstas no son preguntas fáciles de

jadores y con frecuencia eran más activos que ellos en los sindicatos. En Lota, aunque los inmigrantes rurales recientes no tenían un nivel notablemente más alto de educación, ni eran mucho más ambiciosos ni más prósperos que los demás miembros de sus comunidades campesinas, su fuerte rechazo de la estructura social dominante los llevaba a participar de manera notable en las actividades sindicales (Di Tella y otros, p. 274).

⁸⁶ CUT, *Política de remuneraciones*, 1966, p. 14. Pero el periodo de 1957-65 fue malo para Chile en el aspecto de crecimiento económico. La proyección de CORFO para 1978 prevé una duplicación de la fuerza de trabajo ocupada en la minería de cobre, respecto a los 31 500 trabajadores que en 1967 ocupaba esta industria (CORFO, *Geografía económica*, p. 205). Pero incluso si su proyección se realizara, no es probable que resultara típica respecto al aumento de oportunidades de empleo.

⁸⁷ En 1953, un año después de que se inaugurara, ya producía 313 073 toneladas de lingotes de acero con una fuerza total de trabajo de 6 203 obreros. Para 1964-65 estaba produciendo 541 095 toneladas con un número mayor de trabajadores: 5 510 (Cía. de Acero del Pacífico, *Memoria anual, 1965-66*, Concepción, pp. 10 y 20).

⁸⁸ A. O. Hirschman da las siguientes cifras para los aumentos anuales promedio en las siguientes décadas: 1910-20: 6%, 1920-30: 3%, 1930-40: 7%, 1940-50: 18%, 1950-60: 36% (*Journeys Towards Progress*, Nueva York, 1965, p. 216). Estos promedios ocultan algunas fluctuaciones anuales sumamente bruscas. En años recientes, el aumento anual más bajo que recibieron los demócratas cristianos fue de 17% en 1966. En cambio en 1964 fue de más de 40%.

contestar. Se ha argumentado que la importancia económica de los sindicatos se ha sobrestimado en general y que la proporción del ingreso nacional que se transforma en salarios sólo ha sido modificada por los sindicatos en forma significativa a corto plazo, cuando han coexistido sindicatos "duros" con mercados "duros". La redistribución del ingreso debida a medidas del gobierno ha sido más importante; pero hay que tomar en cuenta que una fuerza que ha presionado al gobierno para que redistribuya el ingreso ha sido la sindical. Clark Kerr escribe que "el nivel general de los salarios ha subido más gracias a la política de empleo total (de la cual son coautores los sindicatos) y al crecimiento económico y la política monetaria que la acompaña, que a la acción de los sindicatos".³⁹ Esto equivale a afirmar que la importancia política (imposible de medir) de los sindicatos es mayor que la del impacto directo de los factores económicos (supuestamente medibles).

Hasta 1965 parece que la respuesta a la primera pregunta hubiera sido que a los trabajadores no les estaba yendo muy bien. El ingreso *per capita* promedio subió en un 30% de 1940 a 1954, pero mientras que el de los obreros subió en sólo el 9%, el de los empleados aumentó en 38%, y el de los patronos en 43%.⁴⁰ Sin embargo los cálculos que se han hecho para el periodo que corresponde a mediados de la década de los sesentas arrojan resultados mucho más favorables a los trabajadores asalariados. Si se comparan con las cifras correspondientes a 1964, cuando los jornales y salarios equivalían al 42% del PNB aproximadamente, se verá que han subido a poco menos del 50% del PNB para el año de 1969.⁴¹ El índice de los salarios reales (combinándose los de obreros y empleados) muestra un aumento de 93.8 a mediados de 1964 a 162.2 para abril de 1969.⁴² Y, en un sector que anteriormente había sido muy descuidado, el salario mínimo agrícola subió en un 40% de 1964 a 1969, en términos de valor real.⁴³ Sin embargo la distribución desigual del ingreso en Chile

³⁹ *Labor & Management*, p. 263. Agrega que "casi sería posible alegar que se pueden dar tantos casos en que el movimiento sindical (en los Estados Unidos, Inglaterra, Holanda y Suecia) restringió el aumento de salarios en esta última década, como casos en que estimuló el aumento de salarios". Un análisis similar, en que se duda de la importancia del efecto de la sindicalización sobre el nivel de los salarios, es el de J. Ramos, *Labor and Development in Latin America*, Nueva York, 1970, pp. 174-78.

⁴⁰ N. Kaldor, "Problemas económicos de Chile", *Trimestre Económico*, México, abril-junio de 1959, p. 179. Véase también O. Sunkel, "La inflación chilena: un enfoque heterodoxo", *ibid.*, octubre-diciembre de 1958, y Hirschman, pp. 215-16.

⁴¹ Testimonio de AID ante el subcomité sobre Relaciones Interamericanas del Congreso, publicado en *New Directions for the 1970s: towards a strategy of inter-American development*, 1969, p. 774. Para 1940 la proporción era de solamente 40% (J. Gavan, "Sobre la distribución funcional del ingreso en Chile", *Cuadernos de Economía*, agosto de 1968, p. 34).

⁴² Barrera, *Participación*, p. 95. El año tomado como base fue el de 1959 = 100.

⁴³ Cita del secretario de Agricultura, Hugo Trivelli, tomada de *El Mercurio*,

deja amplias oportunidades al gobierno de Allende de poner en práctica sus promesas de socialización. Por ejemplo, en 1967 los patronos, que formaban el 1.56% de la población económicamente activa, recibieron el 5.95% del ingreso personal total; los trabajadores autoempleados, que formaban el 23.32% de la población económicamente activa, recibieron el 23.60%; los empleados —26.30%— recibieron el 44.82%; y los obreros —48.2%— recibieron el 25.5%.⁴⁴

La participación creciente de los trabajadores en el ingreso nacional desde 1965 se debe, obviamente, más a la política del gobierno (y no sólo en lo que respecta a salarios, sino en varios campos) que a un aumento marcado de la fuerza de los sindicatos. Sin embargo, la legislación oficial no es una buena guía para juzgar el nivel real de aumento de salarios; el gobierno fue incapaz de controlar el proceso que había iniciado. Aun en el sector público, el nivel de los salarios y de los aumentos no tiene mucha relación con la política oficial. Muchas de las agencias gubernamentales son autónomas y pueden derrotar la política oficial respecto de salarios mediante tácticas tales como el aumento en el número y tipo de ascensos que concede, la cantidad de horas extra asignadas, etcétera.⁴⁵ En el sector privado el gobierno autorizó reajustes de salario equivalentes al 38% en 1965, al 26% en 1966, y al 17% en 1967. Pero en la realidad los salarios aumentaron en el 53%, el 37% y el 37% en esos años (en términos de valor real los aumentos fueron del 19%, el 11% y el 13%).⁴⁶ Los salarios

12 de octubre de 1969. Sin embargo, la base estadística de estos cálculos ha sido muy discutida (aunque esto no afecta necesariamente a la tendencia de los salarios reales). El cálculo de la participación de los distintos factores de producción en el ingreso nacional parece estar fundado en varios errores, por ejemplo, el salario que en realidad se paga al trabajador rural es más alto que el mínimo legal, y sin embargo es el segundo el que se ha utilizado en los cálculos de la distribución del ingreso nacional. En uno de los análisis al respecto se llega incluso a atribuir a la fuerza obrera el 65-70% del ingreso nacional (Gavan, p. 46). Pero también sus cálculos están sujetos a una gran incertidumbre estadística; los que utilizó para el ingreso de la fuerza obrera fueron obtenidos mediante encuestas, y los que utilizó para calcular el ingreso del capital los tomó de las declaraciones de impuestos *adjusted tax returns*. Además incluye en el total correspondiente a jornales y salarios la mayor parte de las ganancias de las personas que trabajan para sí mismas (que normalmente no se incluyen en este tipo de cálculos). Ver las objeciones a los cálculos de Gavan que publicó un director de ODEPLAN en *Cuadernos de Economía*, abril de 1969, pp. 78-81. Sin embargo, esto demuestra que no se pueden basar las discusiones respecto a los salarios en el salario mínimo legal. Desde 1953 a 1967 el *suelo vital* (salario mínimo) bajó en cuanto a su valor real de 150 a 109. Si los salarios efectivos hubieran bajado al mismo paso se hubrían reducido en un 30%. De hecho subieron un 50% (J. R. Ramos, *Política de remuneraciones en Chile*, Instituto de Economía, MS, 1968, p. 14).

⁴⁴ I. Heskia, *Análisis estadístico de la distribución del ingreso personal en Chile en 1967*, 1967, citado por Barrera en *Participación*, p. 57.

⁴⁵ Ramos, *Política de remuneraciones*, p. 23.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 10. Sin embargo aunque los salarios reales de los obreros industriales se duplicaron de 1937 a 1966, la participación de los salarios en el valor agre-

pagados por el gobierno central en esos mismos tres años subieron en 50%, 33% y 32%, en términos monetarios. Las políticas respecto a salarios son malos indicadores del crecimiento real de salarios.

Una razón de que haya tan poca correspondencia entre la política gubernamental respecto a salarios y el crecimiento real de los mismos es que resulta muy difícil obligar al cumplimiento de las normas trazadas, dada la peculiaridad de la inflación chilena con su trayectoria caprichosa. Ramos señala que en una situación de inflación persistente, las demandas y ofertas de salario prevén el ritmo esperado de la inflación, y que, aunque no sea el único motivo para aumentar los salarios, el aumento de los mismos en previsión de un margen dado de inflación desempeña un papel muy importante. El mismo Ramos descubre que durante el periodo que abarca 36 años, de 1929-30 a 1965-66, los salarios reales se redujeron 14 veces, y que 13 de estas reducciones se produjeron en años de inflación acelerada. Los salarios reales aumentaron 19 veces; y 14 de estos aumentos se produjeron en épocas en que bajaba el ritmo de la inflación, mientras que 5 de ellos coincidieron con épocas en que se aceleraba la inflación (aunque en ninguno de estos cinco casos había una inflación de más del 5%). En los periodos en los cuales los cambios en el ritmo de inflación respecto del periodo anterior eran del 10% o menos, la fluctuación de salarios reales se daba esencialmente al azar. Según el análisis de este investigador, la sindicalización no es un factor importante, ya que incluso en ausencia de ella las ofertas y demandas de salario tomarán en cuenta implícitamente el ritmo previsto de inflación.⁴⁷ Pero esta argumentación examina las relaciones industriales desde un punto de vista casi exclusivamente económico, ignorando por completo el aspecto político. Es difícil imaginar una situación en que se hubieran disuelto los sindicatos y el clima político fuera hostil (como en Brasil, después de 1964), en la cual no sufrieran los trabajadores.

La estructura general de los sindicatos chilenos no llevaría a esperar que gozaran de una posición fuerte respecto a la contratación colectiva, ya que hay muchos sindicatos pequeños, débiles y pobres. Además, el sindicato industrial aislado está en general en una posición de desventaja respecto a la contratación colectiva, cuando se compara con sindicatos que agrupan a trabajadores de varias empresas. Puesto que el sindicato industrial comprende a trabajadores que intervienen en todas las etapas del proceso de fabricación en esa empresa, las demandas de salario afectan

gado en la industria manufacturera había bajado al final del periodo, debido a que la producción aumentó de manera notable a largo plazo. Los salarios y la productividad han crecido relativamente parejos, especialmente en el periodo de 1957-66, en que un aumento de 75% en los salarios reales estuvo acompañado por un aumento semejante en la producción por obrero.

⁴⁷ "Pienso que la inflación persistente despierta a los individuos y los hace preverla y reaccionar de acuerdo con ella, aun cuando no haya ninguna organización sindical" (ibid., p. 58).

fuertemente al patrón; mientras que las demandas de un sindicato profesional, aunque puedan ser mayores, se reparten entre un número mayor de patrones, de tal manera que el costo para cada uno por separado equivale a una parte relativamente pequeña de su erogación total por concepto de salarios. Los sindicatos que tienen ramas en varias fábricas pueden ayudar a una de las ramas que esté en huelga, pero el sindicato industrial individual, cuando está en huelga, si no es miembro de una federación poderosa, se ve más aislado y expuesto.⁴⁸ También hay que tomar en cuenta que hay una gran oferta de trabajo y que se requiere en general un nivel muy bajo de capacitación en la fuerza de trabajo industrial, y que las restricciones legales que limitan la acción de los sindicatos no tienen un equivalente comparable que limite las facultades del patrón para deshacerse de trabajadores que le causan problemas. Uno de los pocos sindicatos que controlan la oferta de trabajo para toda una industria es la FONACC, y sus miembros se han beneficiado con las utilidades resultantes de aumentos de productividad que de otra manera hubieran podido distribuirse a otros factores de la producción o aprovecharse para una reducción de precios.⁴⁹ Excepto éste, hay muy pocos casos en Chile en que los sindicatos tengan una fuerza comparable, en donde la industria esté monopolizada por una sola empresa, y en donde se den inelasticidades en la oferta de trabajo, por ejemplo debidas al alto nivel de capacitación que se requiere de la fuerza de trabajo.

Es, obviamente, muy difícil determinar la influencia que han tenido los sindicatos sobre los salarios, y los estudios microeconómicos de industrias particulares no responden a preguntas macroeconómicas respecto a su influencia sobre el aumento en el nivel general de salarios. Aun en el caso de Estados Unidos, donde se pueden obtener estadísticas más dignas de confianza, difieren mucho las opiniones respecto a la magnitud de la influencia que ejercen los sindicatos sobre el nivel de salarios.⁵⁰ Sin embargo, sean los que sean los problemas teóricos,⁵¹ resulta evidente que

⁴⁸ M. Urrutia dice que el sindicato industrial colombiano, limitado a una sola fábrica, "sólo puede depender de sus propios fondos de resistencia limitados, en caso de huelga, y, dada la estructura monopolista del mercado de productos colombianos, la derrota de un sindicato de empresa no afecta, por lo general, el nivel exigido por los sindicatos en otras empresas (*Development of the Colombian Labor Movement*, Yale, 1969, pp. 155-56).

⁴⁹ Gregory, p. 69.

⁵⁰ Se aprecia, por lo tanto, una correlación real entre el tamaño de la empresa y los salarios que paga, y una correlación real también entre la sindicalización y el tamaño de la empresa, pero hay poco acuerdo respecto a cuál elemento es el que hace subir el nivel de salarios, el tamaño de la empresa o la existencia del sindicato (Urrutia, p. 240).

⁵¹ Gregory (p. 72) trata de demostrar que para el periodo de 1959-63 sus cálculos indicaban que los mayores aumentos en la productividad y la menor elasticidad en la demanda de trabajo estaban relacionadas con una fluctuación más marcada en el nivel de los salarios, pero que ni las fuerzas del mercado de trabajo ni la sindicalización intervenían de manera efectiva para traducir los aumentos

mientras el código de trabajo chileno no haya sido reformado radicalmente los sindicatos chilenos no podrán organizarse y actuar con el máximo provecho.

SINDICATOS Y PATRONES

Hay dos fuentes de datos (en cierta manera contradictorias) sobre el estado de las relaciones laborales. Los estudios generales tienden a aceptar, aunque sin plena convicción, a una u otra de estas fuentes. La lista de huelgas que se puede ver en la siguiente tabla parece indicar una situación de hostilidad en las relaciones laborales.

Las huelgas en Chile son cortas, frecuentes, limitadas a una localidad, y la mayoría de ellas son obra de sindicatos industriales, que las organizan generalmente para presionar en favor de sus demandas de mejores salarios y condiciones de trabajo, y muy rara vez en busca de derechos sindicales o participación en las decisiones. Las huelgas ilegales son mucho más numerosas que las legales, y en general se originan en la protesta espontánea de los trabajadores en contra de acciones unilaterales de la gerencia.⁵² Peor organizadas que las huelgas legales, son por lo mismo más cortas, durando un promedio de cinco días, contra veintidós días para las huelgas legales. Por lo tanto los días-hombre que se pierden por concepto de huelgas legales suelen exceder con mucho a los que se pierden por huelgas ilegales, ya que entre las primeras se incluyen huelgas nacionales prolongadas de sindicatos grandes, tales como las de los trabajadores del cobre o de los mineros.⁵³ Las huelgas se convierten en legales sólo después de un largo periodo de arbitraje.

Muchos sindicatos tratan de evitar estos procedimientos tan largos, pero corren el riesgo de que se declaren ilegales sus huelgas y que se les ordene volver al trabajo. Hablando estrictamente, es ilegal hacer una huelga para obligar al patrón a cumplir sus convenios o acuerdos con los trabajadores. Sin embargo, ésta es la causa más común de las huelgas, lo cual indica la debilidad de los sindicatos frente a patrones hostiles y la falta

de productividad y de inelasticidad en la demanda de trabajo en cambios en el nivel de los salarios. A pesar de esto, subraya el hecho de que las industrias que tenían salarios reales más bajos al final de este periodo estudiado, eran aquellas en que había menor sindicalización, y concluye que "la sindicalización es pues, probablemente, un factor que contribuye, al explicar (por su mera ausencia o presencia) una parte de la diversidad en el cambio en el nivel de los salarios".

⁵² A. Armstrong Verdugo, *Huelgas en Chile en 1962: su magnitud y causas*, tesis, Universidad de Chile, 1964, *passim*. Petras (p. 19) llega a conclusiones parecidas respecto de las zonas rurales. Dice que "el principal factor que contribuye al aumento de la militancia, de la conciencia sindical y de la solidaridad social en el campo ha sido la violación de los acuerdos por parte de los dueños de las tierras".

⁵³ Armstrong (p. 45) cita una huelga minera declarada en 1962 que duró más de un año, y que se debió a la negativa a pagar salarios de una empresa insolvente.

Huelgas, 1960-69

	No. de huelgas		No. de huelguistas (000)		Días-hombre perdidos (000)	
	Total	Ilegales	Total	Ilegales	Total	Ilegales
1947-50*	121	39	45	13	1 195	951
1960	257	85	88	47
1961	262	82	111	20
1962	401	85	83	19	1 020	465
1963	413	50	117	22	786	...
1964	564	88	138	17	835	...
1965	723	148	182	41	1 902	...
1966	1 073	137	195	32	2 015	1 261
1967	1 142	264	225	60	1 990	1 290
1968	1 124	223	293	60	3 652	1 311
1969**	997	206	275	54	972	592
						244
						555
						754
						700
						2 341
						380

* Promedio anual

... no se pueden conseguir
 FUENTES: J. Petras, *Politics & Social Forces*, gráfica 38; Barria, *Relaciones colectivas*, p. 42; Secretaría del Trabajo de los Estados Unidos, *Labor Law*, p. 41; *Sexto mensaje del presidente*, ii.366; *Memoria al 5º congreso de la CUT*, p. 53. No se han dado cifras separadas para obreros y empleados debido a que el número de obreros siempre excede con mucho al de empleados en todas las categorías (en el periodo de 1966-68 en proporción de 5 a 1 aproximadamente).

** aprox. 9 meses

de confianza de los sindicatos en el sistema legal de conciliación. El brusco aumento del número de huelgas desde 1965 no se tiene que interpretar necesariamente como el resultado de un intento marxista de agudizar la lucha de clases. Es más probable que se debiera a la mayor simpatía del gobierno hacia los sindicatos, a que el número de trabajadores sindicalizados aumentó considerablemente, a que un mayor número de inspectores laborales significaba que se hacían más intentos de conciliación y menor uso de represión policiaca, y, por supuesto, a las huelgas nacionales que hubo en el periodo, sobre todo en los años de 1967 y 1968, para protestar contra la política nacional de ingresos.⁵⁴

Hay que concluir que la gran mayoría de las huelgas son producto de fallas de la gerencia. Pero el proceso se repite con tal frecuencia que parece posible que la rutina juegue un papel importante en el asunto. Los patrones tratan de evitar el cumplimiento de sus obligaciones siempre que pueden, y la huelga sirve para demostrarles hasta donde pueden (o no pueden) llegar. En este sentido la negociación colectiva funciona sobre todo para obtener de los patrones individuales lo que ya ha sido otorgado legalmente, o lo que los comités de conciliación han recomendado que se adopte en toda la industria.⁵⁵

La contratación colectiva no trata solamente de salarios. Es frecuente que los patrones sominstren vivienda, atención médica e incluso diversiones; y muchos sindicatos exigen este tipo de prestaciones en sus pliegos. Se hace este tipo de demandas en parte porque las provisiones de seguridad social que ofrece el Estado son deficientes y en parte porque los sindicatos son demasiado pobres para ofrecer ellos mismos estos servicios. Muchas veces los patrones están dispuestos a conceder estas facilidades como un precio que hay que pagar por mantener la paz industrial, para volver innecesarios a los sindicatos, o cuando menos convertirlos en organismos dóciles supervisados por la gerencia.

Los patrones no parecen estar muy descontentos con el estado actual de las relaciones industriales. Un estudio general mostró que más del 82% estaba en favor de mantener la situación actual de sindicalismo fragmentario, o de aumentar el control estatal sobre las actividades sindicales; y menos del 15% estaban en favor de conceder mayor libertad a los sindicatos.⁵⁶ Tienen muy pocos motivos para estar descontentos del código

⁵⁴ Landsberger, "Ideology and Practical Labor Politics", en M. Zañartu y J. J. Kennedy, eds., *The Overall Development of Chile*, 1969, p. 134; *Sexto mensaje del presidente*, ii, 388.

⁵⁵ Barría afirma que es muy probable que todos los pliegos presentados en el periodo que estudia (1956-63) tuvieran por resultado acuerdos de aplicar los reajustes determinados por la ley a los salarios. En otras palabras, el regateo preliminar a la contratación colectiva servía para obligar a los patrones a cumplir con sus obligaciones legales (*Relaciones colectivas*, p. 57).

⁵⁶ G. Briones, *Empresario industrial en América Latina: Chile*, 1963; citado por Petras, "The Harmony of Interests", *International Socialist J.*, noviembre de 1966, p. 496.

laboral actual, ya que no establece ninguna sanción para los patrones que no cumplan con sus ordenamientos, mientras que los sindicatos que no se ajustan a ellos están seriamente amenazados por un buen número de sanciones. Además el código laboral permite una gran interferencia de los patrones en los asuntos sindicales.⁵⁷ Los sindicatos no parecen ser un grave problema en concepto de los patrones; en otro estudio general, se vio que los gerentes estaban mucho más preocupados por la inestabilidad de la política económica que por la fuerza de los sindicatos.⁵⁸ A la pregunta respecto a quién decidía las cuestiones de política social de la empresa, un 64% contestó que la gerencia sola, contra un 26% que respondió que la gerencia en unión con el sindicato.⁵⁹ Mostraban una cooperación moderada respecto del sindicato.⁶⁰

Un estudio general de los presidentes de casi todos los sindicatos industriales en las regiones de Santiago, Valparaíso y Concepción confirmó a grandes rasgos los resultados reseñados en el párrafo anterior; el 49% de ellos pensaba que los patrones ayudaban a los sindicatos. Pero el 18% pensaba que los patrones trataban de eliminar al sindicato en su empresa y el 27% creía que intentaban bloquear su crecimiento.⁶¹ Una mayoría estaba de acuerdo en que las relaciones entre la empresa y el sindicato eran buenas. Aproximadamente la cuarta parte pensaba que la actitud de los patrones hacia los dirigentes sindicales era descortés y arbitraria. En otro estudio, cuando se pidió a los trabajadores (no a los dirigentes sindicales) que identificaran a las personas que creían que actuaban en su contra, sólo el 13% (de la muestra tomada) señaló a los patrones.⁶²

El panorama que presentan estos estudios no es de ninguna manera el que presentaría un sistema de relaciones industriales en que marxistas amargados están empeñados en una lucha cerrada contra capitalistas endurecidos. Los dirigentes sindicales chilenos parecen capaces de distinguir

⁵⁷ Morgado, p. 87. En un principio la reacción de los patrones a las leyes laborales fue adversa; alentados por la lentitud del gobierno para actuar sabotearon con éxito muchos intentos de formar sindicatos (Morris, p. 249).

⁵⁸ C. Fuchs y L. Santibáñez, *Pensamiento, política y acción del ejecutivo industrial*, 1967, p. 46.

⁵⁹ Cuando se les preguntó por qué tenían un papel tan reducido los sindicatos, se dieron las siguientes respuestas: no hay sindicato (en la mitad de las empresas), el nivel de educación y de competencia es muy bajo y el de politización demasiado alto (lo cual significaría que los sindicatos no tenían interés en colaborar), *ibid.*, p. 57.

⁶⁰ En donde había sindicato, el 44% pensaba que las relaciones eran buenas y el 41% "más buenas que malas". Sólo el 7% atribuía a la politización las malas relaciones con los sindicatos (*ibid.*, pp. 77 y 79).

⁶¹ Barrera, *Sindicato*, p. 21.

⁶² También fueron señalados como "principal enemigo" los latifundistas (38%), los extranjeros (30%), los intereses financieros y comerciales (17%) (V. Nazar, *Imagen sociológica del obrero industrial chileno*, Memoria, Universidad de Chile, 1967). Este estudio se basó en una encuesta dirigida por una sección de ECLA para Alain Touraine.

entre sus convicciones políticas a largo plazo y su conducta efectiva en los asuntos sindicales cotidianos; o entre la manera en que actúan en el campo de la política y la manera en que actúan en el campo de la economía. Uno de los estudios concluye que

la lucha sindical a nivel local no tiene ni una orientación revolucionaria, ni tan siquiera un concepto reformista del orden social. Intenta lograr una ligera mejoría de las condiciones sociales y económicas de sus trabajadores. En este sentido el movimiento sindical expresa los esfuerzos de los trabajadores dirigidos a reducir la distancia entre su nivel de vida actual y el nivel al cual aspiran.⁶³

Sin embargo, al hacer un estudio general de todos los dirigentes sindicales, se puede perder de vista a la minoría activa, más preocupada por salvar la distancia que separa la acción industrial de la acción política, especialmente a nivel de federación, más que a nivel de sindicato industrial. Además, parece muy poco probable que el dirigente de un pequeño sindicato industrial piense en hacer proposiciones grandiosamente revolucionarias en un contexto en el cual el sistema social parece relativamente firme —o cuando menos inmune a los ataques del dirigente de unos 100 o más trabajadores sindicalizados que se preocupan fundamentalmente por el impacto de la inflación en sus salarios. Sin embargo esta observación no implica que se hayan vuelto reformistas y preocupados exclusivamente por obtener mejorías económicas; si así fuera ¿por qué tantos de ellos apoyan a partidos marxistas? Si los dirigentes sindicales conciben los fines de su propio sindicato local en términos predominantemente económicos, esto no significa que esperan lo mismo de su federación, de su confederación o de su partido político.

LOS SINDICATOS Y EL ESTADO

Tomando en cuenta que el chileno es un sistema político donde los intereses corporativos tienen amplia representación en las instituciones gubernamentales, y esto a todos los niveles, llama la atención la peculiar situación de los sindicatos, aislados y ausentes de las principales áreas de toma de decisiones. Uno de los estudios reveló que las cuatro asociaciones principales de negociantes chilenos tenían categoría de miembros con voto en varios institutos clave en la política financiera, tales como el Banco Central (política monetaria), el Banco del Estado (crédito, subsidios) y el CORFO (que controla una buena parte de las inversiones del gobierno); y que cada una de las principales asociaciones de negocios generalmente votaba como miembro en los muchos comités gubernamentales especializados que estudiaban asuntos correspondientes a su sector

⁶³ Barrera, *Sindicato*, p. 106.

económico.⁶⁴ Los sindicatos tenían un solo representante en el comité directivo del Banco Central (en comparación con los 6 representantes de otros grupos de intereses privados); 2 representantes (1 obrero y 1 empleado) ante el Banco Estatal (en comparación con 5 para otros grupos de intereses) y 1 en CORFO (en comparación con 5 para otros grupos de intereses privados y 10 de otros bancos). Pero los representantes de los sindicatos eran nombrados por el presidente de la república hasta el año de 1970; entre los años de 1947 y 1960, cuando los sindicatos y el ejecutivo estaban en conflicto, el presidente no nombró ningún representante de los sindicatos ante CORFO.⁶⁵ Huelga decir que los representantes nombrados por el presidente serán más probablemente los que lo complacen a él que los que complacerían a los sindicatos. Parece ser que el tener un representante de los sindicatos ante CORFO no servía de gran cosa, ya que estaba por lo general inactivo, pasando por alto los problemas que no concernían directamente a los sindicatos y demasiado débil para imponer decisiones convenientes a los sindicatos cuando el problema sí les concernía. Los patrones se opusieron a aumentar el número de representantes de los sindicatos fundándose en que no participaban ni añadían nada a las discusiones. Lo mismo vale para los comités de desarrollo provincial. Los sindicatos no estaban representados en el Consejo Nacional de la Educación, aun cuando se había llegado a un acuerdo de que deberían tener representación.

Aun en el caso de las instituciones que manejan asuntos que afectan más directamente a intereses sindicales, tales como sus propias organizaciones de seguridad social, por lo general se pasan por alto los deseos de los sindicatos. Según la ley, los sindicatos pueden nombrar representantes en las mesas de conciliación, en los organismos encargados de fijar salarios, etcétera. Pero en la práctica es por lo general el gobierno quien los nombra o releva de su cargo, con lo cual dicha representación se reduce a una mera formalidad, desde el punto de vista de los sindicatos.

En el gobierno del Frente Popular los sindicatos sí desempeñaron un papel más directo cuando participaron en la organización del Frente y eligieron a cierto número de diputados, además de estar representados en el CORFO cuando se formó. Pero nunca tuvieron mucha influencia en el Frente: los partidos políticos se arrogaron la representación de la clase obrera y se esperaba que los sindicatos desempeñaran un papel más funcional. Además, el experimento produjo amargas rivalidades intrasindi-

⁶⁴ Estas eran la Sociedad Nacional de Agricultores (SNA), la Sociedad de Fomento Fabril (SFF), la Cámara de Comercio Central (CCC), y la Sociedad Nacional de Minería (SNM) (véase C. Menges, "Public Policy and organized business in Chile: a preliminary analysis", *J. Internat. Aff.*, Princeton, 22/2, 1966, pp. 343-65).

⁶⁵ Barrera, "Participation by occupational organizations in economic and social planning in Chile", *Internat. Lab. R.*, agosto de 1967, p. 158.

cales y, por muchos motivos, es un periodo que los dirigentes sindicales preferirían olvidar.⁶⁶

Hasta 1970 el gobierno y los sindicatos se mantuvieron a distancia, como si hubiera entre ellos cierta hostilidad. Había poco contacto entre ambas partes, excepto en la zona de conflictos industriales, en donde el gobierno era visto generalmente como aliado del patrón y no del sindicato. Los inspectores laborales, que trabajan bajo una gran presión, aplicando la ley e investigando casos de violaciones de la misma, tienen poco tiempo para desempeñar un papel más positivo y constructivo respecto a los sindicatos.⁶⁷

En cierto sentido, a pesar de que los sindicatos quedaban fuera del proceso de toma de decisiones, siempre se les tomaba en cuenta. Por ejemplo, al fijar la política respecto a ingresos, siempre tiene que haber un cálculo de la probable reacción de los sindicatos. Quizás porque este cálculo era por lo general muy poco acertado, el gobierno de Frei rompió con la tradición y consultó de hecho por primera vez a los dirigentes sindicales de la CUT al fijar el nivel de reajuste de salarios para trabajadores del sector público para 1970, y el público chileno pudo admirar el inusitado espectáculo que ofrecieron los dirigentes de la CUT y los ministros del gobierno felicitándose mutuamente por su moderación y sentido de responsabilidad.⁶⁸ Sin embargo esto era excepcional en el periodo de gobierno del PDC.

Normalmente no se consultaba a los sindicatos respecto a sus aspiraciones o deseos. Una encuesta realizada entre presidentes de sindicatos mostró muy claramente la opinión que tenían de su propia importancia. Sólo un 10% pensaba que los sindicatos tuvieran mucha influencia en cuestiones de importancia nacional: el 33% pensaba que tenían alguna influencia, y el 57% pensaba que no tenían ninguna.⁶⁹ Es difícil negar que, cuando menos hasta iniciarse el periodo de Allende, esta evaluación es bastante realista.

⁶⁶ Véase el capítulo 5.

⁶⁷ Aunque tienen muchas obligaciones, los fondos que reciben son inadecuados para su cumplimiento; en 1966 el Departamento de Inspección tenía un solo vehículo. Tienen poco tiempo para hacer inspecciones de rutina en las fábricas (Departamento de Trabajo de los Estados Unidos, *Labor Law*, p. 27). La situación mejoró en el periodo de Frei y es de presumirse que mejorará aún más con Allende en la presidencia.

⁶⁸ Consúltense *El Siglo*, 9 de noviembre de 1969, p. 5, y *Ercilla*, 10-16 de diciembre de 1969, pp. 8-9, para detalles al respecto. Pero los acuerdos se referían únicamente al sector público, y no se estableció ninguna maquinaria formal para hacer de las consultas un procedimiento permanente.

⁶⁹ Por otra parte el 90% pensaba que los patrones tenían una gran influencia (Landsberger y otros, *Pensamiento*, p. 26).

5. SOCIALISMO Y COMUNISMO I

Desde la década de los treinta, los socialistas y los comunistas han constituido la corriente política más fuerte dentro del movimiento sindical chileno. Haciendo a un lado por un momento la cuestión de si se les puede considerar como una fuerza combinada, hay que tomar en cuenta el hecho de que la mayoría de los miembros de sindicatos apoyan a dirigentes que como socialistas o comunistas reconocidos presentan candidaturas para ocupar cargos sindicales.¹ Puesto que las elecciones sindicales son relativamente libres y frecuentes, esto significa que la mayoría de los obreros sindicalizados escogen a representantes de estos dos partidos marxistas.

Los comunistas y socialistas son fuertes dentro del movimiento sindical en parte porque son corrientes políticas fuertes a nivel nacional. La firme base institucional con que cuenta cada uno de estos dos partidos no reside solamente en un movimiento sindical aislado que se enfrenta a un sistema político hostil. El movimiento obrero chileno, aunque es fuerte en comparación con los demás movimientos obreros latinoamericanos, no es lo suficientemente poderoso o unificado para imponer su voluntad a los partidos políticos que están más íntimamente asociados con él. Es cierto, por supuesto, que el apoyo sindical otorga a los dos partidos marxistas un importante apoyo electoral así como refuerzos de otros tipos, y que los sindicatos tienen considerable influencia dentro de los partidos. Pero el meollo de la dirección del partido queda fuera del movimiento sindical, en su mayor parte en el grupo parlamentario, tanto en el caso del partido socialista como, en menor grado, en el del comunista.

Qué fuerza retendrían el socialismo y el comunismo dentro del movimiento sindical si estos dos partidos no fueran tolerados en el sistema político nacional, es una pregunta difícil de contestar. Pero mientras que la pérdida del apoyo político tendría sin duda algunos graves efectos, es probable que la ideología, la tradición y la organización marxistas tengan

¹ Los resultados de una encuesta que se llevó al cabo entre el 90% de los presidentes de los sindicatos industriales en Santiago, Valparaíso y Concepción en 1962-63, indican que el 43% apoyaba a los partidos de la FRAP (la coalición electoral formada por los partidos socialista y comunista con el apoyo de uno o dos partidos minoritarios), en comparación con un 23% que apoyaba al PDC, un 6% que apoyaba a los radicales, y un 19% que no apoyaba a ningún partido (Landsberger y otros, en "The Chilean labour union leader", *Industr. & Lab. Relations R.*, abril de 1964, pp. 399-240).

raíces demasiado hondas en los sindicatos para debilitarse mucho, como sucedió en el movimiento sindical brasileño con el comunismo, ante el ataque del Estado. El partido comunista chileno ha sido declarado ilegal y perseguido, primero bajo el régimen de Ibáñez, desde 1927 hasta 1931, y nuevamente en 1948, con el presidente radical González Videla. La persecución fue relativamente tibia si se compara con la persecución que suelen desatar los gobiernos latinoamericanos, y el partido socialista y otros grupos de izquierda pudieron dar asilo a comunistas mientras esperaban un cambio en el clima político.² Sin embargo, los comunistas recibieron un importante apoyo en el movimiento sindical a través de todo el periodo que estuvieron proscritos, desde 1948 hasta 1957. Si los sindicatos no proveen los dirigentes para ninguno de los dos partidos marxistas, sí ofrecen una base de apoyo sólida y fiel.

La dominación del socialismo y del comunismo en el movimiento sindical —especialmente en sus sectores politizados— se demuestra por las votaciones que se llevan a cabo en la CUT para nombrar a sus dirigentes. Una vez aceptado que la mayoría de los obreros sindicalizados están representados en los congresos de la CUT (algo más del 60%, según la mayoría de los cálculos) resulta interesante ver la fuerza electoral de socialistas y comunistas dentro de los congresos de la CUT, a partir del congreso fundador que se celebró en 1953.

Proporción de la votación total que recibieron comunistas y socialistas en los congresos de la CUT (%)

	1953	1957	1959	1962	1965	1968
Comunistas	21	40	45	31	42	46
Socialistas	25*	26**	28	28	33	25**
Total	46	66	73	59	75	71

* Tres partidos.

** Dos partidos.

FUENTES: Para 1953-62, Barría, *Trayectoria*; para los años posteriores la prensa. Las cifras dadas representan el porcentaje de la votación total que recibieron las listas de candidatos propuestas por los partidos en las elecciones de mesas directivas de la CUT. Las cifras completas de todas las votaciones se pueden ver en las pp. 220-24.

Estas cifras, aunque son útiles, subestiman indudablemente la fuerza de demócrata-cristianos y radicales,³ ya que en varios congresos las delega-

² E. Halperin, *Nationalism and Communism in Chile*, 1965, p. 118.

³ Cuando menos en 1962, según los resultados de una encuesta realizada por Landsberger, era mucho menor el porcentaje de sindicatos dominados por los demócrata-cristianos (38%) afiliados a la CUT, que el porcentaje de sindicatos dominados por socialistas y comunistas (68%) que pertenecían a la misma. (Landsberger, "Ideology and Labour Politics", en Zañartu y Kennedy, p. 129.)

ciones del partido demócrata-cristiano y del radical se retiraron en masa o parcialmente. (Además estas cifras sobrestiman —aunque con menor exageración— la fuerza de los comunistas en relación con la de los socialistas, cuya falta de financiamiento y organización limita el número de delegados que puede mandar a los congresos). Dado que los socialistas y comunistas le dan mayor importancia a la CUT que los otros dos partidos, y dado que generalmente dominan tanto su operación general como la tarea específica de organizar los congresos y conceder los derechos a los delegados, no debe sorprendernos que su representación ante estos congresos exagere la fuerza de su posición en relación con radicales y demócrata-cristianos.

Los socialistas y comunistas predominan en los sindicatos más antiguos, como los de los obreros del cobre y del carbón, y en sectores de la industria manufacturera donde han dominado tradicionalmente.⁴ Estos sindicatos y algunos del sector público tienden a ser más activos en la CUT y por lo tanto a dar una falsa impresión de la fuerza de los distintos partidos en los sindicatos. Sin embargo, incluso en estos sindicatos, hay demócrata-cristianos y radicales entre los dirigentes.⁵

En las zonas rurales y en el sector de servicios, tanto públicos como privados, los socialistas y comunistas forman generalmente una minoría, aunque dominan algunos sindicatos del sector público. Controlan una confederación rural que representa aproximadamente a la cuarta o la tercera parte de los trabajadores agrícolas sindicalizados, pero predominan los demócrata-cristianos y otros grupos católicos.⁶ En el sector público los radicales constituyen la mayoría en muchos sindicatos, aunque los demócrata-cristianos también son fuertes. Sindicatos como la ANEF o la CEPCh son reductos bien conocidos de la fuerza radical, aunque no están

⁴ No es fácil conseguir cifras respecto a la composición política de los cuadros directivos sindicales a nivel de federación, aunque es posible descubrir algunos datos mediante entrevistas y, con menor frecuencia, en informes periodísticos. Así, por ejemplo, en el comité ejecutivo de la CTC encontramos 7 socialistas, 4 comunistas, 1 independiente y 1 demócrata-cristiano (1967). Anteriormente había 4 demócrata-cristianos, hasta que el asesinato de unos obreros del cobre y de sus familias por tropas en la mina de El Salvador, en 1966, produjo un súbito descenso del apoyo a los demócrata-cristianos. En la FONACC hay 2 comunistas, 1 radical, 2 independientes, 1 demócrata-cristiano y 9 socialistas. En el Sindicato Industrial Obrero de Lota —en la zona de las minas de cobre— hay 4 comunistas y 1 socialista (1967). Más adelante se citarán otros ejemplos.

⁵ En el comité ejecutivo del Sindicato de Ferrocarrileros hay 4 socialistas, 2 radicales, 2 comunistas y 3 demócrata-cristianos (1967). La FIFCh, que es una federación general de empleados y obreros ferrocarrileros tiene un comité ejecutivo compuesto de 4 socialistas, 3 radicales, 3 demócrata-cristianos y 1 comunista (1967).

⁶ Las cifras para 1969 respecto del número de miembros de las tres principales confederaciones rurales se pueden ver en la página 266.

⁷ En el comité ejecutivo de la ANEF, que es la principal confederación de empleados estatales, hay 9 radicales, 3 demócrata-cristianos, 2 comunistas, 3 socialistas y 2 independientes (1969).

dominadas exclusivamente por ellos.⁷ Tanto entre los demócrata-cristianos y otros grupos católicos en las zonas rurales, como, desde 1965, entre los radicales y los demócrata-cristianos en los sindicatos, las relaciones han sido hostiles.⁸

El comportamiento de cualquier partido político hacia el movimiento sindical —las tácticas y objetivos que recomienda a los obreros, la representación que les concede en su organización interna— obviamente está condicionado por la naturaleza misma del partido. No es probable que un partido mal organizado tenga un sector obrero bien organizado; un partido fundamentalmente electoral, más que revolucionario, mantendrá una política sindical que vaya de acuerdo con estos objetivos. Para comprender la relación entre partidos y sindicatos dentro de los partidos comunista y socialista, es necesario estudiar antes el desarrollo y características principales de estos partidos.

EL PARTIDO COMUNISTA

El PC chileno siempre ha sido muy ortodoxo en el sentido de seguir fielmente la línea de Moscú, y, lo que resulta mucho más importante, al conformar tanto su acción como su organización a los modelos propuestos por la ideología comunista oficial.

El partido tiene una idea muy estricta de lo que debe ser la disciplina y la jerarquía. No tolera las desviaciones y exige a sus intelectuales que se sometan. Declara sin rodeos su convicción de que las condiciones objetivas deben preceder a la acción; tanto que con frecuencia se ha criticado al partido por ser demasiado cauto, por carecer de la confianza necesaria, por tener una organización débil e insegura, debido a esa actitud. Así por ejemplo, en 1932, la rama sudamericana de la Comintern, que ha ejercido una crítica severa y frecuente, señalaba la existencia de un margen demasiado amplio entre el desarrollo de la situación revolucionaria en Chile y la habilidad del partido para dirigirla. Añadía que el nivel del desarrollo ideológico era tan débil que en realidad la mayoría de las organizaciones regionales vacilaban entre una ideología proletaria y una ideología burguesa; criticaba al partido por buscar la seguridad en su política de selección al admitir sólo a muy pocos miembros; y sentía que al producirse la revuelta de los marinos en 1931 el partido había mostrado una total pasividad, tanto antes como después del acontecimiento, y sin embargo después había elaborado la mejor política posible para

⁸ De hecho, los radicales cuando se desplazan políticamente hacia la izquierda, atacan mucho más a los demócrata-cristianos que a los socialistas o a los comunistas. Esto se debe en parte, por supuesto, a que radicales y demócrata-cristianos están compitiendo por la misma clientela, y también a que los radicales parecen pensar que semejantes ataques son la mejor manera de mostrar el compromiso y solidaridad de su partido con la causa de la unidad obrera —un compromiso del cual el partido socialista siempre está dispuesto a dudar.

dividir al incipiente movimiento revolucionario cuando proclamó la consigna de “Todo el poder para los soviets”, dividiendo así al partido de las masas.⁹

Y sin embargo, a pesar de todas estas acusaciones, el partido comunista despierta un alto grado de entrega en muchos de sus militantes que sobrepasa con mucho el despertado por el partido socialista; y se parece mucho más, sin duda alguna, al modelo “totalitario” o fraternal de partido que su rival marxista. Esto lo ha expresado Pablo Neruda en un poema:

Me has dado la fraternidad hacia el que no conozco.
Me has agregado la fuerza de todos los que viven.
Me has vuelto a dar la patria como en un nacimiento.
Me has dado la libertad que no tiene el solitario.
Me enseñaste a encender la bondad, como el fuego.
Me diste la rectitud que necesita el árbol.
Me enseñaste a ver la unidad y la diferencia de los hombres.
Me mostraste cómo el dolor de un ser ha muerto en la victoria de todos.
Me enseñaste a dormir en las camas duras de mis hermanos.
Me hiciste construir sobre la realidad como sobre una roca.
Me hiciste adversario del malvado y muro del frenético.
Me has hecho ver la claridad del mundo y la posibilidad de la alegría.
Me has hecho indestructible porque contigo no termino en mí mismo.¹⁰

Para explicar la sobrevivencia del partido comunista y su persistente influencia sobre el movimiento sindical, su historia es importante. El hecho de que el partido y los sindicatos asociados a él eran los principales agentes de la clase obrera en las zonas nitreras aisladas del norte del país, y en las minas de carbón del sur, dio al partido una firme base proletaria que faltó a muchos otros partidos comunistas en América Latina. Esta sólida base de masas resistió y sobrevivió a la opresión en los periodos 1927-31 y 1948-57. Quizás la experiencia de la represión en carne viva, estando los dirigentes comunistas aislados en lugares remotos durante largas temporadas, sirvió para fortalecer, en lugar de estorbar, el sentimiento de solidaridad y comunidad. Aunque otras ideologías fueron adoptadas por algunos sectores del movimiento sindical, las raíces del comunismo

⁹ Buró Sudamericano de la Internacional Comunista, *Grandes luchas revolucionarias del proletariado chileno*, 1932, p. 24. El Buró también criticó la falta de organización de los obreros del cobre así como la escasa organización en las zonas nitreras y carboníferas, a pesar del amplio apoyo de los trabajadores en estas zonas; y añadió que una de las mayores debilidades era que no tenía ninguna influencia en el campo (pp. 24-33). Tomando en cuenta que el partido había sido declarado ilegal y perseguido durante cuatro años, parecería que el Buró exigía lo imposible.

¹⁰ El poema es el penúltimo de *Canto general*, libro xv, n. 27, y se tomó de la edición de Losada, Col. Biblioteca Clásica y Contemporánea, Buenos Aires, 1968.

eran más profundas y permanentes. No fue sino hasta la década de los treinta cuando el socialismo se convirtió en un verdadero reto.

Giovanni Sartori ofrece una explicación interesante del surgimiento y persistencia de la fuerza comunista que, aunque él esté hablando de países europeos, se aplica mejor aún quizás a Chile, porque en este país el comunismo no se separó de un movimiento socialista anterior.

No es la clase objetiva (condiciones de clase) la que crea al partido, sino el partido el que crea la subjetividad de clase (conciencia de clase) [...] El partido no es una consecuencia de la existencia de las clases. Más bien y antes es la clase la que recibe su identidad del partido. Por lo tanto, el comportamiento de clase presupone un partido que no sólo le alimenta incesantemente una "imagen de clase", sino también un partido que proporcione el cemento estructural de la "realidad de clase".¹¹

Si estamos tratando de explicarnos por qué el 15% aproximadamente del electorado chileno vota regularmente por el partido comunista, y por qué éste sigue siendo el partido mayoritario dentro del movimiento obrero, esta explicación, en términos de lo que Sartori llama la variable de la organización, parece muy pertinente; aunque sería sumamente difícil defender el punto de vista según el cual las condiciones objetivas de la clase obrera chilena no eran también factores de la mayor importancia que explican los orígenes y la persistencia de la fuerza del comunismo. La lealtad de los miembros del partido y la constancia y coherencia de sus votantes se pueden explicar no sólo por la existencia de una conciencia de clase desarrollada, sino también por la fuerza sostenida de su organización y por el comportamiento y creencias asociadas con él. De hecho la cualidad fraternal del partido es una auténtica fuente de fuerza interna y cohesión.

El Partido Comunista Chileno ha tenido que cambiar frecuente y violentamente de rumbo para satisfacer necesidades de la línea de Moscú. Todavía en 1933, poco antes de la organización del Frente Popular, con la cual había de descartarse definitivamente la política correspondiente al periodo en que la consigna era la "lucha de clases", el partido chileno resolvió que su tarea consistía en

crear un profundo abismo entre el partido comunista y todos los par-

¹¹ "Sociology of Politics and Political Sociology", *Politics and the Social Sciences*, editado por S. M. Lipset, Nueva York, 1969, p. 84. Kerr señala un hecho interesante para nosotros cuando dice: "[...] una vez que un movimiento sindical adquiere una filosofía los cambios sobrevienen lentamente [...]. Como en el amor, la impresión de primera vista tiende a estructurar la línea de desarrollo de una relación. Una ideología o una perspectiva tienen una gran fuerza de retención e incluso pueden crear las condiciones de su propia perpetuación" (*Labor and Management*, p. 259).

tidos burgueses y pequeñoburgueses, sobre todo el grovismo [Grove era el dirigente del partido socialista] y el hidalguismo [Hidalgo era un importante trotskista que más tarde ingresó al partido socialista].

Repudiar su propio pasado fue otra de las maneras con que el partido demostró su lealtad a Moscú:

El legado ideológico de Recabarren debe ser rápidamente superado. Recabarren es nuestro. Pero sus ideas [liberales] respecto al patriotismo, a la revolución, a la construcción del partido son, actualmente, un serio obstáculo en nuestro camino.¹²

Estaba muy bien que el partido declarara, como lo hizo un poco más tarde, que el único país que reconocía era la Unión Soviética, sentimientos que probablemente lo enaltecen por expresar su lealtad al centro del comunismo mundial; pero semejante declaración no era el mejor camino para fortalecer su posición en Chile. Si sus dirigentes hubieran hecho un esfuerzo serio por llevar al partido por este camino ultraizquierdista, resulta todavía bastante dudoso, dada la situación de Chile a principio de los treinta y el tamaño en esa época del partido, que hubiera ganado mucho su causa, pero no hay pruebas de que el partido respaldara semejantes declaraciones extremistas con una línea de acción correspondiente. Este periodo ultraizquierdista tuvo pocos éxitos. Un intento de los comunistas por tomar el cuartel militar de Copiapó, en diciembre de 1931, fue derrotado con relativa facilidad, pero con la pérdida de algunas vidas. Aunque parece ser que el incidente se produjo por una mala interpretación del partido local de la estrategia del tercer periodo de la Comintern, ayudó a desacreditar al partido y dio al gobierno un nuevo pretexto para reprimirlo.¹³ El partido ha mostrado muy pocas aptitudes para la vio-

¹² Resoluciones del Congreso Nacional del Partido Comunista, de julio de 1933, en *Hacia la formación de un verdadero partido de clase*, p. 5. El Buró Sudamericano de la Internacional Comunista también culpó a Recabarren. Después de admitir sus grandes virtudes, continuó: "Sus ilusiones democráticas, su fe en el sufragio universal, su patriotismo burgués, su formación del partido como un partido de reformas sociales, conformado y estructurado como una federación de organizaciones para fines puramente electorales, su ignorancia y absoluta falta de comprensión de la revolución obrero-campesina como etapa necesaria impuesta por el desarrollo, su idea abstracta de la 'revolución social' como ideal remoto, y finalmente su colaboración con la burguesía explicada y disculpada como 'política realista', habían impedido al partido proseguir su verdadera tarea de llevar al cabo la revolución" (*ibid.*, pp. 51-52).

¹³ Lafertte, dirigente del partido, que estaba a la sazón en Moscú, "declaró que no tenía ni conocimiento ni responsabilidad alguna por esta acción, y sostuvo que se trataba de una 'provocación policiaca'. La verdad parece ser que los comunistas chilenos estaban entonces todavía fragmentados en facciones y ramas locales que actuaban independientemente, de manera que el Comité Central o la Internacional Comunista no podían ejercer ningún control efectivo sobre ellos" (Clissold,

lencia o para llevar a efecto intentos revolucionarios de derrocar el sistema.

Enviado por la Comintern a Chile para organizar el Frente Popular, Eudocio Ravines, comunista peruano, tuvo una mala opinión de la directiva del partido. En sus primeras juntas con los dirigentes los encontró marcados por la

inercia, la incompreensión, y la falta de confianza en sí mismos [...] Por todas partes veían obstáculos, peligros, represión [...] Aprobaban resoluciones que no tenían la menor intención de llevar a la práctica, dejaban correr el tiempo, con la esperanza de que les traería la victoria.

En cambio ellos le reprocharon a Ravines que pensara que estaba en Francia y no se diera cuenta de la naturaleza del gobierno chileno.¹⁴ El azoro y descontrol del partido chileno ante el abrupto cambio de línea resulta comprensible. Aunque los comentarios de Ravines pueden ser justificados respecto a los dirigentes del partido chileno cuando se les instó a organizar una violenta revolución en una situación desfavorable, no se pueden aplicar con justicia a la actitud de los mismos dirigentes cuando se les ordenó que pusieran en efecto la política del Frente Popular. Esto lo hicieron con habilidad y entusiasmo.

Los comunistas chilenos siempre han insistido en su independencia respecto a la Comintern, pero nunca se han negado a obedecer sus consignas; solamente de cuando en cuando han mostrado cierta incapacidad para seguir la línea trazada por el Comintern, o para seguirla convincentemente.¹⁵ Lafertte escribió que "imaginarse que alguien en Moscú alguna vez trató de resolver los problemas internos de Chile es absurdo". Según él las relaciones se limitaron a un intercambio de información y experiencia; no siempre satisfactorio, por cierto, ya que agrega que algunos de los camaradas de la Comintern

hicieron más daño que provecho debido a su personalidad impositiva y altanera o porque querían aplicar la línea dogmáticamente, aportando,

pp. 63-64). Éste era el periodo de las represiones de Ibáñez y las divisiones entre trotskistas y stalinistas en el seno del Partido Comunista Chileno.

¹⁴ Ravines, en *La gran estafa*, 1954, p. 90. (Más tarde se convirtió en un anti-comunista profesional.)

¹⁵ Aunque el partido chileno no estaba tan estrictamente supervisado como, digamos, el inglés —estaba demasiado lejos y carecía de importancia— su posición respecto a Moscú no era muy diferente. Walter Kendall escribe acerca del partido comunista inglés que su posición "como una sección de la Internacional Comunista era análoga a la de una organización a nivel municipal dentro de un partido nacional. Como unidad local de una organización centralizada el Partido Comunista de la Gran Bretaña estaba obligado a conformarse a los principios constitutivos y a las resoluciones políticas formuladas por congresos centrales y, entre congreso y congreso, a las decisiones tomadas por un comité directivo central elegido" (*Revolutionary Movement in Britain 1900-21*, Londres, 1969, p. 220).

así, una influencia negativa sobre militantes de partidos débiles.¹⁶

Ravines (según Lafertte) nunca fue aceptado como funcionario de la Comintern, sino como un amigo peruano comunista hasta que se "descubrió" que era un agente de la Alemania nazi.¹⁷ Esta cuestión de la autonomía o dependencia del partido chileno respecto a Moscú es de suma importancia, ya que ha creado problemas continuos para las relaciones entre el partido socialista y el comunista. Las disputas respecto al Frente Popular, el pacto nazi-soviético, la guerra fría, Yugoslavia, la disputa chino-soviética, Cuba: todas han contribuido a prolongar la sospecha y la desconfianza entre los dos partidos.

El desarrollo del Partido Comunista Chileno parece haberse señalado tanto por la lucha contra los sectarios izquierdistas, o por la rivalidad para obtener el control de los obreros, como por una lucha sostenida contra el Estado o el capitalismo. Los insultos comunistas se han dirigido con tanta frecuencia contra sus enemigos de la izquierda como contra los de la derecha. Ya Recabarren había criticado fuertemente las tácticas revolucionarias que los anarcosindicalistas querían aplicar en los sindicatos. Los dirigentes stalinistas estaban luchando constantemente contra los trotskistas, excepcionalmente influyentes y difíciles de expulsar debido a la lejanía de Rusia. Los trotskistas dividieron el partido durante la dictadura de Ibáñez¹⁸ y más tarde les hicieron la vida imposible a los comunistas al ingresar al partido socialista después de su formación, aportando así una fuerte corriente anticomunista a su composición ideológica. Cuando tuvo que refugiarse en el clandestinaje en 1948, una sección de la directiva del partido, encabezada por Reinoso, estaba en favor de emprender la lucha armada contra el gobierno;¹⁹ pero esta sección fue expulsada del partido por otra que todavía lo controlaba y que prefería mantenerse oculta, trabajar con el partido socialista, o con una parte de él, y esperar a que pasara la tormenta.

La lucha contra "extremistas" y "aventureros" todavía sigue, aunque la amenaza que representan para el partido resulta despreciable comparada con la que representaban los trotskistas cuando el partido oficial era mu-

¹⁶ Citado por Clissold, p. 63. Estas declaraciones de Lafertte datan del periodo poststalinista, del año de 1961.

¹⁷ Lafertte, pp. 325-26. Aun cuando Ravines exagere su papel en la formación del Frente Popular, era seguramente más importante de lo que admite Lafertte.

¹⁸ Éste fue uno de los periodos más difíciles para el partido stalinista. Además de la lucha con los trotskistas, cinco miembros del grupo parlamentario del partido (casi todos) tuvieron que ser expulsados por abogar por una política de colaboración con el gobierno del presidente Ibáñez, y el entonces secretario general, Isaías Iriarte, fue expulsado cuando se le acusó de ser agente policiaco (González Díaz, *Lucha por la formación del partido comunista*, 1958, p. 8).

¹⁹ Aparentemente Reinoso creía que poner en marcha una fábrica ilegal de armas era mucho más importante para el partido que la fundación de un periódico del partido. Los dirigentes no estuvieron de acuerdo (Lafertte, p. 347).

cho más débil. En la década de los sesentas el presidente de la CUT, Clotario Blest, un católico radical independiente influido por el castrismo, fue derrocado cuando se pronunció en favor de las huelgas generales y criticó la intervención de los partidos en la organización y funcionamiento de la CUT. Los comunistas reaccionaron violentamente, no tanto porque, como en años anteriores, temieran una pérdida real de autoridad y poder, sino más bien porque era un ataque a su prestigio y a su pretensión de ser el verdadero partido de las masas.

Hay algunas personas que tienen cargos de responsabilidad en el movimiento obrero y popular, que saltan como si les hubieran pisado los callos cada vez que nosotros los comunistas ponemos en guardia al pueblo en contra de los aventureros y provocadores que han tenido la audacia de presentarnos como ocupados en un "trabajo de bomberos" dentro del movimiento obrero [...] No necesitamos jugar a la revolución y a la Sierra Maestra para afirmarnos como revolucionarios.²⁰

Y ya en tiempos muy recientes la lucha interna de la izquierda prosiguió entre el partido comunista y un grupo muy reducido pero que sabe hacerse notar, el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), que propone la lucha armada, aunque ambos contrincantes parecen haber concertado una precaria tregua después de la victoria de Allende en 1970.

El Partido Comunista Chileno ha sido tanto perseguidor como perseguido, y ambas posiciones han unificado su organización y la han vuelto más homogénea. Los revolucionarios ultraizquierdistas han sido expulsados del partido o lo han abandonado por su propia voluntad, insatisfechos o abiertamente contrariados; y los miembros de tendencias socialdemócratas o liberales huyeron del partido al desatarse la represión en el primer periodo de Ibáñez como presidente, y más tarde durante la guerra fría. Es indudable que el partido en sus primeros años (y más tarde al organizarse el Frente Popular) atrajo a numerosos compañeros de viaje socialdemócratas o liberales, aun cuando no se afiliaran formalmente a él; de los otros dos partidos que podían contar con un apoyo en la clase trabajadora o entre los socialdemócratas, o sea el radical y el democrático, ambos se habían identificado ya en la década de los veinte con las corrupciones e intrigas del periodo parlamentario chileno. Al desarrollarse partidos de izquierda que ofrecían una alternativa (primero el socialista, más tarde el demócrata cristiano), los hombres de tendencia radical que no podían aceptar ni los cambios de dirección ideológica del partido comunista, ni su ciega servidumbre a la línea de Moscú, tuvieron a su disposición opciones más aceptables. Este hecho reforzó nuevamente la homogeneidad del partido comunista, a expensas de reducir su base de apoyo.

²⁰ Luis Corvalán, citado por Halperin, p. 71.

El éxodo de sus miembros más revolucionarios hacia posiciones extremistas de izquierda, y de los miembros socialdemócratas hacia posiciones de derecha, dejó tras de sí un partido resistente, bien organizado y decidido, que trabaja cautelosamente a todos los niveles para protegerse y consolidarse. Su grupo de representantes parlamentarios es el más unido y coherente dentro del Congreso, y cumple con la costumbre comunista de entregar los salarios que reciben como diputados a su partido, recibiendo a cambio una parte reducida del mismo.²¹ El tamaño y eficiencia de la burocracia del partido lo convierte en una institución excepcional dentro del mundo normalmente ineficiente y desorganizado de la política chilena (quizás la única excepción hasta que los demócrata-cristianos comenzaron a obtener apoyo electoral y financiero). El poder y la posición de la burocracia del partido fueron objeto de ataques de parte de los trotskistas expulsados, que criticaron su aislamiento, su espíritu conservador y sus exigencias de obediencia.²²

El Partido Comunista Chileno parece estar más contento y funcionar mejor cuando marcha por el camino de la democracia parlamentaria. Tuvo mucho más éxito y resultó más hábil para aplicar las tácticas del Frente Popular, que cuando intentó poner en práctica las anteriores tácticas ultraizquierdistas. De manera semejante, el partido tuvo más éxito cuando intentó reingresar al sistema político y trabajar dentro de él, a principios de la década de los cincuenta, que cuando intentaba oponerse al sistema político durante el periodo álgido de la guerra fría. Según Halperin, en esta década, en vez de aliarse al PSP de izquierda que apoyaba a Ibáñez, quien propugnaba entonces una especie de vago populismo (y la derogación de la ley que proscibía al partido comunista), escogió alinearse con el Partido Socialista de Chile, un grupo socialista más moderado que anteriormente había apoyado la ley que proscibía a los comunistas (aunque ciertamente había cambiado de composición y de tácticas). Según Halperin

los comunistas demostraron que preferían la relativa seguridad de la democracia parlamentaria a los azares de un experimento antioligárquico, socialmente progresivo, de tipo autoritario. Al preferir a Allende [...] en vez de Ibáñez, estaban evidentemente tratando de labrar su reingreso al sistema democrático [...]²³

²¹ Marcos Chamudes, prominente comunista durante el periodo del Frente Popular, convertido ahora en un anticomunista amargado, escribió que cuando fue diputado en 1940, el partido tomaba el 60% de su salario (*Libro blanco de mi leyenda negra*, Santiago, 1964, p. 10). En 1926 el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista ordenó al partido acentuar su control sobre los parlamentarios (Clissold, p. 121).

²² CPCh *En defensa de la revolución*, 1933, p. 104. Éste fue el grupo que más tarde se llamó Izquierda Comunista y se unió a la Cuarta Internacional.

²³ Halperin, p. 58. Las pruebas que ofrece parecen insuficientes para las con-

Además, el partido comunista tenía más probabilidades de encontrar un socio receptivo a sus sugerencias en un partido socialista minoritario, que no tenía otros aliados, que en un partido identificado con el poderoso atractivo popular de Ibáñez.

Desde el principio de los cincuenta el PC ha sido uno de los apoyos más firmes del sistema representativo y parlamentario chileno —una posición bastante lógica si se sostiene que el camino al poder pasa por el sistema. Por ejemplo, cuando un golpe militar derechista (fracasado) intentó derrocar a Frei en 1969, los comunistas saltaron a la defensa del sistema constitucional, amenazando sus dirigentes obreros con declarar una huelga general si el movimiento antigubernista progresaba. En cambio el partido socialista criticó duramente a los comunistas y no apoyó al gobierno en ninguna forma.²⁴

Antes de que Allende llegara a la presidencia el PC tenía un considerable poder político; incluso tuvo miembros que ocuparon cargos en el gobierno, aunque por muy poco tiempo, bajo el régimen de González Videla. Si fueron pocas las leyes favorables a la clase trabajadora que produjo el periodo del Frente Popular hasta 1946, si el partido funcionó como una influencia restrictiva sobre la clase trabajadora,²⁵ podía cuando menos argumentar que ninguna otra táctica le hubiera dado poder, que se obtuvieron algunas leyes favorables, y que un número mucho mayor de leyes adversas hubieran sido aprobadas si hubiera dejado ganar a la derecha. Además, su defensa del camino parlamentario y electoral durante el largo periodo de la FRAP (que se formó en 1956) sí resultó finalmente en la victoria de la coalición de Unidad Popular encabezada por Allende en 1970. Si a los revolucionarios de izquierda les ha parecido que los comunistas han progresado muy lentamente, los comunistas pueden defenderse con alguna justicia diciendo que en cambio ha sido seguro.

Estas tácticas políticas han tenido su paralelo en tácticas sindicales que quizás se puedan tachar de “economicistas”, como arguyen los socialistas, pero esto ofende a los ideólogos más que a las bases del partido y de los sindicatos. De hecho, los comunistas se dan cuenta de que una manera de obtener y retener apoyo en los sindicatos es, precisamente, aplicando una política “económica” que tenga éxito. Si bien puede ser difícil (aunque no imposible) ver la conexión entre esta línea de acción sindical y la realización de una revolución, no es difícil ver que resulta

clusiones obtenidas, pero el punto principal —apoyo al sistema parlamentario— parece suficientemente claro.

²⁴ “Chile en el filo de la espada”, *Ercilla*, 22-28 de octubre de 1969, p. 11.

²⁵ El partido criticó a la mayor confederación sindical de la época, la CTCh, por anunciar que exigiría un programa socialista al candidato a la presidencia postulado por el Frente Popular. Esto era demasiado peligroso, ya que podía llevar a la ruptura del Frente y el aislamiento de la clase obrera, con lo cual haría el juego a los trotskistas (Contreras Labarca, *Congreso de la victoria: X congreso nacional del PC*, abril, 1938, p. 40).

útil para consolidar la organización y obtener apoyo para el partido.

En el Partido Comunista Chileno la ideología se subordina siempre a la táctica, o cuando menos las consideraciones tácticas determinan su particular posición ideológica en un momento dado. Si la táctica del Frente Popular es colaborar con los socialdemócratas, entonces la justificación ideológica que resulte necesaria se provee con facilidad.²⁶ De esta manera el objetivo primario del partido resulta ser la creación de la organización necesaria para poner en práctica las tácticas propuestas, y a veces se ocupa tanto de las tareas de organización que los fines que ha de servir dicha organización toman un lugar secundario. En 1968 el tema del congreso de la CUT fue “unidad para el cambio”. Para los comunistas que concurrieron el tema de la unidad era tan importante como el tema del cambio; los socialistas insistieron en que para ellos el cambio era lo más importante.

EL PARTIDO SOCIALISTA

El partido socialista era, en el momento de su formación (abril de 1933, después del colapso de la efímera “República Socialista”), un conjunto de grupos ideológicos varios organizados en cinco partidos. Según el historiador del partido:

En su origen el partido reunió a gran número de obreros, artesanos, campesinos, trabajadores de cuello blanco y estudiantes [...] Muchos de ellos no tenían ninguna experiencia previa en cuanto a la organización de un partido político. Pero un buen número provenían de otras organizaciones; del partido radical y del partido democrático; de grupos anarquistas y células comunistas; de logias masónicas e iglesias evangélicas; había también ex-militares, agitadores, miembros de cooperativas profesionales e intelectuales rebeldes. Era una masa diversa, tumultuosa e impaciente; aunque carecía de una formación ideológica seria, estaba decidida a la acción y a la lucha.²⁷

Lo que sí tenían en común los distintos grupos que lo componían era su descontento con el partido comunista. Los fundadores del partido no eran ex-comunistas, pero criticaban a ese partido por la falta de realismo de su política y por su intransigencia en esos momentos. Pero el partido socialista no se fundó como una alternativa reformista. Su primera declaración de principios indicaba expresamente su aceptación de las tesis

²⁶ De esta manera, y en contra de los deseos del partido socialista, se declaró imposible una política de izquierda en 1943, debido a que estorbaría la lucha contra el fascismo (carta del CC del PCCh al secretario general del partido socialista, en *Una etapa de clarificación socialista*, 1944, p. 152).

²⁷ Jobet, “Tres semblanzas de socialistas chilenos”, *Arauco*, octubre de 1965, p. 22.

fundamentales del marxismo y de la lucha de clases; la unidad básica de su organización había de ser el núcleo pequeño, no la "asamblea irresponsable"; y el principio de organización al cual habían de atenerse sería el centralismo democrático.²⁸

Sin embargo, el partido socialista no desarrolló una burocracia del tipo de la del partido comunista. La personalidad y las ideas de sus dirigentes, y no los dictados abstractos de su ideología, dominaron al partido en un principio. Grove, que había de surgir en poco tiempo como su dirigente más popular, veía en Marx una excesiva glorificación del trabajo manual y del proletariado, que redundaba en un relativo menosprecio de la actividad intelectual. Por este motivo siempre insistía en que el partido socialista era una asociación de trabajadores manuales e intelectuales, de la clase obrera, la campesina y la pequeña burguesía; no era un movimiento exclusivamente proletario, y nunca habló de la hegemonía de los obreros dentro del partido.²⁹

Las ideas y el estilo de Grove fueron muy importantes en la primera década de vida del partido. Chelén Rojas —de una izquierda más extrema dentro del partido que Grove— admite que su crecimiento se debió ante todo a Grove, a la fuerte simpatía que despertaba, a su calidad humana, y a su trabajo incesante y combativo en favor del partido.³⁰ Grove era un militar, un romántico, un nacionalista, siempre dispuesto a actuar; y menos dispuesto a preguntarse si sus acciones concordaban con las ideas de su partido.³¹ Su comportamiento y su dirección condujeron al partido a posiciones contradictorias; se declaraba a sí mismo un partido revolucionario, y sin embargo participaba plenamente en el proceso parlamentario y electoral; pretendía despreñar el sistema político burgués, y sin embargo se lanzaba ansiosamente sobre la oportunidad de ocupar secretarías y cargos burocráticos (esto es cierto a nivel de dirigentes, en cambio en los niveles inferiores había bastante oposición). Se le ha criticado al partido una falta de contacto real con los problemas de Chile: Raúl Ampuero, que ocupó el cargo de secretario general poco después de la guerra, lo criticó por no hacer ningún esfuerzo por definir los problemas básicos que enfrentaba Chile. Argumentaba que el partido simplemente se apropió una cartera de conceptos extranjeros, algunos contradictorios,

²⁸ Jobet, *Socialismo chileno a través de sus congresos*, 1965, pp. 19-20.

²⁹ Jobet, *Arauco*, octubre de 1965, p. 22. Así, su primer comité central, nombrado en 1933, consistió de "7 obreros, 3 patronos y 5 profesionales e intelectuales" (Jobet, *Socialismo*, p. 24).

³⁰ Chelén, p. 85. El peligro era que Grove desarrolló pretensiones mesiánicas y rebajó los ideales del partido.

³¹ Había estado en el ejército durante treinta años. No hay testimonios o pruebas de que haya abrazado el socialismo antes de la "República Socialista" de 1932. Pero sí tenía una profunda preocupación por la penosa situación de los pobres en Chile (J. R. Thomas, "The evolution of a Chilean Socialist: Marmaduke Grove", HARH, febrero de 1967, pp. 22-37).

y, al hacerlo, sembró las semillas de futuros conflictos.³² Reformistas y revolucionarios lucharon por el control del partido, y esta lucha interna casi produjo su desintegración, a mediados de la década de los cuarentas.³³ El partido socialista era visto por muchos observadores como una fuerza política casi tan extraña o ajena a Chile como el partido comunista, en el sentido de que su teoría y su ideología y sus violentas disputas internas en torno a las mismas parecían derivarse de conceptos abstractos poco relacionados con la situación política de Chile.

Dos importantes facciones internas fueron la de los trotskistas y la de los socialdemócratas, aunque este último término resulta solamente aproximativo.³⁴ Ambas facciones eran muy hostiles al partido comunista: después de todo sus partidos habían sido fundados como respuesta a las tácticas comunistas de la época, y después de su fundación el partido socialista se convirtió en el blanco favorito de los ataques del PC. De hecho, las críticas personales contra los dirigentes del partido de parte del partido comunista y del partido nazi chileno probablemente fomentaron cierto caudillismo dentro del movimiento socialista, ya que sus miembros sentían que la defensa de sus dirigentes era de primera importancia, dados los violentos ataques que recibían del exterior.³⁵

Los trotskistas, organizados en la Izquierda Comunista, solicitaron su ingreso al partido socialista en 1936 y fueron admitidos después de un acalorado debate en el congreso socialista en el cual se discutió su solicitud.³⁶ Los trotskistas habían apoyado fuertemente al Bloque de Izquierdas, una coalición antifascista que se formó en 1934 con los partidos de izquierda que incluyó al partido socialista, pero excluyó al comunista. La entrada de los socialistas al Frente Popular trayendo con ellos a los trotskistas causó muchos problemas con los comunistas.

Con esta amalgama de grupos ideológicos distintos y dirigentes personalistas, apenas puede sorprendernos que la historia del partido socialista sea turbulenta y consista en una larga cadena de escisiones, expulsiones, cambios de línea política y divisiones de toda índole. Desde el ingreso del partido al Frente Popular hasta la unidad de los dos mayores grupos socialistas en 1957, rara vez hubo un solo partido socialista en Chile. El

³² *Carácter de la revolución chilena*, p. 39.

³³ A. Pinto, *Chile: una economía difícil*, 1964, p. 174.

³⁴ El partido, por ejemplo, decidió muy pronto rechazar la afiliación a cualquier Internacional —fuese comunista, trotskista o socialdemócrata— fundándose en que eran básicamente ajenas a los problemas latinoamericanos (Jobet, *Socialismo*, p. 26).

³⁵ Ciertamente condujo a la creación de las Milicias de Defensa Socialista, que desempeñaron un papel importante en las luchas callejeras contra los comunistas, primero, y después contra los nazis y otros miembros de grupos derechistas (ibid. p. 30).

³⁶ El ingreso al partido socialista no fue aceptable para todos los trotskistas; algunos se quedaron fuera y formaron el Partido Obrero Revolucionario (Vitale, p. 78).

El primer rompimiento de importancia se dio aun antes del triunfo electoral del Frente Popular cuando, en 1937, se separó del partido un grupo que se llamó a sí mismo Unión Socialista y que apoyaba la vuelta a la presidencia del general Ibáñez. Las divisiones más profundas del partido se dieron respecto a acciones del Frente Popular mismo. A fines de 1939 un grupo *inconformista* abandonó al partido disgustado por el comportamiento de los tres ministros socialistas que había en el gobierno y por su propia impotencia para convencer al partido de que aceptara su punto de vista. César Godoy, su dirigente (que también se opuso a la alianza con los comunistas, aunque más tarde había de convertirse en un prominente comunista), escribió que una razón del fracaso del partido socialista en el Frente Popular fue

el énfasis exagerado sobre la persona del dirigente, hasta el punto de crear un fetiche o mito que es la antítesis misma del apoyo consciente y razonable.³⁷

Los argumentos de Godoy en el sentido de que la participación en el Frente Popular desacreditaría al partido, desmoralizaría a los militantes y destruiría a la organización resultaron comprobados por los hechos. Sus ministros y funcionarios resultaron tímidos en cuanto a política, pero ávidos de puestos políticos, aun en contra de los deseos del partido. Cuando en 1943 el comité central ordenó a todos sus gobernadores provinciales e intendentes que renunciaran a sus puestos para que el partido pudiera desarrollar su nueva política, prácticamente ninguno de ellos obedeció, y la mayoría ni siquiera contestó las cartas que les dirigió el partido al cual se suponía que debían obedecer fielmente y gracias a cuyo apoyo habían logrado ocupar sus puestos.³⁸ Jobet describe la acción del partido como "una entrega consciente en manos de los especuladores, la burguesía y los reaccionarios".³⁹ Aunque su apreciación de que el Frente Popular era poco más que una alianza electoral que tenía por objeto instalar en el poder a los radicales, es demasiado severa, es indudablemente cierto que las ideas del partido socialista eran muy distintas de las que informaba la política del gobierno. El partido parecía dividido entre el deseo de ejercer el poder por una parte y el deseo de mantener intactos algunos principios revolucionarios, por otra. Este dilema se repitió en 1942, cuando volvió a dividirlo la cuestión de si debía o no participar en el nuevo gobierno radical de Juan Antonio Ríos; cuando decidió participar, con muy poco éxito, se inició una nueva disputa sobre si debían permanecer o no en los cargos que ejercían, y ésta produjo nuevas escisiones y expulsiones. El mismo Grove fue expulsado en 1944,

³⁷ *¿Qué es el inconformismo?*, 1940, p. 20.

³⁸ *Una etapa*, p. 29. Todos fueron expulsados del partido.

³⁹ "El partido socialista y el Frente Popular en Chile", *Arauco*, febrero de 1967, p. 29.

por su excesivo caudillismo, y organizó un nuevo grupo, el Partido Socialista Auténtico.

El carácter revolucionario del partido socialista ha sido frecuentemente sobrestimado. El anticomunismo de muchos de sus dirigentes se debía más bien a su posición hacia la derecha y no hacia la izquierda del partido comunista, y estaba asociado —en hombres como Oscar Schnake, secretario de Economía (socialista) en el gobierno del Frente Popular, o Bernardo Ibáñez, candidato a presidente postulado por el partido en 1946 e íntimamente ligado a la AFL-CIO⁴⁰— a un punto de vista marcadamente favorable a los Estados Unidos. Un anticomunismo de izquierda, que no fuera trotskista, no se desarrolló sino hasta que hubo un grupo marcadamente leninista y más tarde uno castrista.

Es probable que el peor periodo de la historia del partido socialista haya sido el de los años de 1946 y 1947 en que, además de sufrir los efectos de amargas luchas internas, se vieron atacados por los comunistas desde todos los ángulos, con el resultado de que la CTCh se dividió en un ala socialista y una comunista. Hubo una masacre de obreros huelguistas en una plaza de Santiago que tuvo por resultado que los socialistas participaran nuevamente, si bien por poco tiempo, en el gobierno, aunque eran parcialmente responsables de la organización de la huelga. Estos acontecimientos, y el apoyo de los socialistas de Ibáñez a la ley de defensa de la democracia en 1948 (que proscribió al partido comunista), condujo a una de las divisiones más duraderas del partido, la que separó al Partido Socialista de Chile y el PSP.⁴¹ Esta división duró diez años

⁴⁰ Bernardo Ibáñez era secretario general de la CTCh además de diputado socialista y secretario general del partido. En alguna ocasión había sido comunista, y en 1943, como estaba en favor de formar un Partido Único de socialistas y comunistas, éstos apoyaron su candidatura para secretario general de la CTCh, en contra del hombre escogido por el partido socialista, José Rodríguez Cortés (O. Waiss, *Drama socialista*, 1948, p. 46). Pero su posición favorable al comunismo cambió pronto. Aparentemente el periódico de la Confederación Cubana del Trabajo, *Hoy*, publicó en noviembre de 1946 una copia de una carta de Arévalo (supuesto agente de la American Federation of Labor dentro de la confederación cubana) a Ibáñez, respecto de la necesidad de dividir la acción entre los sindicatos libres y los comunistas (G. Morris, *The CIA and American Labor*, Nueva York, 1967). Que Ibáñez colaboró muy de cerca con la AFL (American Federation of Labor) ha sido confirmado por el jefe del departamento latinoamericano de la AFL (S. Romualdi, *Presidents and Peons*, 1967, p. 323). El grupo socialista de Ibáñez apoyó más tarde la decisión de declarar ilegal al partido comunista en 1948; ésta fue una nueva causa de divisiones y recriminaciones dentro del movimiento socialista.

⁴¹ Los socialistas chilenos de Ibáñez incluso formaron parte del gobierno, aunque por poco tiempo. Sin embargo, la división motivada por las diferencias de actitud respecto al comunismo se vio relegada por una nueva división en 1952, ésta debida a la división de opiniones respecto a la candidatura del general Ibáñez para la presidencia. En una de las transformaciones típicas del partido socialista en esa época, los socialistas de Chile colaboraron con los comunistas (cuyo exilio habían apoyado hacia apenas cuatro años) en contra del general Ibáñez

y, aunque los comunistas estuvieron proscritos durante este periodo, el avance electoral y popular de los socialistas fue menor de lo que se hubiera podido esperar, en parte por la mala impresión que causaban sus divisiones y luchas internas; la atención del partido se enfocaba hacia el interior y no hacia el exterior.

Parecería haber tres grupos principales dentro del socialismo chileno contemporáneo: los leninistas,⁴² que insisten en el papel revolucionario del partido obrero y ven el papel de los sindicatos como el de la creación y mantenimiento de la conciencia de la clase trabajadora; el grupo castriista que predica la insurrección y espera de los sindicatos que desorganicen el sistema existente y aporten, junto con los trabajadores rurales, las tropas que lleven al cabo la revolución;⁴³ y los moderados, o quizás, se podrían llamar social-demócratas (por falta de un término mejor y tomando en cuenta que son mucho más radicales que los social-demócratas europeos), que defienden el camino de las victorias económicas y la estrategia electoral. Este último grupo, el menos escandaloso, es quizás el más numeroso a nivel de bases. Es posible que Allende sea su dirigente extraoficial, aunque está aún menos organizado que los otros dos: carece de una organización independiente y de un periódico, aunque tiene mucho apoyo entre los obreros sindicalizados. Posiblemente difiere de los otros dos grupos más en cuanto a las tácticas que respecto a los fines que persigue. Emplea el vocabulario leninista tan fácilmente como los otros dos grupos, pero está más dispuesto, por ejemplo, a formar alianzas con partidos no socialistas, como el radical, si esto representa una ventaja electoral.

La campaña presidencial de 1964 fue encabezada por partidarios provenientes de este grupo, que juzgaron prudente presentarse con un programa relativamente moderado, de manera que las promesas que se hicieron a los obreros sindicalizados fueron muy poco revolucionarias. Los sindicatos participarían plenamente en los comités de producción de sus empresas, tendrían acceso a los libros de contabilidad y a los documentos de las gerencias, y mayor representación en las agencias planificadoras estatales.⁴⁴ Esta sería una legislación social muy avanzada para Chile,

(y atrayéndose para este fin a Salvador Allende, que había estado con los socialistas populares). Atraídos por su aparente populismo y evidente popularidad, los socialistas populares ingresaron al gobierno de Ibáñez. Pero también este caudillo había de decepcionarlos, y un año más tarde abandonaron su gabinete (Chelén, p. 129).

⁴² Los más fuertes quizás en la teoría de la Unión Socialista Popular, el grupo encabezado por Raúl Ampuero que fue expulsado del partido en 1967 por oponerse a su estrategia fundamentalmente electoral.

⁴³ Fuertes entre la juventud y en la revista *Punto Final*; un vocero prominente de este grupo es el senador Carlos Altamirano, el actual (1971) secretario general.

⁴⁴ Del discurso de Allende publicado en "Los trabajadores en el gobierno popular", *Resoluciones de la asamblea nacional de trabajadores allendistas* (mayo de 1964), p. 11. También había de implantarse una amplia reforma a la ley sin-

pero está muy lejos de constituir una transformación revolucionaria. La promesa general de la campaña de 1970 fue mucho más radical. En una entrevista concedida inmediatamente después de su victoria, Allende declaró:

Los trabajadores estarán representados permanentemente en el gobierno de la Unidad Popular. Buscaré los medios para poner esto en práctica. Mantendré informados al presidente y al secretario general de la CUT de cada paso que dé el movimiento popular.⁴⁵

Una de las debilidades del partido socialista en el campo del sindicalismo ha sido el faccionalismo personal e ideológico de sus dirigentes, que ha afectado al frente laboral. Con frecuencia uno de los grupos intenta usar su influencia dentro de los sindicatos para atacar a otro grupo. Esto sucedió después de la segunda guerra mundial, cuando el grupo socialista más poderoso dentro de la CTCh, dirigido por Bernardo Ibáñez, se pronunció en favor de colaborar con el presidente radical González Videla. Al toparse con la oposición del comité central del partido, trató de utilizar su influencia dentro de los sindicatos para cambiar la composición del comité central acusándolo de procomunismo. En otra ocasión el Partido Socialista Auténtico de Grove propuso que se pactara con el PC dentro de los sindicatos, para oponerse al partido socialista mayoritario.⁴⁶ Incluso dirigentes que se consideran como dedicados fundamentalmente a la organización, como Raúl Ampuero, son capaces de intentar apoderarse del partido para sus propios fines ideológicos y personales y, al calcular mal sus probabilidades de éxito, terminan aislados políticamente.⁴⁷ Por supuesto que estas divisiones afectan y producen incerti-

dical: se aboliría la distinción entre obreros y empleados, se establecería una federación por industria, se volvería obligatorio pertenecer a un sindicato, los contratos individuales serían reemplazados por contratos colectivos, y la CUT sería reconocida legalmente.

⁴⁵ De una entrevista en *Ercilla*, 9-15 de septiembre de 1970. Parece evidente que se modernizará el código laboral si Allende puede obtener la aprobación del Congreso; pero queda por ver hasta qué punto podrán obtener una participación realmente efectiva en el aparato estatal los sindicatos. No es probable que se reduzca mucho la rivalidad entre socialistas y comunistas dentro de los sindicatos.

⁴⁶ H. Portillo, "Conclusiones del informe sindical del secretariado nacional sindical", *Pleno nacional del Partido Socialista Auténtico*, diciembre de 1945, pp. 25-27.

⁴⁷ Sus críticas al partido socialista se parecen a las que hizo el grupo inconformista hace unos treinta años: "[...] ha sido incapaz de ampliar y fortalecer la base social para una política de izquierda; ha sido culpable de la virtual parálisis de la FRAP [...]; está llevando a cabo una campaña interna clandestina para eliminar los antagonismos ideológicos [...]; ha fracasado en todas las tareas políticas y sindicales sobre las cuales descansa la vida del partido; ha sido entregado a un repugnante oportunismo electoral [...] con una alianza con el Partido Radical" ("Llamado a la Asamblea Nacional Constituyente del PSP", *Punto Final*, septiembre de 1967).

dumbre en el sector socialista del movimiento laboral. Ampuero se llevó consigo al secretario general de la CUT y a dos miembros de su comité ejecutivo cuando formó un partido socialista nuevo, pero no pudo obtener mucho apoyo de parte de las bases.

La teoría acerca de las relaciones entre partido y sindicato que priva en el partido socialista no se ha modificado de manera importante desde que se formuló por primera vez hace treinta años. En palabras de Jobet:

Su política sindical parte del reconocimiento de la importancia decisiva del sindicato como instrumento de defensa del proletariado y, por lo tanto, de su organización unida y fuerte, para luchar por sus fines inmediatos y por la mejoría de las condiciones de vida generales.

Pero el partido socialista

no acepta el punto de vista de un sector de la clase trabajadora que ve al sindicato como un fin en sí mismo, desconectado de la lucha amplia del proletariado, ni acepta el punto de vista del otro sector que considera a los sindicatos como subsidiarios del partido, excluyendo por lo tanto de sus filas a los sectores más numerosos de la clase obrera.⁴⁸

El partido debe ayudar a los sindicatos pero no dictarles órdenes; el partido contiene a la élite revolucionaria, el sindicato a la masa con conciencia de clase; los sindicatos necesitan apoyo político e ideológico si no han de convertirse meramente en un "contratante económico", pero no deben ser tan inflexibles como el partido, o perderán el apoyo de las masas, se volverán sectarios, dogmáticos, y terminarán aislados (como la FOCh); no debe haber huelgas que se declaren con el único objeto de declarar huelgas (según los socialistas ésta era la posición de los trotskistas) pero tampoco debe haber huelgas que se declaren con el único fin de obtener ganancias económicas (según los socialistas, ésta era, a veces, la posición de los comunistas; en otras ocasiones era la obtención del control político de los sindicatos). Las huelgas deberían encajar en una estrategia a largo plazo para minar el sistema capitalista y aumentar la conciencia de clase de los obreros.

Estas tácticas exigen un partido sumamente bien organizado, con tácticas y estrategia claras, dispuesto a sacrificar las ganancias temporales en aras de los fines que se fija a largo plazo y esta descripción no le queda al partido socialista. El senador Aniceto Rodríguez, que recientemente ocupó el cargo de secretario general del partido, criticó hace veinte años el papel de su partido dentro del movimiento sindical. Alegaba que muy rara vez hacía un esfuerzo por poner en práctica sus propósitos e intensificar sus actividades dentro de los sindicatos; con demasiada frecuen-

⁴⁸ *Socialismo*, p. 30.

cia se contentaba con lograr que algunos de sus miembros fueran elegidos para ocupar cargos directivos en los sindicatos, y luego no hacía nada por aplicar sus ideas dentro del sindicato en cuestión; con frecuencia no hacía ni siquiera esto y dejaba el campo libre a los comunistas cuando debería estar organizando una "Oposición Sindical Democrática" contra el comunismo. Las federaciones controladas por los socialistas ni siquiera pagaban sus cuotas a la CTCh.⁴⁹ Aunque Rodríguez escribía en el nadir de la historia del partido, otros socialistas han confirmado su análisis en periodos más favorables. La falta de dirección dentro del movimiento sindical resulta de la confusión y la división de los dirigentes, como ha sucedido con frecuencia en el partido socialista. Por lo tanto la separación entre sindicato y partido es mayor en el caso del partido socialista que en el del comunista, debido a su incapacidad para organizar mejor sus asuntos.

RELACIONES ENTRE SOCIALISTAS Y COMUNISTAS DENTRO DE LOS SINDICATOS: DE LA CTCh A LA CUT

La relación de estos dos partidos dentro de los sindicatos sigue los mismos lineamientos generales que fuera de ellos, y va desde la hostilidad y la lucha abierta⁵⁰ hasta la cordialidad entusiasta (de parte de los comunistas) y la amistad cautelosa (de parte de los socialistas). En la época en que se disolvió la Internacional Comunista, los comunistas discutieron abiertamente la posibilidad de fundir su partido con un movimiento obrero amplio. El objeto de la fusión propuesta era llevar adelante la lucha contra el fascismo; el medio había de ser una organización nueva, fuerte y unida, y no sólo una federación o unión formal de distintos partidos; lo que proponían era más bien un nuevo partido obrero marxista. Sin embargo el partido socialista nunca se entusiasmó por esta idea.⁵¹

Aunque los comunistas habían sido la fuerza más importante dentro del movimiento sindical desde principios del siglo veinte, el partido so-

⁴⁹ *Tareas de un buen militante*, 1947, pp. 22 y 24.

⁵⁰ Como cuando el pleno socialista resolvió en febrero de 1948 "continuar la lucha contra la burocracia comunista y su corrupta interpretación del marxismo, hasta que sea eliminada completamente del seno de la clase obrera" (*Waiss, Drama socialista*, p. 65).

⁵¹ Contreras Labarca, *Unión nacional y partido único* (decimotercer pleno del Partido Comunista Chileno, junio de 1943, Santiago), p. 28. Sin embargo el partido socialista aducía que un partido único sólo debería formarse después de que se resolvieran todos los problemas y las diferencias entre los dos partidos. Estuvo de acuerdo en proseguir pláticas preparatorias a nivel de dirigentes, pero prohibió a sus bases que organizaran "comités para la unidad" (*Una etapa*, p. 15). El partido comunista había propuesto por primera vez la idea de un partido único en 1936-37, y aunque el partido socialista la rechazó en su congreso de Talca, en 1937, varios socialistas fueron expulsados del partido por apoyar la idea y se tuvo que llamar al orden a varias ramas locales del partido por el mismo motivo. (Debo esta última información a Andrew Barnard.)

cialista pudo ganar bastantes adhesiones cuando se formó. Los comunistas todavía no acababan de recuperarse de la represión de la dictadura de Ibáñez y, dada su política de "extrema izquierda", muchos de los trabajadores sindicalizados más moderados estaban dispuestos a buscar aliados políticos en un partido que no rechazaba el sistema político e industrial tan categóricamente, ni exigía que los sindicatos siguieran las órdenes del partido tan estrictamente. Los socialistas ganaron apoyo en los sindicatos que estaban dispuestos a aceptar el reconocimiento legal (al cual todavía en esa época se oponían los comunistas, aunque poco después habían de aceptarlo), ya que a pesar de que el registro de los sindicatos tenía sus desventajas, también aportaba a los sindicatos legalizados una participación en las utilidades de la empresa. Una nueva organización que se formó en 1934, la CNSC (Confederación Nacional de Sindicatos Chilenos) adoptó un programa que concordaba en líneas generales con el del partido socialista, que había decidido apoderarse de los sindicatos legales como medio para obtener una base de apoyo dentro del movimiento laboral. La CNSC incluso tomó la iniciativa en el esfuerzo por organizar una confederación obrera unificada que, aunque fracasó, ayudó a preparar el camino para la formación de la CTCh.⁵²

Los socialistas habían de obtener más tarde un apoyo mayor al desarrollarse la industria manufacturera y elevarse por consiguiente el nivel de empleo durante el periodo del Frente Popular y durante la segunda guerra mundial. Fue entonces que controlaron, en ocasiones, la Secretaría del Trabajo. Su popularidad creció cuando los comunistas adoptaron una actitud de extrema hostilidad hacia el gobierno, al comenzar la guerra fría y proscribirse el partido comunista. En este periodo se formó la poderosa CTC, como grupo socialista que se separaba de la Federación de Mineros, que hasta ese momento había aglutinado a los mineros del carbón, del cobre y del nitrato, y que había sido controlada por los comunistas. Aunque algunos comunistas ingresaron al partido socialista cuando se proscribió su propio partido en 1948, no se quedaron por mucho tiempo. Halperin señala (p. 118) que, aun cuando el partido comunista chileno es uno de los más fuertes de América Latina, cuenta con pocos cuadros. Al ablandarse las restricciones y recuperar finalmente la legalidad, tuvieron que volver a dedicar todo su tiempo al trabajo de su partido; no abundaban tanto que pudieran dedicarse a la infiltración en gran escala del partido socialista.

La hostilidad entre socialistas y comunistas dentro de los sindicatos no se limita necesariamente a los periodos en que los partidos se enfrentan directamente. Dado el faccionalismo del partido socialista, el PC se ha dedicado a aplicar tácticas divisorias, aliándose o colaborando con la facción que apoya la política deseada por los comunistas, y combatiendo a la facción que se le opone. Se puede citar como un ejemplo de este

⁵² Morris, pp. 259-60.

procedimiento el seguido durante la formación del Frente Popular, cuando el objeto del ataque de los comunistas fueron aquellos socialistas que se oponían al Frente. Ravines describe las tácticas de los comunistas en detalle. En primer lugar atraían a todos los dirigentes sindicales independientes o no-comunistas que podían, proveyéndoles asesores y expertos, y dando de esta manera una ayuda sumamente importante para un dirigente sobrecargado de trabajo, o con pocos medios a su disposición. En seguida creaban toda clase de obstáculos para el dirigente sindical socialista que no estaba dispuesto a cooperar, con el objeto de quebrantar su resistencia mediante la persecución y el aislamiento. A semejante dirigente se le calumniaba, y se esparcían rumores de que recibía dinero del patrón. También se intentaba minar la autoridad del dirigente si se negaba a cooperar. Los funcionarios de la Secretaría del Trabajo recibían informes respecto a faltas imaginarias del dirigente en cuestión. Sin embargo, si la posición del dirigente resultaba inexpugnable y si tenía el apoyo firme de su partido, entonces los comunistas llegaban a un arreglo con él.⁵³ Los socialistas se dieron cuenta muy pronto de estas tácticas, aunque en esa época estaban dispuestos a perdonar mucho con tal de sacar adelante el Frente Popular. En 1938 el departamento sindical del partido socialista declaró que uno de los problemas más graves para la izquierda era la lucha entre los dos partidos por la hegemonía dentro del movimiento sindical. Añadió que esta situación aminoraba el interés del obrero en el partido como tal, ya que concentraba su atención en las disputas de los partidos dentro del sindicato. Se condenó a los comunistas por sus tácticas guerrilleras solapadas, y sin embargo los socialistas se mantuvieron firmes en su intención de pactar con ellos, con base en acuerdos locales, para llevar la lucha entre partidos fuera de los sindicatos; de otra manera se vería seriamente amenazado el Frente Popular.⁵⁴

Ha habido tres intentos importantes por crear un movimiento obrero unido en este siglo. El partido comunista estuvo fuertemente comprometido en los tres, que presentan interesantes variaciones en cuanto a las relaciones entre partidos y sindicatos. La FOCh ha sido tratada en el capítulo 2 y la CUT se analizará en el capítulo 9. La CTCh, que examinaremos en seguida, se fundó en 1936 y dominó el mundo político de los obreros chilenos durante diez años.

La CTCh

Al caer Ibáñez en 1931, uno de los primeros actos del partido comunista fue restablecer su control sobre la moribunda FOCh. Una purga

⁵³ Ravines, pp. 102-07.

⁵⁴ Departamento Sindical Nacional del comité central ejecutivo del partido socialista, *Política sindical del partido socialista (Resoluciones del V Congreso, Santiago, 1938)*, p. 31.

de trotskistas del Consejo de Construcción⁵⁵ reafirmó su control sobre la FOCh. Sin embargo la rivalidad establecida con los sindicatos socialistas (organizados sobre todo en el terreno de los sindicatos legalizados) significaba que la FOCh tenía mucho menos fuerza que antes de la dictadura, y el sectarismo de los comunistas alejaba a muchos obreros sindicalizados. Pero el cambio de táctica de la Internacional Comunista, y el control comunista de la FOCh, significaban que podía extenderse la política del Frente Popular a su actividad dentro de los sindicatos, y no limitar su aplicación al terreno político.

La FOCh llamó por primera vez a una convención para la unidad de todas las fuerzas obreras sindicalizadas en 1934, pero los socialistas, que entonces se habían organizado en el Bloque de Izquierdas, no respondieron a su llamado.⁵⁶ Se necesitó la huelga ferroviaria de 1935 y la represión gubernamental consiguiente para que los socialistas condescendieran a cooperar con los comunistas. Aunque esta huelga se hizo fundamentalmente para lograr mejores condiciones de salario y trabajo, el gobierno estaba preocupado por el poder creciente de las distintas federaciones ferroviarias y el secretario del Interior expidió instrucciones a gobernadores e intendentes para que evitaran el crecimiento de federaciones semejantes, ya que su desarrollo podía "conducir a la sustitución de la ley y la autoridad por la fuerza numérica de los obreros".⁵⁷ Varios dirigentes sindicales ferroviarios fueron detenidos alegando que eran partícipes de un complot comunista para derrocar al gobierno, en colaboración con el Bloque de Izquierdas y de elementos extranjeros (incluyendo a Carlos Prestes, el famoso comunista brasileño). Al declarar su solidaridad los sindicatos comunistas, socialistas y anarquistas, el gobierno declaró el estado de sitio y colocó a los ferrocarriles bajo control estatal. Las subsiguientes represalias contra los dirigentes sindicales dieron el impulso necesario para lograr la unidad sindical.

El 24 de diciembre de 1936, 200 delegados de la FOCh, de la SNSC socialista, de la CGT anarcosindicalista, y cierto número de federaciones independientes, incluyendo algunas de empleados, se reunieron en un Congreso Nacional de la Unidad. Los principales desacuerdos que se produjeron entre los delegados se referían al derecho a la participación en el congreso de los sindicatos legales y a la estructura de la nueva organización.⁵⁸ La mayoría estaba en favor de que se unificaran tanto los

⁵⁵ Partido Comunista Chileno, *En defensa de la revolución*, pp. 111-112.

⁵⁶ Sin embargo este llamamiento era más bien una orden que una invitación. La agenda de la convención de 1934 todavía reflejaba las preocupaciones del período de extrema izquierda —sin que faltaran los ataques violentos a los rivales dentro del movimiento sindical. No fue sino hasta 1935 y con la llegada de Ravines que la política de colaboración del Frente Popular se estableció sobre bases firmes. (Debo esta información a Andrew Barnard.)

⁵⁷ Citado en M. S. Pereira y J. S. Torres, *Hacia una organización de los trabajadores: la CTCh*, Memoria, Universidad de Chile, 1964, pp. 227-228.

⁵⁸ Morris, pp. 261-262.

sindicatos legales como los "libres" y de una organización en sindicatos industriales nacionales o federaciones (repartidos en nueve sectores de la economía).⁵⁹ Pero la CGT se opuso a la inclusión de sindicatos legales y se negó a fundirse con la nueva CTCh.⁶⁰

Que la CTCh era una confederación política que surgió de la política del Frente Popular se desprende claramente de su declaración de principios. Se identifica al fascismo como el enemigo principal, señalándolo como la fuerza de choque del capitalismo reaccionario. Se insiste en que hay que apoyar a la CTAL, dominada por los comunistas (se trata de la Confederación de Trabajadores de América Latina) para lanzar un ataque contra el fascismo a nivel continental. Para esta gran tarea, la clase trabajadora se debe aliar con todos los sectores progresistas de la sociedad y debe trabajar unida para perfeccionar la democracia y desarrollar la industria nacional creando un Consejo Económico en el cual estarían representados todos los sectores de la economía. Se deberían establecer relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y se debería expropiar la propiedad de los fascistas en Chile.⁶¹ Se hizo referencia a la necesidad de sustituir el régimen injusto existente, basado en la propiedad privada, por otro más justo, pero esto resultaba tibio en comparación con el marxismo desafiado de las declaraciones de la FOCh.

La CTCh no decía nada respecto a la destrucción del capitalismo y su sustitución por un orden socialista. En cambio la FOCh no había proclamado la necesidad de aliarse con la burguesía progresista y seguramente jamás habría admitido que existía la democracia en absoluto, y menos aún que hubiera necesidad de perfeccionarla. El hincapié de la FOCh en el imperialismo se trocaba en la CTCh por el énfasis sobre el fascismo.

Dado el apoyo político que recibió inicialmente la CTCh de comunistas y socialistas y los ojos más o menos benévolos del gobierno del Frente Popular después de 1938, no resulta sorprendente que creciera rápidamente la nueva confederación. En 1938 tenía 110 000 miembros agrupados en 500 sindicatos; para 1943 había casi 200 000 miembros en poco más de 1 500 sindicatos.⁶² En su mejor época la CTCh representó a

⁵⁹ Estos sectores fueron los de la industria manufacturera, del transporte, de la construcción, de alimentos, de servicios públicos, de la educación, de minería, de salubridad y el rural (Pereira y Torres, p. 246).

⁶⁰ Contreras Labarca, "La gran experiencia del Frente Popular", *Principios*, julio-agosto de 1967, p. 27.

⁶¹ Estos principios se exponen en detalle en Poblete, "El movimiento de asociación profesional obrera en Chile", *Jornadas*, El Colegio de México, 29, 1945, pp. 51-57.

⁶² Esta última cifra la componen 561 sindicatos industriales, que suman 122 645 miembros y 1 005 sindicatos profesionales que suman 71 923 miembros (Bernardo Ibáñez, *Órgano informativo*, CTCh, Santiago, 10 de septiembre de 1943; Poblete (No. 62, p. 48) da la cifra de 400 000 miembros para 1940, pero ésta parece exa-

cerca del 90% de los obreros sindicalizados chilenos,⁶⁶ pero, como sucedió en el caso de la CUT, pocos pagaban sus cuotas.⁶⁴ La CTCh era un movimiento de masas que incluía a socialistas, demócratas, radicales, comunistas y a otros grupos de izquierda y centro. Aunque los comunistas conservaron su identidad independiente, cuando menos en un principio no debía haber ninguna lucha abierta por la hegemonía. De acuerdo con la política marcada por el partido, los obreros sindicalizados comunistas debían presentarse en primer lugar como sindicalistas y no como agentes de su partido dentro de los sindicatos; y (de acuerdo con lo que pretende generalmente el PC), deberían ser vistos como luchadores por el bien de la clase obrera en general. Pero si la separación administrativa de sindicato y partido parecía más clara que en la FOCh, no era el caso de la separación política. La CTCh, aún más obviamente que la FOCh, era una creación política dirigida, en este caso, a asegurar la victoria del Frente Popular. La victoria electoral de un presidente radical era más importante que la lucha sindical de la clase obrera. Por lo tanto el secretario general del partido insistía:

Debemos hacer todo esfuerzo posible para resolver los conflictos políticos o económicos por acuerdo mutuo. Las huelgas u otras formas de lucha violenta deben constituir una excepción.

Sólo cuando todas las posibilidades de conciliación hayan fracasado, debe irse a la huelga. "Pero antes debe haber una campaña pública para dar a conocer la justicia de las demandas obreras."⁶⁵ Si se opinaba que la sindicalización de los campesinos impediría el incremento de la producción de alimentos para el consumo de los obreros urbanos, entonces los campesinos tendrían que esperar.

Pero sería un error pensar que la CTCh no fue sino una extensión al terreno sindical de la acción de los partidos, y más tarde de los conflictos entre los partidos. Si defendió y extendió algunos de los avances sociales de los obreros sindicalizados; se pudo apreciar una expansión y, cuando menos en un principio, un fortalecimiento del movimiento sindical; y la misma CTCh participó en la lucha sindical defendiendo los intereses de los obreros (aunque no con tanta fuerza como para poner en peligro los objetivos del partido comunista). Aunque esto no estaba

gerada (dado el número total de trabajadores sindicalizados). Vitale (p. 87) pretende que en 1941 hubo 300 000 miembros; ¿seguramente otra exageración?

⁶³ J. Figueroa Araya, *Bosquejo y crítica de nuestro régimen sindical*, Memoria, Universidad de Chile, 1945, p. 27.

⁶⁴ J. Díaz Martínez, "Treinta meses de acción en favor del proletariado de Chile", *Memoria del consejo directivo nacional al 1er. congreso ordinario de la CTCh, 26-30 de julio de 1939*, p. 71.

⁶⁵ Contreras Labarca, *Unión nacional* (15º pleno del comité central del partido comunista, agosto de 1944), p. 70.

dentro de los planes de la CTCh, los sindicatos de empleados se fortalecieron debido a que el gobierno comenzó a favorecer al sector de trabajadores de cuello blanco, estableciendo salarios mínimos para ellos y mejorando sus servicios de seguridad social. Los esfuerzos de la CTCh ayudaron a hacer avanzar el desarrollo económico, al intentar limitar las demandas sindicales excesivas y al hacer un esfuerzo por aumentar la productividad (aunque sus esfuerzos por lograr que una proporción mayor de las utilidades fuera a dar al bolsillo del trabajador no tuvieron tanto éxito). Mediante la colaboración con el gobierno y con los patrones, dio a muchos dirigentes sindicales una mayor experiencia y madurez para tratar cuestiones de política económica y de relaciones industriales, aunque esta valiosa experiencia se había de perder en gran medida durante la lucha fratricida que siguió a la guerra.

Y sin embargo sus fracasos, si tomamos en cuenta su aceptación relativa por parte del gobierno y su participación en el Frente Popular y en organizaciones tales como CORFO, son más impresionantes.⁶⁶ No logró que se reformara el código del trabajo ni logró evitar que se ampliara la diferencia entre los salarios y las condiciones de trabajo de los obreros de overol y los de cuello blanco; no logró obtener una mejoría en el nivel de vida de los obreros en relación con otros grupos, ni proveer las condiciones para la formación de sindicatos entre los campesinos y otros grupos no sindicalizados; su colapso final debilitó seriamente al movimiento sindical y los efectos del mismo se prolongaron durante años. Con objeto de servir a los fines de los partidos, descuidó los intereses de sus miembros; y como no había acuerdo respecto a esos fines, se produjo una división en el seno del movimiento obrero. Sus dirigentes eran políticos más que dirigentes sindicales conocidos por su militancia partidista: sus dos personalidades más prominentes, Bernardo Ibáñez (socialista), y Araya (comunista), tenían ambos importantes cargos administrativos en sus partidos. La CTCh organizó huelgas en demanda de mejores salarios y jornadas de trabajo más cortas, no contra las empresas que tuvieran utilidades especialmente altas o que pagaran salarios especialmente bajos, sino contra empresas cuyos dueños supuestamente simpatizaban con el fascismo, o que mantenían relaciones comerciales con los países del eje.⁶⁷

⁶⁶ En 1937 el comité ejecutivo nacional del Frente Popular se componía de 1 radical-socialista, 2 comunistas, 2 demócratas unificados, 4 socialistas, 7 radicales y 3 representantes de la CTCh (*Reglamentos del Frente Popular*, 1937). La CTCh también estuvo representada en el congreso convocado para seleccionar al candidato presidencial del Frente para 1938. La mitad de sus delegados eran socialistas que, en la primera votación, se pronunciaron por Grove; la otra mitad eran comunistas, que dejaron sus boletas en blanco en la primera votación, siguiendo así la línea de su partido. Ambos grupos, obedeciendo instrucciones de sus respectivos partidos, votaron más tarde por el radical Pedro Aguirre Cerda (*Jobet, Socialismo*, pp. 38-39).

⁶⁷ *La CTCh y el proletariado de América Latina*, Publicaciones de la CTCh, 1938, p. 60. Para información respecto al gran énfasis de la CTCh en la lucha

Las acciones de los dirigentes de la CTCh siguieron la línea política de sus partidos, cuando menos hasta el momento en que el partido socialista se dividió de tal manera que no había un control central o dirección digna de tomarse en cuenta. Así cuando este partido abandonó el Frente Popular los socialistas que formaban parte del comité ejecutivo de la CTCh trataron de lograr que la confederación también se retirara, pero fueron derrotados por los esfuerzos combinados de comunistas, radicales y demócratas.⁶⁸ Preocupaba tanto al PC que se publicara un periódico o revista "extremista" como órgano de la CTCh, que su representante declaró que "la experiencia nos ha demostrado que los problemas que afectan a la clase obrera son esencialmente técnicos".⁶⁹ Cuando los socialistas y comunistas ingresaron en la Alianza Democrática —un Frente Popular redivivo— también lo hizo la CTCh. Cuando el PC trabajaba activamente para aplicar su política de un solo partido en 1943, entonces la CTCh también resolvió que trabajaría por la organización de un solo partido de los trabajadores.⁷⁰

El partido socialista expresó su preocupación respecto al papel ancilar que estaba desempeñando la CTCh; una de las resoluciones de su congreso de 1940 fue:

La CTCh [...] ha carecido [...] de vida o independencia porque ha sido un mero apéndice del Frente Popular.⁷¹

Y sin embargo el partido hizo muy poco para fortalecer la independencia de la CTCh. Dentro de la CTCh su grupo trabajó junto con los radicales, los demócratas y los falangistas para tratar de combinar sus fuerzas en contra de los comunistas, y los pocos fondos de que el partido disponía para la CTCh se utilizaron para fortalecer su posición dentro de la misma.⁷² Los socialistas alegaban que la rivalidad de los partidos dañaba los intereses del movimiento obrero, pero que, dadas las actitudes y acciones de los comunistas, no tenían otra alternativa que intentar evitar la hegemonía de los mismos.⁷³ Tampoco ofreció el partido socialista ninguna alternativa radical en el terreno sindical en este periodo; aunque

contra el fascismo, véase también a J. Vargas, "Por un congreso de la CTCh que impulsa la unidad antinazi", *Intervención del secretariado sindical ante la 13ª sesión plenaria del CC, junio 1948*, 1948.

⁶⁸ H. Abarca, "Cómo organizar la victoria", *Informe a la sesión plenaria del CCCP, enero 1941*, 1941, p. 20.

⁶⁹ Díaz Martínez, p. 91. Es muy probable que a los comunistas no les entusiasmará la idea de que hubiera una prensa que compitiera con la de su partido.

⁷⁰ Ibáñez, *Memoria de la CTCh, 1943-46, a la tercera conferencia nacional*, 1946, p. 14.

⁷¹ "Resoluciones del 2º congreso extraordinario del PS, Curicó, 1940", en *Rumbo*, julio-agosto de 1940, p. 68.

⁷² PS, *Una etapa*, pp. 11 y 22.

⁷³ Carta al PC, publicada *ibid.*, p. 145.

criticaban las tácticas comunistas y expresaban su preocupación por la lentitud del gobierno para poner en práctica la política del Frente Popular, en la práctica su actividad dentro del terreno sindical se redujo a tratar de ganar la partida a los comunistas.

La situación se hizo cada vez más tirante al dividirse el partido socialista. Casi desde el principio el partido había declarado su meta de controlar a los obreros socialistas que pertenecieran a la CTCh al exigir que los obreros sindicalizados que apoyaran al Partido Socialista de Trabajadores (que se formó al dividirse el partido socialista) fueran relegados de sus cargos del comité ejecutivo de la CTCh,⁷⁴ sin que se tomara en cuenta el apoyo que tuvieran de parte de las bases. Los socialistas de la CTCh apoyaron a Bernardo Ibáñez y a su anticomunismo militante en contra del otro grupo socialista que, aunque también era hostil a los comunistas, desaprobaba el intento de Ibáñez de apoderarse del partido y hacerlo funcionar de acuerdo con sus órdenes. De esta manera Ampuero, que se oponía a Ibáñez, argumentaba que la CTCh Democrática (la mitad socialista de la dividida CTCh en 1946) debía trabajar para establecer la independencia del movimiento sindical, dando prioridad a los problemas económicos. Él quería que los sindicalizados socialistas trabajaran para unificar a las fuerzas democráticas dentro del movimiento sindical y que se opusieran a los comunistas con base en la unidad de la clase obrera; pero argüía que los dirigentes de la CTCh Democrática, al seguir la política de Ibáñez, simplemente llevaban a los sindicatos por el sendero de la extrema politización. Esta actitud había conducido al fracaso del pacto con la CGT y al fracaso de los esfuerzos por llegar a un acuerdo con el partido radical en una alianza sindical en contra de los comunistas.⁷⁵ Como se ve, Ampuero no objetaba que se tomaran medidas fuertes en contra de los comunistas, pero sí objetaba los fines del grupo de Ibáñez en la lucha contra el comunismo, su elección de aliados derechistas y el papel que daba a los sindicatos en esa lucha.

La hostilidad y la intransigencia mutua de socialistas y comunistas, acentuada por los primeros efectos del comienzo de la guerra fría y por la incertidumbre política que prevalecía en Chile después de la muerte del presidente Juan Antonio Ríos, ocasionó la división de la CTCh en 1946.⁷⁶ Según Ibáñez, los comunistas estaban decididos a obtener repre-

⁷⁴ *Resoluciones del 3er. congreso general del PS de trabajadores*, Santiago, 1-3 de marzo de 1942, p. 15.

⁷⁵ Ampuero, "En defensa del partido y del socialismo", *Informe político del CC Ejecutivo al pleno nacional*, 27-29 de febrero de 1948.

⁷⁶ "A la CTCh comunista ingresaron los mineros del carbón, los sindicatos de trabajadores del nitrato, los de la construcción, los portuarios, los panaderos y algunos obreros industriales; a la CTCh socialista ingresaron los trabajadores de transportes públicos, los del cobre, los ferrocarrileros, los de fábricas de textiles, los de la industria química y algunos otros grupos industriales", Poblete, "Movimiento sindical chileno", *Combate*, 23, 1962, p. 31).

sentación en el gabinete y resentían la negativa de los socialistas a que usaran a la CTCh para este fin. La acción precipitada del presidente interino Duhalde, al cancelar la legalidad de dos sindicatos que estaban en huelga, provocó un llamamiento a huelga general propuesto por Ibáñez. Pero antes de que se pudiera proceder a llevarla al cabo una manifestación de obreros en la Plaza Bulnes fue atacada por ejército y policía, que dispararon sobre ella.⁷⁷ Aunque la huelga general subsecuente fue un éxito, los comunistas hicieron al principio caso omiso del llamamiento a volver al trabajo y pidieron una huelga general indefinida para lograr que se concedieran sus demandas específicas; pero Ibáñez, en conversaciones independientes con el gobierno, había logrado que dieran cabida al partido socialista en el gabinete, lo cual, afirmó, significaba que las exigencias de los obreros serían satisfechas. Los comunistas, furiosos porque ellos querían ingresar al gabinete del futuro presidente González Videla, asaltaron el cuartel general de la CTCh y, después de ocuparlo durante dos semanas, se llevaron los archivos. Ibáñez también acusó a los "nazis rojos", como los llamaba, de asesinar mineros socialistas en Lota.

La versión que dan los comunistas de estos acontecimientos por boca de Araya difiere en todo,⁷⁸ y acusa además a Ibáñez de proponer medidas extremas y luego rendirse ante el ofrecimiento de cargos. En la versión de Araya son Ibáñez y la policía quienes asaltaron el cuartel general de la CTCh, obligando a los comunistas a abandonarlo y establecer sus oficinas en la Federación de Mineros; también acusa de trotskismo a Ibáñez.

La presencia del grupo de Ibáñez en el gobierno no fue muy duradera. La coalición electoral que llevó al poder a González Videla incluía a los comunistas, que recibieron entonces su turno en el gabinete y el reconocimiento gubernamental de que la CTCh legal era la suya. Su triunfo, sin embargo, duró poco, ya que pronto fueron echados de sus cargos, y más tarde proscritos y perseguidos.

El periodo que media entre la división de la CTCh en 1946 y la promulgación de la Ley para la Defensa de la Democracia en 1948 fue el más agitado, tanto por las pésimas relaciones entre los dos partidos como por los conflictos internos del partido socialista.⁷⁹ Una acusación que

⁷⁷ Esta versión se da en *Memoria de la CTCh 1943-46* y en Ibáñez, *Socialismo y el porvenir de los pueblos, informe al Partido Socialista*, 13, 1946. Frei, que era entonces ministro de Obras Públicas, renunció como protesta por la masacre de la Plaza Bulnes.

⁷⁸ B. Araya, "Una CTCh unida, combatiendo en defensa de la clase obrera y del pueblo", *Informe a la 2ª conferencia nacional de la CTCh*, 29-31 de mayo de 1946. Siempre dispuestos a añadir demandas de tipo político a las de tipo laboral, los comunistas, durante la huelga general, también pidieron que se rompieran las relaciones diplomáticas con España y con Argentina (*New York Times*, 30 de enero de 1946).

⁷⁹ Éste fue un periodo de conflictos generalizados en todo el movimiento sindical latinoamericano y en algunos europeos. En Cuba, por ejemplo, los Auténticos y

dirigieron los comunistas en 1946 en contra del secretario del Trabajo, Lisandro Cruz Ponce (socialista), ofrece abundantes pruebas de que hubo fraude, intriga, corrupción y violencia de ambas partes, en su esfuerzo por obtener el control de los sindicatos. Los trabajadores eran sonsacados durante sus horas de comida, emborrachados, y enviados después a votar según convenía. Los comunistas estaban especialmente contrariados por la utilización por parte de los socialistas de los funcionarios de la Secretaría del Trabajo para falsear los resultados de las elecciones sindicales. El secretario del Trabajo, que negó el cargo de que todos los inspectores laborales eran socialistas, respondió que los comunistas estaban enojados porque al perder el control de los sindicatos perdían su máxima fuente de ingreso en esa época, los fondos sindicales. Declaró que los abusos de los comunistas eran tan evidentes que había tenido que tomar medidas severas para contenerlos.⁸⁰

Poco después de esto el partido socialista inició pláticas con los radicales para formar una confederación anticomunista. Sin embargo, la insistencia de los radicales en tener una representación igual en el comité ejecutivo resultó inaceptable y las pláticas fracasaron.⁸¹

La hostilidad entre comunistas y socialistas llegó al colmo durante la famosa huelga del carbón en 1947, en Lota, que se convirtió además en una prueba de fuerza en que competían el presidente radical González Videla y el partido comunista. Tanto el embajador norteamericano como Ampuero, secretario general del partido socialista (extraña alianza), estuvieron de acuerdo en que las demandas de los trabajadores habían sido finalmente satisfechas por los dueños de las minas de carbón, en parte debido a la presión del presidente, pero que los comunistas insistían en prolongar la huelga en contra de la voluntad de los demás trabajadores. El embajador, Claude Bowers, acusó a los comunistas de tratar de provocar a los soldados para que los atacaran, con objeto de crear mártires, pero los militares no aceptaron la provocación.⁸² Ampuero aprovechó inmediatamente la oportunidad que se presentaba al enviar el gobierno tropas. Organizó a unos 1 500 obreros socialistas para que entraran junto con el ejército y ayudaran a mantener en producción las minas para destruir la base del poder sindical comunista en ese lugar.⁸³ Sin embargo

el Partido Socialista Popular (el PC) estaban empeñados en una lucha vehemente por el control de los sindicatos (B. Goldenberg, "The rise and fall of a party, the Cuban CP 1925-59", *Problems of Communism*, julio de 1970, p. 76).

⁸⁰ Cámara de Diputados, *Acusación constitucional contra el ministro del Trabajo: Sr. Lisandro Cruz Ponce* (12ª sesión ordinaria, Santiago, 19 de junio de 1946), pp. 487-92, 504, 581-86, 589-670.

⁸¹ Waiss, *Drama socialista*, pp. 64-65. Como también habría habido democráticos en el ejecutivo, los socialistas habrían sido minoría. Además los radicales exigían que se retirara Ibáñez.

⁸² *Chile through Embassy Windows*, 1958, pp. 166-169.

⁸³ I. Aranedo y X. Bulnes, *Gobierno de González Videla*, Memoria, Universidad de Chile, 1964, pp. 423-424.

el ejército no agradeció el ofrecimiento de ayuda y fracasó la acción de Ampuero.⁸⁴ Aunque los militares utilizaron a algunos de los nuevos obreros, lo hicieron según su propia conveniencia y no de acuerdo con los planes de los socialistas, que tenían por objeto asegurarse la representación en todos los sectores de las minas; además los militares impidieron las asambleas sindicales y la solución de conflictos. Y los dueños de las minas, una vez que se habían quitado de enmedio a los agitadores originales, no tenían ningún deseo de importar agitadores socialistas, de manera que despidieron muy pronto a los obreros que había traído Ampuero. Como siempre en el partido socialista, hubo varias disputas internas; la organización regional del partido sentía que el comité central no le hacía suficiente caso; las disputas ideológicas del momento se extendieron a los obreros enviados a Lota; y el grupo parlamentario, cuando recibió la solicitud de que enviara a algunos de sus miembros a la zona en cuestión, se negó por estar todo el grupo demasiado ocupado discutiendo los valores morales de la situación. En vista de todo esto, las conclusiones de un informe de Ampuero acerca del asunto parecen poco convincentes. Dice:

A pesar de todo seguimos sosteniendo que nuestra actitud era esencialmente justa, que era políticamente necesaria, y que la experiencia obtenida fue extraordinariamente rica.⁸⁵

La tercera fase del desarrollo de confederaciones obreras importantes en Chile se abrió a principio de la década de los cincuenta cuando comunistas, socialistas y otros grupos de izquierda se reunieron para formar la CUT. Los comunistas querían evitar los errores de la FOCh y de la CTCh: la dominación del sindicato por el partido y la exclusión de otros grupos del movimiento obrero. Esperaban marcar la separación entre partido y sindicato aún más de lo que se habían propuesto hacer (sin éxito) en la CTCh. La unidad de la clase obrera había de ser el *leitmotiv*, y ahora que estaban oponiéndose al gobierno esto era mucho más fácil de lograr que cuando el movimiento obrero participaba directamente en el gobierno, como en los tiempos del Frente Popular. Oficialmente el partido insistía en que sus dirigentes sindicales estaban en li-

⁸⁴ En su análisis de la situación Ampuero argüía que el único motivo de la huelga era político y que, dado el estado crítico del país en ese momento, podría haber conducido a una guerra civil. El mismo cargo hizo el representante de Chile ante la ONU, Santa Cruz: "Los ministros comunistas fueron obligados a abandonar el gobierno y muy poco después, como en el caso de Francia, brotó una ola de huelgas revolucionarias en los centros mineros e industriales en donde [...] el partido comunista había logrado obtener un dominio absoluto debido a una dictadura sindical despiadada. Aunque el gobierno logró que se mejoraran las condiciones económicas de los trabajadores, la huelga siguió. Ante la sorpresa de todo el país, se comprobó entonces que existía un plan de revolución y sabotaje de largos alcances" (citado en Clissold, pp. 204-205).

⁸⁵ *En defensa del partido.*

bertad y actuaban sin vigilancia del partido, y las instrucciones políticas que les dieron eran mucho menos específicas y estrictas que en las confederaciones previas; cuando menos eran menos difíciles de llevar a la práctica. Ya no se insistía en la política de una estricta unidad obrera en contra de los demás sectores; ahora había que buscar el ingreso de los demás sectores de la sociedad en la alianza popular. Incluso había que dar a la burguesía nacional una oportunidad de participar en la lucha contra los terratenientes y las empresas extranjeras. Las objeciones de los socialistas a estas directivas deberían tratarse con cautela, para evitar ofender al otro gran partido obrero. Los demócrata-cristianos serían bienvenidos, ya que también ellos podrían servir a los intereses del movimiento obrero. A las diferencias de los partidos dentro del movimiento sindical había que restarles importancia, no agravarlas. Los sindicatos deberían luchar por obtener beneficios económicos; esto pondría en evidencia las contradicciones del capitalismo, fortalecería la conciencia de clase de los obreros y ganaría su gratitud para el partido comunista. En el terreno de la política son las elecciones democráticas y no las insurrecciones las que abrirán el camino; en los sindicatos que controlaban, los comunistas deberían procurar que los obreros participaran de manera activa en las elecciones. El aventurerismo debería desenmascarse con la mayor objetividad posible como una maniobra para desacreditar a la clase obrera.

La reconciliación entre socialistas y comunistas —tanto en el terreno político como en el sindical— ha sido incómoda, aunque no carente de éxito. Las diferencias son ideológicas hasta cierto punto, aunque sería más apropiado llamarlas diferencias tácticas, o de una actitud general respecto a la actividad política. Ésta era la opinión sostenida por un eminente diputado falangista cuando describió la respuesta a las manifestaciones callejeras de abril de 1957:

Los comunistas están actuando dentro del marxismo ortodoxo, en lo que concierne a tácticas completamente dominadas por la idea de que los dirigentes del proletariado deben ser conscientes de cualquier error que pudiera detener la revolución final. El partido comunista jamás se embarcaría en una revolución no planificada que expusiera a posteriores críticas a sus militares. Los socialistas, por otra parte, son revolucionarios a ultranza: convencidos de que hay que aprovechar todas las oportunidades para agitar, sin discriminar entre los niveles de conciencia revolucionaria de las masas. Pero su espíritu revolucionario nunca ha sido importante, porque la irresponsabilidad verbal de sus dirigentes es su característica dominante, como puede verse en los asuntos sindicales.⁸⁶

⁸⁶ R. Gamucio, "De la falange a la democracia cristiana", en R. Boizard, *Democracia cristiana*, 1963, pp. 326-27.

El partido socialista sí tiene, desde la victoria de Castro en Cuba, un grupo que predica tácticas mucho más revolucionarias (incluso que recomienda las guerrillas) que el partido comunista. Pero estas ideas no son apoyadas por muchos socialistas dentro de los sindicatos, cuando menos no las apoyan muchos miembros que ocupen cargos de responsabilidad. Tanto los sindicalizados socialistas como los comunistas ayudaron a hacer caer a Clotario Blest en 1962, cuando abogó por el uso de la huelga como instrumento revolucionario. El partido socialista espera de sus dirigentes sindicales la creación de una conciencia de clase entre las bases sindicalizadas. Aunque ésta es, indudablemente, una tarea indispensable para cualquier grupo marxista, es una directiva muy amplia y general, parecida a las exhortaciones religiosas a la virtud. No es eso lo que separa a socialistas y comunistas dentro de los sindicatos. Las verdaderas disputas son obviamente disputas por el poder, disputas acerca de cuestiones políticas importantes y acerca de las relaciones con otros partidos políticos.

Como trasfondo de toda esta retórica hay una lucha entre socialistas y comunistas por controlar el movimiento sindical,⁸⁷ aunque ha sido un logro notable de la alianza entre ambos partidos el que esa lucha se haya mantenido dentro de los límites de un proceso democrático y electoral —lo cual representa un notable contraste con lo ocurrido en el periodo de la CTCh. Esta lucha beneficia en cierta manera al movimiento sindical, ya que los miembros de un partido ejercen continua vigilancia sobre las acciones de un dirigente sindical que pertenezca al otro; pero por otra parte tiende a polarizar los asuntos sindicales, convirtiéndolos en una competencia entre los dos partidos y dejando a la mayoría que no pertenece a ninguno de ellos más bien aislada de los asuntos sindicales.⁸⁸ En una sola ocasión comunistas y socialistas han presentado una lista conjunta de candidatos al comité ejecutivo de la CUT; en las demás elecciones sus miembros han sido contrincantes. Ésta es una regla general que se aplica a las elecciones para comité ejecutivo de los sindicatos en donde hay competencia entre ambos partidos. En muy raras ocasiones, y generalmente sólo cuando forman una minoría, se unen los partidos marxistas para formar una alianza electoral en contra de los otros partidos o en contra de candidatos independientes. Cada partido desea tener el mayor número posible de dirigentes sindicales. Los motivos de esta situación son políticos, ya que no parece haber una diferencia importante entre las tácticas y

⁸⁷ Aun después de que socialistas y comunistas se habían puesto de acuerdo para unir sus fuerzas y fundar la CUT, Jobet, quien, aunque más conocido por sus escritos, también fue durante muchos años miembro del comité central del partido socialista, todavía podía decir: "El comunismo nunca ha renunciado a su política y práctica de dominar a sindicatos y federaciones de manera totalitaria. En aquellas organizaciones donde logró imponer su voluntad, desapareció inmediatamente toda democracia sindical, las minorías fueron aplastadas y los no-comunistas eliminados", *Socialismo y comunismo*, 1952, p. 42.

⁸⁸ Ampuero, *Izquierda en punto muerto*, 1969, p. 139.

objetivos de los dirigentes sindicales socialistas o comunistas en la práctica, sostengan lo que sostengan en teoría. Los dirigentes sindicales de ambos partidos persiguen los mismos objetivos económicos, y mientras que esta búsqueda está claramente relacionada con consideraciones políticas —por ejemplo, con el intento de desacreditar al gobierno de Frei—, está menos claramente relacionada con tácticas "revolucionarias" que se propongan derrocar la estructura del poder estatal. El partido socialista no carece de teóricos que proclaman la necesidad de buscar tales objetivos revolucionarios y que hacen ostentación de sus diferencias teóricas con los comunistas. En una asamblea del partido se resolvió que la lucha sindical debe ser a nivel nacional y que las luchas a pequeña escala eran estériles y contraproducentes. Un movimiento sindical general, se argumentaba, no puede ser simplemente la suma de un gran número de sindicatos pequeños; el verdadero éxito lo debe dar una confrontación total y global con los patrones. Esta política, se declaraba, era contraria a la del partido comunista, que se opone en la práctica a cualquier acción masiva contra la política del gobierno.⁸⁹ Las exhortaciones se suceden en el partido socialista, pero en la práctica la acción productiva sólo se da cuando socialistas y comunistas están en pleno acuerdo y las circunstancias son genuinamente favorables a la movilización de apoyo sindical masivo en contra de alguna política gubernamental especialmente impopular, tal como el plan de ahorros forzados a fines de 1967.⁹⁰ Ambos partidos marxistas se unieron para oponerse a la política económica del gobierno demócrata-cristiano. Hubiera sido extraño que no se unieran, ya que estas políticas incluían la congelación de salarios. La oposición a esta política tuvo éxito en la medida en que el gobierno no pudo congelar los salarios a los niveles que deseaba y por lo tanto no pudo poner en práctica su política antinflacionaria. El fracaso de sus esfuerzos por contener la inflación fue una de las mayores derrotas del gobierno demócrata-cristiano.

Socialistas y comunistas también difieren respecto a sus relaciones con los demás partidos, tanto en el terreno político como en el sindical. Los socialistas no acogen con agrado la idea de admitir a los demócrata-cristianos y a los radicales en una alianza obrera, pero en cambio los comunistas estaban muy ansiosos de admitir a radicales y demócrata-cristianos

⁸⁹ "Tesis sobre política sindical aprobada por el 19º congreso del PS", *Arauco*, diciembre de 1961, p. 6. Véase también *Socialismo y la unidad: (cartas del PS al PC)*, 1966, que se refiere a las distintas actitudes de comunistas y socialistas dentro de los sindicatos de obreros del cobre.

⁹⁰ Así Petras (pp. 176-77) argumenta que la izquierda dejó pasar la oportunidad de organizar una acción masiva cuando se desataron motines con motivo de un alza de tarifas en los camiones de pasajeros en Santiago, en marzo y abril de 1957. Los sindicatos tuvieron poca o ninguna participación en las manifestaciones masivas que eran básicamente una protesta contra la incapacidad del gobierno para detener la inflación.

que tengan una postura crítica respecto de las políticas del gobierno de Frei.⁹¹ Esto no significa que los socialistas no colaboren muy eficiente y amigablemente con los dirigentes demócrata-cristianos y radicales dentro de los comités ejecutivos individuales, ya que resulta evidente lo contrario. Pero sí significa que no están dispuestos a concederles el derecho a ser considerados como auténticos representantes de la clase obrera. De manera que los socialistas atacan a los demócrata-cristianos y a los radicales dentro de la CUT, aunque algunos de los demócrata-cristianos sindicalizados se opongan fuertemente a la política económica del gobierno.

Los socialistas tienen sentimientos ambiguos respecto a los comunistas sindicalizados. Como el partido comunista es obviamente un movimiento obrero mayor y más homogéneo que el suyo propio, no pueden darse el lujo de ignorarlo. Para cualquier política tendiente a lograr la unidad revolucionaria habría que tomar en cuenta a los comunistas, ya que tienen un apoyo tan sólido en la clase obrera. Por otra parte los socialistas se oponen en teoría a la moderación y cautela de los comunistas y a su actitud hacia los llamados partidos burgueses.

Los comunistas no están ansiosos de discutir en público sus diferencias con los socialistas y sólo responden a ataques directos. Ellos fueron quienes insistieron en traer a los demócrata-cristianos y a los radicales al último congreso de la CUT, medida a la cual se oponían los socialistas, pero lo hicieron de una manera calculada para tranquilizar lo más posible a sus aliados socialistas. En el congreso mismo, cualquier comentario que llamara la atención a la filiación política del orador era ahogado por el coreo comunista de *Unidad*.⁹²

La politización es al mismo tiempo la fuerza y la debilidad del movi-

⁹¹ Aunque estas posiciones han sido las contrarias en el pasado. "Contra su idea de la dictadura del proletariado, nosotros proponemos la idea de un gobierno de trabajadores manuales e intelectuales, una unión de los sectores medio y popular dentro del partido socialista. Contra su idea de sectarismo sindical proponemos la autonomía de los sindicatos" (Allende, *Contradicción de Chile*, discurso ante el 4º congreso del partido socialista en Valparaíso, 15 de agosto de 1943, p. 3). Tal vez Allende ha sido más constante que su partido, ya que después de iniciar su periodo presidencial en 1970 todavía seguía refiriéndose a sectores "amistosos" del PDC que no debían de ser atacados.

⁹² De hecho los trabajadores sindicalizados comunistas toman el llamado a la unidad más en serio de lo que conviene a los dirigentes del partido. Uno de ellos señaló que no debían deformarse en ningún sentido las elecciones para delegados de la CUT. "En congresos [de sindicatos] donde la inmensa mayoría apoyaba a nuestro partido 'para promover la causa de la unidad', con el fin de 'no romper los congresos', se designaron ejecutivos exclusivamente como resultado de acuerdos por los cuales nosotros, los comunistas, cedíamos posiciones que las masas nos habían otorgado democráticamente por arrolladora mayoría. Esto constituye un abuso de la democracia sindical y viola las normas más elementales de respeto a los trabajadores" (O. Astudillo, *Pleno de abril de 1965*, p. 25). Tal vez ésta era también una manera sutil de avisar públicamente a los miembros del partido que no deformaran los resultados de las elecciones en su propio beneficio.

miento sindical chileno. Es indudable que lo fortalece en la medida en que provee dirigentes, organización, asistencia e ideología. Pero, como cualquier estudio de las relaciones entre socialistas y comunistas puede demostrar, puede ser también una fuente de debilidad, ya que introduce el sectarismo en un movimiento cuya fuerza fundamental debe ser la unidad. Las debilidades inherentes a semejante politización se demostraron con la mayor claridad en las divisiones que escindieron a la CTCh. Las ventajas de la politización se pudieron apreciar en la CUT, especialmente a fines de los sesentas; aunque ambos partidos seguían compitiendo en términos generales y particularmente en los sindicatos, en el caso de la CUT el deseo de conservarse unidos resultó más fuerte que el deseo de dominar la confederación. Desde la segunda guerra mundial no ha sido fácil que los comunistas y los socialistas colaboren dentro de los sindicatos y esto se puede apreciar claramente en el caso de Francia y de Italia. El hecho de que esta colaboración fuera posible en Chile, o que cuando menos pudieran competir democrática y pacíficamente dentro de los sindicatos, debe haber aumentado la confianza en las afirmaciones de la FRAP de que se estaban persiguiendo metas comunes.

6. SOCIALISMO Y COMUNISMO II

El hecho de que los partidos socialista y comunista se proclamen partidos predominantemente obreros no significa que los representantes de los sindicatos dominen la estructura interna de poder de estos partidos ni que decidan su política. Tampoco significa que el punto de vista de los sindicatos sea un factor crucial que tomar en cuenta al planear la política del partido, ya que la importancia e influencia de los sindicatos en el partido depende en gran medida de lo que el partido considere que es su preocupación principal. Aunque cada partido sostenga lo contrario, parecería que una zona crucial para ambos es la parlamentaria, y aceptan por consiguiente las elecciones parlamentarias y presidenciales como su principal proceso de movilización. Por lo tanto la estructura de poder del partido apoya fuertemente al grupo parlamentario. El Buró Sudamericano de la Internacional Comunista criticó en 1926 la independencia del grupo parlamentario comunista respecto del control del partido.¹ Si actualmente no subsiste esta tensión entre el comité central y el grupo parlamentario, se debe a que el partido está mucho más disciplinado y unido. Ahora es un partido electoral fuerte, los parlamentarios predominan en su jerarquía, y el partido está firmemente convencido de que los métodos parlamentarios y electorales son los mejores para lograr sus fines.

El partido socialista está más preocupado que el comunista por la aceptación tácita del camino parlamentario por muchos, quizás por la mayoría de sus miembros y dirigentes. Clodomiro Almeyda, anteriormente ministro del Trabajo, bajo el gobierno de Ibáñez, y el primer ministro de Relaciones Exteriores de Allende en 1970, declaró en el congreso del partido de 1967, en Chillán, que “el partido socialista debería rechazar los procesos electorales como vía para ganar poder”.

Esta actitud, y su corolario, que “la lucha revolucionaria armada constituye la línea revolucionaria fundamental en América Latina”, fue aceptada por el congreso. Para reducir la dominación del grupo parlamentario dentro del partido, el comité central incluso llegó a decir en 1968 que ser miembro del comité central sería incompatible con la ocupación de cargos parlamentarios —aunque la fuerza de esta decisión se vio inmediatamente minada al decidirse también que se haría una excepción en favor del secretario general del partido, el senador Aniceto Rodrí-

¹ Para mayores detalles véase Clissold, pp. 121-22.

guez.² Allende, al hacer un discurso en homenaje al senador Salomón Corbalán, que murió en un accidente automovilístico, dijo que

el parlamento de la democracia burguesa no satisface plenamente, ni siquiera parcialmente, nuestras ideas y aspiraciones. Pero un revolucionario puede y debe, cuando el partido así lo requiere, actuar incluso en este campo de batalla —para estar presente en los debates y proclamar en ellos su pensamiento revolucionario, sin olvidar que su lenguaje debe ser el mismo que si estuviera en las barricadas, en el tribunal popular, o en el periódico del partido.³

Este punto de vista es menos radical que el de Almeyda; la idea, expresada también por Régis Debray, es que no está mal hecho usar el parlamento, pero que no debe usarse a la manera burguesa. Sin embargo, si se acepta la idea de trabajar no sólo para fines revolucionarios, sino también para corregir injusticias específicas mediante la legislación, es casi inevitable que el camino parlamentario y electoral se convertirá en el camino principal para el partido⁴ —como demuestra la historia del partido socialista a través del periodo del Frente Popular, al principio de la segunda presidencia de Ibáñez, y durante la campaña electoral de 1970. Esto pone inevitablemente énfasis sobre la importancia del grupo parlamentario dentro de la estructura de poder del partido; una tendencia que se acentúa aún más cuando el partido tiene miembros en el gabinete y no sólo en el Congreso, como ha sido el caso para ambos partidos. Fue por eso que Chelén Rojas (p. 148) criticó al partido (se refería al entonces PSP) por no crear conciencia socialista, por descuidar la educación política de sus militantes, por no crear cuadros a nivel local. Aun cuando en 1953 el partido contaba con diecinueve diputados y tres senadores (además de los cargos en el gabinete ocupados por sus miembros en el periodo de Ibáñez), se quejaba de que sólo estaban activos en la legislatura y descuidaban al partido extraparlamentario y a las bases.

Petras, fundándose en los testimonios de Almeyda, arguye que, lejos de usar los cargos parlamentarios para promover la causa de la revo-

² Información de *Punto Final*, enero de 1968, p. 9.

³ “Homenaje a la memoria del ex-senador Salomón Corbalán”, *Arauco*, abril de 1967, p. 6.

⁴ “Actualmente todos los partidos”, escribió Michels en 1915, “tienen fines parlamentarios. Apelan a los electores por medios legales y hacen de la obtención de influencia parlamentaria su primer objetivo, y de ‘la conquista del poder político’ su último fin. Incluso los representantes de los partidos revolucionarios ingresan en las cámaras legislativas. Sus tareas parlamentarias, emprendidas al principio con desgano, pero en seguida con satisfacción creciente y con celo profesional también creciente, los separan más y más de sus electores... y de sus camaradas de las bases.” (R. Michels, *Political Parties*, Nueva York, 1959, pp. 82-83 y 136). Michels señaló muy claramente los peligros que presentaba para un partido supuestamente revolucionario la participación en el juego electoral.

lución, los diputados socialistas han utilizado sus cargos para avanzar en sus propias carreras políticas. Según estos datos, de los ochenta y siete senadores y diputados elegidos entre 1932 y 1954, las dos terceras partes subieron en la escala social (término muy vago) gracias a sus cargos. De un interés más concreto es el hecho de que un número desproporcionadamente alto de diputados socialistas se volvieron más conservadores en política, o abandonaron el partido, al cumplirse su periodo en el Congreso.⁵ Sin embargo no se puede deducir de esto que los legisladores socialistas actuales harán lo mismo.

Históricamente la relación de autoridad entre el partido y el ala sindical ha variado. Durante el periodo del Frente Popular los partidos intentaron lograr un enlace de estrecha colaboración entre un partido dominante y un sindicato obediente. El partido socialista declaró que cualquier "miembro del partido juzgado y condenado por el tribunal disciplinario por errores u ofensas contra la línea política del partido" sería "automática y simultáneamente castigado por su grupo sindical respectivo; y viceversa".⁶ Pero los resultados no fueron alentadores y en general los miembros de los sindicatos de ambos partidos gozan actualmente de una mayor independencia respecto a las directivas de los partidos.

FUERZA COMUNISTA Y SOCIALISTA EN LOS SINDICATOS

Las solas estadísticas respecto de la proporción estimada de trabajadores sindicalizados que apoyan a cualquiera de los dos partidos marxistas no indican la fuerza de estos partidos dentro de los sindicatos ni el grado de control que ejercen sobre sus afiliados nominales. Las simples denuncias de la derecha chilena que declaran que el movimiento sindical es completamente obediente a los partidos marxistas distan mucho de reflejar la realidad. Morris-Jones hace una división cuatripartita muy útil de las relaciones entre partido y sindicato; clasifica a los sindicatos como dependientes, pertenecientes a una esfera de influencia, independientes, y dominantes. En la práctica, como lo señala, la mayoría de los sindicatos corresponden a la segunda categoría, y tienden a convertirse o bien en sindicatos dependientes, o en dominantes.⁷ En Chile hay dos factores adicionales que influyen en las relaciones entre sindicato y partido: la

⁵ De los 38 diputados elegidos antes de 1953 sólo el 21% siguió apoyando al partido socialista después de terminar sus periodos; el 18% ingresó a grupos más moderados, otro 18% a grupos de derecha; y el restante 40% se retiró de la política, o se perdió de vista, o murió. (Petras, p. 161. Parece innecesario que este autor recurra al uso de porcentajes tratándose de una cantidad tan pequeña como 38.)

⁶ Departamento Sindical, *Organización sindical* (Cuadernos de Orientación, partido socialista, 1937), p. 8.

⁷ W. H. Morris-Jones, "Trade Unions and Politics", en *Labour Unions and Political Organisations* (trabajos de seminario, Inst. Commonwealth Stud., London Univ., n. 3, 1967) p. 7.

existencia de varios partidos políticos que compiten dentro del campo sindical, y un grado variable de influencia de los partidos sobre los distintos niveles de la organización sindical —que es mayor en el caso de las confederaciones, menor en el caso de los sindicatos industriales. La categoría de los sindicatos que caen bajo la "esfera de influencia" de algún partido es muy amplia y de ninguna manera estacionaria; su utilidad reside en el énfasis que provoca en las influencias recíprocas entre partidos y sindicatos.

Por muchas razones el modelo descrito como "sindicato independiente" no es apropiado para Chile. En primer lugar se tiene el problema del control del partido en una situación de competencia entre los partidos por obtener influencia sobre los sindicatos. Es seguramente mucho más fácil para un partido usar su influencia cuando tiene el monopolio o poco menos dentro de un movimiento sindical, a menos que ese movimiento tenga fuentes independientes de poder y de apoyo. La fuerte rivalidad entre socialistas y comunistas significa que se invierte mucho tiempo en luchas internas respecto a la organización, la ideología y las tácticas a seguir. La competencia por el control dentro de los sindicatos, dado que no ha resultado en la victoria decisiva de un partido sobre el otro, significa que hay una excesiva concentración del esfuerzo en cuestiones políticas internas de los sindicatos.⁸ Los comunistas necesitan hacer tanto hincapié en la unidad precisamente porque es tan difícil de lograr y mantener.

En segundo lugar hay que considerar las difíciles condiciones que impone la estructura del movimiento sindical chileno. Un movimiento sindical compuesto de un número elevado de pequeñas unidades es mucho más difícil de manejar que uno compuesto de unas cuantas federaciones burocráticas grandes. Puede ser que el control nominal del movimiento medido por el número de dirigentes sindicales afiliados a tal o cual partido político no signifique gran cosa en cuanto a la capacidad de esos dirigentes para movilizar a la mayoría de las bases para fines sindicales. Obviamente estos factores atañen directamente a la naturaleza de la relación dirigente-dirigido y a la percepción o conciencia de un interés común de parte de los distintos sectores del movimiento. Sólo en el caso de que los dirigentes máximos dominaran sectores extensos del movimiento sindical y si estos sectores cooperaran se podrían superar los obstáculos estructurales que obran en contra de la militancia sindical general y de la unidad en el terreno político. De hecho es frecuente que resulte más notable el particularismo de los distintos sectores que la unidad de acción, y la relación dirigente-dirigido en los sindicatos chilenos tiende a ser inestable, condicional y competitiva.

⁸ Para una lista de las tácticas utilizadas por el partido comunista para obtener el control de los sindicatos véase el panfleto derechista que se pretende publicado por un sindicato: *Comunismo en los sindicatos chilenos*, 1967, p. 6-12.

Sean cuales sean sus convicciones políticas, en la práctica la mayoría de los trabajadores sindicalizados chilenos se comportan como si su principal preocupación fuera el salario y las condiciones de trabajo; y las encuestas entre los dirigentes sindicales indican claramente que ésta es la que declaran ser su principal preocupación. Una encuesta llevada al cabo por Landsberger en 1962 compara las diferencias ideológicas con las características personales y ocupacionales de los dirigentes sindicales. Cuando se les pregunta acerca de los objetivos de sus sindicatos, los tres grupos (FRAP, demócrata-cristianos e independientes) expresaron una clara preferencia por el mejoramiento económico;⁹ sólo el 2% de los dirigentes afiliados al FRAP declararon que “despertar la conciencia política” era su principal objetivo. No es sino al nivel de los objetivos secundarios que comienza a notarse una diferencia ideológica; el 15% de los dirigentes afiliados al FRAP —contra el 2% de los dirigentes independientes y el 0% de los demócrata-cristianos— creen que el sindicato puede o debe ser un instrumento de actividad política.¹⁰ Esta clase de distinción se mantuvo cuando se les preguntó acerca del grado de cambio social que se necesitaba en Chile; el 42% de los dirigentes afiliados a la FRAP, el 28% de los demócrata-cristianos y el 22% de los independientes deseaban una “total e inmediata reestructuración de la sociedad”.

Pero la relación entre ideología y acción es, seguramente, más compleja que lo que indicaría el párrafo anterior. El hecho de que sigan conservando su fuerza el socialismo y el comunismo dentro del movimiento sindical indica que los dirigentes sindicales no están preocupados solamente por el mejoramiento económico de los trabajadores. En la mayoría de los casos en que se regatean las condiciones de contratos colectivos en Chile es difícil pensar que la ideología marxista sea de crucial importancia; pero el contrato colectivo no es, sino en un sentido muy indirecto, algo que tenga que ver con la estructura política. Y los sindicatos no se ocupan solamente de los contratos colectivos; la ideología que profesan los dirigentes puede ser muy importante para determinar la manera como se comportan en otros terrenos. Es cierto que hay que dedicar mucho tiempo a cuestiones exclusivamente económicas; es difícil ver cómo podría evitarse esto, dado el ritmo de inflación anual en Chile y el tamaño promedio y la debilidad de los sindicatos industriales. Es, sin embargo, cierto que los dirigentes de los partidos desearían que los trabajadores sindicalizados se dedicaran con mayor frecuencia a las actividades “políticas”,

⁹ En esta encuesta no se distinguía entre socialistas y comunistas sino solamente entre dirigentes afiliados a la FRAP y los otros grupos, de los cuales sólo los demócrata-cristianos eran lo suficientemente numerosos para que se notara algún contraste (Landsberger, “Do ideological differences have personal correlates?”, *Econ. Dev. & Cultural Change*, 16/2, 1968, p. 234.

¹⁰ *Ibid.*, p. 233.

o que al menos pusieran en práctica sus políticas económicas de tal manera que se enfocara mayor atención sobre factores políticos de partido. Los dirigentes políticos comunistas y socialistas se lamentan continuamente del tipo de tácticas que siguen los dirigentes sindicales para mejorar las condiciones económicas de sus sindicalizados, en parte porque semejantes tácticas podrían conducir a la corrupción de los dirigentes sindicales mismos. El vocero comunista para asuntos sindicales, Astudillo, ha insistido en que

debemos rechazar las prácticas corruptoras de algunos dirigentes sindicales que se pasan todo el día cabildeando en el Congreso o haciendo antecelas en los ministerios en vez de dedicar la mayor parte de su tiempo a su organización o llevando adelante la lucha de las masas.¹¹

Araya también ha criticado a los dirigentes sindicales comunistas de la CUT por actuar de manera individualista, burocrática y sectaria, y sugiere como remedio que todos los dirigentes sindicales comunistas se dediquen un mes al trabajo en las fábricas o en la producción, y otro mes a las tareas sindicales.¹²

Las críticas que hace el partido socialista a sus dirigentes sindicales son un poco diferentes y subrayan que es más la pureza ideológica que la solidaridad del partido la que sufre como consecuencia de concentrar demasiada atención en los objetivos económicos. El partido critica frecuentemente a las brigadas socialistas (el equivalente de las células comunistas dentro de los sindicatos), debido a que en la práctica no actúan para hacer del partido la verdadera vanguardia de las masas ni para crear una solidaridad de clase; no apoyan ni controlan a los dirigentes sindicales afiliados a ellos como deberían. Con demasiada frecuencia se contentan con elegir una mesa directiva socialista que sirve únicamente a sus ambiciones personales y a fines electorales.¹³ Chelén Rojas, senador socialista y antiguo dirigente sindical, acusó a los dirigentes sindicales del periodo de 1958-1964 de ser

viejos líderes gastados caracterizados por el más repelente oportunismo reformista que practicaban la colaboración de clases para conservar sus puestos (p. 168).

Es cierto que los dirigentes sindicales chilenos se centran más en facto-

¹¹ *Más lucha popular para ganar el poder*, sesión plenaria del comité central del partido comunista (Santiago, diciembre de 1963), p. 25. Esto lo atribuye en parte al hecho de que tales dirigentes sólo tienen una vida irregular en el partido y subestiman el valor de las células del partido, lo cual conduce a la despolitización, al caudillismo y al error.

¹² *Unidad sindical y lucha ideológica*, Informe a la sesión plenaria del comité central del partido comunista, 11-13 de septiembre de 1959, pp. 26 y 36.

¹³ Partido socialista, *Tesis política, sindical y organizativa*, julio de 1957, p. 22.

res internos de lo que sus partidos desearían. La mayoría están comprensiblemente preocupados con los problemas de sus propios sindicatos. Pocos dirigentes de sindicatos industriales o profesionales trabajan en sindicatos afiliados a organizaciones nacionales poderosas que podrían apoyarlos. Las organizaciones nacionales que existen tienden a trabajar por su cuenta, cooperando con otras organizaciones nacionales, a veces para fines económicos, pero rara vez en actividades partidarias del tipo que desearían los dirigentes políticos. Los políticos critican frecuentemente el particularismo de los sindicatos, aunque no han ayudado mucho a superarlo. Para los comunistas la exigencia de unidad es en gran medida la búsqueda de la unidad de las distintas tendencias políticas dentro de los sindicatos, y una unidad de tipo político; se podría hacer un esfuerzo más fructífero por superar otra especie de particularismo: la de la estructura fragmentaria del movimiento sindical, aunque debe reconocerse que los obstáculos legales, económicos y estructurales que hay para organizar sindicatos a nivel nacional dentro de un sistema de contratación colectiva nacional son muy considerables. Aun así, han sido superados en algunos casos. El partido socialista reconoce la debilidad actual de los sindicatos y propone un papel positivo para el partido:

Estas debilidades se pueden neutralizar sólo mediante la intervención activa del partido que, por medio de sus brigadas, puede proporcionar la cohesión nacional que falta, puede ayudar, por medios indirectos, a resolver ciertas dificultades financieras, y puede desempeñar un papel decisivo sustituyendo gradualmente a los dirigentes.¹⁴

Sin embargo el partido también percibe que el estado actual de organización de las brigadas está muy lejos de permitirles la realización de estos objetivos. Si tanto la organización de los sindicatos como la organización de los partidos dentro del movimiento sindical comparten defectos semejantes tales como la debilidad y la confusión respecto a los fines, no resulta sorprendente que el grado de control que se supone que ejercen los partidos marxistas sobre el movimiento sindical sea una gran exageración respecto de la realidad.

Los dirigentes de los partidos con frecuencia exigen y esperan demasiado de los dirigentes sindicales (y esta situación no es exclusiva de Chile). No hay motivos para pensar que la lealtad ideológica impida que las bases juzguen a los dirigentes sindicales según su capacidad para obtener las mejores condiciones posibles de trabajo y de salario, sobre todo tomando en cuenta que no todos los sindicalizados comparten la misma lealtad al partido. Aunque es difícil para las bases juzgar los logros de los dirigentes sindicales, el hecho de que existan partidos que com-

¹⁴ Ampuero, "1964, año de prueba para la revolución chilena", *Arauco*, febrero de 1964, p. 20.

pitén dentro del movimiento sindical si significa que los dirigentes sindicales chilenos están más expuestos a críticas por ineficacia e incompetencia que en muchos otros países. Los dirigentes sindicales podrían argumentar, y de hecho argumentan, que es difícil hacer que concuerden las funciones sindicales y económicas específicas con vagas funciones políticas y de partido. Con frecuencia el compromiso político de un individuo lo impulsará a tratar de ocupar cargos sindicales (aunque esto sucede con más frecuencia a nivel nacional que a nivel de sindicato local), pero al sumergirse en las tareas diarias de la rutina de la administración sindical con frecuencia acaban identificándose más con el sindicato en cuestión que con el partido, o cuando menos tienden a interpretar sus funciones de tal manera que las ideas del partido se ajusten a las necesidades sindicales y no al revés. Esto es mucho más notable en el partido socialista que en el comunista.

SINDICATOS Y PARTIDOS

Antes de examinar el papel y la importancia de los sindicatos en el funcionamiento interno de ambos partidos marxistas, es útil considerar por qué sigue existiendo la liga entre partido y sindicato y por qué sobrevive a periodos tan turbulentos y conflictivos como los que siguieron a la segunda guerra mundial.

Una de las principales causas debe ser la naturaleza de la dirección sindical. Hay pocos alicientes para convertirse en dirigente sindical en términos financieros, de prestigio social, o de poder, excepto en el caso de unos pocos sindicatos grandes. Son los miembros dedicados en cuerpo y alma a su partido los que tratan de ocupar cargos sindicales, y este compromiso del dirigente sindical con su partido es uno de los lazos más fuertes entre partido y sindicato. En algunas zonas puede darse una identificación muy estrecha entre partido y sindicato, como en el pueblo minero de Lota, donde tanto el sindicato como el municipio están en manos de miembros del partido comunista y donde las presiones sociales para simpatizar con el partido deben ser muy fuertes. Pero ésta no es la situación normal; ya no lo es tanto como antes en las zonas cupríferas, en donde hay mayor competencia entre los partidos y menos aislamiento del sistema político y social general. Este compromiso o identificación no significa que los dirigentes sindicales comunistas y socialistas sean exclusivamente agentes del partido que busquen promover los intereses del partido dentro de los sindicatos por todos los medios posibles. Con demasiada frecuencia para el gusto de los dirigentes del partido, los dirigentes sindicales tienden a dar mayor importancia al sindicato que al partido, y actúan dentro del partido como agentes que defienden los intereses de su sindicato. Sea el sindicato o sea el partido el que inspire un mayor compromiso moral al dirigente sindical, se intenta reconciliar los objetivos de ambos —por lo general tratando de interpretar la política del

partido de tal manera que armonice con la política del sindicato. El significado y los límites de esta clase de identificación con el partido se discutirán más extensamente en el capítulo 9 —el punto esencial es que ser dirigente sindical y ser miembro de uno de los partidos marxistas se ve como dos facetas complementarias de la misma tradición y del mismo sistema de creencias, y como normales y usuales por la mayoría de los dirigentes sindicales radicales, de manera análoga a como ven los dirigentes sindicales ingleses su membresía en el Partido Laboral. Es la carencia de otro tipo de ventajas ligadas al cargo sindical —más dinero, poder, prestigio, excepto en contados casos— la que acentúa a los ojos de los dirigentes sindicales la unidad entre actividad política y actividad sindical.

Dirigentes sindicales políticamente comprometidos, y bases que aceptan semejante compromiso, son el fundamento obvio de la estrecha relación entre partido y sindicato. También hay otros factores más prácticos que ayudan a explicar por qué los sindicatos aprecian la conexión y, específicamente, la ayuda que los partidos pueden ofrecer a los sindicatos.

Dado el papel omnipresente de la ley en el sistema chileno de relaciones industriales, el abogado tiene una gran importancia. Pocos sindicatos pueden darse el lujo de mantener abogados permanentes o pagar los honorarios de asesores legales. En este punto los partidos desempeñan un papel importante, ya que proveen abogados, que con frecuencia son miembros del partido, para que asesoren o actúen como agentes del sindicato en disputas con el gobierno o con los patronos.

La mediación a nivel político es otra de las necesidades recurrentes de los sindicatos chilenos. Debido a que tanto de lo que sucede en la zona de los conflictos industriales es de naturaleza legal o política, el miembro del parlamento tiene un papel importante que desempeñar para apoyar o ayudar a los sindicatos en conflicto.¹⁵ El partido socialista insistió alguna vez en que todos los diputados y senadores deberían encargarse de los asuntos de algún sector sindical.¹⁶ Es frecuente que los sindicatos requieran de la ayuda de los parlamentarios para promover leyes que les sean favorables, tales como condiciones especiales de seguro social, o cambio de categoría de obrero a empleado. Además, desde que la política de ingresos ha cobrado tanta importancia en la planeación económica, necesitan mediadores a nivel de gabinete y de departamento. Los parlamentarios que conocen íntimamente los vericuetos de la compleja estructura administrativa chilena y que sean lo suficientemente sofisticados

¹⁵ Véase por ejemplo, los detalles de la ayuda brindada y frecuentes contactos del partido socialista con los obreros del cobre durante su huelga de 1967 (Rodríguez, 1966, pp. 35-37): "El camarada Tomás Chadwick [un senador] ha mostrado especial dedicación presentándose en los centros mineros y asumiendo la defensa judicial de los numerosos prisioneros ante la Corte de Apelación en La Serena."

¹⁶ "Conclusiones de la conferencia de parlamentarios socialistas", *Arauco*, junio de 1961, p. 40.

para no temer enfrentarla, se convierten una vez más en aliados indispensables de los sindicatos. Este era indudablemente el caso durante las administraciones anteriores a Allende, e incluso bajo el nuevo gobierno es probable que continúe esta relación.

En Chile los sindicatos suelen ser pobres. Sus ingresos apenas bastan para cubrir los costos de los fondos de resistencia para contratación colectiva o huelgas, y por supuesto no se puede soñar en lujos tales como gastos de viaje, etcétera, para los delegados, por ejemplo los que se envían a los congresos de la CUT. Es indudable que los partidos ayudan a subvencionar las actividades más obviamente políticas y pueden ayudar a los sindicatos a pagar también sus actividades industriales. Se acepta generalmente que el partido comunista pague los gastos de algunos delegados sindicales a la CUT (así como los demócrata-cristianos). Esta situación es el reverso de la que se daba inmediatamente después de la segunda guerra mundial, cuando un partido empobrecido recurría a los sindicatos para que le ayudaran en sus gastos.¹⁷ La pobreza del partido socialista probablemente impide que ayude de esta manera a sus miembros, pero seguramente cuando está en condiciones y se presenta la oportunidad, subvenciona las actividades sindicales.¹⁸

Los periódicos y los panfletos de los partidos son importantes medios de comunicación para los sindicatos. Hay pocos periódicos sindicales en Chile; descontando las publicaciones más bien técnicas de las grandes federaciones, se publica muy poco. Ni siquiera la CUT tiene publicaciones regulares, y esto, según los socialistas, se debe a que los comunistas no quieren rivales para su propia prensa oficial.¹⁹ No hay ningún periódico sindical cuya circulación pueda remotamente compararse con la de los periódicos comunistas y socialistas. Las ligas entre sindicato y partido, son, obviamente, subrayadas en estos periódicos, y este tipo de publicidad

¹⁷ Alexander pretende que los dirigentes sindicales comunistas pidieron una colaboración especial a los trabajadores de la mina de cobre de Chuquicamata, con el fin supuesto de construir un salón para el sindicato, pero en realidad para financiar la organización del partido en apoyo de la campaña presidencial de González Videla ("The Industrial Labor Leader", en W. Form y A. Blum, *Industrial Relations and Social Change in Latin America*, Florida, 1965, p. 81).

¹⁸ "Nosotros [el partido] tuvimos que financiar el tercer congreso nacional de la CTCh, organizar muchos consejos provinciales, entrenar dirigentes..." (Ampuero, *En defensa del partido*). Alexander (p. 80) pretende que el salario que recibía Ibáñez como diputado no sólo volvía innecesario que el partido le pagara un salario en su calidad de secretario general, sino que además le hubiera permitido ayudar al partido económicamente. El partido socialista se lamentaba en 1943 de que debido a que sus fondos se habían reducido drásticamente —porque muchos miembros del partido que ocupaban puestos políticos y administrativos dejaban de pagar sus cuotas— no podrían ayudar económicamente a los dirigentes sindicales, como lo hacían antes (*Una etapa*, pp. 22-28).

¹⁹ A. Rodríguez, *Forjando la unidad popular* (informe al congreso general del PSP, 1956), p. 30.

fortalece la identificación de los trabajadores sindicalizados con sus partidos.

1. El partido socialista

Los estatutos formales del partido hacen referencia varias veces al papel de los sindicatos y de los obreros sindicalizados.²⁰ Es deber del militante socialista tomar parte activa en su sindicato, o presionar para que se forme un sindicato si éste no existe. La organización básica del partido es el núcleo de 5-15 miembros y, como en el caso de la célula comunista, se puede organizar por barrio o por empresa. Este núcleo controla las actividades de las bases, "mantiene la disciplina revolucionaria", y "ejerce fraternal vigilancia sobre la conducta privada de sus miembros"; para cumplir con estos objetivos se reúne cuando menos una vez por semana. El cuerpo ejecutivo del partido entre congreso y congreso (estos tienen lugar cada dos años) es el comité central, cuyos trece miembros son elegidos en el congreso del partido. Aunque la cabeza de la brigada parlamentaria, de la federación juvenil y de la federación femenina son automáticamente miembros de ese comité central, no lo es el secretario nacional del departamento sindical del partido, aunque normalmente es uno de los trece miembros elegidos.²¹ En cualquier caso, es el comité central el que escoge formalmente al secretario en cuestión. Entre los poderes del comité se cuentan el entrar en pactos y alianzas o colaborar con otros partidos en cuestiones políticas, parlamentarias, electorales y/o sindicales, "en conformidad con la línea política dominante del partido".²²

El departamento sindical, creado en el cuarto congreso que tuvo lugar en 1957, tiene poderes para guiar, dirigir, y controlar la actividad de los miembros del partido dentro de los sindicatos. Estas funciones las lleva a cabo mediante brigadas sindicales organizadas dentro del lugar de trabajo. Solamente el comité central puede autorizar la creación de brigadas

²⁰ *Estatuto del partido socialista* (1962). Hay referencias a este asunto en las siguientes páginas: 6, 11, 22, 24, 33, 35-36, 39, 41.

²¹ Así al comité central elegido por los 235 delegados que asistieron al congreso de 1965, fue incorporado en decimoprimer lugar el entonces presidente de la CUT, Óscar Núñez, que había sido elegido como miembro del comité central en 1961, en su calidad de jefe del departamento sindical, y como decimosegundo miembro se eligió en el mismo congreso de 1965 a Waldo Iriate, dirigente sindical ferrocarrilero, que era entonces jefe del departamento sindical. En decimoquinto lugar (y por lo tanto sin derecho a voto) se eligió al secretario general de la FONACC, Armando Aguirre (Jobet, *Socialismo*, p. 118). En el congreso de 1967 fueron elegidos el nuevo jefe del departamento sindical, Armando Aguirre, y el dirigente sindical campesino socialista más importante: Rolando Calderón (*Punto Final*, 5 de diciembre de 1967, p. 46). Si el jefe del departamento sindical no fuera elegido por el congreso para ocupar un puesto en el comité central, tendría de todas maneras derecho de asistir a sus reuniones, con voz, pero sin voto (*Estatutos*, p. 24).

²² *Estatutos*, p. 24. Se supone que el congreso del partido también debe discutir y resolver cuestiones sindicales y de organización.

nacionales. El departamento sindical puede proponer al comité la sustitución de cualquier dirigente de cualquier brigada nacional que no desempeñe correctamente el papel que se le ha asignado.

Los estatutos del partido no dejan de ser ambiguos —la realidad no corresponde a los estatutos—, pero este lineamiento formal sí indica la teoría del partido respecto a su relación con los sindicatos. El cuerpo de mayor autoridad es obviamente el comité central, y éste mantiene una relación de centralismo democrático con el departamento sindical análoga a la que mantiene el ejecutivo de este departamento respecto a sus afiliados regionales y en distintos sectores económicos. Es, pues, bastante frecuente que el partido ordene a sus dirigentes sindicales que se cercioren de que sus sindicatos paguen sus cuotas a la CUT, o que las secciones regionales y los miembros parlamentarios locales tomen un censo de las fuerzas socialistas entre los sindicatos y se aseguren de que las ramas locales del departamento sindical estén funcionando plenamente; o que exija a todos los dirigentes sindicales, cuando ocupan cargos para los cuales fueron elegidos, que firmen una carta de renuncia sin fecha para que la use el departamento sindical nacional en caso necesario.²³ (No hay, sin embargo, ninguna prueba de que se llevara al cabo algún censo, ni de que los dirigentes elegidos hubieran enviado dichas cartas.)

Toda la estructura del partido separa el trabajo ideológico y político de las organizaciones de "masas" (que ocupan una posición subordinada): el departamento juvenil, la organización femenina, el departamento sindical, el departamento campesino y el departamento de pobladores (habitantes de "ciudades perdidas", las así llamadas marginales). Esto da la impresión de que la línea política e ideológica del partido, obra en gran medida de políticos o ideólogos, tiene la primacía, y que a ella se sujetan, dedicándose a aplicarla, los movimientos auxiliares de masas. Un ex-miembro del comité central sostenía que esta situación había resultado en el desarrollo de tres tipos claramente distinguibles de miembros del partido: el teórico intelectual, el político práctico y el dirigente sindical, y proponía la reorganización del partido para que los papeles ideológicos y políticos quedaran al mismo nivel que las actividades de masas, de tal manera que la línea del partido surgiera y se desarrollara gracias a su interacción.²⁴ La solución que generalmente se da a este tipo de defectos

²³ "Resoluciones del 21º congreso general ordinario del PS", *Arauco*, julio de 1965, pp. 29-30.

²⁴ M. Garay, *La crisis política y el PSP*, 1969, p. 21. (Garay escribió esto cuando pertenecía al grupo separatista encabezado por Ampuero, o sea la Unión Socialista Popular.) En 1961 el congreso del partido había resuelto que "nuestros dirigentes sindicales deben entender que la aplicación de la línea política del partido tiene la prioridad". En opinión del congreso el divorcio entre el ala política y el ala sindical del partido se debía sobre todo a la falta de entrenamiento doctrinario de la gran mayoría de los miembros ("Tesis sobre política sindical aprobada por el 19º congreso del PS", *Arauco*, diciembre de 1961, p. 7).

es pedir una nueva formulación de la ideología y un mayor esfuerzo para difundirla entre los obreros y persuadirlos de que es esencialmente correcta.²⁵ Este hincapié democrático-centralista en el papel crucial de la organización jerárquica que decide la política a seguir, mientras que la masa de los miembros debe de aceptarlos, tiende a excluir la posibilidad de que se considere reorganizar el partido de tal manera que se dé mayor peso al punto de vista de los trabajadores sindicalizados, o a cambiar la relación de autoridad entre partido y sindicato.

Apenas si resulta sorprendente que los grupos sindicales no logren satisfacer los requerimientos de los dirigentes políticos respecto a la politización de los obreros y su conversión al punto de vista revolucionario de los ideólogos del partido, aunque si se piensa en el apoyo que han logrado para el partido socialista dentro de los sindicatos, su éxito no es tan despreciable. Posiblemente sea cierto que las brigadas sindicales socialistas limiten sus esfuerzos en la práctica a la elección del mayor número posible de sus miembros para ocupar cargos sindicales, y que al hacerlo no actúan de tal manera que logren crear una solidaridad de clase ni aprovechen la lucha sindical para aumentar la conciencia política de los trabajadores, como dice el comité central al quejarse de ellos. Incluso puede ser cierto que con demasiada frecuencia el deseo de ocupar cargos dirigentes se inspira en ambiciones personales y no en un auténtico espíritu revolucionario (otra queja del comité central).²⁶ Pero en el caso de una brigada socialista que cuenta con pocos activistas de tiempo completo y muy poco dinero, preparación ideológica o tiempo, las elecciones para dirección del sindicato son una situación concreta en la cual se puede medir el éxito; la conciencia de clase es una meta menos tangible, y no resulta obvio que ambas metas sean contradictorias; por lo contrario, parecen más bien complementarias.

Las brigadas sindicales socialistas son en general poco vigorosas. Fuera del caso de unas cuantas grandes federaciones en donde los socialistas son tradicionalmente fuertes, como la de los trabajadores del cobre y los ferrocarrileros (y en donde, en cierto sentido, hay menor necesidad de brigadas fuertes, porque el partido ya cuenta con amplio apoyo), las brigadas son por lo general débiles e inactivas excepto durante las elecciones sindicales y nacionales. Por este motivo Ampuero comentaba que las brigadas no supervisaban y controlaban a "nuestros camaradas que ocupan importantes cargos sindicales" y que por lo tanto el mal manejo o uso indebido de los fondos sindicales "se ha estimado que es responsabilidad del partido, y no sólo de miembros individuales del mismo".²⁷ Agregó que debido a la deficiente coordinación, muchos socialistas pensaban que la actividad sindical y la política eran dos mundos diferentes, e in-

cluso que se proponían metas diferentes; y criticó la notoria apatía de los socialistas dedicados a tareas sindicales respecto a la creación de núcleos combativos.²⁸

La estructura del departamento sindical no ha cambiado mucho.²⁹ El departamento sigue componiéndose de un representante por cada sindicato o federación grande, con un total, a fines de los sesentas, de veintiséis miembros. Este grupo se reúne mensualmente, pero grupos más pequeños se reúnen quincenal o semanalmente. El puesto más importante es el de secretario, y además de ser miembro del comité central, participa en las reuniones pertinentes de la comisión política, que es el grupo más poderoso dentro del partido. El secretario no recibe ningún salario ni remuneración, y en este sentido no se le puede considerar como burócrata del partido. De hecho, resulta muy claro que dispone de muy poco tiempo para cumplir con las mínimas funciones que le corresponden (especialmente si se toma en cuenta que ocupa, por lo general, algún puesto dentro de su sindicato). La mayor parte de su tiempo, y del de los miembros ejecutivos del departamento, se invierte en la consideración de asuntos económicos y sociales de importancia para los sindicatos; las cuestiones directamente políticas sólo cobran importancia en época de elecciones nacionales. El departamento ayuda a los sindicatos que están en huelga con asesoramiento táctico y legal, pero no tiene fondos con que apoyarlos. Sus miembros casi nunca ocupan escaños en el Congreso, pero se dice que los lazos entre el grupo parlamentario y el sindical son muy fuertes.

¿Cuál es la verdadera importancia del departamento sindical? La respuesta que generalmente dan sus miembros es una referencia a su papel en el desarrollo de una conciencia de clase, pero la manera en que el departamento cumple con esta función, o su efectividad, permanece en tinieblas. Representa el punto de vista de los sindicatos dentro del partido, siendo su vocero principal el secretario del departamento. Cuando se le entrevistó el secretario mismo expresó la opinión de que el departamento tiene bastante influencia en el partido, y sin duda mucho más que los otros departamentos comparables (el de pobladores o el de campesinos). Pero el veredicto más general es que su papel es relativamente poco importante en cuanto a la planeación de la política y las tácticas del partido.³⁰ Un senador socialista lo describió como "no tanto un departamento que planea la política como un departamento que existe para aplicar la política del partido. Está, esencialmente, bajo el control de la

²⁸ Ibid., p. 32.

²⁹ La descripción del departamento sindical y de sus actividades se basa en gran medida en una entrevista con el secretario sindical nacional, en abril de 1967. La persona que ocupaba ese cargo era también presidente de la FOF de los ferrocarrileros, o sea la sección obrera de la FIFCh; lo sucedió en el cargo otro dirigente ferrocarrilero.

³⁰ Así el presidente de la FIFCh me lo describió como "bastante marginal" en una entrevista (abril de 1967).

²⁵ Tesis, Arauco, p. 9.

²⁶ PS, Tesis, p. 22.

²⁷ Ampuero "1964, año de prueba", Arauco, febrero de 1964.

comisión política".³¹ La importancia política del departamento depende naturalmente de las circunstancias del momento. En un periodo de luchas internas puede desempeñar un papel importante, como en el periodo de 1945 a 1948, durante el cual los políticos luchaban por controlarlo.

El departamento sindical toma un interés activo en la selección de candidatos para ocupar puestos directivos en los sindicatos. Según su secretario, desempeña un papel muy activo en la selección de candidatos en algunos sindicatos. En la FOF, cuyo presidente fue en 1967 el actual secretario del departamento sindical del partido socialista, la delegación socialista al congreso de la FOF envía una larga lista de candidatos al departamento sindical y al comité central para su aprobación y para que se haga una selección definitiva. El departamento sindical desempeña un papel semejante en la selección de la lista de candidatos que propone el partido para ocupar puestos directivos en la CUT, aunque, dada la importancia de ciertas personas y ciertos sindicatos, la selección es casi automática. Se supone que el departamento debe desempeñar un papel similar en la selección y aprobación de candidatos a nivel local y regional, pero fuera de Santiago el departamento sindical local o regional es frecuentemente teórico. En la práctica, parece que la mayoría de las brigadas socialistas dentro de los sindicatos gozan de una gran libertad y que apenas se puede decir que sean controladas o supervisadas.

El papel del departamento sindical en la selección de candidatos para la FOF puede ser muy bien la excepción y no la regla y deberse a que el secretario del departamento sindical fue alguna vez presidente de la FOF. En la FONACC, por ejemplo, donde predominan los socialistas, el grupo socialista no consulta al departamento sindical respecto a la selección de candidatos. Por otra parte, en la CTC el partido sí desempeña un papel importante en la evaluación de candidatos y asesoría respecto a su selección, pero en vista de la capital importancia de los trabajadores del cobre, parece que esta asesoría la ejercen directamente miembros de la comisión política y no el departamento sindical.³²

Resumiendo el papel del departamento sindical en el partido socialista, diríamos que no todas las relaciones entre partido y sindicato se canalizan a través del departamento sindical. Que parece tener una influencia muy limitada en la política del partido y que, dado su reducido tamaño y su falta de fondos, no es probable que ejerza una gran influencia sobre los sindicatos, especialmente en lo que concierne a su política económica. Pero sí funciona como medio de información, de asistencia, de persuasión; sí representa el punto de vista de los sindicatos dentro del

³¹ Entrevista con el senador Tomás Chadwick, abril de 1967.

³² Entrevista con el presidente de la CTC, mayo de 1967. El grupo socialista de la CTC sí reconocía el papel del departamento sindical consistente en ayudar a entrenar y educar a los dirigentes sindicales y actuar como coordinador entre sindicato y partido.

partido; y es importante en su papel de transmisor del mensaje del partido a los sindicatos. El veredicto de Oscar Waiss, expulsado del partido por trotskismo, era que el departamento "no unifica, ni coordina, ni dirige, ni siquiera influye".³³ Este juicio es demasiado severo. Waiss estaba pensando en términos de su éxito en el desarrollo de una conciencia revolucionaria entre los trabajadores, y a este nivel es más fácil señalar sus defectos que sus éxitos, pero tiene un papel más importante respecto al compromiso de los trabajadores con el partido y la obtención de apoyo para el partido dentro de los sindicatos.

2. El partido comunista

Oficialmente no hay en el partido comunista ningún departamento sindical semejante al del partido socialista; aquí se supone que la unidad de la acción política y la sindical vuelve innecesaria la creación de un departamento independiente que trate de los asuntos sindicales,³⁴ aunque en la práctica un miembro del secretariado está a cargo de los asuntos sindicales y encabeza una comisión sindical. Como en el partido socialista, es un deber de los miembros del partido el tomar parte activa en los asuntos de su sindicato, o trabajar para que se forme un sindicato cuando éste no existe. El órgano básico del partido es la célula y se organiza en el lugar de trabajo, así como en el seno de la comunidad.³⁵

Entre congreso y congreso, el cuerpo ejecutivo es el comité central, elegido por el congreso nacional que se reúne cada cuatro años. Este comité organiza y controla a las distintas comisiones y órganos auxiliares, dirige la labor política del partido y también la de sus miembros parlamentarios. El comité central elige a un secretariado que supervisa la realización de sus decisiones, y a la pequeña y poderosa comisión política. El secretariado es el organismo más pequeño del partido, y el secretario general del partido lo encabeza, así como a la comisión política. Uno de los seis miembros del secretariado es el encargado nacional sindical (representante o gerente sindical nacional), quien encabeza una comisión sindical nacional de nueve miembros, la mayoría de ellos miembros o dirigentes de sindicatos, designados por la comisión política. Esta comisión aconseja al comité central respecto a los asuntos sindicales y se supone también que debe controlar, dirigir y planear el trabajo de los equipos coordinadores. Estos equipos, que agrupan a las células de las fábricas, están organizados verticalmente hasta el nivel de federación, sindicato nacional

³³ *Socialismo sin gerentes*, 1961.

³⁴ PCCh, *Estatutos* (1965).

³⁵ Las referencias a las cuestiones sindicales se encuentran en las páginas 16, 25, 36 y 44. Cada célula tiene cinco miembros o más y los dirigentes son elegidos anualmente. Las distintas células se enlazan mediante un equipo coordinador. Los dirigentes de las células deben encargarse de que todos los miembros del partido asistan regularmente y cumplan con sus deberes activamente.

y CUT, y son nombrados por su comité directivo superior inmediato. En el caso de la CUT el equipo coordinador es la comisión sindical nacional misma. El equipo de la CUT es el principal dentro del movimiento sindical comunista; toma decisiones sobre muchos asuntos que conciernen a las normas a seguir y las transmite a los otros equipos.³⁶

El verdadero funcionamiento del partido no se conforma exactamente a los lineamientos esbozados por los estatutos del partido. Año tras año los dirigentes comunistas insisten en la necesidad de formar células en las fábricas antes que en las comunidades, con lo cual siguen la teoría correcta respecto a métodos de agitación; con la misma regularidad se lamentan de que no pueden aplicar esta norma. En el congreso del partido de 1962 Astudillo estimó que solamente el 30% de las células del partido estaban organizadas dentro de las fábricas. Su explicación era que la organización de células en la comunidad era una manera fácil de cumplir con este deber, y que el mensaje ideológico a los militantes del partido había sido defectuoso y había llevado a una subestimación de la importancia del proletariado como motor de la revolución.³⁷

No es únicamente a nivel de células que fracasa la organización del partido respecto al cumplimiento de sus metas. La mayoría de los comités regionales y locales no tienen comisiones sindicales. Les dejan el trabajo dentro de los sindicatos a los "camaradas de buena voluntad", que quizás no sean los más capaces y que no están sujetos a la disciplina del partido.³⁸ El secretario sindical del partido se quejó en 1961 de que incluso la comisión sindical nacional había trabajado sin coordinación ni verdadero esfuerzo y entusiasmo. Muchas de estas sucesivas declaraciones de fracaso pueden deberse simplemente a la inclinación a la autocrítica de los comunistas, que tiene por objeto estimular esfuerzos aún mayores. Pero cualquier examen de la organización comunista dentro de los sindicatos, aunque confirma que es más eficiente y disciplinada que la socialista, también revela debilidades locales y regionales. Un remedio que se ha propuesto de tiempo en tiempo es la creación de una escuela de entrenamiento para los dirigentes sindicales locales, basándose en que si un puñado siquiera de dirigentes locales pudiera aprender a percibir sus

³⁶ Esta información proviene parcialmente de una investigación realizada por estudiantes: P. Ricci y otros, *Movimiento sindical del partido comunista*, diciembre de 1964 (que me prestó muy amablemente el profesor E. Morgado).

³⁷ *Fortalecer la lucha y la organización de la clase obrera* (informe al duodécimo congreso del partido comunista, 1962, Santiago), p. 18. O. Millas decía que incluso en las pocas células que existían dentro de las fábricas, pertenecer a ellas era en la práctica una mera formalidad, que no daba por resultado ninguna actividad real. (Pleno de abril de 1965, p. 54). Veinticinco años antes Galo González decía lo mismo, y agregaba que aun en las células existentes se discutía poco más que asuntos sindicales rutinarios, de tal manera que las células eran superfluas y muchas veces dejaban de existir (*Por el fortalecimiento del partido* [19ª sesión plenaria del comité central, octubre de 1940, Santiago], p. 18).

³⁸ Astudillo, *Fortalecer la lucha*, p. 23.

deberes ideológicos, la organización se transformaría.³⁹ Esto es dudoso, y nunca se ha comprobado en la práctica, ya que las escuelas de este tipo que se han fundado han tenido una vida efímera y se han compuesto sobre todo de trabajadores sindicales provenientes de la región de Santiago; esto se debe a que incluso el partido comunista encuentra muchas dificultades para apartar a los dirigentes locales ya sobrecargados de trabajo de sus tareas, para compensarlos económicamente por los salarios perdidos, y para obtener el permiso de los patrones, todo lo cual ha presentado un obstáculo serio.

La necesidad de elevar el nivel ideológico no la proclaman simples voceros del partido carentes de experiencia. Luis Figueroa, el presidente de la CUT, que ha tomado parte muy activa en los asuntos sindicales durante muchos años, ha escrito que

la tendencia al aislacionismo, a vivir por el sindicato, desconectado del resto del movimiento sindical o de la lucha de la clase obrera, tiene sus orígenes en la falta de politización de los dirigentes y en su bajo nivel ideológico.⁴⁰

Para superar esta debilidad, o cuando menos superar las consecuencias que se le atribuyen, el partido trata de ejercer un estrecho control sobre sus dirigentes. Casi todos los dirigentes sindicales comunistas tienen también cargos dentro del partido, para ayudar al partido a supervisarlos y comunicar al partido el punto de vista de los sindicatos. Según la teoría del partido esta situación también resulta útil si se vuelve necesario presionar al gobierno para ayudar a algún sindicato en particular. En tal caso se puede presionar por medio del partido, lo cual resulta frecuentemente más efectivo y también evita las posibles divisiones dentro del movimiento sindical, ya que los dirigentes sindicales no tienen que tomar posiciones en contra del gobierno, sino que pueden dejar esta responsabilidad al partido. Durante la administración de Frei esto se hizo con la intención de ayudar a evitar enfrentamientos con los dirigentes sindicales demócrata-cristianos que hubieran podido resentir los ataques al gobierno.

El partido comunista desempeña un papel más activo que el socialista en la supervisión de la selección de candidatos para puestos sindicales.⁴¹ Cuenta con más fondos y con más burócratas que el socialista. De esta manera, aunque sus objetivos y tácticas en el terreno sindical no difieren

³⁹ Araya, *Unidad sindical*, p. 37.

⁴⁰ "La clase obrera y la elección presidencial", *Principios*, enero-febrero de 1964, pp. 96-97.

⁴¹ Entrevista con el secretario general de la FIFCh (Santiago, abril de 1967). En ese tiempo el secretario general era un comunista, miembro de la comisión sindical nacional y del comité ejecutivo de la CUT (entrevista con dos miembros comunistas del comité ejecutivo del Sindicato Industrial de Obreros, Lota, mayo de 1967).

necesariamente de los socialistas, pueden funcionar mucho mejor; por ejemplo, al ayudar más efectivamente a sus candidatos en las campañas electorales, o al proveer más fondos para gastos de viaje de los delegados a las conferencias. El número de delegados comunistas a los congresos de la CUT refleja su verdadera fuerza dentro de los sindicatos mejor que el de los socialistas, y esto se debe a que los comunistas disponen de más fondos y de un mejor aparato burocrático.

Los comunistas tienen dos problemas principales en sus relaciones con los sindicatos. El primer problema es la organización relativamente débil del partido fuera de la CUT, y esto a casi todos los niveles, pero especialmente a nivel local y regional. El partido se propone remediar esta falla aumentando sus esfuerzos propagandísticos, pero es difícil creer que un partido que ha sido activo en los sindicatos durante casi medio siglo, y que en años recientes ha tenido entera libertad para propagar sus ideas y produce publicaciones diarias, semanales y mensuales, pueda esperar que se extienda su influencia mediante un súbito renacimiento de interés en su ideología. Los comunistas son débiles en los sindicatos locales, porque los sindicatos locales son débiles, y porque sus dirigentes son débiles e inestables. Explicarse el fracaso como debido a la falta de comprensión de su ideología es, quizás, inevitable, en un partido que proclama el esencial acierto y validez de su ideología. Esta explicación tiene además el mérito de librar de culpa al comité ejecutivo nacional, desviándola hacia los dirigentes locales. Pero podría dudarse que tales disculpas fueran realmente necesarias. No cabe duda de que los comunistas constituyen el grupo más poderoso dentro de los sindicatos, de que cuentan con la lealtad de un número considerable de dirigentes sindicales fuertes y entregados en cuerpo y alma a sus tareas, y de que ayudan a obtener un gran número de votos para el partido cuando hay elecciones. A otro nivel, están insatisfechos por su incapacidad para monopolizar el compromiso político del movimiento sindical o de apartar a los obreros de las falsas doctrinas demócrata-cristianas y —aunque en este momento no lo admitirían abiertamente— del abrazo socialista.

El segundo problema de importancia es el conflicto existente entre el deseo de dejar alguna autonomía al ramo sindical y la necesidad de controlarlo. Según la teoría comunista, sindicato y partido sirven a fines distintos, aunque relacionados. Si se identifican demasiado estrechamente, entonces ambos sufren, como en los últimos años de la FOCh. Los comunistas quieren que el movimiento sindical sea un movimiento masivo de obreros sindicalizados de todas las tendencias políticas; no se le debe ver como un simple apéndice del partido. Los dirigentes sindicales comunistas deben responder por tanto a los sentimientos de la masa de obreros sindicalizados. Pero, ¿qué sucede cuando éstos no coinciden con lo exigido por la línea del partido? Está muy bien que el partido le diga al dirigente sindical que debe convencer a las masas del punto de vista

del partido. En la práctica esto resulta extremadamente difícil, sobre todo cuando hay varios partidos que compiten por la lealtad de los obreros. El dirigente sindical comunista puede descubrir que se le está jalando en dos direcciones, que los mandatos del partido pueden estar en conflicto con lo que él ve que necesita su sindicato; y es muy posible que las necesidades de su sindicato le parezcan más urgentes, más específicas y de mayor importancia, cuando menos a corto plazo, que las del partido. En este caso lo más probable es que actúe más bien para el sindicato que para el partido, no porque su nivel ideológico sea bajo, sino porque se ve presionado por la situación a lograr fines sindicales de tipo "económico", más bien que fines ideológicos. Pero las presiones contradictorias de este tipo son comunes a todos los dirigentes sindicales que son miembros de un partido y, juzgados comparativamente, el partido comunista y sus dirigentes sindicales parecen conciliarlas con notable éxito. En el partido comunista los dirigentes sindicales no han desempeñado casi el papel separatista que han desempeñado los socialistas en las divisiones de su partido. Los dirigentes sindicales comunistas no han desempeñado un papel importante en las desviaciones izquierdistas o en las tácticas divisorias en general. No causan problemas al partido oponiéndose a su línea política; y si llegan a causárselos, debido a la atención preferente que dan a los problemas más urgentes de sus sindicatos, se podría sostener que esto refleja la falta de realismo de las exigencias del partido, más que la deslealtad o incapacidad de los dirigentes sindicales.

PARTIDOS Y SINDICATOS

Sería muy extraño que partidos que se ven a sí mismos como la vanguardia de la clase obrera no hicieran todos los esfuerzos posibles por mantener ligas estrechas con esa clase. Pero además de los imperativos ideológicos y clasistas, hay otros motivos, quizás más prácticos, que explican estos lazos y aclaran su naturaleza. En realidad, se ha argumentado que los lazos que existen se oponen al imperativo ideológico de crear una conciencia de clase revolucionaria, y favorecen en cambio la constitución de un sector privilegiado, aunque leal, de la clase obrera. Petras, por ejemplo, argumenta que los partidos marxistas

han renunciado a su papel de voceros de la clase obrera en general. ... En su papel de defensora de los obreros industriales sindicalizados, la izquierda ha elevado el nivel de vida de ese grupo, ha conservado su base electoral y su acceso a los puestos, y ha ampliado la distancia que separa a los distintos estratos de la clase obrera.

El resultado ha sido que el

único medio disponible para la acción política ha sido la huelga ge-

neral ocasional, la dudosa proposición de votar cada seis años, y la periódica batalla callejera con la policía.⁴²

Este punto de vista estaría de acuerdo con el argumento de que ambos partidos marxistas son predominantemente electorales y parlamentarios, que el poder está concentrado en manos de una directiva dentro de la cual pesan mucho los parlamentarios, y que los sindicatos desempeñan un papel subordinado aunque indispensable dentro del partido. Más aún, ese papel es valorado por el partido sobre todo respecto a las ventajas electorales que pueden aportar los sindicatos.

Es en las contiendas electorales cuando los dirigentes sindicales intentan obtener apoyo para los candidatos de su partido, hablando, por ejemplo, en su favor durante la campaña (aunque estos discursos los tienen que hacer como individuos y no como voceros de sus sindicatos: medio de satisfacer las exigencias de la ley que no engaña a nadie). Los dirigentes sindicales también pueden formar organizaciones dentro de sus establecimientos que trabajen para los candidatos de su partido; los comunistas y los socialistas colaboraron en los comités de apoyo a Allende que se establecieron en 1964, y otra vez hicieron lo mismo en 1970, con objeto de ganar obreros para su causa. En teoría estos comités son independientes de la organización sindical, pero en la práctica se observa cuando menos que algunas personas ocupan puestos en ambos. Se ve, pues, que los sindicatos pueden proveer algún tipo de organización que puede ser puesta al servicio de los candidatos cuando se acercan las elecciones. En la campaña electoral de 1964 se vio un caso que puede servir de ejemplo en el comité electoral formado por los trabajadores petroleros estatales. Además de las actividades electorales acostumbradas, el comité produjo una serie de estudios técnicos de la industria que luego discutieron con Allende, anunciando públicamente que habían llegado a un acuerdo respecto a una serie de medidas que favorecerían los intereses de la industria y de la nación.⁴³ El partido comunista insiste en que estos comités electorales no deberían coincidir con las juntas directivas sindicales; no deberían comprometer al sindicato como tal en favor de un candidato en particular. Por otra parte, Figueroa, principal vocero del partido comunista para asuntos sindicales, aconsejó que, además de cumplir con actividades de propaganda, de registro de electores no inscritos en las listas oficiales, etcétera, deberían encabezar las luchas sindicales para lograr mejoras (combates reivindicativos).⁴⁴ Es difícil ver cómo podrían hacer esto sin actuar como dirigentes sindicales, o sustituirlos en sus funciones. La ley prohíbe que los sindicatos se dediquen a actividades políticas; la creación

⁴² Petras, *Politics & Social Forces*, pp. 163-64. Después de la victoria electoral de 1970, parecería que el voto no es, después de todo, una proposición tan dudosa.

⁴³ Astudillo, *Más lucha popular*, p. 28.

⁴⁴ *Principios*, enero-febrero de 1964, p. 92.

de los comités electorales es una manera de obviar este obstáculo y de tomar parte en los enfrentamientos entre partidos dentro del sindicato, sin dividir a su comité ejecutivo oficial. Estos comités electorales son muy numerosos y muy activos, sobre todo durante las campañas presidenciales.

Los sindicatos también son importantes para los partidos por su papel de socialización general. Este es un fenómeno universal; es más probable que los miembros de la clase obrera que están sindicalizados apoyen a los partidos obreros, que los trabajadores no sindicalizados. Sobre todo en un sitio como Lota, por ejemplo, la costumbre y la presión social deben ser fuerzas formidables que trabajan en favor del partido comunista.⁴⁵ Los sindicatos son agencias de comunicación de bastante importancia en Chile, y aunque su mensaje suele ser confuso, en esencia tiende a despertar en sus miembros una conciencia de clase y de las consecuencias políticas que de ella resultan. Esto sería mucho más fácil si hubiera un solo partido y no varios; pero incluso la presión de varios partidos hace ver al trabajador la importancia de las cuestiones políticas, aunque no le dé una idea muy clara de cuál es el partido que tiene la razón. Este asunto se tratará con mayor amplitud en el capítulo 9, pero la revisión de los resultados de las elecciones muestra que los votos obtenidos por los partidos marxistas son más numerosos allí donde son más fuertes los sindicatos —y lo son aún más en lugares donde los sindicatos tienen un lugar en el sistema de referencias sociales y no sólo un papel político; tradicionalmente estos sitios son las zonas mineras.

Mientras mayor es el número de dirigentes obreros identificados con algún partido, mayor es el prestigio del partido. El hecho da mayor cariz de verdad a sus pretensiones de hablar en nombre de la clase obrera. Las defecciones de los dirigentes sindicales prominentes y su cambio de partido son celebradas con gran publicidad por el partido acogedor, y por lo general se exagera enormemente su significación y la medida en que reflejan un cambio de la opinión general en los sindicatos. Los partidos, sobre todo los marxistas, compiten para obtener el mayor número posible de puestos en los comités ejecutivos sindicales, y aunque ambos comités directivos (comunista y socialista) critican este esfuerzo por demostrar una superioridad numérica, los puestos ocupados en la directiva del sindicato

⁴⁵ Butler y Stokes concluyeron, al estudiar la situación en Inglaterra, que en las industrias donde la sindicalización es obligatoria y hay una separación geográfica (sobre todo en el ramo de minería) el medio ambiente del obrero favorece un alto grado de activismo y el apoyo vehemente al partido laboral. Sin embargo también concluyeron que en otras partes la adhesión al partido laboral precedía generalmente al activismo sindical, sobre todo en donde no es obligatorio pertenecer a un sindicato. Encontraron muy pocas pruebas de que el ambiente del lugar de trabajo, y muchas menos de que los esfuerzos de persuasión de los sindicatos mismos, tuvieran mucha influencia en la adhesión del obrero a tal o cual partido político (D. Butler & D. Stokes, *Political Change in Britain*, Londres, 1969, p. 166).

representan para los obreros sindicalizados una señal verídica de la importancia y fuerza del partido. Esto también es cierto respecto de la mayor confederación obrera de Chile, la CUT. Las altas y bajas en la votación por las listas presentadas por los partidos en los congresos de la CUT reciben una gran publicidad. Un motivo de que los demócrata-cristianos y los radicales eviten ansiosamente su exclusión permanente del seno de la CUT —aun cuando periódicamente se ven forzados a renunciar— es que la competencia electoral dentro de la CUT sirve como una especie de prueba pública de fuerza entre los distintos partidos, y que la participación en la competencia es un indicador del derecho de cualquier partido a hablar en nombre de los trabajadores sindicalizados.

Actualmente no parece que los partidos recurran a los sindicatos para obtener fondos en cantidades importantes. Hay, indudablemente, variantes respecto a esto de una región a otra y de un sindicato a otro, pero, hablando en general, ya no se da la situación que se produjo inmediatamente después de la segunda guerra mundial, cuando el partido comunista tenía que recurrir a los fondos sindicales (dada la crítica pobreza del partido en Chile y la preocupación de la Unión Soviética con otros asuntos y otras zonas del mundo). Son pocos los sindicatos con recursos económicos dignos de tomarse en cuenta que estén bajo el control de un solo partido, de manera que los donativos a un partido en especial siempre corren peligro de ser descubiertos por otro partido, que, se puede suponer, no vacilaría en denunciarlos ante todos los miembros del sindicato y ante el inspector laboral.

Para los partidos marxistas los sindicatos desempeñan un papel político importante cuando —y esto ha sido lo más frecuente— estos partidos forman parte de la oposición. Los sindicatos pueden crear problemas al gobierno y obstaculizar su política económica, sobre todo cuando esta política se basa en la congelación de salarios. Los partidos no sólo pueden arrogarse el mérito de haber ayudado a romper la congelación, por el apoyo que dan a los sindicatos, sino que también los ayuda a mostrar hasta qué punto apoya el gobierno al capital en vez de apoyar al obrero. El constante ataque y obstaculización al gobierno en el frente económico, combinado con la invectiva política, es agua para el molino de la oposición.

Los sindicatos pueden servir también a los políticos marxistas al tratar de separar del gobierno aquellos de sus simpatizadores que pertenecen a los sindicatos; esto fue especialmente cierto durante el gobierno demócrata-cristiano, que tenía un gran apoyo popular. Los comunistas han tenido mayor éxito en esto que los socialistas, ya que continuamente estaban tratando de obtener el apoyo de los obreros sindicalizados demócrata-cristianos en contra de la política económica del gobierno. A esto se debió el gran hincapié de los comunistas en la importancia de que el movimiento sindical demócrata-cristiano reingresara a la CUT. Los comunistas están,

además, mucho más dispuestos a realizar una labor persuasiva entre los sindicalizados radicales, con objeto de asegurarse que los radicales desempeñen el papel que les ha sido asignado en la alianza política contra el gobierno y la derecha. Esta política ha tenido menos éxito debido a la tendencia más marcadamente conservadora de los sindicalizados radicales y, más especialmente, del partido radical, cuando menos durante el tiempo en que estaban en el gobierno los radicales. Cuando formaban parte de la oposición resultaba mucho más fácil ganarse el apoyo de los radicales —primero en el Frente Popular y luego en la Alianza Unidad Popular de 1970.

Cuando están en el gobierno los partidos marxistas, como durante los periodos del Frente Popular y de la Unidad Popular, entonces el apoyo sindical a los partidos se puede movilizar en favor del gobierno. Esto puede hacerse de varias maneras: amenazando con acciones masivas si la derecha provoca un golpe de Estado; manteniendo las exigencias de salarios a niveles bajos; deteniendo las huelgas; intentando aumentar la productividad. Pero aquí se encierra un peligro para los partidos. La limitación exagerada de las exigencias de los sindicatos puede resultar en una pérdida de simpatía entre los obreros sindicalizados, como fue el caso en el periodo del Frente Popular. Actualmente es probable que la lucha resulte mucho menos abierta y menos amarga pero ninguno de los partidos se complacerá en la pérdida de influencia, o en dejar pasar la oportunidad de aumentarla dentro de los sindicatos.

La acción de los sindicatos también puede servir a las metas de los partidos que atañen a la política exterior. Ambos partidos desean arrancar a Chile en la medida de lo posible de la influencia de los Estados Unidos. Más allá de este punto sus metas se separan, ya que el partido socialista sospecha de cualquier paso que parecería ligarlo a la órbita soviética, pero ambos celebraron la decisión que tomaron en 1958 varias federaciones sindicales importantes: salirse de la ICFTU, la confederación laboral internacional con base en Amsterdam que muestra una fuerte influencia norteamericana. El secretario general del partido comunista atribuyó el hecho a la labor del partido dentro de las organizaciones de masas.⁴⁶ La presencia de delegaciones fraternales venidas de muchos países comunistas en los congresos de la CUT muestran con mucha claridad que, aunque la CUT no está afiliada directamente a ninguna asociación internacional, simpatiza con la WFTU comunista. Estas simpatías encontraron expresión simbólica en el regalo de un automóvil que hizo la Unión Soviética a la CUT (el primero poseído por su comité ejecutivo).

Las ventajas que representa para los partidos su influencia en los sindicatos serían las mismas para cualquier partido, fuera éste tímidamente reformista o de extrema izquierda. Sin embargo ambos partidos —espe-

⁴⁶ L. Corvalán, "Strengthening the National Liberation Front", *World Marxist R.*, abril de 1959, p. 40.

cialmente el socialista— han criticado con frecuencia a los sindicatos por no contribuir al progreso de la revolución. No hay ninguna carencia de declaraciones teóricas respecto a lo que debería ser una política sindical revolucionaria. Waiss escribe acerca de la tradición de la huelga en el movimiento sindical y argumenta que las huelgas deberían, en un momento apropiado, propagarse como una ola e ir acompañadas por tomas de fábricas y huelgas de solidaridad nacionales y manifestaciones masivas a nivel nacional: este movimiento avanzaría entonces de la acción económica a la política y sería la versión chilena de la Sierra Maestra.⁴⁷ Es de suponerse que este tipo de acción tiene que esperar hasta que se dé el nivel adecuado de conciencia revolucionaria entre los obreros. A los dirigentes sindicales se les ha recordado constantemente su deber en este terreno. El partido socialista insistía que sus dirigentes sindicales deberían “luchar contra la tendencia reaccionaria a la indiferencia política. El departamento sindical debe dedicarse inmediatamente a elaborar un programa para poner estas ideas en práctica”.⁴⁸ Congreso tras congreso se repiten las mismas acusaciones contra los dirigentes sindicales: les falta una preparación doctrinaria adecuada, descuidan las tareas del partido, presentan una tendencia a la indiferencia política y al caudillismo. Las soluciones también se repiten mecánicamente: se presenta un nuevo programa, se propone un esfuerzo masivo para elegir delegados al congreso de la CUT, se debe obedecer al partido, quizás debería organizarse una escuela de entrenamiento para dirigentes sindicales, debe procurarse una mejor comunicación entre el partido y los sindicatos. Pero estas soluciones tienden a olvidar la verdadera estructura del movimiento sindical en Chile y los tipos de acción que permite semejante estructura.

La misma división de la izquierda en dos partidos marxistas es una contradicción patente a los llamados de unidad de la clase trabajadora, sobre todo porque es una división caracterizada por una larga historia de hostilidad, competencia y desacuerdo. Los obreros sindicalizados incorporados a los partidos comunista y socialista están organizados en dos campos rivales, que se identifican muy estrechamente con su colectividad política. Es de alguna manera apropiado que uno de los más acerbos críticos de esta desunión sea un dirigente que hizo mucho por producirla. Ampuero culpó de esta división en los sindicatos a la decadencia de la izquierda:

Ha inculcado odios insuperables entre sus miembros, pero sobre todo ha suspendido virtualmente el esfuerzo marxista por examinar, interpretar

⁴⁷ “¿Hacia dónde va Chile?”, *Arauco*, noviembre de 1960, p. 10. Rodríguez expresó pensamientos semejantes cuando escribió que “cada conflicto debería trascender la etapa puramente económica y se debería extender y transformar en un verdadero movimiento insurgente dirigido a lograr la transformación del régimen” (*Forjando la unidad popular*, p. 32).

⁴⁸ “Tesis sobre política sindical...”, *Arauco*, diciembre de 1961, p. 7.

y modificar la estructura del país.⁴⁹

Esta afirmación podría aplicarse mejor a los dirigentes políticos que a los sindicales ya que si la unidad de acción es objetivo de ambos partidos, se podría argumentar que, cuando menos desde finales de los cincuenta, la base de esa unidad fue el movimiento sindical. Si por una parte parlamentarios e ideólogos estaban en desacuerdo y, con frecuencia, insultaban a los miembros del otro partido, por otra los obreros sindicalizados y sus dirigentes colaboraban. Si los obreros sindicalizados no desarrollaron un grado tal de conciencia revolucionaria que estuvieran dispuestos a declarar huelgas generales y recurrir a las armas para derribar el sistema político, en cambio sí desarrollaron una conciencia política que resultó lo suficientemente fuerte para mantener unida la alianza de la FRAP y sentar las bases de la victoria electoral de la Unidad Popular en 1970.

⁴⁹ *Izquierda en punto muerto*, p. 179.

7. LOS RADICALES Y LOS TRABAJADORES DE CUELLO BLANCO

El fenómeno del sindicalismo entre los trabajadores de cuello blanco no es fácil de acomodar en un modelo riguroso de relaciones entre clase social e ideología. Por una parte la adopción por este tipo de trabajadores de una organización y métodos sindicales podría verse como el ingreso de este grupo humano a la clase obrera, que vendría a completar la polarización de la sociedad en dos campos rivales, al desechar los trabajadores de cuello blanco su ideología y su mentalidad pequeñoburguesas. Por otra parte es posible argumentar que la adopción de la sindicalización por estos grupos es simplemente un esfuerzo más decidido por mantener sus diferencias respecto de los obreros de overol. Si bien es cierto que el uso de tácticas semejantes parece poner a ambos grupos en el mismo campo desde algunos puntos de vista, sin embargo se mantiene mejor de esta manera una diferencia importante: la de salarios y condiciones de trabajo. El hecho de pertenecer a un sindicato no puede tomarse por sí solo como evidencia de que convergen los intereses percibidos de ambos grupos de trabajadores; al estudiar en Inglaterra al trabajador "próspero"* se descubrió que un grupo particular de obreros de overol sindicalizados que habría que catalogar como "prósperos" no estaba pasando por un proceso de aburguesamiento, como tampoco se estaba proletarizando un grupo de trabajadores de cuello blanco sindicalizados. Se daban diferencias significativas en su situación en el trabajo (horas, condiciones, pensiones, diferencias de categoría), en sus formas de sociabilidad y en sus aspiraciones y perspectivas sociales.¹ Como dice J. A. Banks,

en términos estrictamente marxistas, por supuesto, no se puede distinguir entre los diferentes oficinistas, ni entre éstos y los obreros manuales, cuando se les considera desde el punto de vista de su relación con los patrones.

No tienen ningún control sobre los medios de producción: "De la misma manera que los trabajadores manuales, tienen que vender su fuerza de trabajo para poder vivir."² Y sin embargo, como ha señalado Lock-

* *Affluent*. [T.]

¹ Goldthorpe y otros en *The Affluent Worker*. Su investigación se llevó al cabo en tres grupos de trabajadores de fábricas en Luton —una zona de salarios altos, inmigración reciente y escasa tradición de comportamiento de clase del tipo que se suele encontrar en comunidades mineras.

² *Marxist Sociology in Action*, p. 161. Banks se refiere a las condiciones que se dan en Inglaterra, pero sus comentarios son aplicables a Chile.

wood, la situación en el mercado de trabajo del oficinista

no es idéntica a la del obrero manual. Sigue percibiendo ingresos mayores que todos los demás trabajadores con excepción de los artesanos.

Goza de una mayor seguridad y está menos expuesto al desempleo, o sea que goza también de una relativa inmunidad respecto a los azares del mercado de trabajo, tiene más oportunidades de ascender y ocupar puestos de supervisión o gerencia, y tiene pensiones, vacaciones y condiciones de trabajo más favorables.³

Para evaluar la importancia y el significado del sindicalismo de los trabajadores de cuello blanco, es necesario dar un vistazo al número de miembros de sus sindicatos y a los sectores económicos en que están organizados, así como a la manera en que actúan sus sindicatos y a los objetivos que se proponen. En el caso de Chile también hay que considerar el partido a través del cual han expresado tradicionalmente sus objetivos: el partido radical.

LOS SINDICATOS DE EMPLEADOS

Hay muchos motivos para que los empleados o trabajadores de cuello blanco se consideren a sí mismos como un grupo aparte. Gozan de una categoría legal más privilegiada y de mejores salarios y prestaciones sociales; su situación dentro de los establecimientos industriales tiende a hacer que se identifiquen más con los patrones o gerentes que con los obreros de los talleres. Su nivel de sindicalización es mucho más bajo que el de los obreros de overol, excepto en el sector público, que es un caso aparte. Sus sindicatos son algo más débiles que los de los obreros manuales, ya que no gozan de las ventajas de la sindicalización obligatoria ni de la participación en las utilidades.

Sin embargo existen de hecho sindicatos de empleados muy militantes en Chile, la mayoría, es cierto en el sector público, donde varios sindicatos de maestros de enseñanza primaria, empleados de salubridad pública y de correos han presionado vigorosamente en favor de mejores salarios. Pero también los empleados del sector privado están organizados en sindicatos y hay varias federaciones agrupadas en la CEPCh, que representa a los empleados del comercio y del sector de servicios.

Otra característica que distingue a los sindicatos de empleados de los de obreros es que carecen de las tradiciones y del temprano compromiso político del movimiento obrero sindical en Chile. El movimiento sindical de los empleados debe muy poco al radicalismo de los sectores mineros norteros o al anarquismo de los portuarios. Es cierto que Francisco Hinojosa Robles, un radical que fue dirigente de importancia en los sindicatos de empleados, pretende haber participado en esta tradición:

³ Citado *ibid.*

Pronto me di cuenta de que para nosotros los empleados [Recabarren] era más que un maestro, era un amigo desinteresado [...] Me empapó de ideas claras, especialmente respecto a la mejor manera de organizar a los empleados. De manera que debe aclararse que la organización de la CEPCh es una hija de la FOCh.⁴

Esta es, en realidad, una especie de "autoalabanza por asociación". Si Hinojosa sintió la influencia de Recabarren, en cambio muy pocos de los demás empleados, con excepción de algunos de ferrocarriles, mostraron nada en absoluto del radicalismo del movimiento encabezado por Recabarren; ni dejó Hinojosa de ser miembro del partido radical, que en ese momento tenía muy poco contacto o deseo de ayudar al movimiento sindical.

El mismo Hinojosa hace hincapié en el hecho de que fue muy difícil convencer a los trabajadores de cuello blanco de que necesitaban organizarse en sindicatos, debido a que

estaban plenamente convencidos de que constituían una clase muy superior a la de los obreros, a tal punto que se burlaban y despreciaban los actos y manifestaciones callejeras de los obreros.

Vio por lo tanto como principal obstáculo a su sindicalización la mentalidad misma de los trabajadores de cuello blanco.⁵ El otro obstáculo importante (además de la resistencia de patrones y gobierno) era el hecho de que, a diferencia de los obreros, los empleados no tenían ningún partido que los ayudara a organizarse en sindicatos. Aunque Hinojosa mismo era radical, como muchos de sus colegas oficinistas, el partido radical mismo veía con relativa indiferencia al pequeño grupo de oficinistas sindicalizados, excepto en el caso de los maestros de enseñanza primaria. La dirección del partido sólo comenzó a interesarse realmente después de la segunda guerra mundial, cuando formaban ya un grupo mucho más numeroso y poderoso. El político que logró suscitar el apoyo apasionado de

⁴ W. Mayorga, "Luis Emilio Recabarren, el amigo", *Ercilla*, noviembre de 1968, p. 42. Hinojosa ingresó al partido radical a la edad de 18 años, tomando partido por Letelier en el gran debate entre MacIver y Letelier sobre la llamada "cuestión social" y la manera de solucionarla; éste fue un debate temprano entre las posiciones de *laissez-faire* y de intervención moderada que se desarrolló en el seno del partido radical en 1906. Su libro, *Libro de oro de los empleados particulares* (1967), es indispensable para comprender el movimiento en el que participó durante toda su vida. También nos revela al hombre —que jamás podría ser llamado revolucionario— hondamente preocupado por la situación social y la posición económica de los trabajadores de cuello blanco, y ansioso de excluir a los partidos políticos (con excepción del radical) de los sindicatos de estos trabajadores. Lo vemos en una fotografía junto a sus "instrumentos favoritos": un teléfono y una máquina de escribir. Si bien también pretende haberse inspirado en la revolución rusa (p. 68).

⁵ *Libro de oro*, p. 9.

este grupo, como también el de la clase trabajadora en general, fue Alessandri, en su campaña presidencial de 1920, pero esto fue a título personal, por encima de todos los partidos.

El ejemplo presentado por el crecimiento de los sindicatos obreros y la depresión económica de Chile después de la primera guerra mundial parece explicar el nacimiento del interés de los trabajadores de cuello blanco en sindicalizarse. Sus precursores en el sector público fueron los maestros de primaria, que formaron su primer sindicato rudimentario, la Asociación de Maestros de Primaria, en 1915. Según Hinojosa, el maestro de primaria era ridiculizado.

En el mundo de la "sociedad" se le veía con desprecio y se acostumbraba decir que cualquiera podía enseñar a leer y escribir. Estaban siempre al final de la cola cuando llegaba la hora de fijar sus salarios dentro del sistema de administración pública.⁶

Quizás esto explique su militancia; fueron ellos los que organizaron una de las primeras huelgas de trabajadores de cuello blanco, en 1918, e indujeron a otras organizaciones de maestros a formar parte de una Asociación General de Maestros en 1922.

Uno de los motivos de que los trabajadores de cuello blanco apoyaran tan entusiastamente a Alessandri en 1920 fue que les había prometido leyes que solucionaran algunos de sus problemas.⁷ Esta promesa la cumplió en 1924 cuando se puso en marcha un sistema especial de seguridad social y se establecieron formas de contratación reglamentadas por la ley para los trabajadores de cuello blanco. La promulgación de este estatuto, y su impugnación por el régimen militar que sucedió al de Alessandri, dio un gran ímpetu al movimiento, culminando en la fundación en 1925 de la UECh, que aglutinaba a todos los sindicatos de trabajadores de cuello blanco, que habían sido casi exclusivamente de tipo mutualista.⁸ Aunque los organismos locales pertenecientes a la UECh sí colaboraban con los sindicatos obreros para lograr fines específicos, la UECh no estaba dispuesta a perder su identidad independiente, ni ingresando a sindicatos locales ni tampoco afiliándose a la FOCh. Recabarren, en uno de los congresos de la UECh, propuso que se unieran ambos sectores, pero esta idea fue rechazada, debido a que los trabajadores de cuello blanco no veían ninguna ventaja en semejante fusión.⁹

La UECh, haciéndose eco de los sentimientos izquierdistas predominantes, respaldó un programa de nacionalización, reforma social y derechos

⁶ *Ibid.*, p. 27.

⁷ *Ibid.*, p. 89.

⁸ Barria, *Breve historia*, p. 30. Los estatutos de la UECh los reproduce Poblete en *Organización*, pp. 117-26. Haciéndose eco de la FOCh, la UECh declaró que la emancipación de los empleados tenía que ser lograda por los mismos empleados.

⁹ Lafertte, pp. 165-66.

iguales para la mujer; y declaró que era deseable colaborar con los sindicatos obreros. Pero sus principales actividades eran gremialistas (se ocupaban solamente de problemas de sus propios sindicatos) o estaban encaminadas a lograr fines de tipo económico, especialmente la jornada de ocho horas y el salario mínimo. Era una agrupación heterogénea. Se componía de empleados comerciales y bancarios, algunos empleados industriales, periodistas, impresores, algunos empleados gubernamentales, y en especial los maestros.¹⁰ Aunque el partido radical lo apoyó verbalmente cuando las reformas legislativas que los favorecían se vieron amenazadas por el gobierno de Ibáñez, la UECh nunca desarrolló el mismo tipo de relación funcional con ese partido que tenía la FOCh con el partido comunista. En realidad el partido radical se limitó a emitir declaraciones y muy rara vez actuó en apoyo de la UECh, aunque uno o dos parlamentarios radicales de izquierda sí lo hicieron. Cuando Ibáñez estaba persiguiendo a los dirigentes obreros, la UECh se mostró muy dispuesta a llegar a un acuerdo con él si respetaba la legislación que favorecía a los trabajadores de traje y corbata, y se adelantaron a los hechos publicando varias declaraciones en que se proclamaba a Ibáñez como salvador de la nación.¹¹ Dada la debilidad del movimiento, su falta de aliados, y el hecho de que muchos de sus miembros trabajaban en el gobierno, no resulta sorprendente que se hubieran sentido a la merced del Estado: ciertamente, en la FOCh y el partido comunista, tan intransigentes en aquel entonces, no era probable que encontraran mucho apoyo.

La UECh resintió junto con los demás sindicatos los ataques de Ibáñez a los dirigentes sindicales e intentó, sin éxito, sustituir las organizaciones existentes con una federación sindical patrocinada por el Estado. Tampoco se vio libre el movimiento sindical de los empleados de las luchas de partidos que afectaron a todo el movimiento sindical después de la formación del partido socialista.¹² Después de la caída de la dictadura los restos de los sindicatos pertenecientes a la UECh se volvieron a agrupar en 1934. Sin embargo parece que los miembros que formaban el grupo medular del viejo UECh, casi todos ellos radicales, se alarmaron de la manera como se estaba utilizando a las nuevas federaciones para fines

¹⁰ Poblete, en *Jornadas*, 29, 1945, pp. 68-69.

¹¹ Hinojosa, pp. 132 y 222-24.

¹² Ya desde antes el partido comunista había tratado de dividir a varias de las organizaciones sindicales de trabajadores de cuello blanco. Ricardo Fonseca, maestro de escuela comunista y secretario general del partido, formó una Federación de Maestros marxista para oponerse a la Asociación de Maestros, y dentro de esta federación separatista formó un Grupo Sindical de Oposición ligado a la FOCh (Frente Democrático de Latinoamérica, *Historia del partido comunista en Chile*, s.f.). Esta publicación anónima, supuestamente escrita por un "importante ex-comunista", fue distribuida por el Departamento de Propaganda de la Juventud Radical, probablemente a principios de los cincuenta. El grupo de Fonseca publicaba regularmente un boletín o carta informativa en la revista de la FOCh a fines de los veintes.

políticos relacionados con el Frente Popular de esa época, sobre todo por la manipulación del partido comunista, y en 1939 se retiraron para formar otra nueva confederación.¹³

Hasta entonces los empleados del gobierno central se habían organizado generalmente en sociedades mutualistas. Algunos grupos, como el de los maestros de enseñanza primaria, tenían una historia de militancia en su haber, en parte debido a la influencia anarquista, pero también porque muchos de los maestros de primaria eran activistas radicales y compartían el anticlericalismo de ese partido. Los empleados del gobierno central se unieron en 1943 para formar la ANEF, cuyo poder estaba en ascenso.

De 1946 a 1948 se dividió el movimiento sindical. Muchos sindicatos de obreros manuales se salieron de la CTCh y concentraron su atención en actividades internas. Pero en este mismo periodo aumentó la militancia y unidad de los trabajadores de cuello blanco, que llegó a su mayor auge entre 1949 y 1951. Esto se explica por varios motivos. En primer lugar, la eliminación legal de los comunistas erradicó una fuente de conflictos, ya que éstos se volvieron deseosos de apoyar a cualquier movimiento sindical que atacara al gobierno de González Videla y que alentara la militancia de los empleados. Si no hubieran estado proscritos, es muy probable que los comunistas habrían tratado de apoderarse del movimiento sindical de los empleados para sus propios fines. En segundo lugar, la política económica del gobierno había estimulado el crecimiento del sector de empleados, sobre todo estatales. Pero la motivación más importante para la militancia del sector de empleados era que la inflación del periodo de posguerra los había afectado notablemente, y sentían que el gobierno los había dejado abandonados, sin brindarles ninguna protección. Mientras que el apoyo de las bases del partido radical había sido muy fuerte en el caso del primer presidente postulado por el Frente Popular, Aguirre Cerda (y se había visto recompensado por una legislación favorable a los trabajadores de cuello blanco), este apoyo se dio también al segundo presidente llevado al poder por el Frente Popular, Ríos (cuyo retrato se puede ver hoy día en la oficina del presidente de la ANEF),¹⁴ pero el tercero de los presidentes elegidos gracias al Frente Popular, González Videla, perdió ese apoyo por su incapacidad para detener la inflación (que en 1946 llegó al 30% y en 1947 al 23%) y por buscar el sostén de los partidos derechistas liberal y conservador en su campaña en contra del comunismo.

La militancia de los trabajadores de cuello blanco durante este periodo

¹³ Y ésta a su vez se convirtió en 1948 en la base de la CEPCh actual, que es la mayor confederación de trabajadores de cuello blanco en el sector privado. En 1943 una nueva división por motivos políticos tuvo por consecuencia la formación de una tercera confederación nacional, la Confederación de Sindicatos de Empleados Particulares (Barría, *Breve historia*, p. 37; Hinojosa, pp. 269-74).

¹⁴ Cuando menos en 1969. Ríos era el presidente cuando se fundó la ANEF; y el presidente de la ANEF en 1969, Tucapel Jiménez, era un prominente radical.

no se debió al apoyo del partido radical. Fue más bien un movimiento sindical sin filiación política, que surgió en parte porque los dirigentes del partido radical abandonaron a las bases de cuello blanco y por el fracaso del gobierno radical, incapaz de solucionar los problemas que causaban la inflación a un número creciente de empleados estatales.

1. La CEPCh

En 1948 las mayores confederaciones del sector privado se reunieron para formar la CEPCh. En el mes de agosto de 1949 una protesta pública contra el alza de tarifas en los transportes públicos, en la cual, como de costumbre, tomaron parte activa los estudiantes, resultó en la formación de un Comando Contra las Alzas, que incluía a la CEPCh, a los empleados del gobierno central y municipal y a las agencias autónomas agrupadas en la JUNECh.

Esta nueva unidad se puso a prueba en la huelga de febrero de 1950. La causa inmediata de la huelga fue la negativa del gobierno a pagar la gratificación de Navidad acostumbrada a los trabajadores estatales, siendo la causa de esta negativa la intención del gobierno de aplicar rigurosamente su política de congelación de salarios. A las bases de los sindicatos de empleados se unieron las de la FIFCh, que decidieron participar en la huelga, paralizándose así los ferrocarriles, al principio sólo parcialmente, pero después por completo. Los sindicatos de empleados bancarios también participaron en una huelga de solidaridad de veinticuatro horas. El único grupo que se negó a apoyar el movimiento fue el de los miembros leales al partido socialista de Chile y a la CTCh de Bernardo Ibáñez, que seguía conservando alguna lealtad entre los choferes de autobuses sindicalizados.¹⁶ La unidad y decisión del movimiento, que resistió durante doce días, fue notable. Impresionó al gobierno, en parte porque era obvio que era un movimiento apolítico, a diferencia del de las confederaciones de obreros manuales de los sectores rivales comunistas y socialistas. Al principio González Videla se mostró muy hostil hacia la huelga. El mismo partido radical no simpatizaba con el movimiento, aunque los huelguistas solicitaron su apoyo; sólo hubo un senador radical que los alentó. Sin embargo, la actitud de los radicales cambió cuando los huelguistas recibieron el apoyo del partido falangista (el PSP) y del Partido Social Cristiano y el PAL (que fue más tarde el que apoyó la exitosa campaña presidencial del general Ibáñez en 1952). González Videla, que había perdido el apoyo de su propio partido, siguió acusando a los huelguistas de tratar de subvertir el orden público, encabezados por comunistas reconocidos (tres de los dirigentes fueron acusados bajo la Ley de Defensa de la Democracia, pero

¹⁶ G. Vidal y G. Barría, *Doce días que estremecieron al país*, 1950, es una importante fuente de información para la huelga de 1950. También es útil *Victoria al amanecer*, de E. Pizarro Novea (1950).

los jueces no encontraron pruebas satisfactorias de su culpabilidad [comunismo]). Los obreros del cobre en Chuquicamata aprovecharon la oportunidad de poner al gobierno en aprietos y declararon su solidaridad con los huelguistas. El partido radical comenzó a apartarse de su fórmula política de alianza con la derecha, y el presidente se vio obligado a eliminar a dos miembros derechistas de su gabinete y a formar un nuevo gobierno integrado por radicales, social-cristianos y falangistas.¹⁶ Se produjo entonces un apoyo mayoritario en el Congreso a las demandas de la CEPCh y de la JUNECh, que lograron la mayor parte de sus objetivos económicos, incluyendo el abandono de la congelación de salarios propuesta, el reconocimiento de las demandas económicas de los sindicatos del sector público y la rápida solución a muchos pliegos petitorios que se habían eternizado en los trámites burocráticos. Se concedió también la amnistía a muchos dirigentes sindicales encarcelados por su participación en ésta y anteriores huelgas.¹⁷

Sin embargo, visto desde una perspectiva histórica, el movimiento aparece como una explosión de militancia temporal y más o menos espontánea. Los dos agentes principales, la CEPCh y la JUNECh tuvieron muy pronto un desacuerdo, cuando los empleados públicos incluyeron en sus demandas la derogación de la Ley para la Defensa de la Democracia, mientras que los empleados sindicalizados del sector privado no estaban dispuestos a luchar por ese objetivo, aunque también ellos se oponían a la ley. Tampoco pudieron conservar los sindicatos de empleados alguna influencia en el gobierno después del reajuste del gabinete; incluso hubiera podido pensarse que los partidos habían utilizado la huelga para resolver algunos de sus problemas, y que una vez solucionados continuó su habitual indiferencia hacia los sindicatos de empleados. Muy pronto las energías de los empleados estatales se invirtieron en el esfuerzo de formar una nueva confederación laboral que dio por resultado final la organización de la CUT. El sector privado se mostró menos entusiasta y, aunque públicamente apoyaba en sus declaraciones esta iniciativa, no ingresó a la CUT, si bien más tarde colaboró con ella. Algunos sindicatos pertenecientes a la CEPCh se salieron de esta organización para ingresar a la CUT y otros se convirtieron en miembros de ambas confederaciones. Pero la formación y el crecimiento de la CUT debilitaron a la CEPCh y nunca recobró la unidad y el poder de que gozó durante ese breve período de 1950. La misma CEPCh, en una publicación conmemorativa de sus primeros diez años de existencia, declaró que uno de los motivos por los cuales no lograba la satisfacción de muchas de sus demandas era la "indiferencia suicida" de sus miembros, que siempre se negaban a apoyar a los dirigentes cuando éstos llamaban a huelgas, manifestaciones y cam-

¹⁶ R. Abbott, "The Role of Contemporary Political Parties in Chile", *Ame. Pol. Sci. R.*, junio de 1951, p. 460.

¹⁷ Barría, *Trayectoria*, p. 26.

pañías para aumentar el número de miembros.¹⁸

Es difícil calcular con precisión el número de miembros que tiene actualmente la CEPCh, aunque es seguro que es mucho menor del total de trabajadores de cuello blanco sindicalizables. El presidente de la asociación pretende que tiene aproximadamente 70 000 miembros,¹⁹ que es poco más o menos el total de trabajadores de cuello blanco pertenecientes a sindicatos profesionales, tanto los organizados por establecimiento como los independientes (véase cuadro más arriba p. 61). En otra fuente se declara que en 1966 el número de miembros se estimó en aproximadamente 20 000, cifra que representaba un descenso respecto a los 40 000 calculados a principios de los sesentas.²⁰ Dado el aumento en el número de trabajadores sindicalizados desde mediados de la década de los sesentas, es probable que la cifra proporcionada por el presidente de la CEPCh sea cercana a la verdad. Estos miembros están agrupados en grandes federaciones, aunque parece que donde no existe un sindicato la CEPCh acepta la afiliación de miembros individuales.

Oficialmente la CEPCh se opone a la distinción que hace la ley chilena entre obreros y empleados. Sin embargo no quiere renunciar a las ventajas ofrecidas por la categoría de empleado, sino que desearía la implantación de un sistema uniforme de prestaciones sociales a un nivel alto (una demanda que pudiera parecer poco realista si se toma en cuenta la economía chilena). La CEPCh nunca se ha sentido particularmente identificada con los empleados del gobierno porque éstos pertenezcan a la categoría de empleados. De hecho pocas veces colaboran, porque operan en distintos sectores económicos (aunque los empleados del sector público y los del sector privado sí colaboraron durante la gran huelga de 1950). Sin embargo la CEPCh sí comparte intereses comunes con los sindicatos obreros; sus miembros trabajan muchas veces para los mismos patrones y generalmente ha preferido tratar de colaborar con ellos.

Al principio las relaciones entre la CUT y la CEPCh no eran muy amistosas. En 1960 un prominente comunista culpó a los sindicatos de trabajadores de cuello blanco por la derrota de los obreros en su lucha en contra de la política económica del gobierno, tachándolos de "apolíticos, economicistas y legalistas", defectos que permitían que fueran manipulados por los partidos burgueses. Citó al secretario general del partido, que

¹⁸ Citado por Hinojosa, p. 308.

¹⁹ Entrevista con el presidente de la CEPCh, en Santiago, diciembre de 1968. Esta sección del libro está basada en gran parte en la información obtenida durante esta entrevista. Las grandes federaciones de la CEPCh son las de los empleados de la Caja o banco de seguridad social de los empleados particulares, la Federación de Empleados del Cobre (que también pertenece a la Confederación de Trabajadores del Cobre), las Federaciones de Empleados Comerciales, de Empleados de Empresas Eléctricas, de Empleados Jubilados, de Empleados de la Industria Farmacéutica, de Empleados de Saavedra Benard, de Empleados de las Compañías de Seguros, de Empleados de Agencias de Viaje y de Peluquerías.

²⁰ Departamento del Trabajo de los Estados Unidos, *Labor Law*, p. 33.

advirtió a los obreros que el ingreso de grupos de trabajadores de cuello blanco a la CUT era positivo, debido a que exponía a estos trabajadores a la influencia de la tradición proletaria, pero era al mismo tiempo peligrosa, por exponer a los trabajadores manuales al influjo de la mentalidad pequeñoburguesa de los sindicatos de trabajadores de cuello blanco.²¹ Sin embargo la CEPCh siente que el nivel de sus salarios ha estado cayendo por debajo del de los obreros calificados, y este hecho explica en parte el tono cada vez más radical de sus declaraciones al final de la década de los sesentas. En 1967 la CEPCh y la CUT se pusieron de acuerdo por primera vez respecto a un programa común de proposiciones económicas y de acciones conjuntas en contra del gobierno para procurar su realización.²² En los últimos años las dos asociaciones se han acercado aún más, en parte porque los partidos políticos que tienen más influencia en ambas confederaciones (radical, socialista y comunista) se unieron para oponerse al gobierno demócrata-cristiano, y luego colaboraron con éxito en la campaña de Unidad Popular en 1970. Pero también resulta claro que la inflación y la reducción de ingresos reales de los empleados sindicalizados ha aumentado su militancia, los estimuló a colaborar con la CUT y ejerció, por lo tanto, una influencia sobre el partido radical que lo hizo desplazarse hacia la izquierda. En el décimo congreso de la CEPCh, que tuvo lugar en diciembre de 1968, la confederación decidió ingresar a la CUT por unanimidad. Esta decisión no era tan significativa e importante como pudiera parecer, ya que varios de los sindicatos que constituían la confederación ya estaban afiliados a la CUT por su cuenta, aunque es cierto que la propuesta del ingreso masivo a la CUT había fracasado en anteriores congresos.²³ El décimo congreso, como para demostrar su auténtico radicalismo, denunció a la ORIT como agente del imperialismo y a la ILO como una organización contraria a los intereses de la clase obrera. En la elección de comité ejecutivo los radicales, socialistas y comunistas y el partido Democrático Nacional presentaron una planilla conjunta, mientras que los demócrata-cristianos presentaron otra y los independientes una tercera. La planilla conjunta obtuvo las tres quintas partes de los votos, y estaba encabezada por Ernesto Lennon, un radical. Los cuatro partidos aliados tienen una representación aproximadamente equivalente en el ejecutivo de la CEPCh. Como gesto de solidaridad, Luis Figueroa, presidente comunista de la CUT, fue elegido como miembro del ejecutivo.

A pesar del viraje hacia la izquierda en sus declaraciones, los objetivos principales de la CEPCh siguen firmemente enraizados en la categoría privilegiada de los empleados. En contraste con la conferencia de la CUT

²¹ Astudillo, en "Luchas reivindicativas del primer semestre de 1960", *Principios*, agosto de 1960, p. 9.

²² *Memoria del consejo directivo al CUT*, pp. 14-15.

²³ Informes de prensa en *Última Hora*, 2 de diciembre de 1968; *El Siglo*, 29 de noviembre a 3 de diciembre de 1968.

de 1968, cuyo lema fue "Unidad para el cambio", el de la CEPCh fue "Por la defensa del seguro social y de los reajustes de salarios". Sus debates se centran casi exclusivamente en estos temas, y, dada la red laberíntica de provisiones que compone el sistema de seguridad social de los empleados, no resulta sorprendente. La CEPCh es una confederación muy legalista, que se ocupa en gran medida de cuestiones relacionadas con pensiones y gratificaciones.²⁴ Su ingreso a la CUT no es probable que la transforme en un elemento revolucionario por sí solo, aunque podría influir en favor del apoyo de los empleados sindicalizados a candidatos como Allende, en preferencia a candidatos de centro o derecha.

2. La ANEF

Una de las mayores confederaciones sindicales del sector público es la ANEF, que reúne a 50 000 miembros de todos los órganos centrales del gobierno (que se definen como aquellos dirigidos por un director general en lugar de una mesa directiva) agrupados en 38 asociaciones diferentes, cuya membresía va desde los 26 del Departamento de Turismo hasta los 20 000 de los servicios postales.²⁵ Aunque nunca se afilió a la CTCh, participó activamente en la huelga de 1950 y en la formación de la CUT. El primer presidente de la CUT fue el presidente de la ANEF, Clotario Blest, y durante muchos años, hasta que obtuvo un edificio propio, la CUT tuvo su cuartel general en el edificio de la ANEF. Aunque la ANEF tiene prohibido por ley ejercer funciones sindicales, de hecho muchas de sus actividades han sido reconocidas legalmente. Sus dirigentes, por ejemplo, gozan de la inmunidad legal de los dirigentes de un sindicato reconocido por la ley y su sistema de financiación, por cuotas directas a la ANEF, en lugar de aportaciones a través de una federación, también ha sido aceptado legalmente. Casi todos los empleados del gobierno que trabajan en sus órganos centrales son miembros de su sindicato. Otra fuente adicional de fuerza es que la mayoría de los trabajadores sindicalizados del sector público están clasificados legalmente como empleados, de manera que la divisoria distinción entre obrero y empleado no funciona en el sector público (excepto en el Ministerio de Obras Públicas, que emplea un elevado número de trabajadores manuales).

Todos los miembros del comité ejecutivo de la ANEF son también diri-

²⁴ Parece haber adquirido actualmente una razonable eficiencia para resolver estas cuestiones. Es indudable que su organización ha mejorado desde 1955, cuando los trabajadores del cobre pidieron a la CEPCh que les mandaran a sus representantes de cuando en cuando... ¡y que contestaran sus cartas! (CTC, *Estadutos e informes del 2º Congreso*, 1955, p. 23).

²⁵ Una gran parte de esta sección está basada en entrevistas con dirigentes de la ANEF en diciembre de 1968. La ANEF también me invitó a asistir a una de las reuniones de su comité ejecutivo, oportunidad poco común de ver "desde dentro" cómo funciona un sindicato.

gentes de los sindicatos de base. Anteriormente estuvieron separadas ambas funciones, pero se sintió que los dirigentes sindicales estaban perdiendo el contacto con las bases. Varios dirigentes de la ANEF también colaboran en el comité ejecutivo de la CUT —lo cual supone una formidable carga de trabajo.

El comité ejecutivo de la ANEF elegido en el congreso de 1967 consistió en 9 radicales, 3 socialistas, 2 comunistas, 3 demócrata-cristianos y 2 independientes. Uno de los miembros del ejecutivo, Carlos Morales, que encabezaba el tribunal disciplinario, es también un parlamentario radical prominente. Desde fines de la década de los sesentas las diferencias entre los distintos partidos no han sido una fuente de conflictos dentro del comité ejecutivo, ya que hay un acuerdo común tendiente a evitar la discordia mediante la búsqueda de soluciones prácticas a los problemas que dividen a los partidos, aunque de hecho esta norma ha creado problemas a los miembros ejecutivos dentro de sus partidos. Los tres demócrata-cristianos quedaron, obviamente, en una situación difícil dentro de su partido cuando el sindicato de trabajadores estatales se opuso vigorosamente a la política salarial del gobierno de Frei.

Generalmente la ANEF funciona como el principal sindicato del sector público en las juntas con la CUT, y ambas confederaciones han colaborado estrechamente para oponerse a los límites gubernamentales al aumento de salarios. Los sindicatos gubernamentales como la ANEF siempre están más dispuestos que los del sector privado, pertenecientes a la CEPCh, a salir a la calle a manifestar su protesta contra el gobierno, aunque respecto a muchos de los asuntos que preocupan a ambas confederaciones de trabajadores de cuello blanco —salarios y prestaciones de servicio social— parecen tener éstas mucho más en común que con los sindicatos industriales de la CUT. La ANEF y demás sindicatos de empleados gubernamentales son mucho más fuertes que los de la CEPCh, tanto en cuanto a número de miembros como en lo que respecta a fondos. Con objeto de poner el ejemplo al sector privado, el gobierno trata de fijar y aplicar normas bastante estrictas respecto a los reajustes anuales de salarios en el sector público, aunque dista mucho de hacerlo con éxito completo. La ANEF se formó en una época en que el gobierno estaba tratando de reducir los salarios de los empleados públicos. De manera constante se opone a este tipo de política salarial. Su continua militancia se ha debido también, en parte, a la influencia de su primer presidente (que se mantuvo durante muchos años en el cargo), Clotario Blest, radical católico que, aunque evitaba su identificación con cualquier partido político, era en muchos aspectos más revolucionario que los dirigentes sindicales comunistas. (Más tarde, y previsiblemente, los comunistas lo acusaron de trotskismo, aunque escribió y escribe artículos en los que alaba a los sindicatos y al nivel de vida de la clase obrera en la Unión Soviética, en términos que lo clasificarían como hereje para cualquier trotskista.)

Si bien es cierto que hay otros grupos además de los radicales que están activos en los medios de los trabajadores de cuello blanco —por ejemplo los socialistas, o la Federación de Empleados Bancarios, los comunistas en la CEPCh, los demócrata-cristianos entre los empleados del Ministerio de Obras Públicas— se da el caso, sin embargo, de que casi todos los sindicalizados radicales pertenecen al sector trabajador de cuello blanco, sobre todo los que laboran en el sector público y en el terciario.

El partido chileno radical ha sido considerado por mucho tiempo como un partido "centrista" típico. Pero el "centro" no es una posición estable, y el partido radical ha distado mucho de permanecer idéntico a lo largo de su desarrollo político.²⁶ Tampoco ha sido nunca un partido que tuviera una organización y una disciplina comparables a las del partido comunista o el demócrata-cristiano. Han luchado por controlarlo grupos opuestos, y ha sufrido tantas divisiones y conflictos como el socialista. Su retórica tiende hacia la izquierda pero sus acciones, cuando forma parte del gobierno, tienden hacia la derecha. Su retórica revolucionaria data de su convención de 1931, cuando adoptó el partido un programa socialista, declarando que el sistema capitalista existente estaba en crisis y debería ser sustituido por un régimen en el cual los medios de producción fueran propiedad de la comunidad, y que se fundara sobre la solidaridad social y no sobre el individualismo. Esta misma convención también declaró que el partido radical reconocía la existencia de la lucha de clases y se colocaba del lado de los obreros. La libertad sin libertad económica era una palabra sin sentido; las clases asalariadas carecían de libertad económica en el sistema actual, y como la actividad sindical era una manera de luchar por la libertad económica, el partido lucharía con y por los sindicatos. También agregó que el partido se oponía a la dictadura de cualquier tipo, militar, capitalista o proletaria.²⁷

La convención de 1931 parece haber sido un tanto excepcional debido a que la sección juvenil controló los procedimientos formales mientras que los dirigentes se ocupaban de planear sus tácticas políticas futuras.²⁸ De cualquier manera es un hecho que las declaraciones de los congresos o convenciones rara vez reflejan la política práctica del partido, y así fue en esa ocasión, ya que muy poco después el partido radical colaboró con el gobierno de Alessandri, ahora muchísimo más conservador que cuando

²⁶ Tratándose de un elemento tan importante del proceso político en Chile, sorprende la falta de información publicada acerca del partido radical, con excepción de algunas relaciones más bien anecdóticas de miembros del partido. Dos de las más útiles son *Historia del partido radical* (1967), de L. Palma, y *Partido radical*, de Florencio Durán (1958). Hay más información acerca del Frente Popular; véase especialmente *The Chilean Radical Party and the Popular Front*, de Andrés Bande, (B. Litt. thesis, Oxford, 1969).

²⁷ G. Urzúa Valenzuela, *Partido radical*, 1961, p. 20.

²⁸ Bande.

había sido elegido por primera vez en 1920. Incluso la política del partido radical en el gobierno del Frente Popular, aunque podría describirse, en un principio cuando menos, como desarrollista, no podría llamarse socialista de ninguna manera.

El partido siempre ha sido una coalición más o menos floja de distintos grupos sociales. En los primeros días se destacaban algunos de los terratenientes y dueños de minas del norte del país. En esa zona se formó el partido a mediados del siglo diecinueve y siempre ha retenido fuerza en las regiones de Coquimbo y Atacama, aunque hoy en día las minas son manejadas más bien por el Estado que por pequeños empresarios. No fue únicamente un movimiento de la incipiente burguesía, ya que obtuvo y retuvo algún apoyo popular en estas provincias y en las zonas agrícolas del sur. Goza de un apoyo considerable en la pequeña burguesía de los pueblos y entre los trabajadores de cuello blanco y profesionales, sobre todo los estatales; los maestros de enseñanza primaria se adhirieron a él porque los radicales eran los campeones de la educación popular laica. Una descripción típica y bastante exacta del partido dice que

reúne a secciones esencialmente profesionales y burocráticas de la clase media, representadas ideológicamente por la francmasonería, y con fuertes ligas con el sector público [...] No excluye sectores de la oligarquía agraria y de grupos empresariales ligados con las actividades económicas que se desarrollaron en los cuarentas.²⁹

Es notable la semejanza con el partido radical francés.

Los votos obtenidos por el partido en las elecciones para representantes en el congreso en el año de 1969 mostraron que tenía partidarios diseminados más o menos uniformemente en todas las provincias. No se notaba ninguna identificación especial con algún ramo económico u ocupación, pero obtenía menos votos en las ciudades grandes que en el resto del país. Lo contrario se podría afirmar del partido demócrata-cristiano, que tiene su principal base de apoyo en Santiago, mientras que el partido radical obtiene proporcionalmente menos votos en esa capital que en todo el resto del país.³⁰

El partido está conformado de tal manera que se puede inclinar hacia

²⁹ E. Faletto y E. Ruiz, "Conflicto político y estructura social", en *Chile, Hoy*, Centro de Estudios Socio-Económicos, Universidad de Chile, 1970, p. 214.

³⁰ El voto es alto en términos absolutos, ya que aproximadamente la tercera parte del total del electorado se concentra en Santiago, pero si se toman en cuenta los porcentajes del total de los votos, se observa que los radicales reciben una parte desproporcionadamente alta de los votos en los pueblos chicos (ibid., pp. 219-20). En un estudio acerca de la distribución de los partidos entre los distintos grupos sociales se observó que los radicales recibían su mayor apoyo del grupo que se clasificó como trabajadores de cuello blanco no ejecutivos (G. Briones, "Estructura social y la participación política", *R. Interamericana de Ciencias Sociales*, 1963, p. 394. Véase también *Geografía electoral* de R. Cruz Coke (1952).

la derecha o hacia la izquierda sin violar sus principios básicos. Por acuerdo común del partido estos principios son los de un movimiento laico, social-democrático, progresista, y son lo suficientemente vagos como para permitir una considerable flexibilidad táctica. Un crítico marxista señala que en tiempos de crisis han sido los sectores más comprometidos con el statu quo los que han controlado al partido.³¹ Éste fue evidentemente el caso en la época del Frente Popular y la situación se acentuó aún más durante los últimos años del dominio radical, cuando se impuso con facilidad la derecha del partido.

Pero siempre ha habido un sector izquierdista en el partido, que a veces cobra la fuerza suficiente para persuadirlo de aceptar su punto de vista, como cuando se aprobó la coalición con los partidos marxistas en la Unidad Popular en 1970. Aunque esta ala izquierda tiene generalmente el apoyo de los trabajadores sindicalizados radicales, sus dirigentes generalmente son miembros de las cámaras o de la burocracia del partido, y no de las organizaciones de masas del partido tales como los sindicatos. Una de las características que definen a este elemento izquierdista es que ve la suerte de la clase media, que juzga identificada con la del partido, ligada a la de la clase trabajadora. El senador Alberto Baltra, miembro prominente de esta ala izquierda, dijo en una conferencia sobre el presidente Aguirre Cerda, llevado al poder por el Frente Popular:

En 1938 la clase media no estaba situada entre el capital y el trabajo; no era un grupo intermedio sino que, tal como la clase trabajadora, vivía de la venta de su fuerza de trabajo. Ocupaba exactamente la misma posición de clase que los trabajadores manuales.³²

Y sin embargo los dirigentes de este partido habían de terminar sus periodos como funcionarios coaligados con conservadores y liberales, después de declarar ilegal y perseguir al partido comunista, negarse a considerar la necesidad de una reforma agraria, y oponerse a la huelga de trabajadores de cuello blanco de 1950, huelga realizada precisamente por el grupo social que pretendía tan calurosamente representar. Las contradicciones del partido se pueden incluso encontrar dentro de un mismo dirigente. El presidente González Videla, radical, que se desplazó hacia la extrema derecha, había sido uno de los proponentes más entusiastas del Frente Popular y dirigente del sector izquierdista del partido.³³

³¹ "Lautaro", Crítica de una tesis tradicional", *Punto Final*, febrero de 1968, pp. 3-7.

³² A. Baltra, *Pedro Aguirre Cerda*, 1960, p. 66.

³³ En 1944 había declarado que si el partido radical tenía algo de qué enorgullecerse, era precisamente de que sus máximos dirigentes habían muerto pobres, después de haber ocupado puestos prominentes en el gobierno. (González Videla, *Informe a la convención: política internacional y económica*, XV Convención del partido radical, 1944, p. 141.)

El ingreso del partido a la Alianza Unidad Popular en 1970, aunque es obviamente una victoria para la izquierda, no significa necesariamente que hayan sido derrotados definitivamente los elementos más conservadores. El partido se dividió cuando se discutió la actitud que debería tomar respecto a la invasión de Checoslovaquia en 1968. Un senador y una diputada (hermanos, por cierto) renunciaron ambos a sus futuras candidaturas al Senado, porque sintieron que los dirigentes del partido estaban tan ansiosos de revivir el Frente Popular que no estaban dispuestos a criticar o condenar la invasión, violando por lo mismo principios fundamentales del partido. Un puñado de diputados radicales se les unió para formar un partido radical separatista que apoyó a Alessandri en la campaña de 1970.³⁴ En el partido que proscribió al comunista en 1948 sigue habiendo un fuerte elemento anticomunista.

Este anticomunismo les ha traído por consecuencia la hostilidad de los socialistas más que la de los comunistas. Los socialistas denunciaron frecuentemente a los radicales como instrumento de la burguesía y argüían, no sin justicia, que eran aliados políticos indignos de confianza. Aunque los radicales prometieron apoyar al candidato socialista en las elecciones para diputados en las provincias de O'Higgins y Colchagua, los socialistas rechazaron indignados el ofrecimiento, con la efímera excepción de Allende, siempre más dispuesto que la mayoría de los socialistas a colaborar con los radicales. Los socialistas acusan a los dirigentes radicales de haberse identificado con (o haber surgido de) la oligarquía; de haberse servido de sus cargos políticos para enriquecerse y de identificarse socialmente con los conservadores y liberales; de traicionar sus promesas electorales, una vez que llegan al poder; y de haber traicionado a sus bases, los trabajadores de cuello blanco. Y éstas no son meras acusaciones políticas.³⁵

³⁴ Reportaje en *El Mercurio* del 24 de agosto, 1968. Un grupo de 50 mujeres radicales hizo un mitin de protesta dentro de las oficinas generales del partido en apoyo del senador y la diputada. Resistieron con éxito a un grupo de jóvenes radicales decidido a expulsarlas (ibid., 4 de septiembre de 1968). El senador que había presentado su renuncia era Humberto Enríquez, y dijo: "Soy un socialista y un hombre de izquierda, pero el lenguaje que ha usado el partido radical ante la represión de un pueblo mediante una nueva forma de imperialismo y colonialismo, no lo puedo tolerar." La asamblea Pedro Aguirre Cerda, de Santiago, apoyó a Enríquez y pidió la ruptura de relaciones con el Partido Comunista Chileno.

³⁵ Los socialistas criticaron rigurosamente al partido durante la huelga de los empleados de servicios de salubridad en 1963. Como declara Burnett (pp. 234-45): "De todos los partidos el que se encontró en la posición más enigmática fue el radical. Desde un punto de vista deberían haber apoyado plenamente a los trabajadores de salubridad, ya que los trabajadores estatales apoyaban en gran medida al partido radical. Por otra parte, los radicales todavía formaban parte de la coalición de Alessandri, y por lo tanto se veían obligados a adherirse a la posición del jefe del ejecutivo." Frente a una situación en la cual los partidos de la FRAP y el Partido Demócrata Cristiano apoyaban fuertemente a los trabaja-

Y sin embargo si estas acusaciones dieran cuenta de toda la verdad, sería difícil explicarse la sobrevivencia del partido radical en la escena política chilena. Aunque el partido en sus mejores días llegó a obtener el 20% de los votos, en la época del Frente Popular, y en años recientes obtuvo cuando mucho el 13%, sigue conservando una buena medida de apoyo popular entre los trabajadores de cuello blanco. La costumbre y la tradición explican en parte este hecho, y si los sindicatos de empleados tienen por objetivo mantener su ventaja respecto a los trabajadores manuales, es posible que el apoyo al partido radical sea una manera de distinguirse de ellos políticamente. En teoría y hasta cierto punto en la práctica el partido es un partido social-democrático, y miembro de la Internacional Socialista. Para el trabajador de cuello blanco relativamente sofisticado, a quien no atrae ni el dogmatismo del partido comunista ni las posturas verbales revolucionarias del socialista, y que se politizó antes de que creciera la importancia del partido demócrata-cristiano o sospecha de sus características supuestamente clericales y confesionales (vehementemente negadas por el mismo partido) el partido radical es, cuando menos en teoría, una elección perfectamente comprensible, debido a su larga historia de apoyo a las reformas democráticas.

LOS TRABAJADORES SINDICALIZADOS RADICALES

El día 24 de enero de 1960 el partido radical tuvo una asamblea pública para rendir tributo a sus dirigentes sindicales. Fueron cuarenta y nueve los dirigentes a quienes se rindió particular homenaje, y de ellos no menos de treinta y dos trabajaban para el gobierno central o local; el resto provenía del sector privado.³⁶ La base política del partido dentro de los sindicatos pertenece, en su enorme mayoría, a la burocracia estatal.

No resulta sorprendente, pues, que los representantes de estos sindicatos de empleados sean los que dominen el departamento sindical del partido, que se conoce como el departamento gremial, nombre que puede extenderse a las asociaciones de tipo profesional que no se consideran normalmente como sindicatos.³⁷

dores de salubridad, los representantes radicales ante el congreso abandonaron a sus colegas del gabinete para respaldar las propuestas de la izquierda. Los ministros radicales condenaron fuertemente la desertión de los diputados; pero el Comité Ejecutivo Nacional, a su vez, denunció a los ministros por atacar a los diputados y sacó al partido de la coalición de Alessandri.

³⁶ Reportajes en *El Siglo*, 23 de enero, y *Última Hora*, 17 de enero de 1969. Son radicales los que presiden los comités ejecutivos de los sindicatos de maestros de primaria y secundaria, de los sindicatos de empleados de correos, del sindicato de empleados ferrocarrileros, del sindicato de trabajadores de Salubridad, del sindicato de trabajadores de la Contraloría General, de sindicato de inspectores laborales, de la Confederación de Trabajadores Municipales, y de varios otros sindicatos de trabajadores de servicios públicos.

³⁷ Semejante a la diferencia entre *guild* y *union* en inglés. Si bien el presidente del departamento sindical pensaba que la palabra "gremial" sonaba anti-

Los estatutos del partido hacen referencia en varias ocasiones a los sindicatos.³⁸ La unidad básica del partido es la asamblea, que es un grupo mucho mayor y más público que la célula comunista. Pero estas asambleas pueden organizar núcleos más pequeños, organizados por sindicato, por industria o por barrio. Entre una convención nacional y la siguiente³⁹ el organismo gobernante del partido es el comité ejecutivo nacional. El departamento sindical tiene un representante *ex-officio* en este comité ejecutivo. De la comisión política, compuesta por siete miembros en 1969, tres de ellos eran dirigentes sindicales de trabajadores de cuello blanco.

El primer congreso nacional de trabajadores sindicalizados radicales tuvo lugar en 1949 y formó el departamento sindical nacional.⁴⁰ Era obvio que tanto el partido como los sindicalizados estaban cansados de las luchas políticas que caracterizaban las relaciones entre socialistas y comunistas dentro de los sindicatos, y deseaban crear una organización rival a nivel nacional que estuviera bajo su control. Las pláticas que habían iniciado anteriormente con el partido socialista a este respecto habían fracasado. En 1951 el partido, impresionado por la combatividad de los trabajadores de cuello blanco durante las huelgas de 1950, elevó la categoría del grupo sindical de la de un departamento a la de una organización nacional que daría a los sindicalizados radicales una mayor influencia dentro del partido.

El departamento sindical se describe en los estatutos como un órgano que depende del comité ejecutivo nacional. Todos los miembros del comité ejecutivo de veinticinco personas son dirigentes sindicales de tiempo completo, y la mayoría de ellos provienen del sector público de los trabajadores de cuello blanco; en 1968, por ejemplo, el presidente del organismo era un inspector fiscal. Estos dirigentes están sumamente ocupados con su propio trabajo y sólo pueden dedicar un tiempo muy reducido a los asuntos del departamento. El presidente del departamento lamentó la falta de una comisión técnica, debida a falta de fondos destinados a semejante asistencia. Esta situación aumenta la influencia del asesor del departamento, nombrado por el comité ejecutivo nacional, y que por lo general es un abogado experto en asuntos laborales.

El departamento sindical radical no tiene mucha influencia sobre decisiones que afectan a la táctica y la estrategia del partido. El partido radical es, quizás en mayor medida que ningún otro partido político chileno, esencialmente un partido parlamentario; sus decisiones las toman

cuada y reflejaba el ambiente derechista del partido en el momento de su formación, y esperaba lograr que el partido cambiara el nombre por el de departamento sindical (entrevista, Santiago, diciembre de 1968).

³⁸ *Estatutos del partido radical*, 1967, pp. 8-9, 14, 20, 22-23, y 29.

³⁹ A las juntas de la Convención Nacional que es, según los estatutos, la suprema autoridad en el partido, tienen derecho de asistir los dirigentes sindicales radicales que encabezan federaciones o sindicatos nacionales.

⁴⁰ *1er. congreso sindical nacional radical, 28 de abril a 1o. de mayo (1949).*

los miembros parlamentarios y las divisiones se dan dentro del grupo parlamentario, y no entre este grupo y otros del mismo partido. Los diputados y senadores son los únicos funcionarios de tiempo completo del partido; el partido tiene una burocracia organizada menor que el partido socialista, y en cierta manera se parece más a una federación de clubes provinciales que a un partido político moderno. Es solamente en los últimos años cuando el departamento sindical ha sido manejado por dirigentes sindicales únicamente, sin el control de una persona dedicada a la política. En teoría se supone que el departamento organiza a los grupos radicales dentro de las fábricas y por regiones, pero, dada la escasez de sus recursos y colaboradores, desarrolla muy poca actividad y hay pocas organizaciones radicales dentro de los sindicatos de los sectores de trabajadores manuales. Además, estos sindicatos de trabajadores de cuello blanco son en gran medida autónomos; no siguen órdenes del departamento sindical del partido. La única ocasión en que el departamento sindical radical ejerce alguna autoridad es en los congresos de la CUT, aunque esta autoridad se reduce más bien a la coordinación. En estos congresos el departamento instruye a los delegados sindicales respecto a su votación e influye en la composición de la lista de candidatos a ocupar puestos directivos. Sin embargo, en este sentido es difícil distinguir al departamento de un mero grupo reducido de dirigentes sindicales destacados afiliados al partido radical. A veces el departamento indica preferencias entre los posibles candidatos a puestos directivos de un sindicato particular, pero no lo hace sistemáticamente, ni son seguidas en todos los casos sus instrucciones.⁴¹ Incluso al compilarse la lista de candidatos radicales a la directiva de la CUT, la participación del departamento sindical tiende a limitarse a repartir las candidaturas a distintos grupos sindicales y dejar a estos grupos que escojan a sus candidatos. Como no puede pagar los gastos de los delegados a los congresos, no le es posible mostrar su verdadera fuerza. Además el departamento sindical se da cuenta de que los delegados sindicales de cuello blanco afiliados al partido radical estarían mucho menos dispuestos a aceptar instrucciones que los comunistas convencidos.

Dentro del partido el departamento sindical toma una posición de izquierda, especialmente al independizarse más del control de los políticos. Se opuso a la alianza de 1964 con partidos derechistas en apoyo a la candidatura presidencial de Julio Durán. En la división del partido ocasionada por la diferencia de actitudes respecto a la invasión de Checoslovaquia apoyó firmemente al CEN y acusó al senador Enríquez de usar esto como pretexto para separar al partido radical de sus aliados de izquierda.⁴² Apoyó al CEN en su ataque al ministro del Interior derechista

⁴¹ Entrevista con el presidente de la organización provincial de la CEPCh en Concepción (mayo de 1967).

⁴² *El Siglo*, 27 de agosto de 1968.

Pérez Zújovic, durante la administración de Frei, acusándolo de ser responsable de varios de los brotes de violencia de los que el gobierno había estado culpando a la izquierda.⁴³ En la conferencia sindical de agosto de 1968, el departamento patrocinó una moción que favorecía el reingreso a la CUT.⁴⁴ La conferencia de 1968 denunció en términos muy fuertes a la confederación sindical derechista (UTRACH) que se formó con apoyo del ala derecha del PDC y con el respaldo del American Institute for Free Labour Development (Instituto Norteamericano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre). La conferencia, en que la mayor parte del tiempo se pasó en la discusión de salarios y prestaciones de seguridad social, pidió que se aboliera la distinción entre obrero y empleado, que se consultara a los sindicatos del sector público antes de fijar los aumentos de salario, y que se ampliara en general la democracia industrial y se revisara el código del trabajo para eliminar los obstáculos antepuestos a la acción y la unidad sindicales.⁴⁵

Cuando el partido vira hacia la izquierda, el departamento sindical apoya activamente el cambio. Pero cuando el partido vira hacia la derecha, el departamento sindical siente el efecto de dos fuerzas contrarias: una, la lealtad hacia su partido, y la otra, los intereses del movimiento sindical. Los sindicalizados radicales no parecen haber protestado de una manera notoria cuando lanzó el partido su política de represión contra los comunistas.⁴⁶ Los socialistas han atacado frecuentemente esta doble actitud, y acusaron en 1961 al departamento sindical del partido radical de desear la división de la CUT y la alianza de los sindicatos chilenos con la ICFTU y la ORIT.⁴⁷

Los sindicalizados radicales no parecen tener convicciones ideológicas fuertes. Cuando el partido pone en práctica una política que no es de su agrado, los dirigentes sindicales y los sindicalizados parecen retraerse, dedicándose exclusivamente a los asuntos estrictamente sindicales y evitando la discusión de los temas políticos importantes. Los sindicatos de trabajadores de cuello blanco nunca han tenido una tradición de actividad política militante, ni han dado gran importancia a la solidaridad. Aun cuando lo hicieran, no tiene bastante poder dentro del partido para influir en las decisiones políticas del mismo; prefieren una política de izquierda, pero no están tan comprometidos con la promoción de la solidaridad sin-

⁴³ *Última Hora*, 16 de agosto de 1968.

⁴⁴ Los radicales habían abandonado la CUT en 1965, debido a un desacuerdo respecto a la política que entonces tenía la CUT y porque sentían que se les estaba negando una representación adecuada en la conferencia y en el comité ejecutivo (*Última Hora*, 16 de agosto de 1968).

⁴⁵ Organización Nacional Gremial, *Acuerdos de la conferencia sindical realizada el 30 y 31 de agosto de 1968* (manuscrito mecanografiado).

⁴⁶ Es cierto que la JUNECh pidió que se derogara la ley, pero la CEPCh nunca tomó una posición fuerte en contra de ella, aunque expresaron su desaprobación.

⁴⁷ S. Corbalán, "Las bases técnicas de la revolución chilena en la política de frente de trabajadores", *Arauco*, noviembre de 1961, p. 8.

dical con los partidos comunista y socialista como para que deserte del partido radical un gran número de ellos cuando están en desacuerdo con la política del partido.

Sin embargo en un aspecto casi igualaron la intransigencia del partido socialista, al demostrar su hostilidad hacia el gobierno del PDC; y esta hostilidad se tradujo en resentimiento contra los dirigentes sindicales del partido. Esto se debió a que los radicales sienten que ocupan la posición central o centrista en la política chilena y que los demócrata-cristianos les estaban robando su posición. Por lo tanto su intransigencia no se puede atribuir a que los partidos estaban en polos ideológicos opuestos dentro de la política chilena, sino a que estaban tan próximos, pareciéndose su mutua hostilidad a la que se observa en Francia entre el MRP y los radicales franceses. Se negaban, por ejemplo, a participar en los preparativos para el congreso de la CUT en 1968 si se permitía la asistencia de los demócrata-cristianos. Se oponían calurosamente a la política de salarios del gobierno de Frei, basándose en que afectaba particularmente al sector de trabajadores de cuello blanco, sobre todo a los empleados en el servicio público. Si se puede decir que hubo una lucha por la hegemonía de algún partido entre los trabajadores del sector público, habría que reconocer que se dio entre los demócrata-cristianos y los radicales. Los radicales resintieron la súbita intrusión de los demócrata-cristianos en una zona que habían considerado suya por mucho tiempo.

La predicción de que a la larga el partido radical desaparecerá es habitual en la política chilena. Entre dirigentes sindicales uno se encuentra frecuentemente con la opinión de que los radicales sólo influyen en la generación más vieja de dirigentes sindicales, en sectores cada vez más reducidos de trabajadores gubernamentales, y que están perdiendo su influencia progresivamente. Pero si esto es cierto el partido, y el apoyo que recibe en los sindicatos, demuestra de todas maneras una terca capacidad de sobrevivencia política. Quizás el nuevo ritmo de cambio social bajo el gobierno de Allende acelere el proceso de su decadencia; pero la vida de un partido no la determinan únicamente los factores sociales. Si los radicales siguen desempeñando un papel crucial en la coalición de Unidad Popular —atrayendo a sectores de clase media que de otra manera no participarían— entonces quizás siga desmintiendo las predicciones.

8. LOS DEMÓCRATA-CRISTIANOS Y EL RETO AL MARXISMO

ORÍGENES DEL PARTIDO

El Partido Demócrata Cristiano nació de la Falange, que fracasó en su intento de despertar la conciencia social del partido conservador y se vio obligada a separarse.¹ La Falange fue un movimiento de inspiración cristiana, encabezado por un grupo de jóvenes intelectuales católicos, muchos de ellos estudiantes de leyes en una universidad católica, bajo la dirección espiritual de un pequeño número de sacerdotes católicos radicales.² Se lamentaba de la actitud llamada de *laissez-faire* que dominaba la práctica, si no la teoría, del partido conservador, y era igualmente hostil al marxismo, ya que rechazaba la idea de la lucha de clases en favor de un concepto comunitario o corporativo de la sociedad, concepto que puede parecer utópico o autoritario, según la interpretación particular que da a esta filosofía más bien vaga cada vocero individual.

El efecto de la devastación producida por la primera guerra mundial en lo que a muchos chilenos les parecía "la cuna de la civilización", el severo impacto de la depresión económica y la indiferencia de los grupos gobernantes en Chile al sufrimiento que trajo como consecuencia, la dictadura de Ibáñez, el impacto del renovado interés de una parte cuando menos de la Iglesia en el "catolicismo social", las tensiones que en España estallarían muy pronto en una guerra civil: todos estos factores planteaban, según los jóvenes falangistas, la necesidad de reexaminar el

¹ La democracia cristiana tiene sus abogados y sus críticos. Boizard, en *Democracia cristiana en Chile* (1963) examina los primeros años del partido de manera anecdótica pero útil: hay varios tomos de discursos y escritos de Frei, por ejemplo, *Pensamiento y acción* (1958), *Verdad tiene su hora* (1955); A. Silva Bascuñán, en *Una experiencia social cristiana* (1949) estudia solamente los primeros años. Las ideas del ala radical (que ahora constituye otro partido) se esbozan en *Desarrollo de la nueva sociedad en América Latina* (1965), por J. S. Solar y J. Chonchol. Las ideas del ala "ortodoxa" están expuestas en los numerosos volúmenes debidos a Jaime Castillo, entre ellos *Fuentes de la democracia cristiana* (1963) y en su influyente revista mensual *Política y espíritu*.

² Aunque reconocen la inspiración que recibió el movimiento en su primera etapa de sacerdotes como Manuel Larrain y otro jesuita, F. Vines Solar (que se ganó la hostilidad de la jerarquía eclesiástica por organizar sindicatos), los dirigentes del partido restan importancia a su papel en la organización. El P. O. Larson, en *ANEC y la democracia cristiana* (1967) criticó severamente al partido. Larson escribió el libro en un momento en que estaba disgustado porque Frei, en una entrevista, dio la impresión de que ANEC había pasado a manos de un grupo ya politizado de jóvenes radicales católicos, reduciendo así el papel de Larson y de ANEC a la insignificancia.

sistema político, social y económico, así como reorganizarlo a la luz de nuevas ideas.

Las ideas no eran en realidad tan nuevas, aunque en Chile lo parecían. Muchas se derivaban de la filosofía de Jacques Maritain, con su énfasis en el humanismo, el pluralismo y la democracia.³ Frei, que asistió a las conferencias de Maritain en París, sentía que su filosofía enlazaba las ideas democráticas con el mensaje evangélico. También se expresó entusiasmo por el Estado corporativo, pero no se trataba tanto del corporativismo fascista (aunque algunos de los dirigentes manejaban la noción de manera muy semejante a la interpretación del dirigente de la Falange Española, José Antonio Primo de Rivera) cuanto de la comunidad orgánica de la sociedad cristiana, y se encontró, quizás, una expresión mejor en el término "comunitarismo" que se usó más tarde. Es cierto que la primera Falange se consideraba a sí misma como una élite, dueña de los ideales y la capacidad necesarios para transformar la sociedad chilena; de hecho, si no hubiera sido por una fuerte convicción, es difícil ver cómo habría sobrevivido el partido su largo periodo de semioscuridad. Aunque también es cierto que la fe en el movimiento llevó a algunos dirigentes a adoptar actitudes intransigentes, no hay que olvidar que la intransigencia en materia política era frecuente en Chile en la segunda parte de la década de los treinta y la primera de los cuarenta; y no son necesariamente fascistas todas las ideologías que proponen una sociedad organizada jerárquicamente.⁴

El movimiento expresó su creencia en la necesidad de una reforma social en términos que criticaban a los conservadores y también demostraban la hostilidad de la Falange hacia el comunismo y el socialismo, entre los cuales no parecía hacer ninguna distinción teórica. Las raíces de la doctrina social del partido se encuentran en las encíclicas papales, que, aunque se preocupan por la justicia social, atacan también fuertemente el materialismo del socialismo ateo.⁵ En una Declaración de Principios, los partidos demócrata-cristianos de América Latina llegaron incluso a culpar al viejo orden de la creación del marxismo, condenando

el liberalismo exagerado e irreligioso que ha procreado directamente el

³ Para una discusión de estas ideas véase E. J. de Kadt, en *Catholic Radicals in Brazil*, Londres, 1970, pp. 51-58.

⁴ El primer libro de Frei, publicado en 1937, mostró una "preocupación por la dignidad del hombre común que es justamente lo opuesto al desdén de los fascistas por los débiles y su glorificación de la fuerza bruta" (Halperin, p. 187). Véase P. E. Sigmund, "Christian Democracy: Chile", *J. Internat. Affairs*, 20/2, 1966, pp. 332-42, en donde se encontrará un examen de la influencia de Maritain. Por otra parte F. Gil señala la temprana influencia del "Rexismo", el movimiento católico belga teñido de nazismo, aunque su influencia fue de corta duración (*Political System of Chile*, 1966, p. 267).

⁵ Castillo, citado en E. J. Williams, *Latin American Christian Democratic Parties*, Tennessee, 1967, p. 27.

individualismo, el jacobinismo, el capitalismo individualista y la anarquía, y, como reacción, ha engendrado el colectivismo marxista.⁶

Este antimarxismo ayuda a explicar cómo un movimiento en apariencia tan radical como la primera Falange podía unir sus fuerzas, aunque fuera temporalmente, con el partido conservador. El caso es que los falangistas no rechazaban las actitudes conservadoras, sino el liberalismo de *laissez-faire*. En los treinta había poco que distinguiera al partido conservador del liberal, pero siempre había habido entre los conservadores un ala reducida de católicos reformistas, y los falangistas estaban de acuerdo con el énfasis de los conservadores en la importancia de la familia, la religión, la responsabilidad social y las obligaciones de la autoridad. En donde comenzaba el desacuerdo era al aplicarse estos principios a la política. Los falangistas querían que estos principios fueran guías para la acción⁷ —según Frei, "es absurdo presentar un programa político sin el sostén de una concepción del hombre, de la sociedad y del Estado"⁸— pero si el partido conservador actuaba entonces según algunos principios, no eran de ninguna manera los de la Falange. La Falange estaba de acuerdo con los primeros reformistas católicos en la importancia de la organización sindical como defensa ante el sistema liberal, aunque no como medio de llegar al socialismo, ya que los sindicatos católicos tenían también como fin el defender a los obreros de la seducción marxista. La misma FOCh se desarrolló a partir de una sociedad mutualista anterior que había fundado un abogado conservador católico. Los católicos "sociales" tuvieron una participación muy importante en la redacción de las primeras propuestas para un código laboral, que era, hay que admitirlo, de naturaleza bastante autoritaria.⁹ Sin embargo, fuera del partido conservador oficial, con su pequeño grupo de elementos que tenían una concepción ética de las rela-

⁶ *Ibid.*, p. 44.

⁷ M. Fogarty, refiriéndose a la democracia cristiana europea, comenta que "uno no puede familiarizarse con los movimientos demócrata-cristianos [...] sin quedar impresionado con este sentido de apostolado; y no sólo se da entre los jóvenes o entre los dirigentes de los movimientos juveniles o educativos" (*Christian Democracy in Western Europe 1820-1953*, Londres, 1957, p. 31).

⁸ Williams, p. 52. Aunque se podría muy bien argumentar que las declaraciones filosóficas generales de los demócrata-cristianos son tan generales que permiten casi cualquier tipo de programa político.

⁹ Morris (pp. 122-23), dice refiriéndose a J. E. Concha, la figura principal entre los que propusieron este primer código, que él y otros chilenos "analizaron las relaciones obrero patronales [...] con el amplio punto de vista de la moralidad y con una especie de filosofía cataclísmica de la caída del hombre industrial moderno, para la cual encontraron apoyo en la literatura chilena contemporánea y en la doctrina papal". Para ellos no era esencialmente un asunto económico o legal, sino, como explicó Concha, "fundamentalmente una cuestión psicológica, moral y religiosa, cuya solución se encontraría, si el mundo estuviera dispuesto, solamente en las enseñanzas de Cristo, practicadas por el individuo y respetadas y apoyadas por el Estado con sus leyes".

ciones industriales, había otras manifestaciones más radicales de catolicismo en este campo. En 1920 un grupo de católicos que incluía a Blest fundó las Casas del Pueblo, en un intento de practicar la pobreza cristiana y redimir a la clase obrera con su ejemplo. Este movimiento lo detuvieron las autoridades eclesiásticas cuando el grupo quiso llamar a una de sus sucursales "Cristo el Obrero", pero reiniciaron sus actividades en 1922 con la formación de un partido popular de corta vida, que estaba influido por las ideas del italiano Luigi Sturzo y su partido. Aunque estos movimientos fueron efímeros, fueron también recurrentes. En 1928 los radicales católicos formaron un partido llamado Germen¹⁰ y en 1932 formaron un Partido Corporativo Popular, en el cual participaron activamente varios dirigentes de la posterior Falange.

Fue así como la Falange se apoyó en una tradición activa preexistente, si bien muy minoritaria, de sacerdotes y legos católicos preocupados por las condiciones de vida de las masas, aunque no logró suscitar una respuesta de importancia en la clase obrera, debido a que la dirigía una élite paternalista. Ha persistido en el Partido Demócrata Cristiano una actitud paternalista que impone desde arriba lo que cree conveniente para la clase trabajadora, sin consultarla; esta actitud resultó especialmente notoria en el fracasado intento de reformar el código laboral en 1965.

Un largo debate acerca del nombre que tomarían precedió a la formación de la Falange. Se pensó que sería inconveniente utilizar el término "cristiano", ya que el partido quería permanecer independiente de la Iglesia, aunque no ocultaba el hecho de que se inspiraba en el cristianismo. Por otra parte, se pensaba que el partido debía aclarar su posición en la lucha política entre las dos filosofías mundiales: comunismo y cristianismo; escogió por lo tanto el nombre de Falange Nacional, animado por un espíritu de solidaridad internacional. Aunque formó parte de la sección juvenil del partido conservador en 1935, siempre mantuvo su independencia y autonomía dentro de él, y organizó un ala paramilitar, siguiendo el ejemplo de los partidos socialista y comunista y el de la extrema derecha.¹¹ Sin embargo, la conexión con el partido conservador se rompió muy pronto. Cuando la Falange se opuso a la postulación de Gustavo Ross —el impopular ministro de Finanzas de Alessandri y campeón de la derecha— como candidato a presidente en las elecciones de 1938, los conservadores ordenaron una purga y reorganización de su sección juvenil y de la Falange, medida que ocasionó la separación de ésta en 1938.

El partido mantuvo una posición relativamente independiente en cuanto a política. Apoyó algunas de las medidas del gobierno del Frente Po-

¹⁰ El emblema del partido era una cruz, una hoz y un martillo (Boizard, p. 201).

¹¹ Esta sección militarizada, que no era especialmente importante, ha sido explicada un tanto bizantinamente diciendo que no era una imitación de los métodos fascistas, sino lo contrario: la creación de una fuerza vigorosa con la cual combatir el fascismo (ibid., pp. 189-90).

pular; votó por el candidato a presidente postulado por el partido radical, Juan Antonio Ríos, en 1942, para oponerse a la candidatura de Ibáñez; llegó a tener, durante poco tiempo, algunos ministros en el gobierno, y se retiró cuando estuvo en desacuerdo con políticas tales como la laboral que condujo a la masacre de la Plaza Bulnes en 1946, y que obligó a Frei a renunciar a su cargo de ministro de Obras Públicas. Se opuso a que se suprimiera al partido comunista en 1948 (y ya desde 1954, a la intervención norteamericana en Vietnam). Para decirlo en pocas palabras, el partido viró hacia la izquierda, perdiendo sus tempranos y ambiguos nexos con el fascismo de tipo español. Conservó una reputación de integridad y firme adhesión a sus ideales; virtudes inusitadas en la política chilena de esa época. No logró hacer mella en el mundo laboral, aunque logró colocar a uno de sus miembros en el comité ejecutivo de la CTCh.¹²

El partido siguió siendo reducido aunque no carente de importancia hasta 1957, después de unirsele miembros del partido social-cristiano de Eduardo Cruz Coke —otro grupo separatista conservador— y cambiar su nombre a Partido Demócrata Cristiano. No fue sino hasta este momento que comenzó a ganar apoyo electoral, obteniendo 9.4% de los votos en las elecciones para diputados, cuando atrajo los votos de muchos partidarios de Ibáñez decepcionados de su ídolo (entre ellos había muchas mujeres que habían recibido el voto recientemente).

El partido también vio aumentar sus filas al derrumbarse la coalición populista que había apoyado a Ibáñez en su campaña electoral victoriosa de 1952; especialmente se volvieron hacia el PDC los miembros desencantados del PAL. Los miembros de ese partido, al terminar los débiles intentos de reforma populista de Ibáñez, se trasladaron al partido al que oponían menos objeciones: el de los demócrata-cristianos. Los miembros del PAL no eran ni mucho menos marxistas, sentían que el partido radical, desalojado en 1952 de sus posiciones de poder, estaba desacreditado, querían abogar por más cambios que los que parecían aceptables a los partidos conservador y liberal —y estaban ansiosos de recuperar el poder.

DOCTRINA Y DIVISIONES DEL PARTIDO

El Partido Demócrata Cristiano forma parte de un movimiento internacional que, si bien exige menos que el movimiento internacional comunista, contribuyó sin embargo a dar forma a la doctrina y a la organización y a delimitar las metas de la democracia cristiana chilena (y ayudó a proporcionarle fondos en épocas electorales críticas, sobre todo en

¹² Y sin embargo, como para indicar que la Falange no se ocupaba mucho de los asuntos sindicales, Bernardo Leighton, al rendir informe ante el cuarto congreso de la Falange, en 1946, se lamentaba de que el trabajo de Lorca (el falangista miembro del comité ejecutivo de la CTCh) pasaba casi inadvertido, incluso dentro de la misma Falange (ibid., p. 272).

1964).¹³ El partido chileno refleja las ideas generales, y también las contradicciones, del movimiento internacional. Los demócrata-cristianos, quizás aún más que los comunistas, son amantes de discutir y exponer sus ideas fundamentales. Ensalzan la importancia de la familia, defienden los derechos humanos básicos, atacan los males del capitalismo irrestricto y del comunismo totalitario.¹⁴ En contra de estos dos sistemas proponen la alternativa de una sociedad comunitaria, aunque la tensión surgida entre esta forma de pluralismo social y la necesidad de controlar un Estado poderoso y burocrático para lograr el desarrollo económico ha provocado debate interno en el partido, especialmente desde 1964.

Un elemento fundamental de la doctrina pluralista de la democracia cristiana es la idea de que los individuos o grupos tienen una esfera propia legítima, que debe mantenerse libre de interferencias surgidas de otras del mismo nivel o de otro más alto. De acuerdo con este principio el sindicato es visto como una entidad natural que debería mantenerse libre de interferencias políticas, control del Estado o control patronal. La justificación de esta posición no es económica. Como dice Fogarty,

en el campo del trabajo como en todos los demás [los demócrata-cristianos] están interesados ante todo en la personalidad humana, y por lo tanto en la construcción de comunidades industriales autónomas y cooperativas, que son la forma de sociedad que les parece favorecer mejor su desarrollo.¹⁵

Si el capital tiene funciones y responsabilidades, también las tiene el trabajador, y la conclusión lógica de esta responsabilidad conjunta es el control conjunto de la industria. Aquí es donde surgen los problemas prácticos, ya que un sindicato no puede ser controlado por los demócrata-cristianos, pero en cambio será controlado por comunistas o socialistas que (según los teóricos ortodoxos), al importar nociones falsas acerca de la lucha de clases y del control político, distorsionarán la "verdadera" función de los sindicatos. Además en la práctica los patrones chilenos demócrata-cristianos están, como sus colegas europeos, mucho menos interesados que sus empleados demócrata-cristianos en compartir realmente el poder con los sindicatos.¹⁶

¹³ Aunque esto no lo admiten por lo general los dirigentes del partido, es uno de los secretos públicos de la política chilena comprobada sobre todo por el enorme despliegue de costosa propaganda que distinguió esa campaña.

¹⁴ Véase, por ejemplo, PDC, *Declaración de principios y el ABC de la democracia cristiana* (1963).

¹⁵ Aunque Fogarty escribe acerca de la democracia cristiana europea, se puede aplicar al caso de Chile su esbozo de la doctrina, aunque no el de la práctica política (p. 59).

¹⁶ Este tipo de dilema entre la teoría y la práctica política recurre con frecuencia. Así Fogarty explica que los demócrata-cristianos italianos, aunque en teoría eran entusiastas defensores del ideal de regionalismo y de gobierno local, durante

La democracia cristiana diseña con facilidad modelos para la sociedad comunitaria futura, sin olvidar el papel que jugarán y la estructura que tendrán las entidades sociales, y entre ellas los sindicatos. Pero le resulta mucho más difícil diseñar un modelo de cómo deben comportarse los demócrata-cristianos en el imperfecto mundo real —en una situación en la cual, por ejemplo, los marxistas tienen ideas muy distintas respecto al papel de los sindicatos y están igualmente convencidos de que tienen razón. ¿Deberían cooperar con ellos los demócrata-cristianos, cooperación que implicaría la aceptación aparente de la tesis de la lucha de clases? ¿O deberían oponerseles y comportarse como cualquier otro grupo político que trata de conquistar un campo de influencia en el movimiento sindical? Este dilema se volvió una cuestión muy real y práctica para los demócrata-cristianos una vez que tuvieron el poder.

El ABC del partido, que está dedicado a explorar las implicaciones del pluralismo, argumenta que los sindicatos deben ser libres respecto del Estado, del patrón o del partido político. Aunque un sindicato puede funcionar como instrumento en la lucha de clases de la sociedad liberal capitalista, esta función se habrá superado en la sociedad demócrata-cristiana, cuando se convierta en agente de la transformación de la empresa o compañía, llevándola desde el reparto de utilidades a la cogerencia, de ahí a la copropiedad, hasta convertirla en una empresa plenamente comunitaria. Aunque las huelgas están justificadas en una sociedad liberal capitalista, no lo estarán en una sociedad plenamente democrática cristiana, ya que entonces los intereses de los trabajadores serán los mismos del país y los medios de producción serán propiedad de los trabajadores¹⁷ —argumento cuya semejanza con la doctrina comunista es obvia.

Del concepto de pluralismo tiende a seguirse la defensa de la libertad sindical, o sea el derecho del trabajador a inscribirse en el sindicato que elija él mismo —doctrina que se utilizó para justificar la reforma propuesta al código de trabajo, y que hubiera terminado con el sistema actual de afiliación obligatoria en el sindicato industrial (limitado a una sola fábrica) y reducido notablemente la influencia de socialistas y comunistas. Estas ideas también se habían planteado anteriormente, por boca del padre Alberto Hurtado, el sacerdote responsable de la formación de la ASICH, el movimiento sindical de la Acción Católica. Hurtado argüía que tiene que haber libertad para formar y afiliarse a los sindicatos, ya que ésta situación es más democrática, no obliga a la gente a formar asociaciones, mantiene activos a los dirigentes del sindicato en servicio de los sindicatos mismos, en vez de crear puestos privilegiados, libera a los sindicatos del control exterior, ayuda a producir una libre decisión, en vez de la obligación, como base de la acción sindical, y permite a más

muchos años no hicieron nada por poner en práctica estas teorías —¡debido a que algunas regiones eran controladas por los comunistas! (p. 88).

¹⁷ Ibid.

trabajadores sindicalizados el acceso a la experiencia como dirigentes.¹⁸ Sus ideas fueron aceptadas, en general, por el partido.

Pero la cuestión sindical no era la más importante para los demócrata-cristianos. La reforma agraria, el problema de los "marginados", la educación y el cobre, todos resultaron más apremiantes. De hecho parece haberse presentado un conflicto entre la preocupación por los "marginados" y la preocupación por los sindicatos. Landsberger escribe que

la política laboral en el sentido restringido de las soluciones que se den a los problemas del trabajador sindicalizado, se puede ver con mayor claridad si se toma como una parte subordinada o incluso competidora del programa del gobierno para ayudar a los pobres previamente no organizados.¹⁹

Los demócrata-cristianos veían a los trabajadores sindicalizados como un sector relativamente privilegiado; su preocupación más inmediata, quizás debido a que les ayudaría a obtener un amplio apoyo electoral, era por los trabajadores rurales, en donde casi no había sindicatos, y por los pobres, muchos desempleados o subempleados y muy lejos de sindicalizarse.

La concentración de la atención de los demócrata-cristianos en la población marginada era muy diferente de la actitud tradicional de los demócrata-cristianos europeos. Influyó en el partido un grupo de jesuitas encabezados por el sacerdote belga Roger Vekemans, de DESAL, centro de estudios dedicado a los problemas sociales y económicos, que publica una revista influyente, *Mensaje*.²⁰ Vekemans define a los marginales como el grupo que está en la base de la escala social y que queda realmente fuera del sistema social.²¹ Son esencialmente pasivos respecto a su propio bienestar, no tienen ninguna capacidad o poder para modificar su situación; no pueden ejercer ninguna influencia porque no pueden organizarse y les falta toda cohesión interna. Debido al hecho de que constituyen un sector tan grande de la sociedad, su misma existencia tiende a detener o restringir la transformación revolucionaria. Vekemans discrepa de los marxistas, que ven como solución el desarrollo de la conciencia de clase en estos grupos marginados, y con ella la voluntad de cambiar su situación

¹⁸ *Sindicalismo: historia, teoría, práctica*, 1950, pp. 56-65.

¹⁹ "Ideology and Practical Labor Politics", en Zanartu y Kennedy, p. 117. Mientras que las metas de la política laboral eran las comunes de empleo, precios estables, salarios mínimos, etc., también incluían una mayor igualdad económica en el sector obrero: un objetivo notoriamente difícil de lograr para cualquier gobierno.

²⁰ Para un estudio de Vekemans y sus ideas sobre Promoción Popular, véase de Kadt, "Paternalism and Populism: Catholicism in Latin America", *J. Contemp. Hist.*, octubre de 1967, pp. 96-97.

²¹ "Marginalidad, incorporación e integración", *Boletín* (Inst. Estud. Soc., Centro de Documentación), n. 37, pp. 29-41.

de explotados. La marginalidad es una condición total; no se aplica únicamente a la condición de trabajo, sino a todos los aspectos de la participación política, social y cultural. Por lo tanto el cambio sólo puede sobrevenir gracias a presiones externas, por la Promoción Popular. Esta labor no la puede realizar una sola agencia gubernamental; tiene que ser obra de todos los ministerios, ya que los marginales constituyen nada menos que el 50% de la población total de Chile —incluyendo a todos los trabajadores rurales, la tercera parte de la población urbana (que vive en "ciudades perdidas", arrabales o "villas-miseria") y el subproletariado subempleado.²² La integración de esta enorme sección de la población sólo se puede realizar por una transformación social masiva y general. La Promoción Popular ayudará a los marginales a organizarse; las presiones iniciadas serán irresistibles, y acabarán por integrarse a la sociedad total.

Este análisis teórico fue muy importante para el desarrollo de la doctrina demócrata-cristiana. La solución del problema de la marginalidad se podía presentar como el camino pacífico a la transformación social, que evitaría la lucha de clases y el conflicto inherente al marxismo. También resultaba conveniente desde un punto de vista práctico, ya que al buscar la transformación social por este camino los demócrata-cristianos no se verían obligados a retar a los marxistas dentro de los sindicatos, en su propio terreno, sino que podrían construirse una base de apoyo masiva fuera de los sindicatos. A esto se debió el papel secundario que ocuparon en la práctica los asuntos sindicales en el primer periodo del gobierno demócrata-cristiano: o sea cuando el optimismo con que se confiaba en el programa de Promoción Popular no se había disipado todavía. Pero, como señala De Kadt, aquí hay una importante contradicción:

Lo que las masas llegan a desear, su tipo de revolución, puede tener muy poco en común con los planes que tiene el gobierno para dirigir el funcionamiento del Estado y la sociedad.²³

Sin embargo, debido a falta de fondos, a la oposición política y a desencanto en el partido, la Promoción Popular, lejos de ser la piedra angu-

²² *Ibid.*, p. 35. Y si sus cálculos eran correctos era, en potencia, una enorme base electoral la que podían movilizar los demócrata-cristianos, ya que según Halperin (p. 210) tenían una gran ventaja sobre la social-democracia europea: "no están limitados por la tradición histórica del socialismo decimonónico" según la cual solamente la clase obrera, muy estrictamente definida, puede formar la base de un partido.

²³ De Kadt, en *J. Contemp. Hist.*, octubre, 1967, p. 97. Y añade: "Éste es un problema real, y se refleja en la hostilidad hacia Promoción Popular de aquellos que ocupan una posición política hacia la izquierda del gobierno, tanto dentro del Partido Demócrata Cristiano como fuera de él. Ven a la organización como un intento de ahogar el potencial revolucionario del subproletariado [...] Para sus opositores, entonces, Promoción Popular se está convirtiendo, con intención o sin ella, en un instrumento del Partido Demócrata Cristiano, en una organización política que provee empleos a quienes la apoyan y votos en las elecciones."

lar de la política del gobierno, se vio relegada a un papel subsidiario y nunca pareció capaz de proveer la base masiva alternativa de apoyo.

La Promoción Popular, a pesar de su aparente radicalismo tal y como lo exponía Vekemans en sus escritos, era en realidad un concepto paternalista y manipulador. Se convirtió en la política del ala derecha del Partido Demócrata Cristiano. En cambio el ala izquierda abogó por la política contraria de colaboración con otros grupos, incluyendo a los marxistas, dentro de los sindicatos y en contra de patronos y capitalistas. Esta división doctrinal del partido condujo a una división efectiva, cuando, en mayo de 1969, el ala rebelde se separó para formar el MAPU y unirse con Allende en la campaña presidencial, para participar más tarde en su primer gabinete.

El Partido Demócrata Cristiano es, con relación a los demás partidos chilenos, un partido bastante unido, pero siempre ha habido divisiones internas por diferencias de opinión. Petras divide a los demócrata-cristianos en corporativistas y populistas. Define a los corporativistas como aquellos que apoyan la estructura social jerárquica existente, así como su organización económica. Esta estructura jerárquica permite poca participación de la base. Las élites controlan y manipulan; la política se decide por acuerdo entre las élites que comparten los mismos valores y supuestos: los viejos dirigentes demócrata-cristianos y los que ingresaron al partido después de disolverse el PAL de Ibáñez, corresponden a este grupo. En cambio los populistas insisten en la importancia de la participación popular (aunque no de la Promoción Popular). Pueden ser igualitarios radicales y oponerse a todas las formas de la jerarquización. Su apoyo proviene de los sindicatos, especialmente de los sindicatos rurales creados por la actividad del partido, aunque también reciben apoyo de la juventud demócrata-cristiana y de la que fue sección rebelde del partido.²⁴ Todos los grupos comparten el mismo vocabulario, pero mientras uno de estos grupos puede indicar con el término "comunitarismo" un sistema parecido al socialismo, con propiedad colectiva de las empresas, otro sólo querrá significar alguna participación de los obreros en la gerencia.

El ala izquierda del partido, encabezada por la facción rebelde, ganó una reducida mayoría dentro de la Junta Nacional del partido, que retuvo por breve tiempo (suficiente para causar alguna molestia al gobierno), en julio de 1967. El diputado rebelde Julio Silva Solar fue elegido secretario general y el ejecutivo se compuso de manera predominante con miembros de la izquierda del partido. La Junta aprobó por unanimidad el informe de una comisión encabezada por Jacques Chonchol, el experto en reforma agraria del partido (más tarde ministro de Agricultura de Allende), informe que se llamó "Plan para el desarrollo no-capitalista del país". En este plan se proponía una política amplia de nacionalización y reforma social, y se interpretó como crítica implícita del lento paso de

²⁴ Petras, *Chilean Christian Democracy*, pp. 2 y 12-16.

las reformas bajo la administración de Frei. La Junta también aprobó el establecimiento de una sucursal de la organización llamada OLAS (con base en La Habana) siempre y cuando la sucursal no propusiera ni apoyara insurrecciones dentro de Chile, a pesar de que el objeto de la organización era precisamente difundir las ideas de Castro a través de América Latina.

La victoria de la izquierda dentro del partido fue de corta duración. Mediante un gran esfuerzo el gobierno logró que se convocara a junta nacional extraordinaria en enero de 1968, y en esta reunión los rebeldes fueron derrotados y se eligió un comité ejecutivo gobiernista. Con esta derrota la facción rebelde perdió la tribuna que le permitía atacar al gobierno en general y en particular al ministro de Trabajo, William Thayer, a cuya política se oponían completamente. En mayo de 1969, algunos pero no todos los rebeldes abandonaron el partido para formar el MAPU. El senador Rafael Gumucio, uno de los dirigentes de la facción rebelde (otros eran un puñado de diputados, que incluía a los dirigentes reconocidos de la facción en la Cámara de Diputados) resumió su posición en su carta de renuncia:

El ideal que siempre nos unió [en el partido] era la lucha contra las injusticias de la estructura capitalista [...] Ahora la situación es distinta [...] Somos menos un instrumento de la transformación revolucionaria de la sociedad que una fuerza que administra el sistema y garantiza el orden establecido.²⁵

En el congreso de enero de 1968, cuando fue derrotada la facción re-

²⁵ "Chile: Schism among Christian Democrats", en *Latin America*, 9 de mayo de 1969. Añadió: "En el curso de 35 años de actividad política nunca había pensado que llegaría el momento en que, por motivos de honradez política, me vería obligado a salirme del partido [...] La experiencia de gobernar tuvo el efecto, a mi juicio, de radicalizar las posiciones políticas, desplazando a unos hacia la derecha y a otros hacia la izquierda. Esto produjo una serie de enfrentamientos y desacuerdos graves imposibles de ocultar." Esta no fue la primera división dentro del partido desde 1964, pero sí la más seria. En agosto de 1965 el diputado Emilio Lorenzini, un falangista de toda la vida que había tomado parte activa en la famosa huelga rural de Molina en 1953, renunció como protesta por la lentitud de la reforma agraria. Lorenzini escribió: "[...] hay un verdadero aparato que ha logrado dominar al partido y desplaza a los viejos militantes. Y no se está haciendo nada por los trabajadores. Se nota una gran pérdida de confianza entres los campesinos." Sin embargo el partido logró persuadirlo de que regresara al cabo de veinticuatro horas (A. Olavarría Bravo, en *Chile bajo la Democracia Cristiana*, 1966, p. 303). En 1966 el diputado Patricio Hurtado fue expulsado por simpatizar excesiva y públicamente con Cuba; y en 1967 el diputado Rudolfo Werner sufrió el mismo castigo por declarar que sus colegas habían traicionado su promesa de hacer una revolución con libertad y acusar a los demócrata-cristianos de estar integrando una nueva élite sin apoyo público (*Punto Final*, junio de 1966, pp. 8-9). Además de la facción rebelde del partido había también un grupo "tercerista" —menos radical pero que también criticaba al gobierno y sostenía que debía haber una confrontación decisiva con la oligarquía.

belde, los partidarios del gobierno pasaron una resolución defensiva en la cual proclamaban que "sólo la unidad del gobierno, la unidad del partido y la unión de gobierno y partido" podrán realizar la revolución en libertad.²⁶

El debate interno del partido que terminó en el cisma de 1969 sacó a relucir todas las diferencias que habían dividido al partido en facciones —y los trabajadores sindicalizados demócrata-cristianos no permanecieron indiferentes ante el debate y sus implicaciones. Por una parte se alineaban los partidarios del gobierno, los que temían más al reto de la izquierda que al compromiso con la derecha, los que veían como elemento esencial de la estrategia del gobierno la necesidad de imponer límites estrictos a las exigencias salariales de los sindicatos, los que enfocaban con cautela los asuntos claves de reforma agraria y las propuestas respecto al cobre y se preocupaban más de lograr una transición suave que de lograr cambios drásticos, los que insistían en la importancia y necesidad de la lealtad al gobierno. Por la otra parte se alineaban los impacientes con la lentitud del gobierno que deseaban buscar alianzas con la izquierda para minar la fuerza de la derecha, los que preferían las reformas estructurales al sistema económico a las simples restricciones de exigencias salariales, y que presionaban en favor de la acción urgente en el sector rural y de posiciones más duras ante las compañías norteamericanas que explotaban el cobre. La división no era de ninguna manera nítida y había grupos que compartían algunos puntos de vista con este bando y otros con aquél, los llamados "terceristas". Los dirigentes sindicales del partido, cuando menos los que integraban su departamento sindical, adoptaron gradualmente los puntos de vista de la facción rebelde; aunque siguieron leales al partido.

Antes de examinar las relaciones de los dirigentes sindicales demócrata-cristianos con el movimiento sindical antes de la administración de Frei y durante la misma, es necesario dar un vistazo a la composición del partido desde el punto de vista social, y a los sectores donde recibe apoyo de los sindicatos.

BASE SOCIAL DEL PARTIDO

Como el partido fue fundado por intelectuales católicos de la clase media y alta, durante muchos años ellos constituyeron su núcleo central; y aún hoy día es notable la continuidad de estos dirigentes en puestos de autoridad, aunque la base social de sus miembros y del electorado es mucho más amplia. Los fundadores del partido, Frei, Radomiro Tomic, Bernardo

²⁶ "Chile: Frei turns the table on the rebels", en *Latin America*, 12 de enero de 1968. La asamblea alabó al gobierno por sus logros considerables; aunque también pasó (por una pequeñísima mayoría de cuatro votos) una moción en contra de la restricción parcial al derecho de huelga propuesta por el gobierno al Congreso.

Leighton y otros, han seguido gozando de la autoridad y del prestigio que corresponde a dirigentes que continuaron activos en su partido durante muchos años, en épocas en que su futuro político y electoral era sumamente dudoso, de manera muy semejante a lo que ocurre en el MRP francés.

El partido ha seguido siendo, cuando menos en cuanto a la composición social de sus miembros, predominantemente de extracción clase media, aunque hasta cierto punto esta clase media sea de formación más reciente que la de los partidarios del partido radical: el demócrata-cristiano "típico" no es el burócrata gubernamental de corte antiguo o el maestro de escuela o abogado de provincia que componen el corazón del partido radical. Es más probable que sea miembro de la clase media profesional urbana, o trabajador calificado o gerente, grupos que han surgido al diversificarse la economía durante los últimos veinte años.²⁷ El partido se atrajo el apoyo de los industriales y de los sectores comerciales y bancarios con los grandes triunfos electorales de 1964 y 1965, pero muchos miembros de estos grupos apoyaron a Alessandri en 1970.

El partido parlamentario refleja la continuidad de ex-falangistas en la jerarquía política. Aunque no se tienen cifras exactas, parece ser que en 1967 de los 81 diputados 30 eran ex-falangistas, 32 hicieron su noviciado político después de que el partido cambió de nombre, 9 habían ingresado provenientes del PAL, 5 venían del partido conservador, 2 de los liberales, y 2 eran de antecedentes políticos indeterminados. En el senado predominaban aún más los falangistas; 7 habían pertenecido a ese partido, 1 había venido del partido democrático nacional, 2 provenían de grupos socialistas, 1 de un grupo partidario de Ibáñez, y 1 del partido conservador.²⁸ Casi todos provenían de la clase media, siendo los abogados el grupo más numeroso.

La base electoral del partido se ha ampliado notablemente desde la primera parte de la década de los cincuentas, cuando recibía menos del 5% de los votos. Esto no significa simplemente que haya recibido a los descontentos de otros partidos, ya que el aumento del voto se ha producido al mismo tiempo que ha aumentado significativamente el número de votantes. En las elecciones para el congreso de 1953, por ejemplo, hubo un

²⁷ "Lautaro", *Crítica de una tesis tradicional*, p. 7.

²⁸ "Ficha de los 81 diputados del PDC", en *Punto Final*, 19 de diciembre de 1967, pp. 4-6. Una encuesta hecha al terminar la elección presidencial de 1958 confirmó la impresión que se tenía de que, cuando menos entonces, los sectores de la clase media apoyaban al partido. Casi el 40% de los entrevistados que habían votado por Frei en 1958 se describían a sí mismos como "centristas"; y en la categoría segunda de la clasificación por ocupación (descrita como "empleados ejecutivos" y "profesionales universitarios"), la preferencia más marcada (22% del total) era para Frei; lo mismo sucedió en la categoría cuarta (descrita como "empleados no ejecutivos" y "profesionales no universitarios"), con una preferencia de 19% para Frei (Briones, en *R. Interamerica Ci. Soc.*, 2/3 (1963), pp. 390 y 394).

total de tres cuartos de millón de votos; en las elecciones municipales de 1963 (cuando logró el 22% de los votos el Partido Demócrata Cristiano) el electorado había aumentado a poco más de los dos millones; para 1965 (cuando el partido contó con el 44% de los votos) había aumentado hasta 2 300 000 aproximadamente; y en las elecciones para el congreso de 1969 (cuando bajaron sus votos a 31%) el número total de votos había sobrepasado los 2 400 000. El ascenso espectacular de la votación en favor del Partido Demócrata Cristiano tuvo lugar entre 1961 y 1964-65; después de eso cayó hasta representar sólo la tercera parte del total, y en las elecciones municipales de 1971 se redujo a la cuarta parte.

El partido cuenta con apoyo electoral especialmente bueno en las ciudades entre los habitantes de los arrabales (cuando menos en 1964 y 1965) y entre las mujeres, de las cuales el 63% votó por Frei en 1964 mientras que sólo el 49% de los votos masculinos lo apoyaron. Incluso en la mayor victoria electoral del PDC, cuando recibió Frei el 56% de los votos en la elección presidencial de 1964, las zonas en donde predominaban los sindicatos fueron justamente aquellas en donde Allende resistió mejor el reto del PDC. Aunque esto no es una guía segura para apreciar la fuerza de los sindicatos, de hecho Zeitlin y Petras descubrieron que en las municipalidades en donde el 40% o más de la fuerza de trabajo estaba empleada en manufacturas, minería o construcción, por lo regular la votación en favor de Allende era superior a la que apoyaba a Frei. El apoyo electoral de Frei aumentaba al bajar el porcentaje de la fuerza de trabajo dedicada a trabajos manuales. En Gran Santiago mismo encontraron que en las siete municipalidades en que el 40% de los trabajadores o más estaban empleados en el sector secundario, cinco otorgaron una ligera mayoría a Allende.²⁹ La elección presidencial de ese año fue excepcional desde muchos puntos de vista, ya que se trató de una competencia polarizada, votando muchos sectores derechistas por Frei porque lo consideraban el menor de los males. Sin embargo un cuidadoso análisis muestra que Frei avanzó menos entre los trabajadores.

La elección de diputados de 1969 puede prestarse a un análisis más justo, ya que todos los partidos estaban compitiendo. El Partido Demócrata Cristiano tuvo mayor fuerza en las dos ciudades más grandes, Santiago y Valparaíso, y menor fuerza en las viejas zonas mineras. Hay una relación muy clara entre el alto nivel de desarrollo económico y el apoyo al partido y una relación negativa entre el voto por el PDC y el partido radical, que

²⁹ M. Zeitlin y J. Petras, "The working class vote in Chile: Christian Democracy versus Marxism", *Brit. J. Sociol.*, marzo de 1970, pp. 21 y 26. También encontraron que si se tomaba el voto masculino por separado en las nueve mayores ciudades chilenas, sin contar a Santiago, Frei obtendría en cuatro de ellas la mayoría y Allende cinco. En 1970, también, mientras mayor era la proporción de obreros mineros y empleados en ocupaciones secundarias, mayor era la votación por Allende (Petras, "Clase obrera chilena", *Punto Final*, enero de 1971, pp. 2-5).

tuvo más votos en las ciudades pequeñas y las zonas menos desarrolladas.³⁰ Las provincias más industrializadas y con un nivel alto de empleo en el ramo comercial y el sector de servicios son las que apoyan más al PDC. Es sobre esta base que Faletto y Ruiz argumentan que

la democracia cristiana representa a la burguesía industrial moderna [...] respaldada por el financiamiento del Estado, dado que el 70% de la inversión total proviene del sector público.

Y ésta ha generado una burocracia modernizada, localizada en los grandes centros urbanos industriales que apoyan al Partido Demócrata Cristiano.³¹ Si fue cierto que la "burguesía industrial moderna" apoyó a Frei en 1964, esto se debió mucho más, seguramente, al temor de que ganara Allende que a la simpatía por los demócrata-cristianos. Cuando se les presentó un candidato aceptable, popular y derechista, en 1964, el apoyo de los industriales volvió a ser para Alessandri.

El apoyo sindical a los demócrata-cristianos debe entenderse en el contexto del crecimiento del apoyo a ese partido a nivel nacional. Aunque los socialistas, los comunistas y los radicales tienen posiciones muy firmes en el mundo sindical, están lejos de monopolizar la simpatía política de los trabajadores sindicalizados, y no hay ningún motivo para suponer que éstos fueran inmunes a la ola de entusiasmo popular en favor de los demócrata-cristianos que recorrió el país a principios de la década de los sesentas, o que no hubo algún desplazamiento proveniente de otros partidos, y de aquellos sectores que antes no tenían ningún compromiso político, que vino a engrosar las filas del Partido Demócrata Cristiano. Al principio, cuando menos, el gobierno demócrata-cristiano atrajo fuertemente a dirigentes sindicales derechistas como Wenceslao Moreno, de la COMACH, o Rubén Hurtado de los trabajadores de la Refinería de Azúcar Viña, o Carlos Ibáñez King, del Sindicato de Choferes de Santiago, que esperaban que pertenecer al partido no sólo los beneficiaría, a ellos y a sus sindicatos, sino que sería además compatible con la asociación con la ORIT y la ICFTU, asociación impensable para los sindicalizados socialistas y comunistas, y que llegaría a serlo incluso para los radicales.

Es indudablemente cierto que el Partido Demócrata Cristiano recibe un considerable apoyo de los trabajadores de cuello blanco, sobre todo los del sector público, pero también lo tiene en cierta medida en los sindicatos industriales de fábricas. El estudio que hizo Landsberger en 1962 reveló que el 23% de los presidentes de sindicatos entrevistados confesaban que apo-

³⁰ La relación era -0.5 (Faletto y Ruiz, en *Chile, Hoy*, p. 218. La información contenida en este párrafo fue tomada de este artículo).

³¹ Y también se refieren al apoyo que recibe el Partido Demócrata Cristiano en aquellas zonas donde la reforma agraria ha producido algún beneficio concreto a los trabajadores agrícolas, y entre los sectores marginados, gracias a Promoción Popular (ibid., pp. 224-25).

yaban al PDC.³² Las diferencias entre los presidentes sindicales demócrata-cristianos y los demás no eran notables, aunque los primeros habían tenido una mejor educación, a juzgar por los años de instrucción primaria o secundaria y los intentos posteriores de seguir educándose en cursos para adultos. Había pocas diferencias en cuanto al origen social o la categoría actual en el trabajo (tanto los que apoyaban al FRAP como los que apoyaban al PDC estaban repartidos equitativamente a lo largo de la escala que iba desde el trabajador no calificado hasta el calificado con responsabilidades de supervisión). Había una débil tendencia en los demócrata-cristianos a estar más satisfechos con su trabajo y tenían relaciones un poco mejores con sus patrones (aunque esto no tiene por qué relacionarse con su ideología política), pero casi no había diferencias en cuanto a su concepción de las metas ejerciendo cargos sindicales³³ o en cuanto al tipo de industria o empresa en la cual trabajaban, pero los sindicatos cuyo presidente pertenecía al FRAP solían estar afiliados a la CUT. En cuanto a su opinión respecto al grado de cambio social que se requería en Chile, el 28% de los demócrata-cristianos y el 42% de los afiliados al FRAP querían una "total e inmediata reestructuración de la sociedad".

A nivel nacional la fuerza de los demócrata-cristianos reside en los sindicatos del sector público y en los rurales, aunque hay pocas confederaciones grandes o sindicatos que no tengan algunos representantes del PDC en su comité ejecutivo. En el congreso de la CUT de 1968, por ejemplo, de los 21 miembros propuestos por los demócrata-cristianos para ocupar cargos en el comité ejecutivo, cuando menos 10 de ellos trabajaban en empresas estatales o municipales, y del resto cuando menos 5 eran trabajadores de cuello blanco.³⁴ Dos recientes presidentes del departamento sindical del PDC eran miembros del comité ejecutivo del sindicato de ferrocarrileros (el Frente Ferrocarrilero Demócrata Cristiano tenía una oficina en el viejo cuartel del departamento sindical) y en el comité ejecutivo del

³² Las cifras eran 32% en Valparaíso, 18% en Concepción y 23% en Santiago. En total se entrevistó a 230 presidentes en Santiago —incluyendo a 18 de un total posible de 21 presidentes de sindicatos de más de 500 miembros. (Landsberger, en *Econ. Dev. Cult. Change*, enero de 1968, p. 222.)

³³ El 19% de los dirigentes sindicales demócrata-cristianos había ocupado sus cargos durante diez años o más (contra el 21% para el FRAP); sin embargo el 39% tenía solamente tres años o menos de experiencia (contra el 27%) (ibid., p. 235).

³⁴ Esta información se tomó de una hoja circulada en el Congreso, que llevaba el título de "Lista de Acción Unitaria" y que da la filiación sindical de los candidatos, aunque no siempre es posible determinar su categoría según ocupación. La hoja lleva el siguiente encabezado: "Camaradas: cuando la derecha económica se está uniendo, cuando los países subdesarrollados están siendo oprimidos por el imperialismo internacional, cuando la burguesía se está uniendo para dividirnos, nuestra respuesta es una confederación de acción unificada." La hoja no contiene ninguna referencia al Partido Demócrata Cristiano por nombre, pero nadie dudaba de que era la lista del partido.

departamento hay muchos empleados estatales.³⁵ Los demócrata-cristianos declaran ellos mismos que sus puntos de fuerza están en el sector público, sobre todo en el sindicato ferrocarrilero, en el Ministerio de Obras Públicas y entre los empleados de correos y los maestros. También tienen influencia en ciertos establecimientos industriales grandes y modernos, como la fundidora de hierro y acero de Huachipato y la fábrica de zapatos de Bata, que no pertenece a la FONACC, aunque es la mayor empresa del ramo por un amplio margen. Pero tienen poca influencia entre los obreros industriales en general, y sobre todo en las minas de cobre después de los acontecimientos de El Salvador en 1966 (véase la p. 206).

ESTRUCTURA DEL PARTIDO Y DEPARTAMENTO SINDICAL

La estructura del partido es jerárquica y disciplinada. En esto es posible ver una imitación del centralismo democrático de los partidos marxistas y también de las ideas corporativistas de la teoría católica; ciertamente el número excepcionalmente grande de organizaciones afiliadas (que también existen en otros partidos chilenos pero casi nunca con la actividad y vitalidad que tienen en el Partido Demócrata Cristiano) apuntan a la influencia de la teoría corporativa.

La reorganización del partido en 1957 concentró una gran autoridad en el Consejo Nacional, que tiene poderes para dirigir y disciplinar a los diputados y senadores del partido. Además de los poderes formales de que está investido el Consejo Nacional, una gran parte de la cohesión resulta del hecho de que muchos miembros de ese consejo son de los fundadores del partido o fueron miembros de la Falange en sus primeros tiempos. Aunque su posición ha cambiado en cierta medida con el crecimiento del partido y el consiguiente aumento de las tensiones entre partido y gobierno, sigue siendo cierto, como dice Gil (p. 273), que:

la naturaleza homogénea de sus miembros hace de los demócrata-cristianos un partido en el cual [...] los lazos de la amistad son excepcionalmente fuertes [...]. Entre los dirigentes del partido se ha dado una notable comunidad de intereses y propósitos [...] que probablemente se deba [...] a las íntimas amistades que unen al pequeño grupo de dirigentes nacionales, y que contribuye al inmenso prestigio del cual gozan esos dirigentes.

Hay dos tipos básicos de órganos del partido: los políticos, que fun-

³⁵ Entrevistas con el presidente del departamento sindical del Partido Demócrata Cristiano (Santiago) en mayo de 1967 y diciembre de 1968. En el comité ejecutivo del departamento, en 1965, de los 14 firmantes de un documento expedido por el mismo, 10 provenían de sindicatos de empleados estatales, 1 representaba a los sindicatos de los trabajadores del cobre, 1 a la CEPCh, 1 a un sindicato de choferes de autos de alquiler y 1 a un sindicato campesino (*Política y Espíritu*, mayo-junio de 1965, p. 62).

cionan a nivel comunal, provincial y nacional, y, bajo su supervisión, los departamentos especiales o técnicos, tales como, por ejemplo, el departamento sindical o el departamento campesino.³⁶

La Junta Nacional es el órgano permanente en que reside la autoridad entre un congreso nacional y otro. El director nacional del departamento sindical es automáticamente miembro de ella, y a las juntas tiene derecho de asistir un representante por cada federación, confederación o sindicato nacional. La Junta elige a los doce miembros del Consejo Nacional, que es el organismo más fuerte del partido, y en el cual hay dos dirigentes sindicales. El partido tiene una comisión política que supervisa y rinde informes sobre los departamentos. Según Gil (p. 275),

el Partido Demócrata Cristiano es una organización política nacional sumamente centralizada en la cual la influencia de los altos dirigentes es definitiva.

La influencia de estos altos dirigentes se vio fuertemente sacudida en 1967 por una combinación de maniobras hábiles por parte de la facción rebelde y por el desencanto de una parte de las bases del partido. El reto a la autoridad de los máximos dirigentes fue de breve duración, aunque la derrota de los disidentes costó muy cara al partido más tarde.

El departamento sindical se organizó junto con el partido con el objeto de promover, entrenar, guiar y coordinar el trabajo de los miembros del partido dentro de los sindicatos.³⁷ El verdadero poder dentro del departamento lo tiene el Consejo Ejecutivo, un órgano electo compuesto de trece sindicalistas y dos dirigentes sindicales elegidos por la Junta del partido como miembros del Consejo Nacional. Encabeza el departamento sindical el director nacional, que no recibe ningún salario (como tampoco lo reciben los jefes del departamento sindical en los demás partidos). El departamento autoriza la formación de Frentes Obreros establecidos por demócrata-cristianos en sus respectivos ramos o lugares de trabajo y controla a los miembros ejecutivos de estos frentes, a quienes puede despedir por negligencia. En teoría el Consejo Ejecutivo aconseja a la Comisión Política acerca de su estrategia y directivas. Pero los dirigentes sindicales demócrata-cristianos no piensan que su departamento sindical tenga mucha influencia.³⁸ Por ejemplo, el director nacional del departamento declaró

³⁶ Estatutos del Partido Demócrata Cristiano, 1963.

³⁷ Para mayores detalles ver *Reglamento del departamento nacional sindical del PDC* (mimeógrafo, 1969).

³⁸ Un editorial de la revista mensual jesuita *Mensaje* (marzo-abril de 1966) se lamentaba: "Existe un departamento sindical en el Partido Demócrata Cristiano, pero está tan abandonado como el movimiento sindical. Recibe muy poca asistencia económica y, lo que es más importante, asistencia doctrinal y técnica mínima. Y los resultados están a la vista. Hace un año los demócrata-cristianos dominaban el sindicato de los trabajadores del cemento. Pero el partido decidió enviar al presidente del sindicato a Alemania y ahora los marxistas tienen la mayoría. El año

que el gobierno y el ministro de Trabajo apenas lo consultaron respecto a la propuesta reforma del código laboral. El departamento resintió esta actitud, ya que la mayoría de sus miembros se oponían al plan del gobierno de permitir que se formaran varios sindicatos dentro de la misma fábrica, en vez del sindicato único obligatorio que marca actualmente la ley.³⁹ En el segundo congreso de los sindicalizados demócrata-cristianos en 1966, los sindicatos se quejaron de su falta de representación en el gobierno y en el partido. De los ochenta y un diputados que tenía el partido en 1967, sólo unos ocho habían sido dirigentes sindicales, la mayoría en sectores estatales o de empleados: ningún senador parece haber tenido este tipo de antecedentes.⁴⁰ Cuando los dirigentes del departamento sindical fueron miembros de la facción rebelde, se acentuaron las críticas al gobierno. Aparentemente los dirigentes del departamento no tenían contactos regulares con el Ministerio del Trabajo, ni se les consultaba respecto a cuestiones de política económica; las únicas ocasiones en que se recurría a ellos era cuando se necesitaba su ayuda para impedir una huelga en contra de la política económica del gobierno.⁴¹

No hay ninguna razón para que el departamento sindical pueda tener alguna influencia dentro del partido. El Partido Demócrata Cristiano no pretende, como el socialista o el comunista, representar, ante todo, a la clase trabajadora. Los sindicatos no proveen los fondos del partido (como en el caso del partido laboral en Inglaterra) y por consiguiente no pueden ejercer presiones de tipo financiero dentro de él. Esta situación es análoga a la que se da en el partido radical. Los sindicalizados tienen mayor influencia en los partidos marxistas porque constituyen una gran parte de los miembros y del electorado, y porque los sindicatos tienen mayor impor-

pasado casi se ganaron las elecciones en los sindicatos ferrocarrileros, pero los comunistas anularon 150 votos. Nadie se quejó, nadie quería quejarse, y los marxistas han llegado a dominar los sindicatos ferrocarrileros. Y así podríamos seguir" (p. 82).

³⁹ Entrevista con el director nacional del departamento sindical (Santiago) en mayo de 1967. El director nacional también formaba parte del comité ejecutivo de la FIFCh. Estas opiniones fueron confirmadas más tarde en una entrevista con el secretario nacional (mayo de 1967, Santiago). Ya desde 1959 el partido había declarado que había que fortalecer la representación sindical en el partido —aunque añadía que esto dependería de que los sindicatos se desarrollaran "política y moralmente" (Resolución sobre política sindical, *Documentos* de la 1ª convención nacional, 1959).

⁴⁰ Como en la nota 28. Dos habían sido dirigentes sindicales de los empleados del cobre, 1 era ex-agente de un sindicato de obreros del nitrato, 1 ex-dirigente de un sindicato de obreros ferrocarrileros, 1 ex-dirigente de la ANEF, 1 ex-dirigente sindical de empleados en Huachipato, y el notario Rubén Hurtado, dirigente sindical de los trabajadores del ingenio azucarero Viña; 5 de ellos habían sido miembros del partido falangista.

⁴¹ Entrevista con el director nacional del departamento sindical en Santiago, diciembre de 1968. Como director anterior, también él formaba parte del comité ejecutivo de la FIFCh.

tancia para la estrategia de ambos partidos. Sin embargo, parece que los dirigentes del Partido Demócrata Cristiano tienen poca habilidad para ganarse a los sindicalizados y a sus dirigentes, tanto dentro como fuera del partido.

Para los sindicalizados demócrata-cristianos en general el departamento sindical cumple con el mismo tipo de funciones que los departamentos sindicales de los otros partidos, aunque parece ser que con mayor eficiencia, debido a que cuenta con más fondos y más asesores técnicos. Es, por lo mismo, más activo en la formación de nuevos sindicatos. Sus representantes asisten a las reuniones importantes de los Frentes Obreros Demócrata Cristianos (algunos miembros de su comité ejecutivo ocupan además cargos en los Frentes Obreros). El departamento tiene alguna influencia en la selección de candidatos para ocupar puestos en los comités ejecutivos de los sindicatos, y desarrolla una considerable actividad en las elecciones para ejecutivos de la CUT. Además el partido paga los gastos de algunos delegados a los congresos de la CUT, aunque no tiene tanto dinero como desearía para ello. El director nacional del departamento sindical, en una entrevista publicada en un periódico del partido, se lamentó de que la falta de fondos impidiera la asistencia de sesenta delegados de Valdivia y sesenta de Arica al congreso de 1968 de la CUT.⁴²

EVOLUCIÓN POLÍTICA DEL SINDICALISMO DEMÓCRATA-CRISTIANO

Los dirigentes sindicales demócrata-cristianos tienen mayor dificultad para ser aceptados como auténticos miembros de la clase trabajadora que los de los demás grupos políticos chilenos. Un obstáculo para ello es el peso de la teoría demócrata-cristiana acerca del papel de los sindicatos. La teoría, debida a los intelectuales del partido, se funda en conceptos abstractos que tienen poco que ver con las nociones tradicionales de solidaridad y lucha de clases que son los conceptos manejados por la mayoría de los dirigentes sindicales chilenos. Entre los intelectuales que formularon esta teoría uno de los más importantes fue William Thayer, abogado y catedrático que fue más tarde un ministro del Trabajo sumamente impopular, incluso dentro de su propio partido. Un segundo obstáculo es la propagación relativamente reciente de las ideas de la democracia cristiana dentro de los sindicatos, a lo cual hay que añadir el hecho de que su política estuvo marcada en un principio por intentos, debidos más a los dirigentes del partido que a los sindicales, de formar confederaciones rivales de la CUT, dominada por marxistas. Un tercer obstáculo es la existencia dentro del grupo sindical demócrata-cristiano de cierto número de dirigentes sindicales derechistas y oportunistas, muy antipáticos para los demás grupos políticos dentro del movimiento sindical, y de los cuales desconfían. El cuarto obstáculo, de tanta o más importancia que los anteriores, era el

⁴² Entrevista en *Flecha Roja*, 27 de noviembre de 1968, p. 4.

hecho de que los dirigentes sindicales demócrata-cristianos pertenecían al partido que estaba en el poder y que había derrotado a la coalición socialista-comunista. Aunque había prometido la revolución, el gobierno apenas si fue capaz de hacer reformas importantes, y perdió el apoyo sindical por su política económica, que se servía de la congelación de salarios como medida principal en el esfuerzo por contener la inflación aunque en la práctica ni se congelaron los salarios ni se detuvo la inflación.

1. El marco teórico

La teoría demócrata-cristiana acerca del papel correcto de los sindicatos la ha expuesto Thayer en *Trabajo, empresa y revolución* (1968). Los sindicatos deben ser

esencialmente económicos y no ideológicos; libres y no controlados; unidos y no divisionistas; amplios y abiertos, no pequeños y exclusivos;

deben concentrar sus esfuerzos en la mejora de las condiciones de vida y no deben malgastar su tiempo en discusiones infructuosas. Deben respetar la democracia y las convicciones sociales, políticas y religiosas de sus miembros, y no deben servir a intereses ajenos a los objetivos sindicales; deben ser conscientes de la necesidad de —y presionar para obtener— una reforma de la estructura de las empresas y no limitarse a procurar demandas económicas inmediatas. Advirtió que un movimiento sindical que llegara a ser demasiado poderoso podría tener consecuencias económicas desastrosas para un país como Chile, ya que los sindicatos podrían hacer demandas que el sistema económico no soportaría. Por lo tanto sólo se puede contemplar con serenidad el crecimiento de los sindicatos si al mismo tiempo se da una transformación que lleve a una situación en que el capital y el trabajo, en vez de estar en conflicto, trabajen armónicamente. Thayer no aboga de ninguna manera por el control de los obreros en las fábricas, y criticó rigurosamente la aplicación de este principio en las grandes empresas estatales, posibilidad defendida por el grupo rebelde del Partido Demócrata Cristiano.

Thayer patrocinó el proyecto de acabar con los sindicatos únicos. Su respuesta a la crítica de que su abolición llevaría a la proliferación de pequeños e impotentes sindicatos politizados dentro de las fábricas, cuando el verdadero problema es, ya, que los sindicatos son demasiado pequeños, no resultó aceptable a sus opositores y a los dirigentes sindicales demócrata-cristianos. Thayer dijo que esperaba que los obreros se negaran a apoyar sindicatos que no obtuvieran beneficios. La posibilidad de elegir “libremente” significaría que se apoyaría voluntariamente a sindicatos fuertes y se retiraría el apoyo a los sindicatos inefectivos o politizados. Agregó que “no podemos matar a la libertad para salvar la unidad. La unión debe ser libre para que se pueda mantener la democracia”. El

argumento de quienes lograron bloquear su propuesta cuando se integró el proyecto de reforma al código del trabajo en 1965 era que se temía que la reforma acabaría con el movimiento sindical.

Thayer era miembro prominente de ASICH, la organización sindical católica establecida por fray Hurtado a principios de los cincuentas. Siempre ha creído que los obreros deben tener una fuerte guía moral en los maestros de su movimiento, idea que en la práctica significaba que los sacerdotes tendrían un papel importante en ASICH y estaban a cargo de sus programas de entrenamiento.⁴³ Ya que los marxistas confunden la política con los asuntos sindicales y conciben a partido y sindicato como partes de un solo organismo, Thayer sostenía que los obreros cristianos debían organizar una confederación cristiana para combatir estas falsas ideas. Apenas puede sorprender a alguien que Thayer haya participado en varios intentos demócrata-cristianos por organizar confederaciones nacionales rivales de la CUT.⁴⁴ Aunque se ha expresado en favor de la unidad general, no está dispuesto a hacer ninguna concesión a los marxistas que implique una violación de su concepto del sindicalismo democrático y libre. Como los comunistas y los socialistas están decididamente en favor del sindicato único por fábrica y se oponen a sus ideas, en la práctica la colaboración es difícil.

En 1957, cuando escribía respecto a la cuestión de si los trabajadores sindicalizados católicos deberían permanecer o no en la CUT, argumentó que deberían cuando menos poder discutir desde una posición de fuerza; o sea que los trabajadores sindicalizados católicos deberían primero formar una organización fuerte y unificada que decidiera las tácticas a seguir respecto a la CUT. En su opinión era imposible seguir en la CUT si los demás miembros se comportaban antidemocráticamente, y agregaba que el mero hecho de estar afiliados al partido comunista o el socialista no significaba que los trabajadores se comportarían así necesariamente, aunque daba a entender que si obraban de acuerdo con los principios de su partido no podrían comportarse de otra manera.

El programa del gobierno de Frei se presentó por primera vez en detalle en un informe de diciembre de 1962.⁴⁵ Este larguísimo informe trata de propuestas de reforma de empresas y sindicatos. Se rechazan firmemente modelos de empresa o compañía derivados de los de la sociedad comunista o de la capitalista. Según la teoría demócrata-cristiana la empresa no debe pertenecer exclusivamente ni al capital ni a los trabajadores;

⁴³ Thayer, "Bases para una política sindical", *Política y Espíritu*, 15 de agosto de 1957, p. 14.

⁴⁴ Por ejemplo la Federación Gremialista de Chile inmediatamente después de fundarse el partido en 1957, la MUTCh después de la victoria de Frei en 1964, y la UTRACH a fines de la década de los sesentas.

⁴⁵ El informe se intitula *Informe preliminar para un programa de gobierno de la Democracia Cristiana*. Éste era el "libro azul" en el cual se basó en gran medida el "libro blanco" que constituyó el programa del gobierno.

aunque debe de pertenecer en gran medida al trabajo. Tanto los obreros como los capitalistas deben compartir el poder, la propiedad y las utilidades, pero la inversión general será reglamentada por el Estado tomando en cuenta el interés nacional. Los capitalistas tenderán a desaparecer en beneficio de los nuevos dueños —que serán los trabajadores manuales e intelectuales de la empresa. De esta manera se transformará el papel del sindicato, ya que ahora formará parte de la empresa y no se opondrá a ella. Sin embargo el sindicato sobrevivirá como tal, ya que representa la parte del trabajo en el proceso de producción, y debe continuar colaborando con organizaciones similares en otras empresas para representar esta función a nivel nacional.

Sin embargo, hasta que se realice plenamente la sociedad comunitaria hay muchas tareas urgentes en el campo del trabajo. Las diferencias entre empleado y obrero se deben eliminar gradualmente. Los reglamentos del código laboral que obstaculizan la formación de federaciones y confederaciones deben ser derogadas, y se debe conceder a los trabajadores del sector público (con excepción de los de la policía y el ejército) iguales derechos para formar sindicatos. El informe no contempla la creación de una estructura uniforme —se mezclarán restos del sistema antiguo con elementos del nuevo, los sistemas tecnológicos diferentes producirán variantes respecto a la distribución de la autoridad, etcétera. Para que los sindicatos puedan desempeñar correctamente este papel en el futuro deben ser fuertes y libres y participar en organismos estatales. Los sindicatos deben ampliarse a los trabajadores que todavía no están sindicalizados; debe desaparecer el sistema actual del sindicato único obligatorio, para ser sustituido por los sindicatos elegidos libremente (aunque reconoció el gobierno cuando se incluyó este principio a la reforma propuesta al código laboral que, para evitar el peligro de que se formaran muchos sindicatos, se reconocería legalmente sólo a los sindicatos que representaran a un 30% de los trabajadores cuando menos y que se tomaría al sindicato mayoritario como representante del resto de los trabajadores para fines de contratación colectiva). Los sindicatos deberían participar activamente en el aparato de administración estatal a todos los niveles.

Durante los primeros dos años del gobierno de Frei el partido insistió continuamente en los principios expuestos en el informe de 1962. El congreso de 1966 denunció la naturaleza anticuada del código laboral existente y pidió su revisión. Denunció (un poco ambiguamente, si se toma en cuenta su propia actuación) la interferencia de los partidos en los asuntos sindicales.⁴⁶ Y sin embargo en un tiempo relativamente corto estas demandas perdieron interés. El gobierno de Frei logró algún éxito sólo en

⁴⁶ "Congreso del PDC; política sindical", en *Política y Espíritu*, octubre de 1966, pp. 91-93. El periódico oficial del gobierno, *La Nación*, en su edición del 1o. de mayo de 1967, da los puntos de vista del gobierno respecto al papel de los sindicatos en términos muy parecidos.

muy pocos de los objetivos planteados; respecto a algunos de ellos no hizo ningún esfuerzo. El sindicalismo demócrata-cristiano se apartó de estas ideas para adoptar una crítica de la sociedad en que se notaba una fuerte influencia de la facción rebelde, y más próxima al socialismo que al comunitarismo. La posición demócrata-cristiana original era contradictoria. Los sindicatos debían ser independientes de todos los partidos políticos; pero para lograr este fin los demócrata-cristianos tenían que ganar poder, y para ganar poder necesitaban fortalecer la posición de su partido dentro de los sindicatos. Además, si alguna vez hubieran alcanzado tal autoridad, su control de los sindicatos se hubiera debilitado por la aplicación de sus propuestas respecto a la libertad sindical —es difícil imaginar que un partido político, sea el que fuere, renuncie al poder una vez adquirido, si se encuentra en una situación de competencia. Estas ideas originales respecto al papel de los sindicatos siempre tuvieron una relación un tanto artificial con la realidad, y la historia de los demócrata-cristianos en los sindicatos da menos la impresión de desarrollarse como un intento desinteresado de dirigir a los trabajadores por la senda de la inspiración cristiana, y más la de ser igual a la de los demás partidos políticos, que luchan por extender su influencia, debilitar al enemigo, coordinar la acción de los trabajadores sindicalizados con el partido, y esto, generalmente, para beneficio del partido. Se puede ilustrar esta afirmación con un vistazo a las relaciones entre los demócrata-cristianos y los demás partidos dentro de la CUT.

2. La democracia cristiana y la CUT

Los demócrata-cristianos han tenido una relación cambiante y poco satisfactoria por lo general con la CUT. Por una parte, no desean ser excluidos de la mayor confederación sindical chilena; por otra quieren dictar condiciones para su ingreso y para su colaboración con el movimiento, condiciones que no siempre son aceptables para los demás partidos. Quieren desafiar la influencia de los marxistas en los sindicatos pero al mismo tiempo colaborar con los sindicalizados marxistas para lograr la unidad sindical. Otra complicación se presentó cuando estaban en el poder los demócrata-cristianos, ya que los dirigentes sindicales del PDC resentían las críticas al gobierno, pero se sentían al mismo tiempo incapaces, cada vez en mayor grado, de defender su política de ingresos. El que se busque la colaboración con los marxistas o que se intente oponerles una organización independiente depende de las circunstancias políticas, pero nunca se presenta como una elección fácil o clara. Siempre hay demócrata-cristianos hostiles a la CUT y siempre hay quienes insisten en la necesidad de trabajar dentro de ella para lograr la unidad del movimiento sindical, y esta diferencia no corresponde a las categorías de profesionales políticos por una parte y dirigentes sindicales por la otra, ya que dentro de ambas categorías se dan todas las posiciones respecto a la

política sindical adecuada para el Partido Demócrata Cristiano.

Cuando se propuso la formación de la CUT se dio un excepcional grado de acuerdo dentro del movimiento sindical. En esa época los comunistas estaban proscritos, y los socialistas y demócrata-cristianos se oponían a la proscripción. Como su ilegalidad obstaculizaba en gran medida, aunque no impedía totalmente, la actividad comunista dentro de los sindicatos, estaban menos preocupados por la amenaza de una hegemonía comunista en el movimiento sindical. Los radicales, sumamente debilitados por su pérdida de poder en 1952, confusos y divididos por la experiencia de haber tenido en sus manos el gobierno, sobre todo después de que el presidente González Videla había virado hacia la derecha, estaban entonces colaborando con la Falange de ese periodo dentro del movimiento sindical. Estos cuatro grupos pudieron ponerse de acuerdo para presentar una lista conjunta de candidatos al primer comité ejecutivo de la CUT, y la Falange logró colocar en él a dos de sus miembros.

Esta unidad poco común no duró mucho tiempo. Al crecer el poder de los comunistas en el movimiento sindical, gracias al ablandamiento de la represión, la Falange afirmó que la CUT se estaba convirtiendo en instrumento de los partidos marxistas.⁴⁷ La primera división ocurrió en el primer congreso de 1957, con ocasión de la declaración de principios de la CUT. La Declaración original era de inspiración claramente marxista, con alguna influencia anarcosindicalista. El partido demócrata-cristiano recién formado quería que se formulara una declaración que no dependiera de ninguna ideología política de partido. Argumentaban que la declaración original era marxista, materialista y que, por su compromiso con la lucha de clases, dividía en lugar de unir al movimiento obrero. La discusión no se refería únicamente a los términos en que estaba redactada la declaración; también reflejaba el conflicto entre los dos conceptos de sindicalismo y el resentimiento de los demócrata-cristianos contra los marxistas.⁴⁸ Los socialistas y comunistas estuvieron de acuerdo en modificar el texto y los demócrata-cristianos asistieron al congreso de 1957 con esa condición. Al principio los comunistas propusieron una declaración aún más moderada que la de los demócrata-cristianos, pero como a ésta se opusieron los socialistas, el grupo de los marxistas combinados produjo un nuevo documento, con algunas modificaciones que no eran lo suficientemente drásticas para satisfacer a los demócrata-cristianos, pero que eran demasiado drásticas para los anarcosindicalistas, que inmediatamente se retiraron. Cuando, además, los marxistas se negaron a hacer concesiones a los demócrata-cristianos respecto a la composición de la

⁴⁷ Véase, por ejemplo, "La CUT y los problemas político-sindicales", en *Política y Espíritu*, 15 de mayo de 1955, pp. 3-4, donde se puede leer un ataque contra la "creciente y excesiva influencia" del partido comunista en la CUT.

⁴⁸ "La CUT y sus problemas", *Política y Espíritu*, 10. de septiembre de 1957, p. 22. Esta edición también contiene el texto de la propuesta de los demócrata-cristianos para una nueva declaración de principios y la marxista revisada.

mesa directiva, se retiraron también los demócrata-cristianos, aunque solamente del congreso y no de la CUT. Si bien la ASICH aprovechó la oportunidad para tratar de llevarse a los demócrata-cristianos y formar una confederación sindical católica separada, se les rechazó por considerar la maniobra como divisionista. Los demócrata-cristianos insistieron en la importancia de que se respetara la democracia en el movimiento sindical como condición para que siguieran participando en la CUT; su versión de la declaración de principios incluía un pasaje en el que se declaraba que "en general la democracia chilena garantiza los derechos humanos y permite la acción de la clase trabajadora" —que les debe haber parecido extraño a los comunistas proscritos.

Sin embargo, los esfuerzos de los comunistas tuvieron éxito y lograron volver a atraer a la CUT a los demócrata-cristianos, que aceptaron la oferta de cuatro plazas en el comité ejecutivo. Esta unidad no fue duradera, ya que se volvieron a presentar conflictos con los demócrata-cristianos en el congreso de 1959. Argüían que se había infringido la democracia sindical por la imposición de varias normas que "amenazaban la libertad de pensamiento religioso y filosófico" de sus miembros.⁴⁹ Los radicales también utilizaron este pretexto para retirarse, aunque su verdadero motivo era que estaban comenzando a colaborar con el presidente en turno en un momento en que la política gubernamental se oponía fuertemente al movimiento sindical. Un nuevo y largo debate respecto a la declaración de principios, aunque condujo a nuevos cambios, no produjo una solución que resultara aceptable para los demócrata-cristianos, ni, por motivos muy diferentes, a los anarcosindicalistas y a los trotskistas.

Una junta del PDC declaró que si la CUT actuaba de acuerdo con las ideas expuestas en su Declaración de Principios, sería imposible para el partido seguir colaborando. Aunque se había retirado del congreso de 1959 seguiría participando en la CUT mientras se respetaran los principios demócrata-cristianos. Reconocía que la mayor parte de los sindicatos eran miembros de la CUT no debido a la Declaración de Principios, sino por un deseo de unidad, con el cual estaba de acuerdo el partido. Todos los partidos deberían de trabajar para resolver el problema de la Declaración en la siguiente conferencia.⁵⁰

Finalmente se resolvió la cuestión a satisfacción de los demócrata-cristianos y radicales, y en el congreso de 1962 presentaron una lista conjunta de candidatos para el comité ejecutivo, correspondiendo a los demócrata-cristianos tres plazas y una a los radicales. Sin embargo, la exclusión de

⁴⁹ Barría, en *Trayectoria*, p. 376. Ésta era una referencia a la decisión del Congreso en favor de la educación laica y del cese de los donativos del Estado a los colegios religiosos.

⁵⁰ "Resolución sobre política sindical", *Documentos de la 1ª Convención nacional*, 1959.

un gran número de delegados de los sindicatos rurales católicos, con el pretexto de que sus credenciales no estaban en orden, irritó a los demócrata-cristianos, y resultó obvio que su colaboración sería desganada.

La situación política cambiante hacía que la cooperación, siempre difícil, se volviera casi imposible. En la campaña presidencial de 1964 se dio una aguda polarización de las fuerzas políticas entre los marxistas y los demócrata-cristianos. La victoria de Frei no alivió las tensiones, en parte porque estaban próximas las elecciones para diputados de 1965 y los comunistas y socialistas querían la revancha. Los demócrata-cristianos sentían que la oposición trataba de impedir el funcionamiento del gobierno, usando a la CUT para promover huelgas, plantear demandas salariales insensatas, etcétera.⁵¹ Los preparativos para el congreso de la CUT en 1965 hicieron patentes las tensiones, que dieron por resultado una nueva división en la CUT.

Cuando el departamento sindical del PDC sugirió que se modificara la representación y el sistema de votación en el congreso, el secretariado de la CUT lo acusó de tratar de imponer el plan demócrata-cristiano. A esto contestó que era hipócrita no reconocer que los dirigentes sindicales de todos los partidos coordinaban y planeaban las actividades del congreso.⁵² Acusaron a los socialistas y comunistas de aprovechar todas las oportunidades dentro de la CUT para imponer sus preconcepciones ideológicas, desde la educación obligatoria laica estatal hasta el apoyo a la revolución cubana. Resentían particularmente los ataques al gobierno. Argumentaban que no era muy apropiado que los comunistas y socialistas los acusaran de divisionismo y sectarismo, en vista de la historia conflictiva de sus propias relaciones, y agregaban que, debido a las rivalidades entre los partidos, la CUT resultaba casi completamente ineficiente en sus esfuerzos por mejorar la estructura del sindicalismo chileno.

En semejante ambiente de reproches mutuos, era sumamente difícil, si no imposible, que el congreso pudiera dar una apariencia de unidad. De hecho, por tercera vez en sólo cinco congresos los demócrata-cristianos (la mitad de cuyos delegados se habían negado a asistir) se abstuvieron de votar y, en la práctica cesaron su participación en la CUT.

Aunque fue el éxito electoral e instalación en el poder de los demócrata-cristianos lo que provocó esa particular división en las filas del movimiento sindical, fue, paradójicamente, la política de ese mismo gobierno la que volvió a producir una aparente unidad en el movimiento sindical —cuando menos la suficiente para que los demócrata-cristianos condescendieran

⁵¹ "Leo", "Los planes de la oposición de Izquierda", *Política y Espíritu*, mayo-junio de 1965, p. 18.

⁵² El texto de la respuesta del departamento sindical de los demócrata-cristianos a la CUT está contenido en "Carta a los Trabajadores Chilenos", *ibid.*, pp. 55-62. Los demócrata-cristianos también querían elecciones nacionales para el comité ejecutivo de la CUT.

una vez más a participar en las actividades de la CUT, asistir al congreso de 1968, y quedarse a votar en él. Durante la administración de Frei se presentaron importantes cambios en el movimiento sindical.

3. La administración de Frei y los sindicatos

La cuestión del grado en que tuvo éxito la administración de Frei es muy difícil de decidir, a tan poco tiempo de los hechos; quizás sea necesario esperar hasta el fin de la administración de Allende, momento en el cual se podrán comparar ambos periodos.⁵³ Pero resulta claro que el gobierno decepcionó a los sindicalizados demócrata-cristianos. Los motivos son bastante claros: un intento impopular de imponer un código del trabajo reformato, un sentimiento general de que a los sindicatos no se les consultaba ni se les daba mayor representación en el nuevo sistema, la inhabilidad para controlar la inflación, y políticas sumamente impopulares de restricción de salarios.

La decepción de los miembros del partido probablemente fue aún más severa, ya que Frei había abogado durante mucho tiempo por la reforma de los sindicatos. Cuando era miembro de la oposición presentó un proyecto de ley al Senado (que jamás lo tomó en cuenta) que hubiera permitido a los empleados de las oficinas gubernamentales formar sindicatos.⁵⁴ También había recomendado que los sindicatos fueran incorporados a consejos económicos (para planear y regular el desarrollo económico), a la administración de los fondos de seguridad social y de las empresas, al sistema educativo, etcétera. Argumentaba que los "sindicatos deben tener un papel decisivo en la organización del mecanismo económico".⁵⁵ Pero una vez en el poder hizo muy poco por otorgar a los sindicatos ese "papel decisivo" —es de presumirse que porque los marxistas eran demasiado fuertes en los sindicatos.

Mientras duró en el poder, la mayoría de las políticas implantadas por Frei, más que inspiradas por el elemento "comunitario" del pensamiento demócrata-cristiano, se apoyaban en un sistema centralizado de control y planeación que debía más a las ideas de la Comisión Económica para América Latina que a las ideas de Maritain o Vekemans. Otros movimientos demócrata-cristianos tuvieron problemas semejantes. Fogarty, refiriéndose al MRP francés, dice:

Su historia es [...] la tendencia más clara y extrema [...] de los políticos demócrata-cristianos a tratar la política como un ejercicio en principios puros por una parte y de tácticas diarias por otra. La ten-

⁵³ El autor ha intentado un balance provisional en "Chile: from Christian Democracy to Marxism", en *The World Today*, noviembre de 1970, y "Chile: the difficulties of democratic reform", *Internat. J.*, verano de 1969, pp. 515-29.

⁵⁴ Frei, p. 87.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 88 y 92.

dencia es a olvidar o a no pensar suficientemente en el nivel intermedio de la estrategia —las hipótesis o principios medios.⁵⁶

Las acciones del gobierno mostraron que no habían "pensado suficientemente" su política laboral. La reforma del código laboral chocó con una fuerte hostilidad sindical, debido a que los trabajadores sindicalizados chilenos, incluso los demócrata-cristianos, no querían perder uno de sus puntos fuertes —el sindicato único obligatorio por fábrica— que se vería erosionado por el hecho de que se admitiera hasta tres sindicatos por fábrica. También se unieron para oponerse a las propuestas que hubieran permitido al presidente ordenar la vuelta al trabajo de cualquier grupo de huelguistas que trataran de obtener un aumento de salario mayor del oficialmente permitido, especialmente debido a que estas órdenes serían respaldadas por autoridades civiles o militares y estarían acompañadas por un arbitraje obligatorio.

Tampoco recibieron de buen grado los sindicalizados el intento del gobierno de apoyar la iniciativa de algunos miembros del partido para crear una confederación rival de la CUT. Los trabajadores sindicalizados de ASICH siempre estuvieron ansiosos de atraer a su pequeño número de miembros a los contingentes sindicalizados demócrata-cristianos. La ASICH apoyó fuertemente la formación de la MUTCH por un sector del partido. Frei mismo habló en un mitin del Día del Trabajo que organizó la MUTCH para rivalizar con el mitin tradicional de la CUT, pero el movimiento nunca logró atraer un apoyo digno de tomarse en cuenta y se desvaneció en poco tiempo. Sin embargo no fue el único intento de formar una confederación rival. Santiago Pereira, diputado demócrata-cristiano y antiguo miembro del comité ejecutivo de la CUT y de la ANEF, lo intentó con el Comando Nacional de Trabajo, que surgió del movimiento "trabajadores sindicalizados por Frei" en la campaña de 1964.⁵⁷ Esta organización se oponía menos a la CUT que a la MUTCH y se entusiasmaba menos con la idea de colaborar con la ASICH. Pero, como su predecesor y su sucesor, jamás adquirió mucha importancia, y de muchas maneras fue más una molestia que una ayuda para los trabajadores sindicalizados demócrata-cristianos. Esta afirmación se aplica con mayor motivo a la UTRACH, el último intento que se hizo durante la administración de Frei de formar una confederación rival de la CUT. La UTRACH tenía algún apoyo de los dirigentes derechistas del PDC y de la ASICH, pero se le oponía la mayoría de los trabajadores sindicalizados del partido; y finalmente el departamento sindical, con el respaldo del partido (una vez que resultó claro que el movimiento no tenía ningún futuro), resolvió

⁵⁶ Fogarty en pp. 338-39. Otro estudioso y simpatizante de la democracia cristiana, aunque su campo es la democracia cristiana latinoamericana, comparte este juicio (Williams, cap. 10, *passim*).

⁵⁷ Entrevista con Pereira, 17 de mayo de 1967 (Santiago).

que pertenecer a la UTRACH era incompatible con la militancia en el partido demócrata-cristiano.

En las relaciones cada vez peores entre los sindicatos y el gobierno, tuvieron un papel importante los acontecimientos de 1966 en las minas de cobre de El Salvador. En ese año los trabajadores de la mina de cobre El Teniente declararon una huelga para apoyar una demanda de aumento de salario, argumentando que los aumentos propuestos por la compañía (ahora propiedad mancomunada del Estado chileno y la compañía original) apenas bastaban para cubrir el alza del costo de la vida y que no tomaban en cuenta el alza en la productividad y en las ganancias.⁵⁸ Los mineros del cobre del norte del país hicieron una huelga de apoyo. Ésta fue declarada ilegal y el gobierno mandó al ejército, resultando muertos seis mineros en el encuentro entre huelguistas y soldados. Frei defendió al ejército y acusó a los partidos marxistas de haber provocado el problema. Sea cual fuere la verdad, la defensa que hizo Frei de las tropas aumentó la hostilidad de los sindicatos al gobierno y sirvió de símbolo, muchas veces aludido, de su supuesta brutalidad e indiferencia hacia el movimiento sindical.

La revista mensual jesuita, *Mensaje*, criticó severamente al gobierno, y sus opiniones fueron indudablemente compartidas por muchos izquierdistas del PDC, aunque *Mensaje* no exculpó a los marxistas. Frei veía su política respecto al cobre como la piedra angular de su programa, y era de esperarse que los marxistas usaran toda su influencia dentro de los sindicatos mineros para estorbarla. En el incidente de El Salvador los obreros sí dispararon, efectivamente, sobre las tropas. Pero el núcleo de la crítica de *Mensaje* era que el gobierno nunca debería haber llegado a semejante punto de tirantez en sus relaciones con el movimiento sindical.⁵⁹ Atacó al partido por acercarse al movimiento sindical en el mismo espíritu que los demás partidos, como si fuera simplemente otra zona más donde llevar adelante la lucha entre los partidos por el control. La actitud general del gobierno hacia los trabajadores fue descrita como "falta de comprensión e indiferencia". *Mensaje* exigía que el gobierno hiciera algo por redimir sus promesas electorales y que extendiera la sindicalización y reformara el código laboral.

⁵⁸ Petras, *Politics & Social Forces*, pp. 238-39. Los incidentes suscitaron la crítica de Castro de que Frei había prometido revolución sin derramamiento de sangre, pero había dado a Chile derramamiento de sangre sin revolución.

⁵⁹ Véase el editorial "Huelgas y disparos" y el artículo de Gastón Cruzat "Huelgas y elecciones", en el mismo número de marzo-abril, 1966 pp. 71-74 y 78-83. La huelga de solidaridad estuvo muy lejos de obtener un apoyo unánime en las distintas minas; la de Chuquicamata, o sea la más grande, siguió funcionando normalmente. El cargo de Frei de que la huelga obedecía a motivaciones políticas no puede, por supuesto, ser despreciado; Cruzat en su artículo argumenta (sin referirse a ninguna fuente) que la mayoría de los mineros de El Salvador y El Teniente querían regresar al trabajo pero fueron retenidos por sus dirigentes (es difícil imaginarse cómo los retuvieron).

El gobierno y el partido no tardaron en defenderse. Señalaron que, ya desde 1966, un congreso del partido había culpado a la oposición intransigente de la derecha y de los marxistas por el fracaso del intento de reformar el código laboral.⁶⁰ Sin embargo, el informe al congreso del gobierno sostenía que la reforma en el sector urbano, aunque no la del sector rural, también se había detenido debido a la indecisión del partido.⁶¹ El informe señalaba los progresos considerables que se habían logrado en el campo del trabajo —la ley de sindicalización rural, el salario mínimo más alto, la defensa de los trabajadores contra el despido arbitrario— pero indicaba que muchas reformas eran de naturaleza tan profunda que exigían un largo periodo de preparación. Se declaraba, por ejemplo, que la eliminación de la diferencia entre obrero y empleado dependía, en parte, de que hubiera mejores facilidades educativas que eliminaran las diferencias de nivel educativo, y también de una exhaustiva revisión del sistema de seguridad social, que había crecido hasta transformarse en una estructura increíblemente complicada de privilegios diferenciales. La reforma de las empresas se había pospuesto porque no había sido posible proseguir con la reforma sindical requerida y porque la actitud correcta respecto a la participación en la dirección de las empresas no era de esperarse del movimiento sindical actual.⁶² La asignación de un salario mínimo semejante al de los trabajadores de cuello blanco a todos los obreros chilenos produciría, en las circunstancias económicas existentes, un aumento masivo de la tasa de inflación. No se podía considerar la reforma sindical en abstracto: muchas otras reformas eran necesarias, y hasta que se logaran el partido no debía plantear exigencias poco realistas al gobierno.

Los demócrata-cristianos también emprendieron una ofensiva contra la CUT, acusando a los partidos marxistas de utilizar a la confederación para bloquear el programa de reformas del gobierno.⁶³ Una revista publicada por la oficina de la presidencia acusó a la CUT de alentar la presentación de demandas salariales excesivas a nivel del ramo industrial. Según la revista, se habían presentado semejantes demandas en el ramo de construcción, metalúrgico, y de materiales eléctricos, de zapatería, etcétera y todas calculadas para romper la política de estabilización de salarios del gobierno, ya que todas excedían por un amplio margen el aumento justificado por el alza del costo de la vida.⁶⁴ La CUT replicó

⁶⁰ *Acuerdos del 2º Congreso*, 1966, pp. 31-32.

⁶¹ PDC, *Informe: Programa de la revolución en libertad y su cumplimiento (Anexos del Tema No. 3)*, 1966, p. 82.

⁶² *Ibid.*, p. 85. Ésta se parece a la situación descrita por Margaret Lyon respecto a Italia, "Christian Democratic Parties and Politics", *J. Contemp. Hist.*, 2/4, 1967, p. 83.

⁶³ Véase por ejemplo, el artículo de L. Ortega, "Aspectos políticos de la crisis sindical chilena", *Política y espíritu*, enero-marzo de 1967, pp. 69-75.

⁶⁴ "Pliegos únicos de peticiones", *Siempre el pueblo*, febrero de 1967, pp. 24-38.

—no sin justicia— que el índice oficial no era una medida exacta del alza real del costo de la vida.

Fue la cuestión del aumento para cubrir el alza del costo de la vida, y el intento del gobierno de combatir la inflación mediante una política de estabilización de salarios, lo que produjo la confrontación más violenta, en noviembre de 1967. El gobierno propuso que para la mayor parte del sector público hubiera un reajuste de salarios de 20%, para cubrir la tasa de inflación de 1967, pero que el 5% del aumento no se pagaría en efectivo, sino que se depositaría en una cuenta de ahorros especial nacional. Se propuso lo mismo para el sector privado, con la diferencia de que los patrones pagarían un 5% adicional que también sería depositado en la cuenta de ahorros nacional. Los ahorros acumulados se aplicarían a inversiones nacionales, y significaría que los obreros serían copropietarios del capital de las nuevas empresas. Se pagaría un interés de 5% anual que se sumaría a las cuentas de ahorros, pero no se podría retirar el dinero, excepto en caso de desempleo o muerte.⁶⁵

Esta propuesta fue muy mal recibida por los trabajadores sindicalizados, tanto los del sector público como los del privado, y el apoyo que recibieron en el congreso por parte de los partidos de oposición, agregado a la incertidumbre entre los mismos demócrata-cristianos, bastó para paralizar la proposición y producir algunas renuncias en el gabinete. Los trabajadores no sólo se oponían a la propuesta porque opinaban, justificadamente, que los ahorros pronto se desvanecerían debido a la inflación chilena, sino que se oponían también al intento de restringir el derecho a la huelga, que se pretendía anexar a la propuesta. Cuando se votó la propuesta en el congreso dieciséis de los representantes demócrata-cristianos se opusieron y otros cinco se abstuvieron de votar.⁶⁶ El gobierno tuvo que abandonar el plan de ahorro y de limitar el derecho a la huelga (en parte, se sugirió, debido a que el partido comunista consintió en votar a favor de un reajuste de salarios de 20% si el gobierno abandonaba los dos puntos álgidos). Aunque, como de costumbre, el grado de apoyo a las huelgas de noviembre fue tema de discusión por el gobierno, que pretendía que sólo una minoría estaba en favor, y por la CUT, que pretendía una mayoría arrolladora en favor, quedó lo suficientemente claro para el gobierno que sus propuestas eran tan impopulares que sería muy difícil ponerlas en práctica, y que jamás hubieran obtenido un apoyo suficiente para convertirse en la base de un nuevo camino para resolver los problemas de inversión e inflación. Frei estaba indignado por la manera en que habían sido rechazadas sus propuestas. Señaló que los mismos

⁶⁵ Aunque podían utilizarse como fianza para hipotecas, etc. Para información general y crítica véase Olavarría Bravo. Para la defensa que hizo Frei de su propuesta véase su discurso por televisión el 28 de noviembre de 1967, publicado en forma de panfleto por el gobierno, *La unión hace fuerza*.

⁶⁶ Olavarría Bravo, p. 79. La facción rebelde del partido hizo una fuerte campaña en contra de la propuesta.

trabajadores administrarían los fondos. Acusó a los dirigentes sindicales de irresponsabilidad, de intentar provocar demandas de salario inflacionarias para sus propios fines políticos. Atacó indirectamente a los radicales por restringir continuamente los salarios cuando estaban en el poder y presentarse en ese momento como defensores de los sindicatos. Frei negó vehementemente que el gobierno tuviera intenciones de suprimir el derecho de huelga; lo que deseaban era evitar su uso para plantear demandas excesivas —y quienes se beneficiarían finalmente de este plan serían los trabajadores.

No cabe duda que Frei tenía razón en muchos puntos. Pero ataques tan violentos contra los sindicatos no podían aumentar la popularidad del gobierno, ni facilitar a los sindicalizados demócrata-cristianos su defensa. En el primer año o dos de la administración de Frei se había redistribuido en alguna medida el ingreso, beneficiándose la clase trabajadora, pero como no hubo mejoras posteriores, la política del gobierno fue blanco de ataques cada vez más numerosos. Tampoco había logrado el gobierno ganarse el apoyo de los sindicatos. Las directivas de Thayer como ministro del Trabajo habían sido casi tan impopulares dentro de su propio partido como en el movimiento sindical en general. La facción rebelde del partido lo acusó de tomar con demasiada frecuencia la parte de los patrones, de amenazar a los dirigentes sindicales con represalias, de utilizar la ley para romper huelgas.⁶⁷ Finalmente, debido a su notable impopularidad, fue remplazado por Eduardo León, que resultó más aceptable.

Los sindicalizados, tanto los del partido demócrata-cristiano como los demás, pensaban que Frei no había cumplido sus promesas de consultar a los sindicatos. Estas críticas repercutieron en la campaña presidencial de 1970, cuando el candidato a presidente del PDC, Tomic, se quejó de la falta de contacto entre los sindicatos y el gobierno. De hecho hubo algunos intentos de establecer una relación con los sindicatos, pero demasiado escasos y tardíos. León inició una política de puertas abiertas y declaró haber recibido a representantes de treinta y seis grupos distintos que representaban a más de 300 000 trabajadores, y también trató de formar comisiones tripartitas en que participaran elementos del gobierno, trabajadores y patrones para considerar los problemas de las industrias del petróleo y la electricidad.⁶⁸ Pero esto no se hizo sino hasta 1968, cuando las tensiones habían crecido tanto que estos gestos perdieron su efectividad. No fue sino hasta julio de 1969 cuando Frei se dirigió a una reunión de trabajadores de las minas de cobre para explicarles en persona su política.⁶⁹ Prometió establecer un gran Consejo Económico y Social con representantes de los sindicatos, para considerar los problemas del país, pero

⁶⁷ L. Hernández Parker, artículo en *Desfile*, 21 de marzo, 1967.

⁶⁸ "Chile: un gabinete más flexible", *Latin America*, 8 de marzo, 1968.

⁶⁹ Esto sucedió en Chuquicamata, aunque los dirigentes sindicales se negaron a reunirse con él (*Ercilla*, 23-29 de julio de 1969, p. 23).

esta promesa la hizo tan sólo en su mensaje presidencial de mayo de 1969.

Las acusaciones de *Mensaje* respecto a incomprensión e indiferencia gubernamental son, quizás, exageradas. Básicamente parecería que el gobierno, después de 1965, hubiera decidido seguir una política de conciliación con los capitalistas que invierten en Chile, tanto nacionales como extranjeros. No podía seguir esta política y seguir otorgando grandes aumentos de salario y redistribuir los ingresos; cuando menos no podía hacer esto a corto plazo, sean cuales fueren sus intenciones a largo plazo. Pero una política que se apoyaba cada vez más en las inversiones privadas y la empresa privada tenía que verse obligada a tomar medidas drásticas en contra de los sindicatos. Sin embargo había que contar con la existencia de sindicalizados demócrata-cristianos, y sus quejas cada vez más frecuentes contra el gobierno explican en parte el viraje hacia la izquierda dentro del movimiento sindical del mismo Partido Demócrata Cristiano.

4. El proceso de radicalización

Los sindicalizados demócrata-cristianos han estado sujetos a presiones conflictivas. Por una parte están los teóricos como Thayer, los grupos católicos como ASICH y los dirigentes sindicales derechistas como Moreno de COMACH, que creen que la cooperación con los marxistas dentro de los sindicatos es difícil, si no imposible, y que es preferible que los demócrata-cristianos mantengan su integridad aun a costa de separarse completamente de los demás grupos. En general este grupo tiene una actitud menos radical respecto a cuestiones como la reforma de las empresas y las tácticas a seguir en la lucha sindical. El dirigente sindical que se alinea con ellos termina como miembro de un pequeño grupo sectario, que intenta extender su influencia con tácticas que ellos mismos condenarían si las utilizaran los marxistas. La otra ala del partido insiste mucho más en la importancia de la unidad del movimiento sindical, que ve como un objetivo tradicional y loable de la clase trabajadora, y opina que para lograrla vale la pena sacrificar algo de la pureza doctrinaria. Este grupo adopta una actitud más militante respecto de las reformas. El costo de seguir esta política es que puede volver difíciles las relaciones entre el partido y los sindicatos; y estas relaciones se vuelven muchísimo más tensas cuando el partido está en el poder.

Esta división no corresponde exactamente a la división entre dirigentes políticos y dirigentes sindicales. En el primer bando se incluyen algunos dirigentes sindicales derechistas y miembros de los grupos más católicos.⁷⁰

⁷⁰ Otro dirigente sindical derechista prominente es el de los empleados de salubridad, Waldo Grez, cuya salida del partido socialista en 1964 para apoyar a Frei en su campaña presidencial produjo una pequeña conmoción. El departamento sindical demócrata-cristiano resolvió más tarde enviarlo ante el tribunal disciplinario del partido, debido a los métodos autoritarios que estaba aplicando dentro de su sindicato, incluyendo la costumbre de provocar un pleito siempre que encontraba oposición (*Última Hora*, 28 de agosto de 1968).

En el segundo bando se incluyen no sólo aquellos dirigentes políticos que apoyaron a la facción rebelde, sino también uno o dos dirigentes prominentes, muy cercanos a las altas esferas del poder, que siempre han hecho esfuerzos por mantener contacto con los sindicatos. Bernardo Leighton, cuando era ministro de Gobernación en el gobierno de Frei, desempeñó un papel muy activo en las disputas laborales, en parte porque era respetado y bien recibido por los sindicalizados, mientras que Thayer les era antipático.

La facción rebelde del partido esbozó una nueva política respecto a los sindicatos en 1967.⁷¹ Pedían una actitud más realista, que implicaba el reconocimiento y la colaboración —o cuando menos el esfuerzo por colaborar— con la CUT. Argumentaban que para que el gobierno pudiera implantar las reformas prometidas era indispensable que tuviera buenas relaciones con los sindicatos. Advirtieron al gobierno de los peligros de usar un lenguaje provocador y belicoso.

Sus advertencias deben haber cobrado fuerza a ojos del gobierno cuando, en 1968, los sindicalizados demócrata-cristianos dieron la mayoría electoral en su congreso a una lista de dirigentes sindicales de izquierda, algunos estrechamente vinculados a la facción rebelde, que resultaron elegidos para dirigir el departamento sindical. El congreso se pronunció por el reingreso a la CUT y comenzó a hacer declaraciones extremistas respecto a la necesidad de reformas.⁷² Poco después la CUT aplazó su congreso de 1968, con el pretexto de permitir a ciertas federaciones más tiempo para organizar sus delegaciones, pero en realidad como respuesta a la iniciativa de reingreso de los demócrata-cristianos. El voto en la reunión de los sindicalistas fue decisivo, aunque no unánime: cuarenta y cuatro en favor, cinco en contra. El movimiento divisionista UTRACH fue condenado y sus dirigentes, entre los cuales se contaba el asesor laboral de Frei, Emilio Caballero, habían de presentarse al tribunal disciplinario del partido. La reunión también resolvió pedir al Consejo Nacional del partido que ordenara a todos los industriales demócrata-cristianos que entregaran sus em-

⁷¹ Para el texto completo véase *Política y Espíritu*, octubre de 1967, pp. 118-19. En la misma edición de esta revista el senador Patricio Aylwin criticó el informe, argumentando que contrariaba la decisión normativa sobre asuntos sindicales que se había tomado en el segundo congreso en 1966, y que una decisión de reconocer a la CUT como órgano representativo de los trabajadores chilenos no tendría el apoyo de la mayoría del partido. El senador Gumucio, de la facción rebelde, contestó a Aylwin en el mismo número de la revista. Para el punto de vista de la facción rebelde respecto al uso de la huelga para fines políticos véase "Las huelgas políticas", PEC, junio de 1967, pp. 7-8, de la publicación rebelde *Documentación*.

⁷² Ver los informes de *Última Hora*, 16, 17 y 20 de septiembre de 1968, *La Nación* y *El Siglo* del 18 de septiembre y *Ercilla* del 25 de septiembre, 1968. La lista de izquierda eligió a 3 directores nacionales contra 2 de la lista minoritaria (incluyendo a Waldo Grez) y 6 consejeros nacionales contra 4 de la lista minoritaria.

presas en un plazo de seis meses a los representantes de los trabajadores para que los representantes de éstos las dirigieran. Se informa que Frei se disgustó mucho con estas decisiones: su ministro de Gobernación, Pérez Zújovic, era un gran empresario industrial, que no mostraba el menor deseo de entregar sus empresas a los trabajadores. Aparentemente tampoco agradó a Frei la decisión de reingresar a la CUT. El nuevo jefe del departamento sindical, Alejandro Sepúlveda, reflejando en sus declaraciones el viraje hacia la izquierda, dijo en una entrevista que la

CUT debería ser convertida en un instrumento de la vanguardia en la lucha contra la oligarquía nacional y el imperialismo norteamericano para seguir un camino no capitalista hacia el desarrollo.⁷³

Los nuevos dirigentes del departamento sindical estaban claramente disgustados con el gobierno. Para subrayar el hecho de que los sindicalizados demócrata-cristianos debían ser leales ante todo al movimiento sindical, el departamento emitió una circular insistiendo en que si el punto de vista del grupo demócrata-cristiano dentro de un sindicato no era aceptado por la mayoría, los demócrata-cristianos debían plegarse a la voluntad de la mayoría. Los dirigentes sindicales locales no debían tomar la iniciativa y decidir si había que apoyar o no una huelga; debían discutir con sus adeptos si éstos consideraban justificada la huelga o no, y luego informar de los resultados al comité ejecutivo del departamento sindical, que decidiría la línea a seguir.⁷⁴ Obviamente, el departamento sindical demócrata-cristiano estaba ansioso de librarse de acusaciones de que, enfrentados con un conflicto entre industriales y trabajadores, actuaban según las instrucciones del gobierno. En una entrevista con el jefe del departamento éste admitió que anteriormente los dirigentes sindicales demócrata-cristianos habían intentado evitar algunas huelgas para salvaguardar la política económica general del gobierno, pero aseguró que en el futuro no se comportarían así.⁷⁵ Afirmando su nueva independencia, el departamento sindical defendió una huelga de los trabajadores del sector público en enero de 1969.

La exposición más detallada de las nuevas ideas del departamento sindical estuvo contenida en un largo informe, que publicaron conjuntamente los departamentos sindicales, juvenil y campesino, y que se llamó *Plan para el desarrollo no-capitalista: estrategia revolucionaria para la transformación socialista del país*.⁷⁶ El hecho de que fueron los tres departamen-

⁷³ Entrevista en *El Siglo*, 7 de noviembre de 1968.

⁷⁴ Sec. Gen. del Departamento Nacional Sindical, *Normas para la acción sindical* (26 de septiembre de 1968, mimeógrafo).

⁷⁵ Entrevista con el presidente del departamento sindical, en diciembre de 1968 (Santiago).

⁷⁶ El informe viene en *El Mercurio* del 26 de diciembre de 1968 y del 3 de enero de 1969.

tos los que se responsabilizaron de la publicación muestra que el descontento con el gobierno y con los jerarcas del partido no se limitaba al departamento sindical; de hecho el departamento juvenil siempre había estado en la vanguardia de los movimientos radicales dentro del partido, mientras que el departamento sindical sólo se había radicalizado posteriormente. El informe comenzaba por declarar que los primeros años del gobierno habían revelado las insuficiencias de los principios del partido y de los remedios que generalmente se aceptaban como los indicados para lograr la transformación del país. El partido siempre había rechazado el capitalismo y siempre había ofrecido como alternativa la teoría de la sociedad comunitaria; lo que faltaba era la estrategia para poner en práctica esta teoría. La inhabilidad para diseñar una estrategia capaz de atraer el apoyo popular era un defecto que compartían con los partidos marxistas; se necesitaba un enfoque completamente nuevo. El informe negaba inspirarse en absoluto en el comunismo (con esto se defendía de una acusación de la derecha). Por el contrario, se inspiraba, si acaso, en los esfuerzos de los países del tercer mundo de liberarse del imperialismo y de la dependencia. El informe expresaba preocupación por las dificultades del periodo de transición entre el capitalismo y el socialismo; insistía en que el objetivo final es el socialismo y que éste sólo se puede lograr mediante la toma del poder por las masas y su transformación del Estado. Una vez en el poder, seguirá una rápida ampliación de la nacionalización, de la reforma agraria y de la planeación económica que incluirá el control de la red comercial y bancaria. Durante el periodo de transición sobrevivirán formas de propiedad apropiadas a la burguesía y la pequeña burguesía (capitalismo y propiedad individual), pero el proceso continuado de la lucha de clases culminará en la victoria de las formas proletarias de producción (propiedad estatal, cooperativas).

El informe trata de reducir la importancia de las diferencias dentro del partido y entre partido y gobierno, argumentando que todos se adhieren al concepto de la sociedad comunitaria; pero poco es lo que se ha hecho por realizar este ideal. El partido tiene necesidad de una estrategia total para transformar a la sociedad capitalista. Esto sólo se puede lograr mediante la transformación de la base de poder, haciendo de ella una base popular, haciendo que el pueblo y sus órganos de representación, tales como los sindicatos, participen en el proceso de transformación social.

El informe, que es, en muchos aspectos, una extraña mezcla de socialismo y teoría demócrata-cristiana, insiste en la naturaleza clasista de la sociedad y en la lucha de clases, pero combina esta posición con un plan pacífico de transformación gradual y cooperativa de la sociedad. Ataca al capitalismo y a la propiedad privada, pero espera que ambos trabajen armónicamente junto con el Estado y el sector socialista para lograr su propia destrucción. En el periodo de transición el Estado burocrático centralizado y planificador será el instrumento principal de la transforma-

ción; pero cuando haya cumplido con su cometido será sustituido por una sociedad comunitaria o socialista —en el informe los términos casi son intercambiables.

El informe es quizás más importante por lo que representa que por lo que dice. El gobierno de Frei había tenido un efecto importante sobre el movimiento sindical demócrata-cristiano. Éste había crecido y se había fortalecido, y ganado en madurez e independencia. Se conformaba menos fácilmente con seguir instrucciones y recibir dirección teórica de los jefes del partido. Perdieron importancia sus ligas con el partido y la ganaron sus ligas con el movimiento obrero en general. Se radicalizó; bajo la presión de los ataques marxistas y radicales dentro del movimiento sindical, justificó su lealtad al movimiento uniéndose a las críticas a la política económica del gobierno y tratando de diseñar formulaciones teóricas alternativas que pudieran traer de nuevo al partido a una posición concorde con su promesa original de revolución.

Esta tendencia está lejos de ser la definitiva. Todavía hay grupos fuertes que preferirían un movimiento sindical católico unificado a la participación en la CUT. Tampoco es irreversible el viraje hacia la izquierda. En la política chilena se han dado cambios súbitos y dramáticos. Sin embargo el radicalismo creciente del movimiento sindical chileno es importante, no sólo porque demuestra que ha obtenido un grado mayor de independencia y madurez, sino también porque cuestiona la doctrina y estrategia del partido mismo.

9. SINDICATOS Y PARTIDOS

La actividad sindical en Chile no podía menos que tener un cariz político. Debido a que el gobierno desempeña un papel tan importante en prácticamente todas las áreas de las relaciones industriales, y a que cuando menos los sindicatos mayores tienen que desarrollar tanta actividad en el Congreso y en los ministerios como en los talleres, las relaciones industriales cobran necesariamente una dimensión política. Lo que se discute no es si los sindicatos tienen o no una actividad política —es obvio que sí—, sino el grado de su politización. ¿Hasta qué punto las acciones de los sindicatos, o sus métodos, o sus ideas se derivan de una ideología política o están influidos por consideraciones partidarias más que por consideraciones sindicales?

Esta pregunta se debe colocar en el contexto político nacional. Los sindicalizados son también ciudadanos y votantes, y en una sociedad democrática, sumamente politizada y partidista, es de esperarse que estas condiciones se reflejen en el movimiento sindical. Los problemas que se presentan en los sindicatos no se convertirán necesariamente en problemas políticos, ni en asuntos que conciernan al partido, pero pueden muy fácilmente ser convertidos en problemas políticos por los partidos y sus voceros.¹ Además, allí donde las divisiones políticas de una sociedad no coinciden simplemente con las divisiones entre las clases sociales, sino que se dan dentro de las clases, como sucede en la clase obrera chilena, es natural que las divisiones más importantes entre los partidos se reflejen también dentro del movimiento sindical.² Uno puede comparar la situación con la que se da en Argentina, en donde el equilibrio de poder entre los dos grupos es muy claro y el movimiento sindical es tan poderoso y dominante que hay, de hecho, una amalgama de sindicato y partido, per-

¹ Lipset y otros, *Union Democracy*, pp. 208-09. Escriben que en los capítulos de la ITU "está informalmente prohibido que se toquen abiertamente temas de política sindical. Muchos dirigentes sindicales explican esta prohibición señalando que las cuestiones de política de capítulo —cuestiones personales y administración de los asuntos de la capilla— no tienen relación con las diferencias y temas a discusión entre los dos partidos del sindicato. Pero, como se puede ver a los niveles locales e internacionales de la ITU, casi cualquier tema puede convertirse en cuestión partidaria".

² Así por ejemplo Di Tella y otros explican el hecho de la politización de los sindicatos chilenos en gran parte como resultado de la falta de una burocracia sindical, y la forma de esa politización como resultado de la debilidad de los sindicatos y la fuerza de los partidos, de tal manera que los grupos sindicales tienen poca influencia independiente sobre sus partidos progenitores.

diéndose la identidad del partido en la de los sindicatos.³

— Resulta mucho más complicado de lo que parece tratar de dividir las actividades sindicales en “económicas” y “políticas”, punto subrayado por Eldridge cuando resume las principales explicaciones de la inquietud activa que resulta en declaraciones de huelga. Éstas son: 1] las ventajas económicas: los sindicatos existen para lograr salarios máximos; 2] búsqueda de seguridad en el trabajo; 3] guerra de clases: los sindicatos son la encarnación de la reacción de la clase obrera contra la explotación capitalista; 4] política, haciendo hincapié en la importancia predominante del conflicto político (con frecuencia insistiendo en la influencia del comunismo) ya sea entre los sindicatos y la gerencia respecto al reconocimiento de los sindicatos y por cuestiones de contratación colectiva, o entre sindicatos, por disputas respecto a jurisdicción, o dentro de los sindicatos por rivalidades internas de los dirigentes; 5] relaciones humanas, por ejemplo la falla de grupos primarios entre los obreros o la falta de comprensión entre gerencia y obreros.⁴ La dificultad es, como señala, que pueden estar presentes *todos* estos elementos, funcionando como causas, y que mientras que algunos dirigentes sindicales pueden tener objetivos reformista-económicos, otros, embarcados en la misma huelga, pueden muy bien tener fines revolucionario-políticos.

Uno no puede clasificar a los dirigentes sindicales como motivados políticamente simplemente porque emplean la retórica del partido, a menos que sea posible establecer claramente una línea de autoridad entre partido y dirigente sindical. V. L. Allen escribe que en la práctica la verdadera militancia sindical se refiere más a los métodos que a los objetivos: “[...] no importa tanto en favor de qué objetivos están presionando los sindicatos como su manera de presionar”.⁵ Esta distinción resulta menos aplicable en el caso chileno, debido a las hondas divisiones ideológicas. Sin embargo, lo que importa no es tanto lo que dicen los voceros de los sindicatos en los congresos abiertos de la CUT como su manera de dirigir sus sindicatos, y esto no se puede determinar simplemente mediante el examen de sus posiciones políticas declaradas.

Es difícil generalizar acerca de todo el movimiento sindical y su grado de politización, ya que algunos sectores están indudablemente más politizados que otros. Si el grado de politización de las actividades de la CUT está muy claro, la importancia de esto para el movimiento sindical en general depende de la importancia de la CUT y del poder o influencia que tenga sobre sus miembros constitutivos. De manera semejante, es indudable que hay dirigentes sindicales individuales que están sumamente

³ E. Gallo, “Divisiones del movimiento sindical argentino”, *Bolsa R.*, noviembre de 1968, p. 613.

⁴ J. T. Eldridge (siguiendo en esto a Neil Smelser) *Industrial Disputes*, Londres, 1968, p. 57.

⁵ *Militant Trade Unionism*, Londres, 1966, pp. 18-19.

politizados, pero sigue siendo dudoso en primer lugar qué tanto influyen sus convicciones políticas en su acción sindical, y, en segundo lugar, cuánta influencia real tienen, en su capacidad de dirigentes político-sindicales, sobre el grueso de las bases.⁶

La politización de los sindicatos se ha estudiado por lo general en situaciones donde un solo partido o movimiento ideológico tiene el apoyo casi total del movimiento sindical, o donde las divisiones ideológicas se corresponden con distintos sindicatos. Normalmente se supone que los sindicatos son gobiernos unipartidarios. Clark Kerr argumenta que “no hay conflictos prolongados excepto con referencia a cuestiones ideológicas, y los conflictos ideológicos tienden a dividir a los sindicatos más que a crear sistemas bipartidistas dentro de ellos”. Otras cuestiones, por ejemplo reivindicaciones salariales, pueden conducir a faccionalismos y rivalidad por el liderazgo, pero no a sistemas bipartidistas.⁷ Y sin embargo los sindicatos chilenos no están divididos en entidades ideológicas separadas; una de sus características más notables es la colaboración sostenida entre los miembros de distintos partidos en el mismo comité ejecutivo. La politización no fragmenta, pues, automáticamente a un movimiento sindical; aunque es bastante cierto que las mayores causas de desacuerdo en el movimiento sindical chileno son disputas entre los partidos. Si los intereses de los partidos separan a los sindicalizados, ¿no es posible que exista también una ideología o interés sindical que los mantenga unidos?, ¿un sentido de la tradición de unidad obrera que sirva de contrapeso a los esfuerzos divisores de los partidos? Ésta no es la única razón de que existan comités ejecutivos pluripartidistas; los requisitos legales mantienen unidos a los sindicatos fabriles, y, cuando menos en la actualidad, las presiones políticas también favorecen en general la unidad del movimiento sindical. Sin embargo, simplemente porque un dirigente sindical es miembro de un partido político no hay que suponer que actúa como agente de su partido dentro del sindicato; de hecho, como hemos visto, los partidos se quejan con frecuencia de que sus miembros que son dirigentes sindicales están demasiado comprometidos con sus sindicatos.

1.A CUT

Existen varias confederaciones nacionales en Chile, pero es indudable

⁶ El que haya partidarios activistas activos es, por supuesto, de alguna importancia. Como dicen Lipset y otros (pp. 214-215): “Al introducir cuestiones políticas sindicales al capítulo de forma que obligan a hombres menos activos y políticamente comprometidos a tomarlas en cuenta, los miembros activos de partidos políticos tienen una importancia dentro de los procesos políticos sindicales que está fuera de toda proporción con su número. Estos partidarios activos convierten campos de lucha *potencialmente* políticos en políticos *de hecho*, al canalizar los asuntos sindicales hacia la política sindical y al inyectar las cuestiones políticas en la red de relaciones sociales que florecen en los talleres más grandes.” *Cursivas suyas.*

⁷ Kerr, *Labor Management*, p. 31.

que la mayor y más poderosa es la CUT, fundada en 1953.⁸ Poco antes de la victoria electoral de Allende, 49 de las 79 federaciones sindicales existentes estaban afiliadas a la CUT, lo cual equivale al 60% de todos los trabajadores sindicalizados.⁹ Las cifras respecto al número de miembros son vagas, debido quizás solamente al estado financiero de la CUT, normalmente caótico, que vuelve prácticamente imposible verificar cuáles federaciones y sindicatos han pagado sus cuotas; el número de miembros crece rápidamente al acercarse un congreso, y decrece después, al perder fuerza el motivo principal que tienen muchos sindicatos para pagar sus cuotas (o sea el derecho a asistir a los congresos) por otros tres años. La CUT misma pretende que la gran mayoría de los trabajadores sindicalizados chilenos son miembros y que de sus miembros el 60% son obreros y el 40% empleados. Ansiosos por subrayar que su base es proletaria, también declara que el 40% de sus miembros son mineros y obreros industriales.¹⁰ Más importante que los cálculos acerca del número de miembros es la amplitud del apoyo que obtiene la CUT para sus actividades y objetivos, y ésta ha variado tanto como la filiación nominal.

Los objetivos de la CUT, tal y como se expresan en su Declaración de Principios, han sido modificados continuamente desde 1953, en gran parte por un esfuerzo del partido comunista por retener a los demócrata-cristianos y a los radicales en la organización.¹¹ La Declaración actual condena la "crónica incapacidad del régimen capitalista que, fundado en la propiedad privada de la tierra y de los instrumentos y medios de producción, divide a la sociedad en clases contrarias".¹² El enemigo se define —es la oligarquía terrateniente, la burguesía capitalista, el imperialismo— pero la solución ha sido modificada de "socialismo total" a una menos específica "transformación de la sociedad". Estos objetivos son menos urgentes que las metas señaladas por cada congreso cuando discute la política a seguir. En 1968, como siempre, una de las preocupaciones más importantes era la organización sindical, y el comité ejecutivo proponía que se hicieran grandes esfuerzos para atraer a la CUT a los trabajadores que no pertenecían todavía a ella y para reorganizar las estructuras existentes en grandes federaciones a nivel de industrias.¹³ El comité ejecutivo declaró

⁸ El mejor estudio sobre la CUT, y una verdadera mina de información, es *Trayectoria*, de Barría.

⁹ Departamento del Trabajo de Estados Unidos, *Labor Law*, p. 39; Zapata, *Federaciones y centrales en el sindicalismo*, 1968, p. 6. Desde entonces la CEPCh y la COMACH ingresaron a la CUT, aumentando considerablemente el número oficial de miembros. Barría (en *Trayectoria*, pp. 387-89) da una lista de las mayores federaciones y sindicatos nacionales que pertenecen a la CUT. De las 49 federaciones, 36 eran "libres", o sea no reconocidas legalmente, y 13 eran legales.

¹⁰ *Memoria del consejo directivo al 5º congreso*, p. 18.

¹¹ Véase el cap. 8.

¹² CUT, *Declaración de principios y estatutos*, Santiago, 1965, p. 1.

¹³ *Memoria del consejo directivo*, p. 4.

que trabajaría por una reforma agraria más rápida y drástica, evitaría la penetración por intereses imperialistas, abogaría por una amplia nacionalización y control estatal, trabajaría para obtener la representación directa de los trabajadores en la gerencia y dirección de empresas estatales y agencias de seguridad social; y pedía que se financiaran nuevas inversiones mediante un aumento de los impuestos a las empresas extranjeras y a los ricos. Se condenó la política salarial del gobierno y la CUT pidió que se organizaran comisiones tripartitas de sus propios representantes, de los patronos, y del gobierno, para establecer aumentos de salarios. Su programa de acción también contenía cierto número de sugerencias de medidas urgentes para combatir la inflación y los monopolios, y llamaba a la acción unificada a casi todos los sectores sociales excepto la burguesía.

La autoridad suprema es el congreso nacional, que debe reunirse cada tres años. Lo componen delegados elegidos por sindicatos locales y los miembros del comité ejecutivo de la CUT (el Consejo Directivo Nacional), cinco miembros de cada federación o sindicato nacional y cinco delegados de los consejos provinciales de la CUT. El congreso se divide en cierto número de comisiones que discuten los distintos aspectos de los asuntos sindicales, pero su función más importante es la elección del comité ejecutivo.

El número de sindicatos que asisten al congreso nacional varía considerablemente. En el congreso fundador estuvieron representados 35 federaciones y sindicatos nacionales y 913 sindicatos locales; en 1957 hubo representantes de 41 sindicatos nacionales, pero solamente 438 de sindicatos locales; para 1962 fueron 40 y 1 042 respectivamente.¹⁴ El número de miembros de la CUT no es estable; la COMACH, aunque fue miembro fundador, se salió de la CUT en 1957 y no regresó sino diez años más tarde; hubo un corto periodo en que hasta los trabajadores de las minas de cobre se salieron de la CUT; y la federación de los trabajadores bancarios también se salió en 1957. En la tabla de la página 220 se puede ver que muestra la distribución por ocupaciones de los delegados a los congresos.

Los congresos de la CUT son notables no tanto por la asistencia variable de los sindicatos como por la distinta distribución de las fuerzas políticas. La CUT es una organización predominantemente política, no sólo porque la mayor parte de su atención se tiene que dirigir, como también su actividad, hacia las relaciones con el gobierno y no con los patronos, sino, y esto es más significativo, porque las principales divisiones corresponden a líneas divisorias políticas de tipo partidista. Los dirigentes sindicales se reúnen con sus consejeros o asesores del partido correspondiente antes y después de los congresos, para discutir las tácticas a seguir y los candidatos que se incluirán en la lista que se presentará para las elecciones. Las lis-

¹⁴ Barría, *Trayectoria*, pp. 178-80. La información contenida en este párrafo está basada en esta obra.

Distribución por ocupaciones de los delegados a los congresos de la CUT

	1957	1959	1962
Obreros industriales	526	540	836
Mineros	138	163	214
Total de obreros	664	703	1 050
Empleados del sector privado	26	38	121
Empleados estatales	401	364	641
Empleados municipales	66	66	102
Sector público en total	467	430	743
Trabajadores agrícolas	9	32	166
Autoempleados (comerciantes)	14	35	80
Pensionados	7	19	41
	1 187	1 257	2 201

FUENTE: Barría, *Trayectoria*, p. 188.

tas que se presentan para las elecciones al comité ejecutivo no son el fruto de la alianza de un sindicato con otro, sino de los miembros del mismo partido que pertenecen a distintos sindicatos, y los lazos que unifican a los grupos de dirigentes sindicales en el comité ejecutivo son lazos políticos.

Es obvio por qué la elección de un ejecutivo ha de ser la principal función del congreso. Los asuntos sindicales no se pueden discutir adecuadamente en una asamblea de 2 000 delegados. Respecto a las cuestiones políticas, cada congreso repite el debate que a la sazón se libra en el país en general entre los distintos partidos. La importancia de los congresos reside en el ascenso y descenso de la fortuna de los partidos dentro del comité ejecutivo y en las alianzas políticas que se establecen. La situación relativa de los partidos se puede apreciar en las dos tablas que siguen:

Votación y composición del comité ejecutivo de la CUT

1953		
	Votos	Miembros
<i>Lista 1</i>		
Anarquistas	188	3
<i>Lista 2</i>		
Comunistas	903	13
Socialistas de Chile		
Radicales		
Falangistas		
<i>Lista 3</i>		
Partido Socialista Popular	657	9
Socialistas disidentes		
Partidarios de Ibáñez (los "Independientes")		
<i>Lista 4</i>		
Trotskistas	18	0
Total	1 766	25
Abstenciones	589	

Muchas delegaciones no pudieron llegar a la conferencia, o no pudieron quedarse, principalmente por motivos económicos. Más tarde también entraron en juego impedimentos de tipo político.

1957		
	Votos	Miembros
<i>Lista 1</i>		
Socialistas y comunistas	825	20
<i>Lista 2</i>		
Radicales	163	4
Socialistas disidentes		
<i>Lista 3</i>		
Trotskistas	18	0
Total	1 006	24
Abstenciones	354	

Las abstenciones fueron en su mayoría de demócrata-cristianos y anarquistas. Se concedieron 4 miembros a los demócrata-cristianos para integrarlos a la CUT. Para 1957 la mayoría de los grupos anarquistas se habían retirado de la CUT.

2 ^o 1959		
Lista	Votos	Miembros
Lista 1		
Trotskistas	17	0
Lista 2		
Comunistas	645	12
Lista 3		
Socialistas	405	8
Total	1 067	20
Abstenciones	373	

Las abstenciones fueron en su mayoría de demócrata-cristianos, radicales y anarquistas.

3 ^o 1962		
Lista	Votos	Miembros
Lista 1		
Grupos revolucionarios	Se retiraron	
Lista 2		
Independientes	12	0
Lista 3		
Comunistas	751	6
Lista 4		
Socialistas	686	5
Lista 5		
Demócrata-cristianos y radicales	583	4
Total	2 065	15
Abstenciones	349	

4 ^o 1965		
Lista	Votos	Miembros
Lista 1		
Comunistas	890	11
Lista 2		
Trotskistas	20	0
Lista 3		
Socialistas	696	9
Total	1 670	20
Abstenciones	434	

En su mayoría de demócrata-cristianos y radicales.

L. Ampuero Pres.

5 ^o 1968		
Lista	Votos	Miembros
Lista 1		
Comunistas	134 250	14
Lista 2		
Socialistas	63 818	7
Lista 3		
Demócrata-cristianos	30 165	3
Lista 4		
Radicales	23 825	2
Lista 5		
Socialistas populares (el grupo de Ampuero)	11 519	1
Lista 6		
MIR	4 067	1
Total	267 644	28
Abstenciones	277	

El sistema de votación se cambió para el congreso de 1968; de allí el mayor número de votos, aunque también es cierto que había aumentado el número de delegados (2 951 en total).

Oscar Ampuero Pres.

Filiación política de los delegados a los congresos de la CUT (%)

Filiación política	1953	1957	1959	1962	1965	1968
Comunista	21.3	39.9	44.7	31.1	42.3	45.5
Socialista						
Popular	12.7	22.9	28.1	28.4	33.1	21.6 ¹
de Chile,	4.2	—	—	—	—	3.0 ²
Disidente	8.4	3.0	—	—	—	—
Radical	6.3	9.0	4.1	6.2	4.8	8.1
PDC	6.3	14.7	14.6	17.9	11.9	10.2
Anarquista	7.9	2.2	2.0	2.0	—	1.4 ³
Trotskista	0.7	1.3	1.1	0.8	1.0	—
Independiente	6.6	—	—	0.5	—	—
No clasificable y ausentes	25.6	8.8	5.0	12.9	7.2	9.4

¹ El principal partido socialista.

² El USP de Ampuero.

³ MIR.

FUENTE: Ibid. Barría usa las cifras de la votación como indicadores de la filiación política de los delegados. Aunque no un medio tan exacto de averiguarla como parece indicar la tabla anterior, sirve, de todas maneras, como guía. Los porcentajes no siempre suman 100 debido al redondeo de cifras.

La formación misma de la CUT fue una prueba del predominio de los factores políticos sobre los sindicatos. La iniciativa y la energía invertida en reparar el daño causado al movimiento sindical por la amarga división de la CTCh provino de los mismos grupos políticos que habían producido estas divisiones. Todos los grupos políticos estaban en favor de la unión. Los radicales, que habían perdido el poder en 1952, estaban preparados para combinarse con otros grupos sindicales para proteger sus intereses. El movimiento anarco-sindicalista temporalmente revivido esperaba que el sectarismo fuera enterrado en un nuevo movimiento en favor de la unidad y prestaron su apoyo entusiasta a la formación de la CUT. Los comunistas, que a la sazón estaban proscritos legalmente, y que seguían una vez más la línea política marcada por Moscú, estaban ansiosos por salir de su aislamiento. Hasta los seguidores del general Ibáñez formaron un Frente para participar en la nueva corriente de acción unificada y se combinaron con el PSP. El único bloque de importancia independiente de estas posiciones de partido consistía en cierto número de federaciones importantes —entre ellas la de los sindicatos de trabajadores del cobre, los ferrocarrileros y los marítimos— que habían ingresado o cuando menos simpatizaban con la ICFTU y con su filial interamericana, la ORIT. Los dirigentes de estas federaciones independientes eran de hecho en su

mayoría ex-socialistas, que estaban desilusionados con ambos partidos socialistas. Sin embargo, su independencia no duró mucho tiempo y, con la excepción de los trabajadores marítimos, abandonaron muy pronto a la ORIT para ingresar a la CUT, asociados con uno u otro de los participantes políticos normales.¹⁵

Las tensiones dentro de la CUT reflejan las tensiones entre los partidos políticos. Generalmente en la CUT los socialistas se hacen eco de la insistencia de su partido en la acción revolucionaria (aunque también de una manera bastante vaga); los radicales y los demócrata-cristianos luchan por hacer prevalecer puntos de vista más moderados, aunque conflictivos, respecto del sindicalismo; y los comunistas, con cierto éxito, intentan actuar como intermediarios.¹⁶ Quizás este papel del partido comunista merezca un énfasis especial, ya que ha hecho grandes esfuerzos por unificar al movimiento obrero, aplacando a los disidentes de derecha y de izquierda, insistiendo en la importancia de respetar los principios democráticos y el derecho a disentir. Ha estado mucho más dispuesto a transigir que el partido socialista, en parte porque los comunistas, mucho más que los socialistas, recuerdan favorablemente la victoria del Frente Popular: una victoria lograda gracias a que los comunistas estaban dispuestos a transigir y a olvidarse un poco de sí mismos.

Las divisiones dentro de los partidos también repercuten en la CUT. Cuando el partido socialista se dividió en 1967, seis dirigentes de la CUT que siguieron a Ampuero, incluyendo al secretario general, Óscar Núñez, fueron suspendidos en sus tareas, a pesar de las protestas que hubo contra esta acción que fue acusada de anticonstitucional.

No solamente el comité ejecutivo de la CUT está dividido por partidos; también la elección de delegados de los sindicatos base parece reflejar la misma división. El partido comunista ha criticado repetidamente la práctica ampliamente difundida de componer las delegaciones de acuerdo con la distribución de fuerzas políticas dentro del sindicato local en vez de permitir la elección libre y abierta de delegados.¹⁷

Los partidos no sólo disponen la elección de delegados sino que también desarrollan su actividad durante todo el congreso, incluso en las distintas comisiones. Los técnicos de los partidos redactan el borrador de los informes que se han de discutir y ayudan a editar las versiones fina-

¹⁵ Barría, *Trayectoria*, pp. 38-44. Véase también Óscar Núñez, *Diez años de lucha de los trabajadores*, 1963, pp. 6-7. También se refiere al papel de la Federación de Estudiantes, o FECh, que ayudó a crear contactos entre todos estos grupos al atraerlos al Comando contra las Alzas de Precios y Especulaciones".

¹⁶ Así Figueroa informó al partido comunista que la "Comisión organizadora del 4o. congreso se compone de 11 miembros, de los cuales 3 son comunistas, 3 socialistas, 3 demócrata-cristianos y 2 radicales, con lo cual se garantiza un congreso ampliamente representativo" (PCCh, *Pleno de abril de 1965*, p. 41).

¹⁷ Astudillo, "Perspectivas del 2o. congreso de la CUT", en *Principios*, febrero de 1960, pp. 14-15.

les, e instruyen a los delegados, con frecuencia carentes de información, respecto a lo que deben decir y por quién deben votar. Las discusiones y discursos ante las asambleas generales y en las comisiones son con más frecuencia de naturaleza política que de naturaleza sindical; es tan probable que los oradores se identifiquen por su filiación política como por su sindicato —aunque los comunistas desapruaban esta práctica. Hay también desacuerdos ideológicos dentro de los congresos; por ejemplo, en el congreso de 1968, los socialistas interrumpieron durante varias horas el procedimiento porque discutían los términos de referencia de varias comisiones, que les parecían insuficientemente antimperialistas, demasiado tecnocráticos, y que indicaban una actitud de colaboración entre las clases.¹⁸

Este dominio del partido es criticado desde dentro del movimiento sindical tanto como desde fuera. Blest, el primer presidente de la CUT, que era un dirigente radical pero no alineado con ningún partido, se opuso constantemente a la influencia de los partidos. En un discurso del 10. de mayo de 1957 declaró que la CUT

debe renovarse o perder fuerza hasta desaparecer [...] el movimiento sindical se ha transformado en una organización exclusivamente económica [...] La acción de los partidos ha dividido a la CUT en parcelas sectarias y ha impedido que se tome ninguna acción real y positiva.¹⁹

Blest era útil a los partidos marxistas como una especie de frente apolítico para desviar las acusaciones derechistas de que la CUT era simplemente una extensión de los partidos. Pero cuando el partido comunista fue legalizado de nuevo y cuando Blest se volvió un poco más peligroso al ganar en credibilidad su mensaje cada vez más violento luego de la revolución cubana, como se ha visto, se prescindió de él súbita y brutalmente. La causa específica fue el desacuerdo cuando intentaba suspender y generalizar una huelga que los partidos marxistas deseaban suspender,

¹⁸ El autor estuvo presente en el 5o. congreso en Santiago, noviembre de 1968, y sintió que estaba de acuerdo con el redactor de informes de la Primera Comisión, en que ésta era la conferencia peor organizada a la cual hubiera asistido jamás (el comentario, por cierto, provocó un ruidoso siseo del público). Yo estimaría que el 25% del tiempo del congreso (que duró 4 días y medio) se pasó en esperar que algo sucediera (los salones que deberían haberse abierto a las 9 a.m. para que una comisión comenzara a trabajar, se abrieron a las 11 a.m.); otro 25% se pasó en formalidades, tales como saludos fraternales de varias delegaciones nacionales y extranjeras —incluyendo un discurso en coreano que duró una hora; el 40% en discusiones respecto a procedimiento: quiénes deberían integrar las comisiones, quiénes podrían votar, etc.; y sólo el 10% en debate y discusión que en su mayor parte sirvieron de pretexto a confrontaciones entre comunistas y socialistas.

¹⁹ Vitale, p. 101.

pero había, como indicó en su discurso de renuncia, desacuerdos más profundos.

Creo en la acción masiva directa; otros creen en el legalismo y la cooperación con la burguesía pseudodemocrática. La CUT debería ser guía y vanguardia de la clase obrera y no simplemente el juguete de acontecimientos y circunstancias, y lo que es peor, el instrumento de organizaciones ajenas al movimiento obrero chileno.²⁰

Si la CUT hubiera estado siempre fuerte y unificada, además de politizada, hubiera podido ser una organización muy influyente en el sistema político chileno. Ganó fuerza e influencia en los últimos años de la administración de Frei —no sólo mediante sus propios esfuerzos, sino porque la política salarial de Frei la volvió más importante.²¹ Aun así, durante la mayor parte de su vida sus debilidades fueron más evidentes que los puntos fuertes.

Una de estas debilidades ha sido revelada por la necesidad de cambiar, en casi todos los congresos, el método de formar el comité ejecutivo con objeto de lograr la integración de un cuerpo más activo. Parecía inevitable que cierto número de los miembros del comité ejecutivo apenas se molestara en dedicar su tiempo y esfuerzo a las actividades de la CUT. Los informes del comité ejecutivo a los congresos nacionales generalmente criticaban la falla de algunos departamentos de la CUT debida a que sus dirigentes nominales estaban ocupados con otros asuntos. El problema se vuelve especialmente agudo cuando los miembros del ejecutivo son al mismo tiempo dirigentes de grandes federaciones o sindicatos, ya que en estos casos la federación o sindicato tiene prioridad en la atención del dirigente. Para tratar de inculcar un mayor sentido de responsabilidad se cambiaron los estatutos, en el tercer congreso, para permitir a cada federación más de 3 000 miembros que estuvieran al corriente en el pago de sus cuotas, que nombrara a un representante en el ejecutivo, pero en el cuarto congreso se informó que “la mayoría de las federaciones no tenían representantes permanentes. Los camaradas nombrados sólo mantenían un contacto esporádico”.²²

²⁰ Su discurso está contenido en *Memoria del CDN al 3er. congreso nacional ordinario de la CUT 1-5 de agosto de 1962*, 1962, pp. 23-24. El partido socialista, a pesar de sus cacareados objetivos revolucionarios, se unió al comunista para deshacerse de Blest.

²¹ Es indudable que llegará a ser aún más influyente durante la administración de Allende. Pero su crecimiento tiene límites obvios, tales como la rivalidad entre los partidos, que continúa, la capacidad e intenciones del partido demócrata-cristiano de bloquear la legislación favorable a la CUT en el congreso, y la tendencia chilena a pensar en el poder ejecutivo y en el congreso como el centro de la actividad política de importancia.

²² *Memoria del consejo directivo nacional al 4º congreso nacional ordinario de la CUT*, 25-28 de agosto de 1965 (1965), p. 25.

Surgió un problema parecido en el caso del organismo que tiene por fin servir de enlace entre el comité ejecutivo y los representantes de los sindicatos más grandes. Este organismo debía informar al comité ejecutivo de la CUT de los puntos de vista de las federaciones, y luego transmitir a las federaciones las decisiones de las juntas del comité ejecutivo de la CUT con los dirigentes de las federaciones. Desgraciadamente las federaciones hacían por lo general caso omiso de las juntas. Los delegados que llegaban a asistir no tenían ninguna autoridad para comprometer a sus sindicatos y no hacían ningún intento real de informar a sus sindicatos respecto de los resultados de las juntas. Los dirigentes de las federaciones estaban por lo general demasiado ocupados con sus propios asuntos sindicales para asistir a las juntas. Pocas veces se da el caso de que los miembros principales del comité ejecutivo sean dirigentes prominentes de grandes federaciones. El presidente actual, Figueroa, aunque técnicamente es un trabajador de imprenta, en la práctica ha sido funcionario del partido comunista durante muchos años, y es además diputado; el secretario general, que es el socialista Hernán del Canto, ex-dirigente de la Juventud Socialista, es un joven empleado de la municipalidad de San Miguel en Santiago; el anterior secretario general socialista era maestro de primaria, más importante en las actividades del partido que en el sindicato de maestros. La CUT sólo puede darse el lujo de pagar salarios a un número reducido y variable de los miembros de su comité ejecutivo (entre cuatro y siete), y no es lo suficientemente importante para que una federación grande le pague a uno de sus dirigentes sindicales exclusivamente para que la represente ante la CUT. Los empleados estatales —Blest es un ejemplo obvio— siempre han sido prominentes en la dirección de la CUT, en parte debido a que el compromiso político de la CUT hace que sus actividades sean de suma importancia para ellos y en parte porque, como la misma CUT, los sindicatos de ese sector operan fuera del marco establecido por el código laboral.²³

La debilidad estructural de la CUT también se refleja en su organización regional. El tercer congreso resolvió que debía de hacerse un esfuerzo especial para reactivar la organización regional, pero el informe del comité ejecutivo al cuarto congreso indicó que se había tenido poco éxito. La mayor parte de las sucursales provinciales de la CUT —con la excepción de algunas establecidas en zonas mineras e industriales— tienen una vida muy irregular y carecen de fondos y de organizadores. Los sindicatos y federaciones que están afiliados a la CUT no suelen afiliarse a la sección local. El desinterés de los sindicatos en sus sucursales es comprensible. Si la importancia de la CUT reside en su papel en la política

²³ El informe (1959) de la Izquierda Sindical y Partido Obrero Revolucionario (un grupo trotskista) al tercer congreso critica la excesiva representación de sectores artesanales y de empleados en el comité ejecutivo de la CUT y la falta de representantes de sindicatos industriales y mineros (p. 17).

nacional, entonces es solamente la CUT nacional la que puede ser de utilidad a los sindicatos. Las que existen son con frecuencia pequeños organismos de miras estrechas y sectarias que han sido capturados para el uso exclusivo de una facción política.²⁴

Quizás la debilidad de la CUT se muestra con mayor claridad en su pobreza. Iniciada con razonable éxito, podía en un principio pagar salarios modestos a siete dirigentes, que pronto se redujeron a cuatro.²⁵ Los sindicatos no pagan las cuotas establecidas por los congresos nacionales. En un principio la situación no era crítica, y durante tres años el 70% de los gastos se podían satisfacer con los ingresos; después de eso hasta el 70% tenía que cubrirse con medidas extraordinarias, tales como préstamos, colectas especiales, etcétera, incluyendo un préstamo de la WFTU. El tesorero de la CUT en el congreso de 1957 denunció a las federaciones y organizaciones provinciales que, cuando (excepcionalmente) cobraban las cuotas para la CUT, se las apropiaban.

Los intentos de producir un periódico o revista siempre han fallado por falta de financiamiento, y el único vehículo que han tenido fue el automóvil que les entregó la embajada de la URSS en Santiago, de parte de los sindicatos soviéticos. Incluso en 1968, cuando estaba ganando en importancia la CUT, se informó que solamente 85 000 trabajadores, en promedio, pagaban sus cuotas mensuales. Un motivo de que la CUT haya solicitado el reconocimiento legal es que esto permitiría solicitar a los patrones que descontaran las cuotas de los salarios. Es difícil ver otra solución para su debilidad financiera; y la influencia de los partidos se fortalece con el hecho de que muchas de las obligaciones financieras de la CUT, y el pago de sus dirigentes, e incluso de las cuotas de los sindicatos inmediatamente antes de los congresos, las pagan los partidos y no los sindicatos.

Esta debilidad financiera, más que cualquier otro factor, ha obstaculizado cualquier intento que pudiera hacer la CUT por transformar la organización sindical en Chile, o por sindicalizar a los no sindicalizados. En congreso tras congreso se llama a organizar sindicatos nacionales, federaciones más grandes, contratación colectiva a nivel de industrias, pero no se ha dado ninguna iniciativa digna de tomarse en cuenta. En primer lugar, la organización de la misma CUT, y especialmente de sus departamentos, a menudo carentes de vitalidad, no es precisamente un ejemplo atractivo y convincente de lo que puede ser la organización sindical.²⁶ El

²⁴ Memoria del CDN al 4o. congreso, p. 25. Véase también Ó. Núñez, "Balance del paro nacional", en *Arauco*, noviembre de 1962, p. 20.

²⁵ Barria, *Trayectoria*, p. 305. Aun aquí las consideraciones políticas eran importantes; los siete puestos originales tenían que dividirse cuidadosamente entre 3 comunistas, 1 socialista de Chile, 1 socialista popular, 1 anarcosindicalista y 1 demócrata-cristiano.

²⁶ Barria (ibid., p. 260) escribe que "a pesar de las resoluciones tomadas y del interés despertado, poco se ha hecho en este campo [o sea la formación de sindi-

informe de la conferencia de la CTC en 1955 criticó duramente a la CUT, señalando la

irritación y mala voluntad que se sentía en las bases de la CTC, debido a la falta de interés, de claridad, de solidaridad que mostraban algunos de los dirigentes nacionales de la CUT en repetidas ocasiones, de tal manera que han dañado los intereses materiales y económicos de los trabajadores del cobre y aun han contribuido en muy gran medida a la adopción de medidas represivas de parte del gobierno.²⁷

Aun cuando existiera, como declara un informe del ejecutivo, "cierta tendencia burocrática a dirigir a la CUT mediante circulares, en vez de por contacto directo con dirigentes provinciales",²⁸ sigue siendo cierto que la CUT carece de los medios económicos y de la estructura administrativa que le permitiría ponerse a la tarea de transformar los sindicatos.

Hasta hace relativamente poco las federaciones más fuertes tendían a ignorar a la CUT cuando estaban entregadas al proceso de contratación colectiva, aun cuando el proceso fallara y hubiera que declarar una huelga. Se hacían pocas consultas respecto a la naturaleza general de las demandas que debían plantear los sindicatos a los patrones, y tampoco se tenía ningún plan coordinado de acción que oponer al sistema capitalista.²⁹ El comité ejecutivo de la CUT publicaba continuas advertencias respecto a la inutilidad de librar la batalla económica en un gran número de frentes reducidos, y atestiguaba la falta de solidaridad de la mayoría de los sindicatos con sus camaradas. El comité ejecutivo acusaba a los dirigentes sindicales de egoísmo y falta de confianza, y se refería a

la incomprensible actitud de dirigentes respetados que se apegan a la creencia de que tienen la obligación de asegurar que los trabajadores

catos únicos que abarcaran a todos los trabajadores de una industria] y el CDN en cuanto organismo no ha tomado ningún paso concreto en este sentido, salvo el de mandar cartas circulares y propaganda". Además, escribe que nada se ha hecho respecto a la ampliación de la sindicalización, en parte debido a que la CUT no ha logrado organizarse adecuadamente.

²⁷ *Estatutos e informe del 2o. congreso ordinario de la CUT* (La Serena, 1955), p. 21. Los dirigentes de los sindicatos de los trabajadores del cobre sentían que no habían recibido un apoyo digno de consideración para una huelga; aunque también admitían que ellos no habían hecho mucho por apoyar a la CUT.

²⁸ *Memoria del CDN al 3er. congreso*, p. 19.

²⁹ Barria (en *Trayectoria*, p. 264) cita el informe del presidente del CDN al segundo congreso nacional de la CUT de donde se concluye que pocos sindicatos se molestan en consultar a la CUT respecto a huelgas propuestas, y, lo que es peor, cuando llegan a consultarlo, y el CDN se opone, siguen adelante con sus planes de huelga. "A pesar de que se tienen instrucciones muy precisas respecto de este asunto, los sindicatos miembros hacen caso omiso de ellas. Ésta ha sido la causa de las dificultades más graves dentro de la CUT."

no se eleven por encima de sus preocupaciones locales para considerar la necesidad de derrocar al régimen explotador.³⁰

La CUT era, hasta el último o penúltimo año del régimen de Frei, ignorada en gran medida por el gobierno demócrata-cristiano. A diferencia de la anterior CTCh (y antes del gobierno de Allende), no tenía representantes permanentes en ninguno de los organismos planificadores del Estado ni en ninguna mesa directiva de organizaciones de seguridad social; fue sólo debido a un tecnicismo legal que pudo, durante un corto periodo, elegir un representante ante la mesa directiva del Banco Central. Las relaciones entre el gobierno de Frei y los sindicatos eran, por lo general, malas; las relaciones entre el gobierno y la CUT eran peores todavía. En 1968 el presidente de la CUT se refirió con amargura a la circular expedida por el Ministerio del Trabajo en que se prohibía expresamente a los sindicatos legales que organizaran el pago de cuotas a la CUT. Y esto a pesar de repetidos ofrecimientos de parte de la CUT de colaborar con el gobierno respecto a cuestiones tales como política salarial, legislación de seguridad social, etcétera.³¹ No cabe duda de que muchos demócrata-cristianos entendieron este ofrecimiento como un disimulado intento de los sindicatos de producirle aún más problemas al gobierno, al plantear demandas insensatas en las comisiones que se organizaran. Que esto no era necesariamente cierto se ve en el acuerdo al que llegaron el gobierno y la CUT por el cual se fijó el nivel de reajustes de salario para el sector público en 1969. El grupo más fuerte dentro de la CUT lo constituyen, indudablemente, los comunistas. Aunque deseaban, como es natural, la derrota electoral de los demócrata-cristianos, estaban firmemente comprometidos con el mantenimiento del proceso electoral; de allí la fuerte solidaridad con el gobierno expresada por la CUT y el partido comunista, aunque no por el partido socialista, cuando hubo un intento fracasado de golpe militar, poco antes de finalizar el periodo de gobierno de Frei.

Quizás los demócrata-cristianos tomaron demasiado en serio las declaraciones públicas de los dirigentes de la CUT. Durante la mayor parte de su historia la CUT se ha señalado más por sus declaraciones doctrinarias que por poner a prueba su fuerza. Con frecuencia ha dado la apariencia de estar sufriendo la presión interior de tendencias contrarias, unas debidas al carácter anticapitalista de su Declaración de Principios, y otras surgidas de las necesidades cotidianas de un movimiento sindical fragmentado, que libra no una sola batalla, sino un gran número de escaramuzas que con frecuencia equivalen más a mantener posiciones que a un avance. Y sin embargo, en algunos sentidos, estas características se aproximan a las recomendaciones de Lenin para la construcción de un

³⁰ *Memoria del CDN al 3er. congreso*, p. 12.

³¹ *Informe del consejo directivo al 5º congreso nacional*, p. 4.

movimiento sindical unificado: una combinación de luchas concretas por objetivos inmediatos más una visión ideológica unificadora a largo plazo que da un mayor sentido a las luchas cotidianas. El problema persistente de la CUT ha sido relacionar la visión política a largo plazo con las luchas cotidianas; pero ningún revolucionario espera obtener una victoria fácil y rápida.

La CUT ha tenido sus mayores éxitos en la movilización de obreros para acciones políticas cuando el llamado a las armas ha coincidido con el deseo de alguna federación poderosa, o de un grupo de sindicatos, de ir a la huelga por objetivos económicos, situación que se ha dado con mayor frecuencia en los últimos dos años del gobierno demócrata-cristiano. Pero anteriormente los llamados a la acción de la CUT fracasaban con frecuencia, y estos fracasos tenían por resultado verdaderos retrasos para el movimiento sindical. Por ejemplo, cuando en 1956 llamó a huelga general para protestar en contra de las medidas antinflacionarias del presidente Ibáñez, tomadas por consejo de la discutida misión Klein-Saks a Chile. No sólo recibió poco apoyo la huelga, sino que Ibáñez, utilizando los poderes que le otorgaba la Ley para Defensa de la Democracia, detuvo a muchos dirigentes sindicales nacionales y locales, y logró quebrantar la organización nacional y las locales de la CUT. La huelga estuvo mal proyectada (ya la habían precedido cierto número de huelgas limitadas) y el llamado a huelga general ilimitada propuesta por Blest tuvo una recepción menos que entusiasta en el partido comunista.³² Además, los resultados de las medidas antinflacionarias no se podían predecir del todo y muchos sindicalizados prefirieron esperar a ver los resultados. Un fracaso aún peor —que produjo no sólo la pérdida de prestigio, sino también represalias— fue el llamado a una huelga general en apoyo a la revolución cubana, en mayo de 1961.

El apoyo de la CUT a las huelgas de sus miembros no siempre resultó muy efectivo. Si un sindicato es lo suficientemente fuerte no necesita ayuda de la CUT; si es débil, entonces la ayuda de los diputados le resultará más útil que la de la CUT. En una huelga prolongada de los trabajadores de salubridad en 1963 la CUT consideró la posibilidad de organizar huelgas de solidaridad, pero, al no obtener el apoyo de sus federaciones miembros, el único resultado fue darle la oportunidad al

³² Demostrando así, incidentalmente, que para que la acción de la CUT tenga éxito, requiere de la aprobación previa y el apoyo de los grandes partidos. Respecto a la huelga véase Burnett, pp. 157-59 y Barría, en *Trayectoria*, pp. 103 y 283. Blest acusó a los partidos marxistas de destruir la huelga al emitir un llamado a volver al trabajo sólo unas horas después de que debía comenzar la huelga... no que fueran muchos los trabajadores que habían apoyado el llamado a huelga. Blest mismo había llamado a terminar una huelga en julio de 1955 en un momento en que las federaciones querían prolongarla, debido a que pensaba haber recibido seguridades, mediante un intermediario del presidente Ibáñez, de la buena voluntad de éste de llegar a un arreglo (*Zapata, Federaciones y centrales*, p. 12).

gobierno de quejarse de interferencias políticas.³³ Aunque la huelga se prolongó durante veinticinco días marcados por violentos enfrentamientos callejeros, era obvio que el apoyo clave para la huelga provenía más bien de los partidos políticos (que resultó decisivo cuando los radicales del Congreso se opusieron a sus colegas del gabinete que apoyaban la postura de Alessandri en contra del sindicato) que de los otros sindicatos.

Y sin embargo, como su predecesora la CTCh, la CUT ha tenido buenos años y no sólo malos, y la combinación de la inflación creciente y los esfuerzos oficiales por detenerla colocó necesariamente a la CUT en el centro de los acontecimientos. Se necesitaba una oposición a nivel nacional para combatir planes a nivel nacional, y, con todos sus defectos, la CUT era el único instrumento disponible para unificar a los sindicatos del sector público y privado con objeto, por ejemplo, de oponerse con éxito al plan de ahorros forzados de noviembre de 1967. De hecho el éxito benefició mucho a la CUT; se volvió más optimista y confiada y esto se reflejó en el informe del comité ejecutivo al congreso de 1968.³⁴ Este optimismo tenía sólidas bases políticas. Los comunistas estaban bien organizados y su número crecía, los socialistas habían perdido a su principal teórico, Ampuero, y por consiguiente su oposición a algunos de los objetivos moderados de los comunistas era menos vigorosa; los radicales estaban firmemente en contra del gobierno, y hasta los sindicalizados demócrata-cristianos se estaban desplazando hacia una postura de oposición casi continua a las políticas económicas del gobierno.

Por tanto la CUT se sentía cada vez más confiada en su capacidad para cumplir con su cometido. Éste no había cambiado, lo nuevo era el grado de éxito logrado. La CUT había desempeñado un papel útil en el pasado. Aunque sus esfuerzos por mediar ante los gobiernos no siempre rindieron fruto, algunas veces produjeron resultados; lo menos que lograba era atraer la atención del público a la huelga en cuestión, y a veces lograba interesar más a los diputados de lo que se hubieran interesado sin su intervención, y ocasionalmente pudo proporcionar asesoría técnica y legal a sindicatos carentes de fondos.³⁵ La CUT también ayudaba a los sindicatos a resolver sus propios problemas internos, o, y esto era más importante, sus conflictos con otros sindicatos.³⁶ Si puede com-

³³ Burnett (pp. 234-45) tiene una descripción interesante y detallada de la huelga.

³⁴ *Memoria del CDN al 5º congreso*, p. 29.

³⁵ Se les preguntó a trabajadores de empresas tradicionales, modernas y pequeñas si para un proceso de contratación colectiva, sería útil solicitar la ayuda de la CUT. El 31% de los trabajadores de empresas modernas y el 49% de los trabajadores de empresas pequeñas pensaban que sería útil, mientras que en las empresas tradicionales el 54% eran de esa opinión —lo cual indica claramente que los trabajadores de las grandes fábricas modernas sienten que pueden confiar en su propia fuerza, mientras que los de las fábricas chicas sienten que necesitan apoyo (Gurreri, *Aportes*, 9 de julio de 1968, p. 111).

³⁶ Burnett (p. 135) cita al presidente de la FIFCh: "El mayor valor de la CUT consiste en que, cuando se presentan conflictos entre grupos laborales, pue-

binar su oposición con el apoyo de los partidos, y si el gobierno no está preparado para aplicar medidas represivas tan drásticas como las de Ibáñez en 1956, entonces la CUT puede cobrar gran importancia al coordinar, guiar e informar a los opositores de la política gubernamental, ya que es el organismo que transforma las demandas económicas de los sindicatos en presión política, como sucedió en 1967.

Políticamente la CUT refleja las tradiciones, características y estructura del movimiento sindical chileno. Si es un error, como argumentan algunos analistas, considerarla simplemente como una estructura externa impuesta a los sindicatos por los partidos, es un error todavía más evidente examinarla exclusivamente como movimiento sindical. Porque la CUT es el punto de reunión de partidos y sindicatos (aunque el que la reunión resulte o no amistosa depende más de las relaciones entre los partidos que de ningún otro factor). En este sentido provee una especie de foro en el cual los principales grupos ideológicos pueden debatir cuestiones de política y de táctica. También provee un foro para los distintos partidos que desarrollan su actividad dentro del movimiento sindical, foro en el cual pueden enfocar su atención sobre los objetivos que son de interés evidente para los obreros comunes y corrientes, y en donde se insiste continuamente en la necesidad de la unidad. Así la CUT ayuda a unificar a los partidos de izquierda y a ganar para la causa común a elementos progresistas de las filas demócrata-cristianas y radicales.

Respecto al futuro la pregunta que se plantea es hasta qué punto cambiará la CUT bajo la administración de Allende. Esta pregunta no se puede contestar sin referencia a la realidad concreta; los cambios de posición reflejarán los cambios que se den en el movimiento sindical y en la estructura de la economía, y pueden tardar mucho. Sin embargo, se pueden avanzar algunas hipótesis preliminares. En primer lugar, el movimiento sindical chileno no ha carecido por completo y siempre de poder político; la CTCh estuvo representada en el gobierno y en el congreso. Los dos factores que produjeron el colapso de la CTCh —la competencia entre los partidos por controlar los sindicatos y el fracaso de los esfuerzos por contener por mucho tiempo la inflación— están presentes, aunque en menor grado, y representan una amenaza potencial al sistema actual. Además, hay un límite a la posible expansión del sindicalismo chileno; el 30% de la fuerza de trabajo que ahora pertenece a sindicatos no se puede aumentar fácilmente, excepto en el sector rural, aunque sí podría darse la consolidación del movimiento sindical en unas cuantas federaciones poderosas. Sin embargo eso llevará tiempo y requerirá de modificaciones a la ley, y aunque el gobierno ha firmado un acuerdo con la CUT en que se comprometen ambas partes a cooperar para fines comunes, la mayoría del congreso ya rechazó propuestas para legalizar a

den recurrir a la CUT, en donde tienen facilidades y técnicas para actuar como intermediarios y ayudar a resolver los desacuerdos entre sindicatos.”

la CUT con objeto de que pueda cobrar más fácilmente sus cuotas.⁸⁷ Además, cualquier proceso de reorganización de los sindicatos implicaría el desmantelamiento de las estructuras de algunos sindicatos, y de todas las instituciones sociales pocas muestran menos deseos de disolverse que los sindicatos. De la misma manera, la reforma de la estructura de las empresas para dar más poder a los representantes de los obreros, es un proceso largo que a su vez depende de que se produzcan otros cambios en el sistema económico y político.

La CUT se ha incorporado al aparato de planificación del Estado, aunque en qué medida tendrá que defender el punto de vista de los obreros ante un gobierno que ya está comprometido con ese punto de vista no resulta muy claro. Pero el gobierno de Allende recibirá presiones provenientes de muchos sectores subprivilegiados de la sociedad chilena, y no todos sindicalizados, ni mucho menos. Y Allende ha dejado muy claro que su visión del socialismo descansa básicamente en la planeación centralizada, en cuyo proceso estarían representados, por supuesto, los sindicatos, y no en algún tipo de control obrero semejante al modelo yugoslavo.⁸⁸ Si los sindicatos tendrán nuevos privilegios y derechos en este régimen, también tendrán pesadas responsabilidades, sobre todo en la tarea general del desarrollo nacional, y esto aun si representa una amenaza respecto a sus ventajas a corto plazo. Aunque es de esperarse que la CUT y el movimiento sindical en general adquieran más poder y se establezcan más firmemente bajo el régimen actual, también hay motivos para creer que el proceso será lento y difícil, y no hay razones para pensar que terminarán las divisiones políticas en el seno del movimiento sindical.

SINDICATOS Y DIRIGENTES

Es muy difícil ofrecer proposiciones generales respecto a la naturaleza y características de un movimiento sindical nacional. Así, aunque en este estudio se ha tratado en general de sindicatos independientes, hay que tomar en cuenta que, debido a que hay muchos sindicatos pequeños en Chile, son numerosas las situaciones en que el sindicato es dominado por el patrón. La federación grande y poderosa, como la de los trabajadores

⁸⁷ Sin embargo, el 12 de mayo de 1971 Allende firmó otro proyecto en que se concedía legalidad y suministraba métodos adecuados de financiamiento, que sería enviado al congreso para su aprobación (*El Mercurio*, 13 de mayo de 1971).

⁸⁸ Régis Debray, en *Conversación con Allende* (Ed. Siglo XXI, México, 1971), pp. 108-09. En palabras del mismo Allende: “Nosotros somos y seremos partidarios de una economía centralizada, las empresas tendrán que desarrollar los planes de producción que fije el gobierno. Ahora, para que esto se cumpla, entonces discutiremos con los trabajadores. Pero no le vamos a entregar una empresa a los trabajadores para que ellos produzcan lo que quieran y para que ellos obtengan desde el punto de vista personal, porque tienen una empresa que es vital para el país, mayores ingresos que el resto. Estamos en contra de esa política.”

del cobre, representa más bien una excepción. Pero el hecho de que el pequeño sindicato de fábrica es la unidad sindical más común en Chile facilita las generalizaciones. Muchos de los sindicatos chilenos corresponderían a la categoría descrita por H. A. Turner como "democracia exclusiva". Los

sindicatos se caracterizan generalmente por una alta participación de los miembros en sus asuntos y dirección. Por lo general tienen relativamente pocos funcionarios de tiempo completo. Y [...] el funcionario es sentido en realidad como uno de ellos [...] De manera que hay muy poca diferencia en cuanto a categoría o interés entre los miembros mismos.³⁹

Se acepta generalmente que existe una relación entre el tamaño de la empresa, el grado de sindicalización y la votación de izquierda. Los establecimientos muy pequeños tienen con frecuencia un tipo de relaciones que liga a los empleados con los patrones, en vez de separarlos en sectores sociales potencialmente antagónicos. Hay un tamaño mínimo necesario para que se dé un sindicato funcional que goce de alguna autonomía o independencia respecto del sector patronal. Entre los factores que predisponen a los trabajadores de las fábricas grandes a ingresar a sindicatos están:

la naturaleza más disciplinada y rutinaria del trabajo, la segregación física y simbólica de los trabajadores manuales y los empleados no manuales, la presión colectiva de la opinión de los compañeros de trabajo y la probabilidad de que los empleos no satisfactorios vuelvan muy prominentes las compensaciones extrínsecas de salario y condiciones de trabajo en la mente del obrero.⁴⁰

Por otra parte la participación y la politización no siempre aumentan con el tamaño. Las grandes federaciones nacionales pueden tener objetivos más obviamente políticos y emprender actividades más abiertamente políticas; pero esto puede deberse a que sus dirigentes politizados están guiando a una masa predominantemente apática. Lipset observó que en

³⁹ *Trade Union Growth*, p. 289. Su tercer tipo de estructura sindical, opuesto al de "democracia exclusiva", es el abierto; "tales sindicatos se caracterizan por un nivel generalmente bajo de participación de los miembros y por la mayor diferencia entre los miembros y los funcionarios profesionales de los cuales dependen. En su caso la capacidad y experiencia de los funcionarios de tiempo completo va mucho más allá de la del miembro de base. Y hay con frecuencia una clara jerarquización entre los mismos funcionarios". Existen pocos sindicatos semejantes en Chile; aun en el caso del sindicato de los trabajadores del cobre, sólo hay 18 000 miembros y están repartidos en sindicatos constituyentes, situación muy distinta de la de los sindicatos masivos de Argentina.

⁴⁰ Goldthorpe y otros, en *Affluent Worker*, ii, 51.

la ITU los talleres más politizados, donde esto también significaba participación activa de los miembros, eran los de tamaño mediano de entre 100 y 200 miembros —un tamaño bastante frecuente en los sindicatos chilenos. En este tipo de fábricas, especialmente donde la sindicalización es obligatoria, las circunstancias favorecen una relación estrecha entre dirigentes sindicales y dirigidos, y la discusión de los asuntos de parte de un número muy elevado de miembros. El hecho de que los sindicatos son por lo general autónomos —ya que incluso los que están afiliados a federaciones se encuentran muy escasamente limitados por este hecho— favorece la auténtica participación.⁴¹ En Chile el tamaño reducido de los sindicatos, su debilidad financiera y las restricciones legales al pago de los dirigentes inhibe el desarrollo de una dirección burocrática institucionalizada que en otras partes sustituye con frecuencia a la democracia por una oligarquía laboral. Los dirigentes sindicales chilenos rara vez sienten una diferencia de categoría entre ellos y las bases, y vuelven a tomar la posición de trabajadores comunes y corrientes sin ningún esfuerzo aparente, ni económico ni de otra naturaleza. Esto es importante para mantener la participación y la democracia en los movimientos sindicales.

Si éstas son las condiciones que permiten un alto grado de actividad de los miembros en los asuntos sindicales, es la competencia política la que moviliza a los miembros y ofrece alternativas verdaderas entre los candidatos a dirigentes, ya que los candidatos compiten no sólo con base en un plan de acción que se reduce solamente a las actividades sindicales, sino también en nombre de ideologías políticas difusas y generales. Al escoger, el trabajador sindicalizado no sólo está actuando en su capacidad de miembro de un grupo ocupacional; sino también en una capacidad política más amplia. Esto no carece de efectos recíprocos en el escenario político. La alta participación en las elecciones sindicales, que son luchas libradas entre grupos que corresponden a distintos partidos, fortalece la identificación del obrero con partidos de izquierda y ayuda, por lo tanto, a éstos a construir una base de apoyo firme y leal.

Si las elecciones sindicales en las que compiten listas de candidatos que son miembros o simpatizantes conocidos de un partido político particular son un índice de la politización de los sindicatos, entonces los sindicatos chilenos están sumamente politizados. Mientras más grande sea el sindicato, más evidente será esta característica, pero incluso a nivel de fábrica muchas de las elecciones sindicales, si no la mayoría, tienen algún elemento político, aunque hay muchos independientes, o candidatos cuya popularidad es tal que son buscados por los partidos, en vez de participar en las elecciones porque son miembros de un partido político.⁴²

⁴¹ Kerr escribe que "el sindicato local de trabajadores de una sola fábrica es el más democrático de todo el movimiento sindical" (*Labor & Management*, p. 35).

⁴² No es posible ser muy precisos respecto al número de candidatos en todas las

Los partidos se interesan activamente por las elecciones sindicales, alentando la participación, y con frecuencia aconsejando respecto a cuestiones tácticas, proveyendo asistencia económica o legal, y ayudando a seleccionar la lista de candidatos que representará al partido. Es indudable que esta intervención por parte de los partidos ayuda a aumentar la participación en las elecciones, y es muy frecuente que voten aproximadamente el 60% o más de los miembros del sindicato, cifra mucho más alta de la que se da en muchos otros países.⁴⁸ Las elecciones sindicales chilenas representan una genuina elección entre alternativas realmente diferentes, y son fácilmente reconocidas como tales por las bases por estar identificados los candidatos con distintos partidos. El hecho de que es el sindicato industrial local el que representa a los trabajadores para fines de contratación colectiva, aumenta los motivos que tienen los trabajadores para participar en las elecciones. Los dirigentes sindicales confiesan abiertamente su filiación política, y aunque los dirigentes del partido comunista gustan de dar la impresión de que desempeñan un papel mucho menos activo que el que en realidad desempeñan en las elecciones, los dirigentes sindicales comunistas rara vez intentan ocultar sus fidelidades —y aunque lo intentaran, los otros sindicalistas estarían dispuestos a hacerlas notar a la primera oportunidad.

La dirección sindical no constituye una burocracia como en el caso de Argentina; no hay nada comparable en Chile al poder, los beneficios económicos y el prestigio de que goza el dirigente de un sindicato grande en Argentina. Hay algunos cargos sindicales en Chile que pueden servir de escalón para obtener algo mejor (quizás un escaño en el Congreso), pero este tipo de cargos son tan escasos que no es posible que influyan en las decisiones de la mayoría de los candidatos. Muchos sindicalizados se presentan como candidatos porque militan en algún partido; pero esto no significa que los dirigentes sindicales consideren sus cargos principalmente en términos políticos. La mayoría de los dirigentes, cuando se les preguntó por qué se habían presentado como candidatos, dieron motivos económicos. Esto no es sorprendente: es improbable que un presidente sindical recargado de trabajo piense que su sindicato de quizás unos cien trabajadores vaya a tomar por asalto los sistemas de

elecciones sindicales en un año dado que son "políticos" más bien que "independientes". Pero los delegados a los congresos de la CUT casi todos son "políticos" y sí representan a la mayor parte de los trabajadores sindicalizados. Además, los dirigentes sindicales y los observadores del mundo sindical confirman estas afirmaciones; y por supuesto pruebas como la encuesta de Landsberger mostraron que sólo un 19% de los entrevistados no apoyaban a ninguna tendencia política.

⁴⁸ Para una participación tan alta en las elecciones sindicales en otro país en donde se dan divisiones políticas fuertes en el movimiento sindical véase G. Adam, "La représentativité des organisations syndicales", *R. Française de Sci. Pol.*, abril de 1968, pp. 278-91. Para pruebas de una participación reducida en sindicatos en donde la politización no juega como factor que estimula la competencia véase M. van de Vall, en *Labor Organizations*, Londres, 1970, caps. 3 y 5.

clase y poder del país. Es frecuente que los dirigentes sindicales tengan puntos de vista que parecen políticamente incompatibles, pero lo mismo se puede decir de muchos políticos supuestamente más educados y sofisticados (y esto se aplica también a los políticos chilenos). Aunque el compromiso político puede ser un motivo importante para buscar un cargo, rara vez constituye una explicación completa del comportamiento del dirigente una vez que tiene su cargo (excepto en organizaciones como la CUT, para la cual la contratación colectiva no ocupa, normalmente, un papel central), ya que entran en juego toda una gama de fuerzas y presiones; esto no significa que pierda su importancia el compromiso político.

Esto ilumina la cuestión, que se contesta afirmativamente con frecuencia, de si los partidos controlan a los sindicatos. Sin embargo, se nota una fuerte tendencia, incluso en los dirigentes sindicales más politizados —los que participan en los departamentos sindicales de su partido— a actuar en primer lugar como dirigentes sindicales y en segundo como miembros de su partido; si esta tendencia es marcada a los niveles más altos, lo más probable es que sea más notable todavía a niveles bajos. Además, los partidos chilenos no son lo suficientemente fuertes, ni tienen bastantes elementos humanos, para controlar a los sindicatos sistemática y ampliamente, aun cuando quisieran hacerlo. El caso del partido comunista es un poco distinto, pero es frecuente oír a los dirigentes del partido quejarse de la falta de control sobre sus miembros sindicalizados. Tampoco tienen siempre los partidos una idea muy clara de lo que quieren que hagan sus dirigentes sindicales, además de ocupar sus cargos. Incluso si los dirigentes sindicales obedecieran órdenes de sus partidos, no se sigue que podrían convertirlas automáticamente en acción sindical; las bases de los sindicatos chilenos pocas veces se pueden movilizar, a menos que perciban alguna amenaza a sus intereses económicos. Los dirigentes sindicales pueden quizás identificar o fusionar una cuestión sindical con una política, pero hay límites bastante estrictos a la frecuencia con que se puede hacer esto. Además la manipulación política abierta se encuentra con el impedimento de que muy pocos comités ejecutivos están compuestos de miembros de un solo partido; la mayoría son pluripartidistas. Aunque los partidos cooperan, por más amistosas que sean sus relaciones no es probable que pierdan ninguna oportunidad de ganar elecciones sindicales, que les importarán tanto como las nacionales. Esto contribuye a mantener democráticos los sindicatos, ya que es frecuente que haya una oposición ansiosa de señalar los errores de la dirección y suplantarla en los cargos.

Estas generalizaciones ocultan las diferencias que se dan dentro del movimiento sindical chileno. La politización ampliamente extendida está lejos de implicar una uniformidad total, aunque, dadas las diferencias entre los sectores de cuello blanco y los de overol, entre los sectores estatal y

privado, entre las fábricas pequeñas y grandes, entre las industrias tradicionales y modernas, la uniformidad de la politización es sorprendente.

Como es natural, hay variaciones en este patrón de influencia de los partidos. Durante muchos años la COMACH fue dominada por Wenceslao Moreno, para quien ser miembro de la ORIT era más importante que pertenecer a cualquier partido político chileno, aunque ingresó al Partido Demócrata Cristiano después de que triunfó en las elecciones. Los trabajadores marítimos son notablemente susceptibles a la dictadura sindical (como lo fueron en Inglaterra durante muchos años), pero aun ahí el poder de Moreno se ha visto amenazado por socialistas y comunistas que se combinaron para derrotarlo en algunos sindicatos importantes de la federación. Otro caso en el cual una burocracia sindical goza de un grado excepcional de control es el Sindicato Ganadero de Magallanes, que unifica a los trabajadores de la explotación del borrego que trabajan en los enormes ranchos del extremo sur de Chile. Aquí también las condiciones de trabajo favorecen el mantenimiento de una oligarquía sindical. Así como en la marina mercante resulta difícil oponerse a los dirigentes debido a que tantos de los miembros están en alta mar en cualquier momento dado, también, en las enormes haciendas, los trabajadores están dispersos en un amplísimo territorio; y, como la burocracia sindical logra que las elecciones se verifiquen a medio invierno, antes de que las actividades de las estaciones empacadoras de carne reúnan a grandes números de trabajadores, puede retener el control con relativa facilidad. Incluso se ha dicho que los dirigentes sindicales se opusieron a la expropiación de una de las haciendas más grandes (y quizás la mayor del mundo) por temor a que la expropiación minara su poder dentro del sindicato.⁴⁴

Como es natural, se ha estudiado con atención el papel político de los sindicatos de los trabajadores del cobre. Aunque sus dirigentes son predominantemente marxistas, se argumenta con frecuencia que estos obreros constituyen una "aristocracia del trabajo" indiferente a la suerte de su clase y esencialmente pequeñoburguesa. Ciertamente que, al menos en las minas grandes, están mucho mejor pagados que la mayoría de los trabajadores chilenos y que sus sindicatos son más fuertes. Pero no se puede argumentar que simplemente porque los sindicatos tienen más éxito en su función básica de obtener salarios más altos constituyen una aristocracia laboral pequeñoburguesa, aislada del resto del movimiento sindical. Lo que puede resultar sorprendente, cuando se considera su situación económica privilegiada, es su fidelidad a la tradición radical, que se la mide según la filiación política de sus dirigentes, el voto habitual de sus miembros,⁴⁵ su apoyo a la CUT, su historial de huelgas militantes, o su

⁴⁴ Ampuero, *Izquierda*, pp. 139-40.

⁴⁵ Chuquicamata es un poco excepcional en este respecto. En 1964 Frei obtuvo una ligera ventaja sobre Allende en Chuquicamata (aunque en el departamento

hostilidad a los acuerdos entre el gobierno demócrata-cristiano y las compañías norteamericanas.

Una hipótesis interesante que explica la solidaridad de los mineros ha sido propuesta por Dillon Soares,⁴⁶ que argumenta que la estructura ocupacional de la minería y la extracción, incluso en las minas de cobre, es menos favorable a la mejoría económica individual que en otros sectores de la economía. En la minería y la extracción el 83% de la fuerza de trabajo está clasificada como obrera, en comparación con el 56% de los trabajadores en la industria manufacturera, el 48% de los trabajadores de servicios y el 17% en el comercio. Aunque los trabajadores del cobre ganan más que muchos empleados, esta situación se logró gracias a la solidaridad sindical, y no debido a una mejoría en la categoría ocupacional. Tampoco se parecen las condiciones de vida de los trabajadores del cobre a los de una aristocracia obrera; los hombres viven en grandes barracas insalubres, o en viviendas inadecuadas, mientras que los trabajadores que corresponden a las categorías administrativas ocupan casas muy superiores, tienen escuelas separadas para sus hijos, etcétera.⁴⁷ Esto ayuda a explicar la militancia de los sindicalizados del cobre. De hecho se comportan de manera muy semejante a la mayoría de los sindicalizados chilenos. Es indudable que podrían dar mucho más dinero a la CUT, que podrían utilizar su fuerza para apoyar más huelgas de solidaridad, podrían tomar una parte más activa en los asuntos sindicales en general (y esto es cierto de muchos otros sindicatos). El que no hagan nada de esto hasta el límite de su capacidad no los convierte por definición en una aristocracia laboral. En cierta manera se les puede ver como herederos de la tradición radical de los primeros trabajadores del nitrato. Hay una relación compleja entre la militancia y el radicalismo. Los sindicatos del cobre son ciertamente militantes cuando persiguen sus objetivos sindicales. Sus huelgas están bien apoyadas, generalmente tienen éxito, y a veces son violentas. De esta manera los sindicatos del cobre sirven como ejemplo para el resto de la fuerza de trabajo; es importante para el movimiento sindical chileno que el sector mejor pagado y mejor organizado de la clase obrera haya logrado el éxito en gran medida debido a su militancia.⁴⁸ Pero ¿son radicales desde el punto de vista político los tra-

de El Loa en conjunto, en donde también viven y votan mineros, Allende obtuvo la mayoría). Véase más abajo el examen de Chuquicamata.

⁴⁶ "Desenvolvimiento económico y radicalismo político", en *América Latina*, julio-septiembre de 1962.

⁴⁷ T. G. Sanders, *Chile and its copper*, American Universities Field Staff, West Coast S. Amer. Ser., 16/1, p. 4; también Petras, en *Politics & Social Forces*, p. 243 y *Ercilla*, 15-21 de junio de 1970.

⁴⁸ Como una prueba más del radicalismo de los sindicatos de los trabajadores del cobre, Petras y Zeitlin argumentan que el dato de que los municipios rurales que tienen límites comunes con municipios mineros tienen un voto mayor en favor del FRAP que aquellos que no tienen tales límites comunes, indica que los obreros sindicalizados que trabajan el cobre desarrollan una actividad de proselitismo ("Mi-

bajadores del cobre? El hecho de que sus sindicatos elijan como dirigentes a socialistas y comunistas en la mayor parte de los casos no es concluyente. Normalmente la mayoría de los votos de las zonas cupríferas son para los dos partidos marxistas, aunque no se nota un apoyo tan sólido para estos partidos como en las carboníferas (en donde sigue viva una fuerte tradición radical, en algunas de las zonas del norte), y aunque el Partido Demócrata Cristiano logró arrancar votos a los marxistas en 1964 y 1965, hay también casos excepcionales como el de Chuquicamata en 1970, donde el voto de los hombres por Alessandri fue casi tan alto como para Allende, en parte debido, según parece, al éxito local de la propaganda derechista que aseguraba que la victoria de Allende favorecería menos a los trabajadores del cobre; pero aun aquí el voto por Allende excedió, aunque sólo fuera por un pequeño margen, al de Alessandri, y no todos los votantes eran trabajadores del cobre. Allende sufrió el efecto de los resultados de Chuquicamata —la mayor mina abierta de cobre en el mundo, y fuente de la mitad de la producción de Chile— y cuando ataca la “oligarquía obrera” chilena, es evidente que se refiere a Chuquicamata. Pero al hacerlo está argumentando que, debido a que Chuquicamata está completamente dominada por la compañía norteamericana, y aislada del resto de Chile, los “imperialistas” han logrado evitar que los obreros desarrollen una conciencia de clase revolucionaria.⁴⁹ Y sin embargo un examen del historial de la votación en Chuquicamata hace que esta crítica parezca demasiado severa. En 1953, por ejemplo, la votación socialista combinada en las elecciones para diputados fue de 1 726, de un total de 2 854 (aunque de los dos partidos socialistas el de Allende, Socialistas de Chile, sólo obtuvo 130 votos; ¿será ésta una explicación parcial de su agresividad?). En las elecciones presidenciales de 1958 Allende obtuvo casi el 50% de los votos —más del 50%, si sólo tomáramos en cuenta los votos masculinos— mucho más que cualquiera de sus rivales. Aunque los votos en favor de Frei excedieron por un escaso margen a los de Allende en 1964, en las elecciones para diputados de 1965 la votación combinada de socialistas y comunistas volvió a aproximarse al 50% de la votación total, siendo el partido socialista el más popular de todos, con un amplio margen a su favor respecto al demócrata-cristiano, incluso

ners and agrarian radicalism”, *Am. J. Sociol.*, agosto de 1967). Sin embargo el voto más alto se podría deber a otros factores: que los mineros residen en municipios rurales, que los trabajadores rurales trabajan como mineros en ciertas temporadas, el llamado “efecto demostración”. Les pregunté a varios dirigentes sindicales de la industria del cobre si desarrollaban semejantes actividades —tales como ayudar a organizar sindicatos rurales, tratar de convertir a los campesinos a sus puntos de vista— y su respuesta fue siempre negativa.

⁴⁹ En parte, según Allende, porque los dueños han comprado a una gran parte de la fuerza de trabajo al pagarles salarios más altos, y en dólares —que luego venden en el mercado negro (Debray, *Conversación con Allende*, op. cit., p. 108).

entre las votantes femeninas.⁵⁰

Sin embargo, aun cuando esto parece indicar que los sindicalizados del cobre no están olvidándose de la clase obrera y del movimiento sindical, al convertirse en una aristocracia laboral, puede ser cierto que su adhesión se está modificando, se está volviendo más utilitaria y menos emocional, o sea una adhesión “desprovista de todo sentido de participación en un movimiento clasista que busca la realización de cambios estructurales en la sociedad, o incluso que persigue fines más limitados a través de una acción de clase concertada”.⁵¹

La condición de los obreros del cobre es poco común, y nada típica de la mayoría de los trabajadores industriales chilenos, que nunca pueden aspirar a ganar tanto como ellos. El gobierno de Allende reconoció —y rechazó— su posición privilegiada al negarse a incluir en las enmiendas a la constitución que requería la nacionalización de la industria del cobre, un estatuto especial que salvaguardaba la posición de los trabajadores; en opinión de Allende, esto crearía un sector legalmente privilegiado de la clase obrera, y esto era inaceptable para un gobierno que busca la igualdad social.

SINDICATOS Y AFILIADOS

El papel preciso que deben desempeñar los sindicatos en la toma del poder por un movimiento marxista es un tema largamente discutido, y, cuando menos en el campo marxista ortodoxo, se ha aceptado que los sindicatos debían estar subordinados a un partido elitista dirigente. Si faltara esta dirección entonces, según sostenía Marx, aun en el mejor de los casos los sindicatos “fracasarían en general por limitarse a una guerra de guerrillas en contra de los efectos del sistema existente en vez de tratar al mismo tiempo de cambiarlo”.⁵² En un movimiento revolucionario el papel de los sindicatos, aunque fuera fundamental, sería subsidiario. Como escribe un marxista que sigue los pasos de Lenin,

los sindicatos producen en todas partes una conciencia de clase obrera; es decir el reconocimiento o percepción de la identidad separada del proletariado como fuerza social, con sus propios intereses corporativos en la sociedad. Esto no es lo mismo que conciencia socialista: la visión hegemónica y la voluntad de crear un nuevo orden social que sólo puede

⁵⁰ Quizás las críticas de Allende no llevan la intención de ser un comentario histórico, sino una advertencia a los trabajadores del cobre de que bajo su gobierno no pueden esperar conservar la misma diferencia a su favor en los salarios respecto del resto de los trabajadores.

⁵¹ Goldthorpe y otros, en *Affluent Worker*, iii. 178-79. Cursivas suyas.

⁵² Citado de “Salario, precio y ganancia” de Marx, en Kerr, *Marshall, Marx and Modern Times*, Londres, 1969, p. 44.

producir un partido revolucionario.⁵³

Sin embargo en Chile llegó al poder un presidente marxista mediante elecciones democráticas. La habilidad para conspirar, para usar la fuerza, para derrocar el sistema —tareas de un partido revolucionario— eran mucho menos importantes que la habilidad de consolidar un apoyo electoral amplio y fiel: tarea en la cual los sindicatos, al producir la “conciencia de clase obrera”, cumplieron un papel importante. Para las bases de un sindicato pequeño el sindicato y sus dirigentes son con frecuencia entidades más concretas, más capaces de despertar un sentimiento de lealtad personal, que un partido político. En este sentido el papel de los sindicatos en la movilización de apoyo para los partidos marxistas es de fundamental importancia para la consolidación de un apoyo electoral a esos partidos. La tabla de la p. 245 muestra el apoyo proporcional a los tres candidatos presidenciales de 1970 en las principales zonas mineras: el corazón de la fuerza marxista de Chile, donde los sindicatos son fuertes y están estrechamente aliados a los partidos socialista y comunista.

No es difícil demostrar estadísticamente que la izquierda tiene mayor apoyo en las zonas altamente sindicalizadas, pero la interpretación que se da a este dato no resulta siempre tan evidente. La cuestión del impacto del sindicalismo en las actitudes políticas está lejos de resolverse con facilidad, aun cuando sólo sea por la dificultad de separar los efectos de la sindicalización de todas las demás influencias que se combinan para producir actitudes políticas. Puede darse el caso de que las actitudes políticas precedan a la adhesión al sindicato, y de hecho es muy frecuente que así sea en el caso de los dirigentes. Pero si la importancia del sindicato en la conformación de los valores generales de sus miembros varía de país a país, lo cierto es que en Chile el sindicato parece ejercer una influencia significativa.⁵⁴

Hay pruebas de que los obreros chilenos tienen en gran aprecio a su sindicato. Es un hecho que pretenden tener un grado muy alto de participación en las actividades sindicales. Más de dos tercios de los miembros dijeron que asistían regularmente a las asambleas y que veían con ojos favorables los beneficios que producía ser miembros de un sindicato. Más de las tres cuartas partes de los presidentes de sindicatos entrevistados dijeron que en su sindicato cuando menos la mitad de los miembros

⁵³ P. Anderson, “The Limits and Possibilities of Trade Union Action”, en R. Blackburn & A. Cockburn, eds., *Incompatibles: Trade Union Militancy and the Consensus*, Londres, 1967, p. 274.

⁵⁴ En Brasil la estructura social dominante parece ser la comunidad urbana más bien que el sindicato (A. de Simão, “Industrialización y sindicalismo en Brasil” en *Sindicalismo en América Latina*, Barcelona, 1965, pp. 39-59, tomado de *Sociologie du Travail*, París, 4 (1961). Ver también, J. R. Brandão Lopes, “Aspects of the Adjustment of Rural Migrants to Urban-Industrial Conditions in São Paulo, Brazil” en P. M. Hauser ed., *Urbanization in Latin America*, UNESCO, 1961, pp. 234-48.

Votación masculina en los centros mineros en 1970

Zonas mineras (cobre)	Votos para Allende por cada 100 votos para Alessandri	Votos para Allende por cada 100 votos para Tomic
Chuquicamata	106	301
Potrerillos	232	225
	265*	303
Sewell	406	307
El Salvador	319	381
(nitratos)		
Iquique	194	258
Pozo Almonte	300	289
Lagunas	130	541
Toco	412	163
Pedro de Valdivia	591	426
	325	337
(carbón)		
Coronel	640	448
Lota	916	658
Curanilhue	827	608
	794	571

* Promedio.

FUENTE: Petras, en *Punto Final*, 5 de enero de 1971, p. 4.

tenían un interés activo en los asuntos del sindicato —asistiendo, por ejemplo, regularmente a las asambleas. Una proporción parecida —casi el 70%— de las bases entrevistadas dijeron que casi siempre asistían a las asambleas sindicales, tal vez porque estas asambleas son importantes para definir la posición del sindicato frente a los patrones en el proceso de contratación colectiva. Los sindicalizados también concordaron en que sus dirigentes trabajan para el bien de los sindicatos y no en provecho propio, y sentían que las relaciones entre las bases y los dirigentes eran estrechas y buenas.⁵⁵ Las respuestas mostraron que la mayoría de los obreros veían sus problemas como parecidos a los del trabajador rural, y no a los de

⁵⁵ Nazar (sin pie de imprenta). Nazar utiliza la encuesta que dirigió A. Gurrieri de ECLA para el estudio comparativo de las actitudes de la clase obrera que hizo A. Touraine. Se entrevistó a más de 900 obreros que provenían de una amplia variedad de situaciones industriales (pero no artesanales). Se incluyó a inmigrantes recientes, residentes urbanos largamente establecidos y distintas categorías ocupacionales; se sacrificó la aplicabilidad de los resultados a la clase obrera en general, con tal de proporcionar información respecto a los distintos estratos que la integran. El trabajo de campo tuvo lugar en 1966-67. Véase también Barrera, *Participación*, pp. 45-48.

los trabajadores de cuello blanco o de la clase media.

En conclusión la impresión que se obtiene de ésta y otras encuestas es la de un grado bastante alto de conciencia de clase, en cuya creación desempeña un papel fundamental el sindicato. En este sentido el sindicato es un importante agente de politización y de movilización política de las bases. Incluso en un sentido más específico, los sindicatos serían políticamente importantes como agentes electorales de muchas maneras prácticas; por ejemplo, recordarían a sus miembros la obligación de votar, de apoyar a la clase obrera, y si el sindicato en conjunto no apoyara oficialmente a uno de los candidatos, los dirigentes formarían con toda seguridad grupos que harían campaña electoral entre los miembros del sindicato para persuadirlos a votar por tal o cual partido.

Estas afirmaciones generales tienden a perpetuarse hasta que se compruebe su verdad o su falsedad empíricamente, especialmente debido a que, a pesar del número de encuestas que se han llevado a cabo entre miembros y dirigentes, hay pocos estudios de sindicatos individuales. Uno de tales estudios, sin embargo, fue el del pueblo minero de Lota (carbón) y de la fundidora de acero de Huachipato,⁵⁶ excelente selección para hacer una comparación, ya que los dos están geográficamente próximos pero tienen condiciones industriales muy distintas, ya que las minas de carbón de Lota son viejas y pobres y están en decadencia, mientras que la fundidora de Huachipato es el mejor ejemplo que puede ofrecer Chile de aplicación de tecnología moderna con inversión intensiva de capital. La encuesta no se realizó en la mejor época posible para estudiar las actitudes políticas, ya que la fecha del trabajo de campo, 1955, coincidió con un periodo en que el partido comunista era todavía ilegal, aunque ya funcionaba con bastante regularidad.

Lota es un pueblo minero tradicional casi clásico. Más del 90% de la fuerza de trabajo está clasificada como obreros, y hay diferencias ocupacionales y de categoría muy ligeras que puedan hacer variar su esencial homogeneidad, aunque sigue habiendo un enorme abismo entre los obreros y la gerencia.⁵⁷ Los lazos entre el sindicato y la municipalidad son muy estrechos; la fuerza de trabajo y la comunidad casi se identifican. Los dirigentes sindicales dirigen los asuntos de la municipalidad y la mayoría son comunistas, con una minoría socialista. No es sorprendente que la CUT tenga una de sus ramas locales más fuertes en Lota. La solidaridad de la comunidad con los partidos marxistas se muestra en su votación, ya que regularmente apoya por mayoría a estos partidos. La represión del periodo que siguió a 1947 y la promulgación de la Ley para la defensa de la democracia debilitó temporalmente el poder del sindicato y de los

⁵⁶ Di Tella y otros.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 70 y 74. El autor visitó Lota y Huachipato en 1967 y entrevistó a dirigentes sindicales. Los resultados obtenidos apuntaban a conclusiones muy parecidas a las del estudio de Di Tella.

dirigentes de izquierda, pero sólo temporalmente. El obrero de Lota tiene una concepción polarizada de su situación social: o está con el sindicato o está con la empresa. Pertenecer al sindicato conlleva un alto grado de adhesión emocional. Los individuos (una pequeña minoría) que desean progresar socialmente ven como camino para lograr ese fin, no al sindicato, sino la independencia y el autoempleo, y el abandono del sindicato y de las actitudes políticas con él identificadas. En Lota es el obrero que se muestra más insatisfecho con su posición el que desarrolla mayor actividad en el sindicato; por lo tanto predominan en él los trabajadores de los estratos sociales y ocupacionales más bajos. La participación en los asuntos sindicales es alta; aproximadamente el 17% son muy activos y otro 52% participa regularmente en las actividades sindicales.⁵⁸ Las bases se sienten por lo general satisfechas con sus dirigentes y con el estrecho contacto entre dirigentes y miembros. La relación existente entre las actitudes hacia el sindicato y las actitudes hacia el partido es mucho más complicada. Para el obrero de Lota el sindicato es el principal interés; los partidos políticos son entidades algo distantes y abstractas. Los obreros que tienen convicciones políticas fuertes no son necesariamente activos dentro del sindicato, aunque es indudable que los dirigentes sindicales sí son activos en los partidos.

Aunque Huachipato difiere tanto de Lota en cuanto a tecnología, estructura ocupacional y condiciones de trabajo, el papel del sindicato no es muy distinto. Se dan, por supuesto, diferencias, pero una semejanza notable es que los marxistas han dominado la dirección, aunque no tan completamente. A diferencia de Lota, sin embargo, los dirigentes sindicales de Huachipato provienen de grupos de categoría ocupacional más alta dentro de la empresa, y la actividad sindical está relacionada con una mayor aceptación de las normas y valores de la clase media. De tal manera que los dirigentes sindicales de Huachipato provienen de elementos que quieren escalar puestos dentro de la empresa, más bien que de elementos que se oponen a ella, como en Lota. Aunque, en términos generales, entre los obreros de Huachipato ha habido una tendencia a ver a la sociedad en general y a la empresa en particular en términos polarizados, esta tendencia era menos marcada entre los dirigentes que entre las bases —y esta situación era el reverso de la que se daba en Lota. En Huachipato la participación en el sindicato era más utilitaria y menos emocional que en Lota; la solidaridad con el sindicato era más débil, en parte por la compleja jerarquía ocupacional, que, ya desde 1955, tendía a fragmentar la situación sindical y que, para mediados de los sesentas, había producido cierto número de grupos sindicales especializados (aunque para 1969 el proceso de reclasificación de obrero a empleado había progresado tanto que se estaba extendiendo un nuevo movimiento unificador, pero esta vez fundado más en las categorías de empleados que en las de obreros). Aun-

⁵⁸ *Ibid.*, p.184 y el apéndice para una definición de términos.

que la misma proporción de obreros que en Lota estaba muy activa en los sindicatos de Huachipato, el número que meramente participaba era menor; únicamente 37%, en comparación con 52% para Lota. Los trabajadores de Huachipato estaban un poco menos inclinados a apoyar partidos que los de Lota, aunque el hecho de que el partido comunista era ilegal en ese momento vuelve dudosas las respuestas a esta pregunta.

Como los obreros del cobre, los del acero en Huachipato están excepcionalmente privilegiados en comparación con el resto de la clase obrera chilena. Los mineros del carbón en Lota también se distinguen por sus condiciones de aislamiento, de dominación sindical de la comunidad y municipalidad, de trabajo peligroso y mal pagado. Pero, ya que ambos extremos comparten ciertas características, es probable que también las compartan otros sindicatos, puesto que estas características son en parte el producto de una larga tradición obrera, en parte de las estrechas relaciones de los sindicatos con los partidos marxistas, en parte del sistema legal, en parte de cierta homogeneidad cultural, y en parte de la estructura económica misma. Sean cuales fueren las causas del comportamiento y estructura actual de los sindicatos chilenos, un efecto de esa estructura y comportamiento es evidente: la creación de una fuerte base electoral para los partidos comunista y socialista chilenos.

CONCLUSIÓN

La izquierda revolucionaria chilena ha criticado con frecuencia el papel de los sindicatos, arguyendo que han retrasado el desarrollo político y, al crear un sector "privilegiado" de la clase obrera, han dividido a esa clase social y reducido su unidad política y su poder. Este punto de vista ha sido compartido por algunos teóricos muy alejados de la izquierda revolucionaria, que señalan que la existencia de sindicatos fuertes puede reducir las posibilidades de que la tensión social se desarrolle y convierta en violencia de masas.

El punto de vista de que la existencia de los sindicatos contribuye a regular el conflicto entre los trabajadores por una parte y los patrones y el gobierno por la otra no es nuevo. Sean cuales fueren las contribuciones de los sindicatos al desarrollo económico o al proceso de industrialización, su existencia sí facilita a los gobiernos la solución de las demandas de la población obrera. Como señala Almond, grupos como los sindicatos proveen "procedimientos ordenados para la formulación de intereses y exigencias [...] y la transmisión de estas exigencias a otras estructuras políticas".⁵⁹ Urrutia argumenta algo parecido para el caso del movimiento

⁵⁹ Citado por R. H. Bates en su interesante *Critique of the Major Approaches to the Study of Labour and Development*, Cambridge, Mass., 1969, pp. 25-26, quien escribe (p. 25): "Tal vez los proponentes más insistentes de este punto de vista son aquellos que meditan sobre el fracaso de la profecía marxista."

sindical colombiano.⁶⁰ Las repetidas demandas de los sindicatos chilenos de que se les consulte y de la oportunidad de participar en el proceso de toma de decisiones indica que también ellos están ansiosos de colaborar en la regulación de los conflictos. Que en el pasado los gobiernos los hayan excluido con tanta frecuencia ha contribuido a radicalizar al movimiento sindical. Su fragmentación en pequeños sindicatos de fábricas ayudó indudablemente al gobierno a resolver el conflicto en sus propias condiciones, pero también ayudó, incidentalmente, a politizar a los sindicatos, al verse éstos forzados a emprender actividades políticas en defensa propia.

Los analistas que ven el papel de los sindicatos como reguladores de conflictos suponen también con frecuencia que pertenecen de alguna manera a "la naturaleza" del sindicalismo el ser reformista, democrático y económico en vez de revolucionario y político; la suposición paralela es, por supuesto, que la revolución es por definición un proceso violento y caótico. Y sin embargo J. A. Banks rechaza esta aplicación del concepto de revolución y sostiene que la historia de la participación de los sindicatos en el proceso político inglés antes de 1926 (el año de la huelga general) y después de ese año es de "aceptación de la maquinaria constitucional con el expreso propósito de utilizarlo legalmente para mejorar la situación de la clase obrera". Si, deliberada u obligatoriamente, "esto ha resultado en la erosión paulatina del sistema capitalista de explotación", tal participación resulta revolucionaria.⁶¹ Si se piensa que con esto se da una aplicación demasiado amplia al concepto de revolución, puede tomarse el caso de Chile, en donde estos criterios parecen tener una aplicación más convincente. Aquí tenemos un movimiento sindical que apoya predominantemente a partidos políticos cuyo objetivo es el derrocamiento del sistema capitalista, dirigidos por miembros de partidos que exigen una profunda transformación de la sociedad, y que estimula fuertemente a sus miembros a votar por este programa. Muchos observadores han negado que el movimiento sindical chileno sea radical, ya que la mayoría de las actividades sindicales se refieren a salarios y condiciones de trabajo, pero un sindicato que no luchara por la mejoría de las condiciones de vida sería anómalo. Incluso si los dirigentes pasaron la mayor parte del tiempo en estas actividades, su mensaje a las bases instándolas a apoyar a la izquierda en las elecciones enraizó profundamente en la clase obrera sindicalizada.

La elección de Allende en 1970 fue ampliamente comentada como la primera elección democrática de un presidente marxista en todo el mundo. Los sindicatos han contribuido sustancialmente a esa elección. Se puede argüir que la existencia de los sindicatos ayudó a evitar que la situación social degenerara en violencia y que por su mera existencia los sindicatos ayudaban a resolver el conflicto, pero también es cierto que

⁶⁰ *Development of the Colombian Labor Movement*, pp. 256-57.

⁶¹ *Marxist Sociology in Action*, Londres, 1970, p. 111.

estos sindicatos formaron la base de dos poderosos partidos radicales y ayudaron a consolidar un apoyo masivo para un candidato presidencial marxista que tuvo éxito en las elecciones. En este sentido la pretensión de haber logrado realizar una revolución con libertad corresponde con mayor justicia a los sindicatos que a los demócrata-cristianos, que acuñaron la frase.

APÉNDICE I¹

SINDICALISMO RURAL

Debido a la ley del trabajo rural de 1967, a la creciente inquietud en el campo, a la competencia para obtener el control del campesinado entre partidos, institutos de reforma agraria, organizaciones católicas (y terratenientes católicos), y al impacto de la reforma agraria misma, y finalmente debido a la elección de Allende, el cambio ha sido rápido, extenso y confuso. Por sí solo este hecho justificaría el no tratar de trabajo rural y urbano en el mismo libro; otro buen motivo para no hacerlo es que se da muy poco contacto entre los dos sectores. Los sindicalizados urbanos y rurales no han cooperado; de hecho han tenido escasísimos contactos, fuera de las ocasionales asambleas de la CUT.

Sin embargo, una característica común de los sindicatos rurales y urbanos es que tienen una relación semejante con los partidos, ya que actualmente la politización es tan evidente en el campo como en la ciudad. Socialistas, comunistas y demócrata-cristianos, todos tienen su departamento campesino, tan activamente preocupado con las relaciones entre el partido y los sindicatos rurales, como lo está el departamento sindical con las relaciones entre el partido y los sindicatos urbanos, aunque de algunas maneras la tarea de los organizadores de los departamentos campesinos es más difícil, ya que hay más movilidad entre partidos por parte de los campesinos, a quienes falta la lealtad tradicional a un partido que caracteriza a muchos sindicalizados urbanos y mineros. Otra diferencia que se encuentra en las zonas rurales es que los partidos encuentran más competidores en la lucha por influir y controlar a los campesinos, notablemente los sindicatos dominados por la ASICH y también cuando menos durante la administración de Frei, la agencia gubernamental INDAP (Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario).

El sindicalismo rural latinoamericano es en general más débil y reciente que el industrial o minero. Un motivo de esta situación es que las organizaciones campesinas son mucho más vulnerables a la oposición por parte del Estado y del patrón.² La primera ley chilena de 1947 que reglamentaba la formación de sindicatos rurales tenía, en la práctica, la intención

¹ Agradezco a David Lehmann sus comentarios a este apéndice, muchos de los cuales he incorporado al texto.

² Para un examen de las desastrosas consecuencias que ha tenido para los sindicatos rurales el cambio de un régimen favorable a uno hostil —del régimen de Goulart a los regímenes militares posteriores a 1954 en Brasil— véase de Kadt, *Catholic Radicals*.

de evitar, no de alentar, la formación de tales sindicatos.³ Anteriormente los terratenientes habían bloqueado todos los intentos de aflojar su control sobre sus trabajadores agrícolas, y no fue sino hasta la elección presidencial de 1952, y más tarde, con el sistema electoral reformado que proporcionaba al votante un sufragio genuinamente secreto, que los votantes rurales se sacudieron su tradicional fidelidad a los partidos conservador y liberal. El vocero de los grandes terratenientes, o sea la SNA (Sociedad Nacional Agrícola), se opuso constantemente a que se organizaran los campesinos, excepto en el caso de sindicatos que pudieran controlar los mismos terratenientes.⁴

La concentración de poder en el campo chileno era tal que el solo esfuerzo de los campesinos, sin el fuerte apoyo de otras fuerzas tales como gobierno y partidos, difícilmente hubiera podido iniciar un cambio en la estructura de poder. Según el censo de 1955 —y el ex-vicepresidente del INDAP, Jacques Chonchol, asegura que la posición ha cambiado muy poco desde entonces—⁵ la población rural llegaba a los dos millones aproximadamente, o sea 350 000 familias. De estas familias el 3% se podía clasificar como grandes terratenientes, otro 7% como medianos propietarios, y estos dos grupos empleaban a unas 7 000 familias como administradores de sus haciendas. Fuera de esta aristocracia rural había 60 000 familias de pequeños propietarios; 60 000 familias que pertenecían a comunidades —incluyendo las de los indios araucanos— pero que eran en su mayoría minifundistas, siendo la “comunidad” una definición legal más que una realidad social; 22 000 familias eran minifundistas; 30 000 familias eran medieros (que trabajan tierras ajenas recibiendo como compensación una parte de la cosecha); 30 000 familias eran trabajadores agrícolas especializados empleados en grandes haciendas; 82 000 familias de inquilinos (trabajadores rurales que residen en las grandes haciendas y a quienes se paga una parte en especie, otra parte en efectivo y otra parte en derechos de usufructo); y finalmente 25 000 familias de trabajadores rurales sin tierra.⁶

³ Véase cap. 4.

⁴ Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, *Chile: tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola* (1966), pp. 33-36. En la década de los veinte, cuando la SNA temía que el sindicalismo pudiera extenderse como resultado de los acontecimientos que se daban en el sector urbano después de la formación del partido comunista, escribió a Alessandri: “Las necesidades del proletariado rural no son las mismas que las del proletariado urbano, porque su estilo de vida es distinto, sus necesidades son distintas y su nivel cultural es distinto. No hay ninguna razón para que el trabajador agrícola se una o haga causa común con el urbano.” Alessandri estuvo de acuerdo, aunque instó a los terratenientes a hacer más caso de las quejas de los campesinos organizando federaciones campesinas dominadas por los mismos terratenientes (citado por A. Affonso y otros en *Movimiento campesino chileno*, 1970).

⁵ “Poder y reforma agraria”, en *Chile Hoy*, p. 277.

⁶ *Ibid.*, pp. 277-78. Las cifras no son exactas y hay un notable desacuerdo entre los especialistas en reforma agraria respecto a la verdadera proporción entre inqui-

linos y jornaleros en particular. Para un análisis detallado de las cifras véase el informe de CIDA (n. 4 supra), pp. 291-94, donde se estima que en 1965 el 12.4% de la población rural activa se componía de inquilinos y el 27.2% de afuerinos (trabajadores no residentes) o voluntarios (trabajadores que frecuentemente viven en las casas de inquilinos pero que en teoría no están obligados a trabajar para los dueños de la hacienda). Otras fuentes apuntan a la generalizada sustitución de trabajo de inquilinos por trabajo asalariado, estimando que la proporción de inquilinos de la fuerza de trabajo rural es de sólo 6% (ver Cristóbal Kay, *Theory of Agrarian Change: manorial or hacienda system*, tesis de doctorado de la Universidad de Sussex en 1971, p. 127).

La inmensa mayoría de la fuerza de trabajo del campo pertenece a la clase baja pero se dan en ella importantes divisiones. Entre los que tienen tierra y los que no la tienen, entre los que tienen empleo fijo en las haciendas y los que tienen empleo por temporadas, hay distinciones difíciles de superar dentro de una organización rural cualquiera. Para fines de sindicalización una distinción clave es la que separa a los trabajadores permanentes residentes y a los trabajadores temporales no-residentes, o sea, por una parte a los inquilinos, trabajadores especializados y voluntarios (que no gozan del usufructo de una pequeña porción de tierra, y por lo tanto no están obligados, en teoría, a trabajar, aunque en la práctica sus necesidades económicas son un estímulo suficiente, sobre todo porque frecuentemente reciben sueldos más altos como compensación por su carencia de tierra), y por otra parte los “afuerinos” o fuereños. La otra distinción importante que surge es la que separa a los trabajadores de las haciendas en general y a los minifundistas, medieros y rentistas, ya que aunquen los inquilinos sí reciben algo de tierra su porción es por lo general tan reducida que es mejor clasificarlos con los demás trabajadores agrícolas desprovistos de tierra que con los pequeños propietarios o minifundistas. De hecho la sindicalización hasta la fecha se ha limitado en gran parte a los trabajadores residentes en las haciendas; los no-residentes no están, por lo general, sindicalizados; y los pequeños propietarios tienen sus Comités de Pequeños Propietarios.

Y sin embargo históricamente la división más importante de la sociedad rural era la que separaba a los grandes terratenientes del resto de la fuerza de trabajo rural. Los grandes terratenientes recibían créditos oficiales,⁷ eran los únicos que tenían poder político, eran los que tenían derecho a voz en las agencias planificadoras del Estado, y la clase rural reinante había establecido un sistema de relaciones sociales muy poco

linos y jornaleros en particular. Para un análisis detallado de las cifras véase el informe de CIDA (n. 4 supra), pp. 291-94, donde se estima que en 1965 el 12.4% de la población rural activa se componía de inquilinos y el 27.2% de afuerinos (trabajadores no residentes) o voluntarios (trabajadores que frecuentemente viven en las casas de inquilinos pero que en teoría no están obligados a trabajar para los dueños de la hacienda). Otras fuentes apuntan a la generalizada sustitución de trabajo de inquilinos por trabajo asalariado, estimando que la proporción de inquilinos de la fuerza de trabajo rural es de sólo 6% (ver Cristóbal Kay, *Theory of Agrarian Change: manorial or hacienda system*, tesis de doctorado de la Universidad de Sussex en 1971, p. 127).

⁷ Aproximadamente el 30% de la población rural total son clientes de instituciones financieras gubernamentales, agencias de reforma, bancos comerciales; el restante 70% no tiene acceso al mercado de crédito formal, y el mercado informal los extorsiona con intereses usurarios, debido a que “el prestamista comercial rural típico goza de un oligopolio, un duopolio o un monopolio declarado, y su mercado se limita a una región geográfica reducida en donde vive y opera. La curva de demanda ante el prestamista es inelástica respecto al interés (C. Nisbet, *Interest Rates and Imperfect Competition in the Informal Credit Market of Rural Chile*, Wisconsin Univ., Land Tenure Center, reprint service, 1967, p. 84).

favorable a la formación de organizaciones campesinas independientes. En la década de los treinta George MacBride escribió acerca de la tajante división en dos clases, amos y sirvientes o empleados, señalando que el sistema de la hacienda había tendido a perpetuar la división: "ha mantenido en posición inferior a la clase baja y la ha vuelto servil al mismo tiempo que fomenta tendencias aristocráticas en el grupo terrateniente".⁸ El terrateniente controlaba la vida de su mediero o inquilino mediante un sistema de sanciones económicas y patrocinos, servía de intermediario entre él y el mundo exterior y excluía aquellas influencias que hubieran debilitado su autoridad. Chonchol describe a los campesinos chilenos como carentes de confianza en sí mismos, dominados por una psicología de dependencia, temerosos del cambio, más preocupados por tener un buen patrón que por ninguna otra cosa —si se rebelaban los campesinos era contra el mal patrón, no contra el sistema.⁹ Si los campesinos eran explotados económicamente, lo eran en igual medida política y socialmente.

Antes de los cambios más recientes había habido algunos intentos de organizar a los campesinos. Ramírez estima que unos 5 000 campesinos eran miembros de sindicatos en 1925; y cuatro años antes la FOCh había organizado un congreso campesino en Santiago, al cual concurrieron once sindicatos, que representaban a 2 600 campesinos.¹⁰ Que estas pretensiones no carecen de fundamento lo confirman los mensajes ansiosos por medio de los cuales la SNA instaba a Alessandri a tomar acción enérgica en contra de los "agitadores comunistas" que estaban inquietando al campesinado. Antes de la época del Frente Popular, se organizó una Liga Nacional de Campesinos Pobres, y durante el régimen del Frente Popular los comunistas y socialistas desarrollaron cierta actividad en el campo.¹¹ Estos movimientos no estaban en posibilidades de competir contra el gobierno y los terratenientes. Éstos demostraron su poder incluso sobre el gobierno del Frente Popular cuando en 1939 el gobierno ordenó que todas las actividades conectadas con la formación de sindicatos rurales se suspendieran: una concesión a la derecha que estuvieron de acuerdo en hacer los socialistas y comunistas, por salvaguardar la frágil unidad del Frente y con objeto de concentrar su atención en la fuerza de trabajo urbana en crecimiento, cuyas exigencias de comida barata podrían verse afectadas si la sindicalización rural tenía por resultado un alza de salarios en el campo y, por consiguiente, precios más altos en los alimentos.¹²

Los dirigentes campesinos, sobre todo, fueron víctimas de represalias, y,

⁸ *Chile: Land and Society*, Nueva York, 1936, pp. 12-13.

⁹ Chonchol, pp. 285-87.

¹⁰ Ramírez, *Origen*, p. 105. Según Poblete había 10 sindicatos con 5 000 miembros en el Valle de Choapa en 1925 (citado en Affonso).

¹¹ A fines de 1939 el partido comunista decía haber alentado la formación de casi 400 sindicatos en el Valle de Choapa en 1925 (citado por Affonso).

¹² A. Mattelart y otros, *Ideología de la dominación en una sociedad dependiente*, 1971, pp. 117 y 137.

de todos los dirigentes sindicales, son los campesinos los más vulnerables a sanciones de todo tipo; un dirigente sindical urbano puede perder su empleo, un dirigente rural pierde su casa, su tierra y todas sus posesiones.¹³ Los movimientos que se formaron fueron con frecuencia la creación de partidos políticos, y aun cuando algunos obtuvieron un auténtico apoyo entre los campesinos, la pérdida del apoyo político a nivel nacional —hecho muy frecuente en el inestable mundo político de Chile en las décadas de los veinte y treinta— generalmente significaba la decadencia del movimiento sindical rural.

Puesto que los comunistas y socialistas habían renunciado casi por completo a sus intentos de organizar sindicatos de trabajadores rurales, primero para salvaguardar la unidad del Frente Popular y luego porque estaban demasiado ocupados en atacarse mutuamente, los cambios en el campo tuvieron que esperar a que se debilitara el poder de los terratenientes en el gobierno al perder importancia el sector rural, a que se extendiera el sufragio efectivo gracias a la reforma electoral y al renovado interés de los partidos radicales en el voto rural, a que se modificara la mentalidad del campesino, a que obtuviera aceptación general la necesidad de la reforma agraria, y a que el gobierno demócrata-cristiano quisiera consolidar un amplio apoyo electoral en el campo. Estos procesos se aceleraron después de la segunda guerra mundial.

En la década de los cincuenta se renovaron los intentos por sindicalizar a los campesinos, cuando los grupos católicos como la ASÍCh y el IER (Instituto de Educación Rural) esperaban ganarlos para la causa de la moderación, del cambio a través de la educación, y, en el caso del IER, de la cooperación con los terratenientes. Los partidos políticos comenzaron a organizar de nuevo a los campesinos, pero fue el compromiso del gobierno demócrata-cristiano con la reforma agraria y la sindicalización campesina lo que abrió el camino del cambio.

La reforma agraria y la sindicalización campesina no son necesariamente fines complementarios; de hecho, en el régimen de Frei tendían a entrar en conflicto. La confusión y las complejidades del debate acerca de la naturaleza de los cambios requeridos en el campo se reflejaron en la política del gobierno de Frei. La reforma agraria intentada quería ser capitalista y popular al mismo tiempo. Expresaba un deseo de inquietar mínimamente a los terratenientes eficientes, incluso de ayudarlos con asesoría técnica, mejores procedimientos de mercado, etc., y sin embargo también prometía distribuir tierra a 100 000 familias campesinas (de hecho se logró distribuirla a algo más de 20 000). Estos dos objetivos eran bastante contradictorios, dada la escasez de fondos, de tierra de riego y

¹³ Para el problema general de la dirección de sindicatos rurales véase Landsberger y C. A. Hewitt, "Ten Sources of Weakness and Cleavage in Latin American Peasant Movements", en *Agrarian Problems and Peasant Movements in Latin America*, Nueva York, 1970, pp. 559-83.

de administradores preparados, pero además la política tenía como objetivo la justicia social, que perseguía alentando a los campesinos a formar sindicatos, fijando salarios mínimos más altos, mejores condiciones de trabajo, etc. Respecto a su segundo objetivo el gobierno tuvo más éxito: las cifras respecto a la sindicalización rural y la redistribución del ingreso son mucho mejores que las de productividad agrícola o redistribución de tierras.¹⁴

El desarrollo del sindicalismo campesino se debe juzgar contra este fondo de esperanza general de reforma agraria, de renovado interés en los problemas de tenencia de tierra y trabajo rural, de presión creciente proveniente de los sindicatos rurales en expansión.

LAS ORGANIZACIONES CATÓLICAS

Aunque ya antes había habido intentos patrocinados por la Iglesia de organizar sindicatos, el primero de importancia fue la ASICH, que se formó en 1947 y que a su vez organizó la UCC (Unión de Campesinos Cristianos) en 1960. Inspirada en Hurtado, se dedicó al principio a entrenar dirigentes potenciales, pero en 1956 se convirtió en una organización sindical.¹⁵ Aunque al principio mantuvo relaciones amistosas con la CUT, la incompatibilidad doctrinal entre su reformismo católico y los puntos de vista de la CUT respecto a la lucha de clases pronto condujo a un rompimiento, después del cual la ASICH se dedicó entre otras cosas a denunciar al comunismo. También tuvo, en un principio, relaciones amistosas con los demócrata-cristianos, pero también hubo un rompimiento con ellos cuando la ASICH se opuso a lo que veía como intentos de controlar a los sindicatos para fines políticos, mientras que los demócrata-cristianos llegaron a denunciar a la ASICH como organismo clerical y conservador.¹⁶

¹⁴ Este no es el lugar para extenderse sobre los problemas de la reforma agraria en Chile; el artículo de Chonchol en *Chile Hoy* es un examen reciente y bueno del tema.

Respecto a salarios dice R. P. Echeverría: "La política respecto a la remuneración se fundaba en la concesión de ajustes de salario equivalentes al 100% del aumento en el costo de la vida del periodo precedente para todos [...] La excepción la constituirían los trabajadores agrícolas, para quienes se tenían previstos aumentos importantes, hasta el punto de nivelarlos con los trabajadores urbanos en términos de salario mínimo y subsidio familiar, a lo cual se añadiría una nueva legislación que estipularía que todo su sueldo mínimo debería pagárseles en efectivo. Y en el periodo de 1964-67 el ingreso de los trabajadores agrícolas en relación con otros grupos subió a 31.3% (25.5 para trabajadores no agrícolas; mientras que el ingreso relativo de los grandes productores agrícolas bajó en -3.8%) (*Effect of Agricultural Price Policies on Intersectoral Income Transfers*, Cornell Univ. L. A. Stud. Program, dissertation Ser. n. 13, junio de 1969, p. 187).

¹⁵ ASICH, *Lo que es — lo que pretende* (1962).

¹⁶ Véase la relación general de ASICH contenida en ASICH-CCT, *Estudios y resoluciones, 9º congreso nacional ordinario, 9-12 de noviembre de 1966* (1966).

La ASICH desempeñó un papel importante para decidir el resultado de la huelga de trabajadores de viñas en Molina, en 1953, acontecimiento que definió la dirección que tomaría en el futuro la organización.¹⁷ La huelga fue reveladora. Molina no era una zona rural típica, ya que sus trabajadores viñateros estaban organizados más como un proletariado industrial que como uno rural. La industria vinícola era próspera y estaba en expansión, los costos de mano de obra eran relativamente bajos, la zona estaba bastante urbanizada, y en las viñas se empleaba un alto porcentaje de la fuerza de trabajo local. También se tenía un poco de tradición sindical temprana y de agitación comunista, y cierto número de trabajadores habían trabajado en las minas de cobre.¹⁸ A pesar de contar con las condiciones más favorables, se carecía casi totalmente de organización sindical; el movimiento de 1953 hubiera carecido de efecto sin apoyo exterior, y el acuerdo sólo fue posible gracias a la infracción del código laboral en muchos de sus puntos.¹⁹ Y aun después del éxito de 1953, no se establecieron sindicatos permanentes sino hasta el gobierno del Partido Demócrata Cristiano.

La huelga mostró que la ASICH era fundamentalmente un movimiento urbano de intelectuales de clase media. Uno de los dos dirigentes enviados a Molina era funcionario de un sindicato de empleados bancarios, el otro era un coronel joven retirado del servicio (que llevaba instrucciones de evitar la infiltración comunista). Respecto a sus dirigentes Landsberger ha dicho que en ningún momento, ni siquiera a nivel local, se dio el caso de que ocupara un puesto importante alguien que se estuviera ganando la vida como campesino; con dos excepciones, ninguno de los dirigentes provenía de familias campesinas, sino que la mayoría eran profesionales con inclinaciones intelectuales. "La composición de la dirección no es casualidad [...] la total ausencia de campesinos probablemente indica una carencia de dirigentes potenciales en ese amplio estrato." No había ninguna indicación de que los grupos marxistas hubieran tenido más éxito que los católicos en atraer dirigentes campesinos.

Aunque uno de los organizadores de la huelga, Emilio Lorenzini, era falangista y más tarde diputado demócrata-cristiano, no era frecuente que los miembros de la ASICH lo fueran también de la Falange. Esto era especialmente cierto después de que se presentó un conflicto importante dentro de la ASICH respecto de la conveniencia de convertirse en

¹⁷ La huelga la describen con minucioso detalle Landsberger y F. Canitrot, en *Iglesia, intelectuales y campesinos*, 1967; una versión al inglés más reducida se puede encontrar en el volumen editado por Landsberger, *Latin American Peasant Movements*, Nueva York, 1969. Las referencias a páginas se refieren a esta versión, excepto donde se indique lo contrario.

¹⁸ *Ibid.*, p. 86 (en la versión española).

¹⁹ Por ejemplo, el código prohibía que se efectuaran negociaciones o se declararan huelgas en tiempo de cosecha, así como la firma de acuerdos que abarcaran a varias haciendas, etc. (*ibid.* p. 34).

una federación de sindicatos (y convertirse también en parte del movimiento sindical internacional católico, o sea la IFCTU) o continuar como organización preocupada fundamentalmente por la educación, el entrenamiento y el adoctrinamiento. Aparentemente "los que tenían más experiencia en sindicatos y más simpatía con la Falange, así como con los clérigos más comprometidos en el movimiento, preferían la segunda alternativa, pero perdieron la partida y se retiraron, a un gran costo para la ASICH en cuanto a recursos humanos a nivel de directivos".²⁰

La UCC se formó en el 5º congreso de la ASICH en 1960. De su primer comité ejecutivo de diez miembros, siete tenían su base de acción en la ciudad y eran de origen urbano, en parte porque los objetivos de la UCC incluían también la asistencia política, económica y social. La ASICH había descubierto que las presiones por parte del gobierno y del patrón volvían imposible la organización de sindicatos en el campo, de manera que, usando la UCC, decidió formar pequeñas células en las haciendas para propagar sus ideas y preparar el terreno para la posterior organización de sindicatos. Para 1961 la UCC decía tener una fuerza efectiva integrada por 20 000 militantes rurales;²¹ para 1966 —aunque es probable que exagerara— haber organizado 209 sindicatos rurales, 15 cooperativas, 453 comités presindicales y 7 federaciones regionales; más de 15 000 campesinos habían pasado por sus escuelas de entrenamiento.²²

Para establecer con éxito sindicatos rurales es necesario tener cierto número de organizadores de tiempo completo, y, debido a que los campesinos rara vez pueden proporcionarlos, ni suministrar los fondos necesarios, queda abierto el camino para que grupos semejantes a la UCC ejerzan su influencia. Además de su relativa sofisticación y sus recursos económicos contaba con el prestigio de la Iglesia y las energías de los clérigos locales, ya que las ramas de la UCC casi siempre se formaron con el apoyo activo del sacerdote local. Obviamente las cuotas que daban las filiales campesinas eran inadecuadas para cubrir los costos de la organización, y se obtuvieron fondos de varias fuentes, tales como la Conferencia Nacional de Obispos Chilenos, el programa Punto IV de los Estados Unidos, las organizaciones laborales internacionales católicas y fuentes alemanas.²³ (Después de 1966 se recibieron sumas importantes de la International Development Foundation, que más tarde se descubrió que era una fachada de la CIA.)²⁴

Las actividades de la UCC cubrían una amplia gama. Intentó obtener la ayuda de los patrones para organizar cooperativas y clubes sociales y

²⁰ Ibid. p. 247.

²¹ C. Menges, *Peasant Organizations and Politics in Chile*, 1968, p. 27.

²² ASICH, 5º congreso, p. 5.

²³ Affonso. El resto de este análisis del UCC se apoya principalmente en este informe.

²⁴ M. Wolpin, "Some problems of the left in Chile", en R. Miliband y J. Saville, eds., *The Socialist Register* 1969, 1969, p. 227.

juveniles. Al principio intentó detener o restringir las huelgas y desalentar las demandas "excesivas", pero la marea montante de las presiones campesinas la empujó más tarde hacia una mayor militancia. Su fuerte anti-comunismo se reforzó cuando a su delegación al congreso de 1963 de la CUT se le negaron credenciales, fundándose en que muchos de los delegados no eran trabajadores sindicalizados. La UCC alegó que el verdadero motivo era que los comunistas temían perder el control de la CUT en provecho de las organizaciones cristianas.

La política de la UCC sobre asuntos agrarios fue, hasta hace poco, tíbiamente reformista; apoyaba a la sección demócrata-cristiana que favorecía una reforma agraria basada en pequeños propietarios campesinos individuales, y se oponía a la que favorecía una solución más cooperativa e incluso colectivista. Se oponía a la creación de sindicatos por el INDAP basándose en que los sindicatos los debían organizar los mismos campesinos. El INDAP, que estaba dominado por los demócrata-cristianos más radicales, hizo poco caso de la UCC, y patrocinó otra federación, El Triunfo Campesino, a la cual alentaba a afiliarse a los sindicatos campesinos.²⁵ La UCC se oponía enérgicamente a la colectivización de la agricultura y argumentaba en favor de la propiedad privada familiar como base de la reforma agraria. Se oponía a cualquier medida que obligara a los campesinos a ingresar a una cooperativa. Desaprobaba las tomas de tierras por parte de los campesinos como medio para presionar en favor de una reforma, aunque habían de verse comprometidas en estas prácticas algunas de sus filiales. Sus costos elevados de operación difícilmente podían soportar un aumento constante de asesores, relativamente bien pagados y numerosos. Cuando el INDAP entró en escena, muchas de las ramas locales de la UCC simplemente se le integraron, reteniendo fuerza local la UCC solamente en la provincia de Talca.

En 1965, la UCC había de formar la CNC (Confederación Nacional Campesina), y con los otros grandes grupos católicos formaría la ANOC (Asociación Nacional de Campesinos Cristianos) y el MCI (Movimiento Campesino Independiente). Estos movimientos eran retoños del IER, que fue el producto de un esfuerzo combinado de la jerarquía eclesiástica y de los terratenientes organizados en la SNA por desarrollar una especie de organización campesina "responsable" para cortar el camino a los marxistas.

En 1952 los obispos chilenos habían organizado la ACR (Acción Católica Rural) para atender a las necesidades espirituales de los campesinos.²⁶ La huelga de Molina influyó en la ACR para que emprendiera una

²⁵ D. Lehmann, "Political incorporation versus political stability: the case of the Chilean agrarian reform" (mimeógrafo, 1971), p. 100. Este artículo ha sido publicado en el *J. Development Stud.*, julio de 1971.

²⁶ O. Domínguez da un esbozo en líneas generales del movimiento en *El campesino chileno y la Acción Católica rural* (1961).

acción más efectiva; entonces decidió formar la IER con la cooperación abierta de una facción de la SNA. Los tres objetivos primarios del IER eran ampliar el programa de educación agrícola, técnica y general que ofrecía a campesinos selectos, suministrar un foro en el cual buscar la cooperación de los grandes terratenientes para prevenir su oposición activa al movimiento campesino, y proveer un organismo independiente que podría contratar con organizaciones nacionales e internacionales para obtener asistencia económica y asesoría técnica.²⁷ El comité ejecutivo del IER incluía a cierto número de prominentes terratenientes conservadores, aunque después de la victoria electoral del Partido Demócrata Cristiano, en 1964 y 1965, la mayoría eran demócrata-cristianos. El apoyo económico lo recibieron en parte de la SNA misma, en parte de los gobiernos de Alessandri y Frei, de la AID, del International Development Foundation, y de otras fuentes externas.²⁸

Las principales actividades del IER consisten en proporcionar asistencia técnica y entrenamiento ideológico a los dirigentes campesinos potenciales. Para 1965 tenía 23 centros dispersos en el país, en donde se había instruido a más de 4 000 campesinos, y unos 400 funcionarios de tiempo completo que atendían a más de 1 000 comunidades locales; había organizado más de 200 cooperativas con 5 000 miembros; y había publicado varios periódicos y revistas de amplia distribución, e incluso difundido por radio programas regulares.²⁹ El contenido de sus cursos tenía una densa carga anticomunista, e invariablemente sus grupos locales solicitaban la ayuda de los terratenientes. Sólo después de 1964 se incluyeron cursos en organización sindical. Su política respecto a reforma agraria incluía un modesto programa de redistribución de tierras a familias campesinas, pero insistía mucho más en la necesidad de cambiar la tecnología y de modernizar la agricultura.

Sin embargo, en 1962, un grupo del IER sintió la necesidad de llevar a cabo una actividad más efectiva y organizó la ANOC. Ésta debía organizar a los distintos grupos regionales y cooperativos formados por el IER, para ayudar a resolver los problemas campesinos y lograr una representación efectiva del campesinado en los organismos oficiales. Pero muy pronto la ANOC adquirió vida propia e independiente, y los terratenientes del IER lograron reducir sus fondos, de tal manera que los organizadores locales del IER dejaron de trabajar también para la ANOC. Mientras que los dirigentes de la ANOC estaban dispuestos a entrar en

²⁷ Menges, p. 10.

²⁸ E. Labarca, *Chile invadido: reportaje a la intromisión extranjera* (1967), p. 174. Este libro es una denuncia del imperialismo norteamericano escrito por un periodista comunista en Chile. Aunque algunas de las acusaciones son descabelladas, no todo el libro, ni mucho menos, está equivocado —sobre todo en la sección que se refiere a sindicatos. Para el comité ejecutivo del IER y sus fuentes de fondos véase también Menges, p. 15.

²⁹ Affonso.

conflicto con los terratenientes, e incluso a utilizar contra ellos el instrumento de la huelga, el IER no, y finalmente se separaron los dos grupos. Como la ANOC agrupaba unidades locales que eran esencialmente hijas del IER, no tenía muchas perspectivas de crecimiento. Pero para 1966 decía tener afiliados a 76 sindicatos, 149 comités presindicales, 19 cooperativas, 8 comités de pequeños productores y varios otros grupos, con un total de 10 000 miembros.³⁰ Sin embargo en este momento ingresó en la CNC, junto con la UCC.

La ANOC no era el único grupo formado por el IER, ya que también había organizado un grupo más explícitamente político, el MCI, diseñado para oponerse a las actividades de los grupos marxistas entre el campesinado, y para apoyar a los demócrata-cristianos en 1964 y en 1965, no como medida permanente, sino como la mejor manera de derrotar a la izquierda. El MCI pudo usar todas las instalaciones y servicios del IER y la mayoría de sus activistas habían sido entrenados por éste.³¹ Pero la maniobra fue demasiado sutil. La identificación temporal con los demócrata-cristianos llevó a una relación de trabajo más estrecha con ellos que con el IER, que perdió así el control del segundo de sus grupos sindicales.

El MCI ingresó a la CNC con los otros dos grupos, pero pronto hubo un desacuerdo respecto a tácticas sindicales, ya que deseaba seguir una política más radical. Otro motivo de la disputa fue la sospecha del MCI respecto a la fuente de los fondos de la CNC y acerca de su malversación.³² y menos de un año después de su ingreso el MCI abandonó la CNC. Aunque los dirigentes del MCI tenían más simpatía por el Partido Demócrata Cristiano que por ningún otro partido político, permanecieron independientes del partido; en ocasiones su posición quedaba a la derecha respecto del partido en cuestiones rurales, pero la suya no era una posición muy fuerte.³³

LAS ORGANIZACIONES MARXISTAS

La historia de los intentos comunistas y socialistas por organizar sindicalmente a los campesinos abunda en nombres altisonantes de organizaciones más bien débiles. Los dos partidos no se limitaron solamente a sindicalizar a los trabajadores agrícolas residentes, sino que también trabajaron entre los pequeños propietarios y los indios mapuche del sur de Chile, cuyo fuerte

³⁰ Ibid.

³¹ Menges, pp. 22-23.

³² Labarca (p. 184) dice que Chonchol y algunos miembros del departamento campesino del partido demócrata-cristiano descubrieron que cierto equipo donado por la AID, en especial los jeeps, conllevaban la obligación de informar extensamente (a AID) sobre las actividades de los organizadores. También pretende que el MCI estaba tanto más disgustado cuanto que no había recibido ninguno de los jeeps.

³³ Entrevista con el presidente del departamento campesino del Partido Demócrata Cristiano (Santiago, mayo de 1967).

deseo de que se les restituyeran sus tierras comunales los volvieran más militantes que la mayoría de los campesinos.³⁴ Aunque sus organizaciones recibieron fuertes ataques por parte de terratenientes y gobierno, sus esfuerzos no pueden ser considerados como carentes por completo de éxito. Ayudaron a entrenar dirigentes que más tarde serían prominentes y dieron a los campesinos una conciencia más clara de su situación de explotados, y de los posibles remedios. Sin embargo la principal preocupación de ambos partidos era el trabajador urbano, que no el campesino, y los dirigentes de las organizaciones rurales marxistas se quejaban a menudo de la indiferencia del partido. Tampoco recibían los sindicatos rurales ninguna ayuda de la CUT.

Los distintos grupos marxistas que había en el campo se reunieron en 1961 para formar la FCI (Federación Nacional Campesina e Indígena). El renovado interés de los partidos en el movimiento campesino fue resultado del alto voto en favor del FRAP en las regiones rurales en 1958.³⁵ Es difícil calcular la extensión de las actividades de la FCI y de su apoyo rural al principio de los sesentas debido a que muchas de sus operaciones se realizaban en secreto. El disimulo era necesario porque el tipo de organización sindical que formaba era ilegal, porque tales esfuerzos hubieran atraído inmediatamente la represión de parte de terratenientes y policía, y por temor a la infiltración de parte de organizadores demócrata-cristianos.³⁶ Como en el caso de las otras organizaciones, el apoyo económico tenía que venir de fuera del campesinado y los partidos del FRAP admitían más o menos abiertamente que sostenían a la FCI.

Las ideas de la FCI muestran, por supuesto, una gran influencia marxista, debido a su estrecha relación con los partidos comunista y socialista. Se opone a las organizaciones derechistas católicas, denunciándolas como agentes del imperialismo norteamericano, aunque las circunstancias locales han obligado a veces a cooperar a los grupos. Insiste en la importancia del sindicato como la mejor arma del campesinado, especialmente el

³⁴ Para información más extensa sobre los mapuches véase W. C. Thiesehusen, "Grassroots economic pressures in Chile", en *Econ. Dev. & Cult. Change*, 16/3 (1968).

³⁵ Affonso, citando al presidente del FCI, el comunista José Campusano, tomado de *El Siglo*, 15 de abril de 1962.

³⁶ Menges (pp. 39-40) escribe: "Los demócrata-cristianos estimaban que entre 700 y 1 500 voluntarios comunistas y socialistas trabajaron en el campo durante 1963 y 1964. Sin embargo una fuente muy próxima al FRAP mencionó un esfuerzo que duró unos dos o tres años (1961-64) y en el cual participaban de 100 a 400 organizadores anualmente. En cuanto al número de campesinos organizados en células, el cálculo más certero sería quizás que más de los 20 000 campesinos que se ha declarado pertenecían a células de ASICH/UCC deben haberse unido a los grupos del FRAP, debido a que el movimiento socialista-comunista tenía una mayor abundancia de recursos humanos." Este cálculo de Menges es, casi con seguridad, demasiado alto. Cuando el FCI se legalizó dijo tener mucho menos que 20 000 miembros, y Affonso informa de sólo un "puñado de organizadores de tiempo completo".

sindicato único de los trabajadores de todas las haciendas de una localidad. Posiblemente por darse cuenta de las ventajas de la unidad y la solidaridad que resultan del sindicato único en el terreno industrial, la FCI se opuso a la fracción de la ley de 1967 que permitía la formación de más de un sindicato en las comunas rurales, fundándose en que esto llevaría a la fragmentación de los sindicatos rurales según líneas divisorias políticas. Su punto de vista respecto a la reforma agraria es más radical que el de los grupos católicos, pero no tan drástico, por ejemplo, como el modelo cubano. Propone expropiar ranchos bien administrados si esto redundaría en beneficio público, pero no necesariamente todos ellos; tampoco insiste en que se deban trabajar comunally las haciendas expropiadas, aunque le parece preferible que así sea. No aboga por la toma o invasión de tierras como táctica corriente, aunque algunos socialistas del FCI aprueban, sin duda, este procedimiento.³⁷

Ha habido ocasiones muy célebres en que prominentes parlamentarios socialistas han encabezado invasiones de tierra. Oscar Naranjo, el diputado socialista por Curicó, desempeñó un papel importante en la toma de la hacienda "Los Cristales" y ayudó en general "a los campesinos a formar sindicatos, escribir peticiones, planear huelgas, y finalmente utilizó su privilegio de inmunidad parlamentaria para planear y dirigir tomas ilegales de propiedad".³⁸ Tales invasiones pueden tener éxito; en el caso de "Los Cristales", McCoy escribe que

desde que los campesinos se apoderaron de él el fundo se ha transformado de un desagradable espectáculo en una empresa agrícola que produce utilidades [y.] vista como instrumento de penetración, "Los Cristales" ha resultado ideal. No sólo sirve su mera existencia para recordar a los campesinos de Curicó la del partido socialista, sino que los campesinos del fundo están orgullosos y ansiosos de difundir la noticia de cómo los ayudó el partido a convertirse en verdaderos dueños de la tierra que trabajan. Cada miembro del sindicato campesino es un militante socialista afiliado al partido y el presidente participó como candidato socialista en las elecciones.

Tales invasiones de tierras colocaron obviamente, en una posición incómoda a los demócrata-cristianos: reconocer las demandas de los campesinos hubiera otorgado una victoria a los socialistas, desalojarlos por la

³⁷ R. L. McCoy escribe que el FCI "tenía la capacidad potencial para sobrecargar a las agencias de la reforma agraria con un exceso de demandas, pero los dirigentes marxistas instaban a la moderación y desanimaban los retos ilegales al proceso de reforma; al mismo tiempo que mantenían una presión constante sobre el CORA y el INDAP los marxistas se quedaron dentro de los límites del comportamiento legítimo" (*Politics of Structural Change in Latin America*, 1969, p. 33).

³⁸ "La toma de Los Cristales", *Inter-American Econ. Aff.*, 21/1 (1967), da detalles.

fuerza hubiera dañado la pretensión de los demócrata-cristianos de ser un partido reformista popular.

Pero invasiones como la de "Los Cristales" son excepcionales. Exigen muchísima preparación y circunstancias muy favorables si no han de resultar contraproducentes, desacreditando al partido o sindicato que las inicia. "Los Cristales" había estado rentada durante varios años a un socialista prominente que había permitido que se desarrollara libremente la actividad política dentro del fundo —lo cual no constituye de ninguna manera un caso típico. Hay pocos diputados como Naranjo en el partido socialista, y los comunistas del FCI no estaban en favor de las invasiones de terrenos: lo han criticado acusándolo de caudillismo (tampoco ha escapado a la crítica de su propio partido).

Los miembros del FCI desempeñaron un papel de cierta importancia en la elaboración de la noción de "asentamientos", o sea propiedades administradas en cooperativa, que adoptó el gobierno demócrata-cristiano. (Estos "asentamientos" debían ser un método de operación que serviría como transición antes de entregar las haciendas a propietarios individuales, añadidura demócrata-cristiana al plan original que no complació al FCI.) Esto sucedió cuando cierto número de haciendas expropiadas en el Valle de Choapa llegó a manos de la CORA (agencia estatal de reforma agraria) y donde había una fuerte presión local en favor de la administración cooperativa de los ranchos.³⁹

Debajo del nivel de dirección nacional, la competencia entre los dos partidos por el control no parece muy marcada, aunque el Consejo Nacional mismo, que está dividido entre cuatro comunistas y tres socialistas, con frecuencia repite y refleja las discusiones entre los dos partidos nacionales. A nivel provincial y regional, según David Lehmann,

cada partido parecía dejar que el otro promoviera su propia clientela sin interferir. La filiación política no afectaba las directivas de contratación, ni la intención de actuar unificadamente en Triunfo.⁴⁰

Y ambos partidos, cuando menos a nivel local y provincial, se dan cuenta de que actualmente la unidad de acción, o cuando menos la tolerancia

³⁹ Además, los asentamientos, a diferencia de los sindicatos, dependen en gran medida del Estado, incluso y de manera principal desde el punto de vista económico. Como dice D. Lehmann: "El asentamiento mismo se constituyó como una asociación entre la CORA y los trabajadores involucrados, que eran seleccionados según criterios determinados por CORA. La tierra pertenecía a CORA, aunque finalmente había de pasar a manos de los trabajadores, y CORA controlaba el crédito, y tenía además poder de veto sobre todas las decisiones" ("Political incorporation versus political 'stability'", *J. Dev. Stud.*, julio de 1971, p. 12) De esta manera los asentamientos llegaron a ser un medio de incorporar a los campesinos al aparato estatal, en vez de un método de aumentar el poder y la independencia del campesinado como grupo separado.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 11.

respecto de las acciones del otro partido dentro del FCI, es crucial para el desarrollo del sindicalismo rural si ha de enfrentarse con éxito el reto de los demócrata-cristianos.

El FCI, como las otras organizaciones, tiende a tener regiones o localidades particularmente fuertes, y un factor en su fortalecimiento es la energía y entusiasmo de los diputados locales influyentes. En la provincia de Colchagua, en donde es especialmente fuerte del FCI, las actividades del ex-senador Salomón Corbalán y del entonces diputado Joel Marambio, ambos socialistas, tuvieron importancia en la formación de un movimiento sindical activo.⁴¹ El hecho de que la UCC también desarrollaba actividades en la misma localidad produjo un espíritu de competencia entre los sindicatos.

SINDICALISMO RURAL BAJO LOS DEMÓCRATA-CRISTIANOS

La mayor fuerza en favor de la sindicalización en el campo fue, de hecho, el INDAP, que desempeñó un papel muy importante en la formación de sindicatos, el entrenamiento de dirigentes, la asesoría, el financiamiento, etcétera. En los primeros días del gobierno de Frei los dirigentes sindicales y funcionarios del INDAP solían ser las mismas personas. Muchos de los sindicatos así formados permanecieron leales al partido que había logrado la aprobación de la ley de 1967 y proporcionado los medios para formar sindicatos. El MCI llegó a asociarse al trabajo del INDAP, aunque la relación entre ambos y con el departamento campesino del Partido Demócrata Cristiano era la correspondiente a organismos complementarios y paralelos más que entre ramas de la misma organización. Como agencia oficial el INDAP era en teoría políticamente neutro, pero naturalmente el concepto, los objetivos y los métodos de sindicalización que promovía eran más afines a los de los demócrata-cristianos que a los de ningún otro grupo. Aunque los dirigentes sindicales a nivel de hacienda son normalmente trabajadores residentes, a nivel provincial son con frecuencia empleados de tiempo completo de los sindicatos. Los gastos son cubiertos por la agencia más capaz y más dispuesta a proporcionar el financiamiento: el gobierno demócrata-cristiano a través de su agencia, el INDAP, y de su confederación nacional sindical, El Triunfo Campesino. Los dirigentes de El Triunfo habían sido entrenados por el INDAP y con frecuencia eran insustituibles, ya que habían desarrollado toda una gama de contactos con el gobierno, con políticos, con agencias de reforma agraria esenciales para el bienestar de los campesinos. Con la ley de 1967 la sindicalización rural se extendió rápidamente, como se puede ver en la tabla siguiente (aunque muchos de los sindicatos que se registraron en 1967 ya se habían formado desde antes, siendo anteriormente ilegales).

⁴¹ "Colchagua: provincia con dueños", *Punto Final*, junio de 1967, p. 31.

<i>Crecimiento de los sindicatos rurales</i>	<i>Sindicatos</i>	<i>Miembros</i>
1964	24	1 658
1967	211	47 473
1968	369	83 472
1969	421	104 666

FUENTE: *Sexto mensaje del presidente Frei*, ii. 266. También había 59 comités de pequeños productores, con 37 741 miembros. El INDAP estaba asesorando a 168 sindicatos con 55 748 miembros y 173 cooperativas con 26 525 miembros.

Con la ley de 1967 las federaciones existentes también se transformaron en organizaciones legales. La CNC fue la base de la nueva Confederación Nacional Sindical Campesina "Libertad", el FCI se convirtió en la Confederación Nacional Campesina e Indígena "Ranquil", y los sindicatos del INDAP y del MCI en la Confederación Nacional de Trabajadores Agrícolas "El Triunfo Campesino de Chile". Su tamaño a fines de 1968 era:

<i>Confederaciones campesinas, 1968</i>	<i>Federaciones</i>	<i>Sindicatos</i>	<i>Miembros</i>	
			<i>1968</i>	<i>1969</i>
"Triunfo Campesino"	20	166	39 770	47 610
"Libertad"	11	66	16 539	23 024
"Ranquil"	12	77	17 197	30 912

FUENTES: *Quinto mensaje del presidente Frei*, p. 369 y, para 1969, Lehmann, *Political Incorporation*, p. 10.

Aunque el crecimiento de la sindicalización rural es impresionante, no se puede suponer que necesariamente seguirá creciendo a la misma razón o que el mero hecho de llamar a una organización de trabajadores agrícolas "sindicato" inmediatamente la convierte en algo semejante a su contrapartida urbana. Estos sindicatos urbanos han tenido muy pocos contactos con los sindicatos rurales. Chonchol menciona que ha tratado con sindicatos industriales que se suponía altamente politizados y progresistas pero que no tenían idea de lo que estaba sucediendo en el campo.⁴²

La sindicalización no se ha extendido uniformemente a todos los estratos de la sociedad rural. Los más fáciles de organizar han sido los inquilinos más prósperos y los trabajadores permanentes de las grandes haciendas; los asalariados no residentes apenas si se han organizado. Hay peligro de que la sindicalización abra más la brecha entre los distintos sectores sociales de la sociedad campesina. Aquellos que trabajan en las haciendas más retrasadas, o en haciendas en donde existe un control más

⁴² Chonchol, p. 314.

represivo de parte de los terratenientes, o los que ni residen en la hacienda ni participan en las cosechas (y mucho más los minifundistas que no tienen patrón contra quien organizarse), corren peligro de quedarse atrás en el proceso de cambio social, mientras que la minoría de trabajadores sindicalizados obtiene mayores beneficios.⁴³ Cualquier política que se proponga transformar el sistema social en el campo que se apoye demasiado en las tendencias actuales de la sindicalización rural está en peligro de erigir un nuevo sistema de privilegios.

No se puede suponer tampoco que los sindicatos se oponen necesariamente a sus patrones. Los terratenientes más listos han procurado crear un paralelo rural del "sindicato blanco", y aunque es imposible estimar el número de sindicatos que corresponderían a esta clasificación, no son tan pocos. Además el proceso de reforma agraria mismo ha resultado en la disolución de algunos sindicatos rurales. Cuando una hacienda expropiada ha pasado a manos del campesinado, aun en la forma de "asentamiento" cooperativo, hay peligro de que los campesinos den por terminada la función del sindicato y olviden los problemas más generales del campesinado y su representación ante la sociedad y en el gobierno.

Siempre existe la posibilidad de que cuando la sindicalización se extiende por primera vez a grupos no previamente organizados y relativamente rezagados, como en el caso de los campesinos, seguirá siendo una forma de control externo, una forma de organización que representa lo que otros piensan que conviene a sus miembros, y no lo que los miembros quieren para sí mismos; o puede darse una diferencia entre lo que declara u ordena el cuartel nacional de una federación y lo que hacen las ramas locales, más próximas al punto de origen de las exigencias de los campesinos. Los dirigentes nacionales, aunque estén más politizados, tienen menos poder que algunos dirigentes provinciales o locales. Así en Colchagua en 1969 el FCI y la rama provincial de Triunfo organizaron una huelga por objetivos comunes de mejoría de salarios, contraviniendo el deseo de la dirección nacional de Triunfo. Pero la dirección nacional de Triunfo logró evitar una demanda común de salarios a nivel nacional de las mismas organizaciones después de que el INDAP se opuso a la idea.

La fracción del código del trabajo rural que permite la existencia de varios sindicatos locales obviamente aumenta la competencia de los partidos por controlar los sindicatos, sin obligar a los grupos de distintas filiaciones a colaborar en el mismo comité ejecutivo, como en los sindicatos urbanos. Esto es especialmente notorio en un país donde los dis-

⁴³ Juan Marín argumenta, con base en trabajo de campo en la región central de Chile, que la sindicalización, aunque se preocupa predominantemente de obtener mejores salarios, puede muy bien desembocar en el fortalecimiento de la estructura social y productiva existente en el campo chileno ("Asalariados rurales en Chile", *R. Latinoamericana de Sociol.*, Buenos Aires, 1969, p. 340).

tintos grupos ideológicos han competido activamente dentro de las zonas rurales para fortalecer sindicatos que reflejen sus propias ideas.⁴⁴ David Lehmann observó que los dirigentes sindicales rurales tendían a formar una burocracia sindical en parte porque eran empleados de tiempo completo a sueldo del sindicato y estaban tan involucrados en los centros de poder político que se volvieron mediadores indispensables entre los campesinos y los que podrían resolver sus problemas, ya se tratara de representantes del gobierno, o de diputados o senadores de la oposición.⁴⁵

Quizás no se trate del mismo paternalismo tradicional, pero en algunos aspectos se le parece; no tanto a la relación patrón-dependiente de la hacienda tradicional, cuanto a la relación patrón-cliente del sistema más desarrollado de clientela, donde el "cliente" tiene una mayor libertad para influir en el patrón, o incluso para escoger otro, que el "dependiente" del sistema tradicional. La ideología cuenta muy poco en este caso; lo que importa es que el patrón puede resolver los problemas, y no importa que la fuente de su poder sea el control de la tierra, del poder político, o la autoridad sindical.⁴⁶ Esta relación no se contraponen a la existencia de sindicatos fuertes y combativos, como lo son, sin duda, algunas federaciones de provincia.

Debido al desarrollo reciente del sindicalismo rural hay pocos estudios empíricos de su organización. El principal, realizado por Affonso en 1967, produjo algunos resultados interesantes. La encuesta reveló, —lo cual no resulta sorprendente— que de una muestra de 301 dirigentes sindicales locales, la gran mayoría tenía una mejor educación que sus compañeros campesinos y que el 35% de ellos había trabajado en la ciudad. Sólo el 15% de la muestra total de 348 (o sea incluyendo a dirigentes nacionales y provinciales) habían sido "afuerinos" o jornaleros. La mayor preocupación de los sindicatos al presentar sus pliegos peti-

⁴⁴ Para un ejemplo del programa de actividades del Partido Demócrata Cristiano en el campo véase el *Plan de trabajo de verano* del departamento campesino (mimeógrafo, 1967). Resulta muy interesante que la mayoría de las juntas regionales de la campaña habían de tener lugar en el cuartel local del IER. El CORA utilizó las instalaciones del IER, así como sus conferenciantes, para los cursos que impartía a miembros de los asentamientos.

⁴⁵ *Hacia un análisis de la conciencia de los campesinos*, 1970, p. 19. Así por ejemplo el presidente de una de las federaciones de provincia era también miembro del Consejo Comunal y Provincial del Partido Demócrata Cristiano: el presidente de la otra federación era activista del partido socialista y trabajaba en estrecha colaboración con el diputado socialista local. Dice Lehmann: "En la mente de los campesinos el sindicato estaba 'con' el diputado y ligado al apoyo al sindicato estaba el apoyo al representante político. Igualmente, los miembros del otro sindicato se identificaban sobre todo con el gobierno porque su sindicato había obtenido el apoyo del INDAP y a veces contestaban 'somos del INDAP' cuando se les preguntaba a qué sindicato pertenecían".

⁴⁶ Así Chonchol escribe que para la mayoría de los campesinos "su concepto del político se reduce al del político tradicional que presta servicios personales".

rios eran los aumentos de salario, y no las demandas de tierra o "regalías" (que a grandes rasgos consisten en prestaciones tales como alojamiento, un terreno pequeño, una parte de las cosechas, seguro social, etcétera). Affonso interpreta este hecho como indicador de la influencia de las federaciones nacionales, que proyectan sus valores urbanos (la importancia del sueldo) atribuyéndolos a los campesinos. Por otra parte Lehmann, que escribe un poco más tarde, observó que los sindicatos ponían un fuerte énfasis en las regalías; porque, según dice, este tipo de remuneración es menos vulnerable a la inflación que el dinero en efectivo, y también porque el pequeño terreno es el meollo de los medios de vida de la familia del trabajador.⁴⁷

Las respuestas de los dirigentes sindicales entrevistados por Affonso se parecían mucho a las de sus colegas urbanos. Son moderados, les preocupan los salarios, y al parecer les importa más bien mejorar las condiciones que revolucionarlas. Más del 80% nombró la mejora de salarios y de condiciones de trabajo como la función principal de su sindicato; sólo el 1% nombró actividades relacionadas con la redistribución de la tierra. La imagen que tienen del patrón no es tan negativa como se supondría; cuando se les preguntó qué obstáculos había para el desarrollo de los sindicatos, el 38% culpó a los mismos campesinos, el 32% a las autoridades gubernamentales y el 28% a los patrones. Casi ninguno de ellos veía la organización del campesinado como un factor importante para acelerar la reforma agraria, y sólo un 12% aproximadamente pensaba que un objetivo de su sindicato debía ser la obtención de tierras para los campesinos. Aunque no había dirigentes nacionales del FCI en la muestra tomada, los dirigentes locales del FCI diferían muy poco en sus opiniones de los dirigentes de otros sindicatos. En la práctica los sindicatos de Triunfo a veces llevaban más adelante sus actividades en contra de los patrones; quizás porque esperaban que el gobierno demócrata-cristiano tuviera una actitud más tolerante hacia ellos.

El informe analizaba también casi 1 000 pliegos petitorios recientes. Ninguno planteaba demandas de redistribución de tierras aunque, como según la ley los pliegos tienen la intención básica de plantear demandas salariales a los patrones, esto no resulta tan sorprendente como pudiera parecer. Era imposible encontrar nada distintivo en los pliegos presentados por los sindicatos locales del FCI.⁴⁸ Al analizar las huelgas del pe-

⁴⁷ Quizás este dilema —tierra o salarios— no está tan claramente definido como parecería. J. Martínez-Alier dice: "[...] por lo tanto cuando se pregunta, como se pregunta tantas veces, ¿se interesan los trabajadores agrícolas por salarios más altos y en la seguridad en el empleo, o se interesan por la tierra? La respuesta tiene que ser: en ambos, o en cualquiera de los dos. Parecería que pudieran tomar con la misma facilidad una o la otra dirección" ("The peasantry and the Cuban revolution", en R. Carr ed., *Latin American Affairs*, St. Antony's Papers, n. 22, Londres, 1970, p. 151).

⁴⁸ Así por ejemplo la *Plataforma de lucha* para 1969 del anterior FCI trata en

riodo 1960-66, 621 de ellas se podían clasificar como debidas a causas económicas, 58 a quejas respecto a condiciones de vida y trabajo, 105 a causas tales como solidaridad con trabajadores despedidos y solamente 9 tenían el objeto de presionar para obtener tierras (y 8 de ellas se dieron en el año de 1964 en el Valle de Choapa). La mayoría de estas huelgas sólo duraron un día o menos aún, y casi todas habían recibido (según declaraciones de los mismos participantes) ayuda o asesoría de alguna organización nacional. Aunque las invasiones de tierras reciben mucha publicidad en Chile, lo cierto es que no son frecuentes, ni necesariamente revolucionarias. Sólo tres de las 17 tomas de tierras examinadas en el informe se podían describir como dirigidas hacia la redistribución de la tierra. Fuera de estos casos las invasiones de tierras más frecuentes se dan entre los indios mapuche del sur de Chile —muchas después de la elección de Allende— que las consideran como restitución de las tierras que legalmente les pertenecen y habían sido usurpadas. Según las observaciones de Affonso, fueron pocas las peticiones de expropiación de haciendas que se le presentaron a CORA, pero Lehmann declara que estas demandas aumentaron considerablemente en los últimos dos años del gobierno demócrata-cristiano. Affonso y sus colegas concluyen que

la acción que se toma en el lugar de los hechos se ve determinada más por los deseos de los campesinos en cuestión que por la ideología formal de la organización nacional de la cual forman parte sus sindicatos.

Aunque correcta hasta cierto punto esta conclusión, parece menospreciar la importancia que tiene la organización nacional en la movilización y organización de los campesinos.

Hay obvias semejanzas entre el desarrollo que están teniendo los sindicatos rurales y el que han tenido los urbanos. En ambos sectores las influencias políticas son muy marcadas, especialmente a nivel nacional. El sindicato de hacienda se parece de muchas maneras al sindicato de fábrica. Los trabajadores no sindicalizados constituyen la mayoría tanto en el campo como en la ciudad, y en ambas partes provienen de sectores sociales parecidos: artesanos y minifundistas, marginales y jornaleros, trabajadores de empresas chicas y de pequeñas propiedades rurales, trabajadores aislados. Tanto en el campo como en la ciudad los sindicatos y los partidos son partes interdependientes del movimiento sindical.

Sin embargo también hay diferencias muy notables. En el campo hay una mayor variedad de influencias ideológicas. Desde 1964 la actitud del gobierno hacia la sindicalización campesina ha sido mucho más favorable y las confederaciones rurales han avanzado rápidamente hacia la presentación de demandas salariales a nivel provincial e incluso a nivel

su mayor parte de problemas de salario; el tema de la reforma agraria parece casi una añadidura.

nacional. Las zonas rurales no tienen tradiciones sindicales como las muy fuertes que caracterizan a las zonas mineras y fabriles; tampoco comparten las mismas tradiciones políticas excepto en contados lugares. Hay un mayor peligro de explotación del campesino a manos de patronos, funcionarios gubernamentales o dirigentes sindicales faltos de escrúpulos. Lehmann cree que cuando menos hasta 1970 los campesinos chilenos estaban aliados con la clase media urbana; esto explicaría muchas de las características apropiadas al sistema de clientela de la relación. También cree que la competencia política refuerza los patronos de dependencia entre los campesinos y los partidos políticos y divide al campesinado.⁴⁹ Pero esta afirmación parece descontar la presión que ejercen de hecho los campesinos sobre partidos y sindicatos. Aun cuando las alianzas del campesinado hayan sido con la clase media urbana y no con la obrera, aun cuando las relaciones al viejo estilo patrón-dependiente hayan sido sustituidas por un sistema más moderno tipo clientela, y no por sindicatos independientes y autónomos, esto no reduce el impacto político de la sindicalización rural, ni impide el desarrollo posterior de sindicatos independientes que no presenten relaciones del tipo clientela. Una vez iniciado, el proceso puede desembocar en canales más radicales que los que tenían en mente sus iniciadores; el gobierno de Allende fue indudablemente tomado por sorpresa por la ola de invasiones de tierras que siguió a su elección, después de que se había comprometido durante la campaña a una redistribución mucho más rápida de tierras que la del gobierno anterior. La mayor incertidumbre que se presenta puede ser el papel futuro bastante ambiguo de los sindicatos campesinos a la luz de la reforma agraria. En una economía rural extensamente colectivizada, si es que éste es el objetivo de Allende, el papel del sindicato campesino será muy distinto que en una economía en la cual la unidad normal de producción es la propiedad familiar. Por lo tanto el desarrollo futuro del sindicalismo campesino chileno está íntimamente ligado al futuro de la reforma agraria, y es posible que el sindicalismo rural tenga que pasar por posteriores modificaciones no menos sorprendentes que las que ya ha tenido.

⁴⁹ *Peasant consciousness*, p. 32.

INFLUENCIAS EXTERNAS EN EL MOVIMIENTO SINDICAL CHILENO

No es fácil clasificar algunas influencias como "externas" y otras como "domésticas". Por ejemplo, a los derechistas chilenos tanto la democracia cristiana como el comunismo les parecerían influencias esencialmente extranjeras o exóticas (e indeseables). Sin embargo este apéndice concentrará su atención en las influencias norteamericanas y, en menor grado, en la organización obrera internacional católica, la CLASC (Confederación Latinoamericana Sindical Cristiana). El movimiento internacional comunista ya no tiene una filial latinoamericana¹ y las relaciones entre el partido comunista y la Internacional Comunista ya se han examinado. La actividad de los alemanes en el movimiento sindical ha aumentado pero no es muy importante,² y los intentos peronistas de establecer una cabeza de playa en Chile no han tenido éxito tampoco.³

La influencia norteamericana ha actuado sobre todo por intermedio de la ORIT y más tarde la AIFLD (Instituto norteamericano para el desarrollo sindical libre).⁴ La ORIT fue fundada en México en gran

¹ La filial regional latinoamericana era la CTAL, dirigida por Vicente Lombardo Toledano. Sucumbió ante las embestidas de la ORIT y del movimiento peronista, y la mayoría de sus principales filiales desertaron. En una junta reunida en Brasil, en 1964, fue formalmente disuelta. Los intentos de organizar un sustituto han fracasado hasta la fecha por las disputas entre castristas y marxistas ortodoxos.

² El partido social-demócrata alemán, mediante la Fundación Friedrich Ebert, ha tratado de desviar al movimiento chileno del comunismo. Sus intentos por acercarse a los socialistas fueron rechazados; los demócrata-cristianos en general no les hicieron caso, y solamente los radicales parecieron interesarse por un tiempo, hasta que su acercamiento con los marxistas impidió que siguieran los contactos. Por lo visto el grupo alemán que opera en Chile ha dejado de interesarse por el movimiento sindical y dirige su atención actualmente a los estudiantes universitarios (Labarca, *Chile invadido*, p. 159).

³ El presidente Ibáñez esperaba utilizar la ATLAS de Perón (organización latinoamericana de sindicalizados pro-peronistas) para controlar a los sindicatos chilenos. Rubén Hurtado más tarde diputado demócrata-cristiano, fue el aliado más importante, con su Confederación Nacional de Sindicatos Obreros de Viña del Mar; pero al formarse la CUT los obreros sindicalizados se consolidaron en una organización antiperonista (S. Baily, en *Labor Nationalism and Politics in Argentina*, New Brunswick, 1967, p. 151). Ibáñez instaló una oficina del trabajo en el palacio presidencial, bajo la dirección de su edecán naval; y el secretario general argentino de la CGT cooperó en los intentos de fundar una base peronista, pero sin resultados (D. W. Bray, "Peronism in Chile", *HAHR*, febrero de 1967, p. 44).

⁴ Una buena descripción de la ORIT es la que da Carroll Hawkins en "The ORIT and the CLASC", en *Inter-American Econ. Aff.*, del invierno de 1966, pp. 39-53. Véase también Landsberger, "International Labor Organizations", en S. Shapiro, ed., *Integration of Man and Society in Latin America*, Indiana, 1967.

medida por los esfuerzos de la AFL (Federación norteamericana del trabajo). Es la filial en el hemisferio occidental de la ICFTU y está financiada en parte por aquel organismo, pero fundamentalmente por las filiales norteamericanas, el gobierno norteamericano y corporaciones norteamericanas. Se fundó sobre todo con la intención de que sirviera como fuerza anticomunista y ha permanecido leal a su concepción original, apoyando, en el proceso, a varios regímenes dictatoriales latinoamericanos.⁵ Defiende el sistema de libre empresa.

Bajo la influencia del nuevo clima de opinión que produjo la propuesta de Kennedy de la Alianza para el Progreso, comenzó a discutir reformas sociales, aunque su definición de reforma es muy restringida y se conforma a grandes rasgos a las ideas de sus socios políticos más cercanos: el PRI mexicano, el APRA peruano y el AD venezolano, todos ellos partidos políticos notablemente anticomunistas. La ORIT tiene ideas aún más restringidas acerca de a quiénes se les puede permitir que implante reformas, y los comunistas, los socialistas e incluso los radicales católicos les resultan enfáticamente sospechosos. Le preocupa mucho más echar fuera a sus oponentes que ayudar a los trabajadores.

En América Latina en general la ORIT tiene un número impresionante de filiales en países importantes como México, Venezuela, Colombia, Perú y Brasil. Aunque las cifras distan mucho de ser precisas, cuando menos formalmente, en 1964 sus miembros se aproximaban a la mitad de todos los trabajadores sindicalizados latinoamericanos.⁶

Si ha tenido escaso éxito duradero en Chile, no ha sido por falta de esfuerzos. Aun antes de su formación el AFL ya desarrollaba actividades en Chile. Bernardo Ibáñez tenía relaciones muy amistosas con el AFL, y con su apoyo se opuso a la candidatura a la dirección del ILO en 1944 del dirigente sindical mexicano Lombardo Toledano, patrocinado por los comunistas. El jefe del departamento latinoamericano de la AFL considera que la CTCh de Ibáñez hubiera desaparecido si no fuera por la ayuda de la AFL.⁷ El tipo de apoyo que da la ORIT y su falta de resultados está bien captado en los siguientes párrafos tomados de la autobiografía de Romualdi:

En 1956 se abrió en Chile una oficina de la ORIT-ICFTU. Con la colaboración de la AFL-CIO y de la Confederación Cubana del Trabajo, lanzó una gran campaña destinada a atraer a los independientes hacia un programa de sindicalismo apolítico y no sectario, vigorosa-

⁵ Apoyó la acción de sus filiales brasileñas cuando dieron la bienvenida al régimen militar —que subsiguientemente no resultó ser precisamente favorable a los trabajadores— que derrocó al gobierno prolaboral de Goulart en 1964 (Hawkins, p. 51).

⁶ *Ibid.*, p. 114.

⁷ S. Romualdi, *Presidents and Peons*, Nueva York, 1967, pp. 303 y 326. Romualdi era el principal organizador de la AFL para América Latina.

mente opuesto a la alianza izquierdista dominada por los comunistas. En vista de nuestra anterior renuencia a recomendar la inversión de fondos adicionales de la AFL-CIO, escribí, en un memorándum dirigido al presidente George Meany en marzo de 1956:

“Para comprender mi cautela en relación con Chile, debo recordarle que ya desde 1946 la AFL, contribuía con sumas importantes de dinero a ‘elementos anticomunistas’ en Chile: que la CIT mantuvo su cuartel en ese país durante dos años, dedicando una gran parte de sus ingresos y personal a apoyar a los anticomunistas locales; que más tarde la ORIT y la CTC cubana enviaron organizadores y gastaron muchos miles de dólares en esfuerzos parecidos; que la United Mine Workers (Unión de mineros) contribuyó también miles de dólares; y que finalmente la ICFTU después de mantener en Chile durante meses a su representante norteamericano, instaló una oficina y destinó a su mantenimiento una gran cantidad de dinero. Todos estos esfuerzos no han producido otra cosa que una serie ininterrumpida de fracasos, decepciones, disputas y resentimiento, por varios motivos que ocuparía demasiado espacio enumerar. Sin embargo, si encontramos que esta vez hay realmente un ‘deseo de luchar’ estoy en favor de dar todo el apoyo que podamos reunir.”⁸

El organizar campañas contra la CUT fue una actividad constante de la ORIT en Chile. Aunque oficialmente no había relaciones amistosas entre la ORIT y la CLASC, estaban dispuestos a superar su mutua antipatía con tal de combatir el mal mucho peor del comunismo en los sindicatos. Conviene dejar oír nuevamente la voz oficial de la ORIT:

Se reanudaron las pláticas, primero informal y luego oficialmente, entre representantes de la ORIT y dirigentes sindicales demócrata-cristianos, incluyendo funcionarios de la CLASC —o sea la Confederación Latino Americana de Sindicalistas Cristianos— con la mira de separar a los sindicatos demócrata-cristianos de la CUT en su tercera convención programada para agosto de 1962, del 1 al 5, en Santiago. Sin embargo, al último momento, después de que todo estaba resuelto, los demócrata-cristianos se desdijeron. En seguida se describirá la manera en que se desarrollaron los acontecimientos.

El representante de la ORIT en Chile, Julio Etcheverry Espínola, y el presidente de la CLASC, José Goldsack, sostuvieron pláticas preliminares. Se llegó en principio a un acuerdo, pero la CLASC solicitó ultimar el asunto con un funcionario directivo de la ORIT. El 29 de julio llegó a Santiago Morris Paladino, el entonces secretario general asistente de la ORIT. El 1o. de agosto hubo una reunión entre repre-

⁸ Ibid., p. 332.

sentantes de la ORIT y de la CLASC en el Hotel Carrera. Se disolvió después de haber llegado al siguiente acuerdo:

1. En el caso de que los comunistas, que controlaban el comité de credenciales de la convención, se negaran a aceptar las credenciales de aproximadamente cuatrocientos delegados que representaban sindicatos de trabajadores agrícolas que se oponían acerbamente a los comunistas, las fuerzas democráticas abandonarían en masa la convención. Todos esperaban que los comunistas se negaran a dar validez a estas credenciales, ya que representaban un cambio en el equilibrio del poder.
2. Para fortalecer a las fuerzas democráticas dentro de la convención se acordó que la COMACH, la Federación de Choferes de Taxis y otros sindicatos democráticos participarían en la convención con voz y voto. *Para volver posible este plan el representante de la ORIT estuvo de acuerdo en pagar todas las cuotas atrasadas que debían a la CUT estas organizaciones.* También estuvo de acuerdo la CNT en mandar instrucciones a todas sus filiales de que regularizaran su situación con la CUT para que pudieran participar en la convención y aumentar la fuerza democrática.
3. Si abandonaban la sede de la convención de la CUT, que había de reunirse en el Teatro Caupolicán, los delegados democráticos deberían reunirse en otro salón, que seleccionaría la CLASC, pero cuya renta pagaría la ORIT.
4. Se lanzaría una Nueva Confederación Nacional Democrática del Trabajo. La convención misma decidiría si había de afiliarse a la ORIT o a la CLASC. Sin embargo los participantes en la reunión del Hotel Carrera estuvieron de acuerdo en que recomendarían, por el momento, permanecer independientes de ambas organizaciones; en otras palabras se proponía la misma solución que seis años antes, en 1956, solución que fue abandonada en aquella época por la oposición de la ICFTU. Para cubrir los gastos urgentes necesarios para llevar a cabo estos planes, Paladino autorizó a Etcheverry para que diera a Goldsack un adelanto, por el cual firmó un recibo.

Sin embargo esa misma tarde Goldsack recibió órdenes de los dirigentes del Partido Demócrata Cristiano de no romper con la convención de la CUT. Durante varios días ni Etcheverry ni Paladino pudieron encontrarlo, ni siquiera por teléfono. Después de que terminó la convención de la CUT, manteniendo los comunistas el mismo sólido control que antes, Goldsack le contó a Paladino la historia de cómo las órdenes del partido le habían impedido cumplir con el acuerdo.⁹

⁹ Ibid., p. 335.

La ORIT sí logró hacerse de un notable número de afiliados chilenos inmediatamente después de su fundación, cuando los marxistas estaban en desorden. Importantes federaciones, tales como la de los trabajadores del cobre, los ferrocarrileros, los trabajadores marítimos, se afiliaron o simpatizaron con ella. Pero al formarse la CUT y resurgir el marxismo, llegó a su fin el coqueteo transitorio, con la excepción de la COMACH encabezada por Moreno.¹⁰ Así en el congreso de 1955 la CTC recomendó salirse de la ORIT fundándose en que pertenecer no le reportaba ningún beneficio y que las oficinas chilenas de la ORIT no sólo no habían apoyado las huelgas de los trabajadores del cobre, sino que incluso se habían opuesto a ellas.¹¹

Desde los buenos días de principios de los cincuentas, la ORIT sólo ha sido apoyada por sindicatos y dirigentes sindicales que son vistos un poco como ovejas negras del movimiento sindical. Tres supuestos anarcosindicalistas fueron expulsados del comité ejecutivo de la CUT en 1957, según ese organismo porque eran demasiado "espontáneos" e "irresponsables". Los dirigentes expulsados acusaban a la CUT de colaborar con la burguesía,¹² pero apenas un año más tarde estaban organizando una Confederación Nacional del Trabajo (CNT) con el apoyo de Moreno y de Carlos Ibáñez King, de la Federación de Choferes y Cobradores de la Locomoción Colectiva Particular. La CNT se convirtió en la filial chilena de la ORIT pero nunca obtuvo mucho apoyo, y en 1965 la ORIT resolvió desconocerla por su naturaleza poco representativa.¹³ Fuera de este grupo los principales sostenes chilenos de la ORIT son Moreno, Ibáñez King y Hurtado (de los trabajadores del ingenio Viña del Mar). Todos dirigen o dirigieron sindicatos anómalos de tipo caudillista y los sindicalizados chilenos desconfían absolutamente de ellos, incluso los sindicalizados demócrata-cristianos, a pesar de pertenecer al mismo partido. Moreno llegó al poder en COMACH en 1950, al eliminar González Videla a muchos dirigentes de izquierda, amparado por su ley para la Defensa de la Democracia. Moreno había sido, para decirlo en términos tibios, flexible políticamente; radical bajo González Videla, apoyó al general Ibáñez y a Alessandri, al ocupar cada uno de ellos la silla presidencial, y luego se unió al triunfante Partido Demócrata Cristiano. Su sindicato ha recibido considerables sumas de dinero de fuentes nortea-

¹⁰ Barria, *Trayectoria*, p. 375.

¹¹ CTC, *Estatutos... del 2º congreso ordinario*, p. 22. Pero sí recomendó que se afiliaran a la Internacional Minera con base en Londres.

¹² Labarca, p. 167; Romualdi, p. 334. Uno de los tres "anarco-sindicalistas" se volvió más tarde conferencista para la AIFLD.

¹³ Burnett (p. 118), escribe: "Sus dirigentes dicen que tienen 126 sindicatos con un total de 80 000 miembros, aunque otros cálculos sugieren que probablemente la cifra de 35 sindicatos directamente afiliados y 20 000 miembros sea más exacta." Eso era en 1964; durante la Unidad Popular es seguro que las cifras sean menores.

mericanas. Forma parte de la dirección de la rama chilena de la AIFLD, es vicepresidente de la ORIT, forma parte del comité ejecutivo de la ICFTU y es vicepresidente del Secretariado Internacional de Trabajadores del Transporte. Los dirigentes sindicales de la COMACH gozan por lo general de un gran poder, en parte porque los miembros que están de servicio en alta mar no pueden participar en las asambleas sindicales y también porque tienen gran poder para decidir quiénes, entre los estibadores, pueden trabajar.¹⁴ Pero la posición de Moreno dentro del partido se vio dañada cuando el congreso del partido en 1966 pasó una resolución prohibiendo pertenecer a colaborar con organismos como la ORIT y la AIFLD.¹⁵ Moreno ha recibido cada vez más ataques de sus propios sindicalizados y la base de su poder se ha reducido, aparentemente, a los trabajadores portuarios de Valparaíso.¹⁶ También Hurtado sufrió los efectos de la reacción contra dirigentes de este tipo, así como de la complicación adicional de haberse visto involucrado en escándalos financieros. Perdió el control de su sindicato en 1967 y no fue elegido de nuevo como candidato a diputado por el Partido Demócrata Cristiano en marzo de 1969. Sin embargo Ibáñez King sí fue candidato en esa elección aunque recibió muy pocos votos.

No es difícil ver por qué no ha tenido éxito la ORIT en Chile. Su enfoque apolítico (o supuestamente apolítico) del sindicalismo resulta poco atractivo y tiene muy poco sentido dadas las condiciones de Chile. La participación de empresas norteamericanas en sus actividades resulta dañino en un país donde son frecuentes los ataques al imperialismo norteamericano y donde las corporaciones norteamericanas han sido grandes patronos de muchos trabajadores (entre los cuales se incluyen algunos de los grupos más militantes). Su anticomunismo no le sirve de mucho allí donde el comunismo es fuerte y tiene además un acuerdo de coexistencia y colaboración con las otras fuerzas políticas importantes dentro del movimiento sindical. Su asociación con algunos de los dirigentes sindicales más impopulares y su utilización liberal de fondos norteamericanos la vuelve aún más sospechosa de ocuparse más del espionaje político que de relaciones industriales.¹⁷

Bajo el control más directo de la AFL-CIO, que tiene algunos problemas con los sindicalizados latinoamericanos de la ORIT, está la AIFLD, fundada en 1961 por la AFL-CIO, con la cual colabora estre-

¹⁴ Labarca, pp. 134-35.

¹⁵ *Acuerdos del 2º congreso*, p. 56. Véase también Romualdi, p. 340.

¹⁶ *Última Hora*, 5 de mayo de 1967; *El Siglo*, 16 de enero, 1969.

¹⁷ Véase también Landsberger, en Zañartu y Kennedy, p. 116. La ORIT también trabaja a través de los distintos secretariados del trabajo de la ICFTU. La ICTT (el secretariado para asuntos de los trabajadores de correos y telégrafos) ha estado activa en Chile y ha tenido algún éxito en las compañías que pertenecían entonces a intereses norteamericanos (*El Siglo*, 5 de octubre de 1968; Labarca, p. 130).

chamente. George Meany fue presidente de ambas organizaciones. Oficialmente no forma parte de la ORIT, pero en la práctica colabora estrechamente, comparte las mismas ideas y a menudo los mismos funcionarios, pero también está estrechamente conectada con el gobierno norteamericano y las empresas norteamericanas. Su director es el presidente de W. R. Grace and Co., y en la mesa directiva se encuentran representantes de corporaciones norteamericanas que han estado activas en la costa occidental de América del Sur durante los últimos ochenta años y que eran, hasta hace poco, enemigos del sindicalismo independiente. Gran parte de sus fondos (el 92%) provenían, en 1967, de AID, y el resto de las empresas y de los trabajadores. Gasta mucho más dinero que la ORIT. Tan sólo en Chile sus gastos subieron de 18 785 en 1962 a 197 097 dólares en 1967, cantidades de dinero muy fuertes en comparación con lo que se maneja comúnmente en el mundo sindical chileno.¹⁸

La AIFLD es, básicamente, una institución de entrenamiento e indoctrinación, que intenta promover una visión estrictamente económica del sindicalismo, haciendo hincapié en la deseabilidad de la armonía en las relaciones industriales y la locura de la lucha de clases y del comunismo. Más de 3 000 sindicalizados habían seguido sus cursos hasta 1967, y había enviado a algunos de ellos con becas especiales a Puerto Rico y Estados Unidos.¹⁹ También patrocina proyectos sociales, tales como viviendas para los miembros de ciertos sindicatos. Pero no ha logrado éxitos notables, cuando menos en la zona urbana. El informe del Comité del Senado norteamericano que lo estudió concluye que "nuestra revisión mostró que los proyectos sociales de la AIFLD en Chile han obtenido pocos resultados tangibles".²⁰ Atrae el apoyo de los mismos dirigentes sindicales que apoyan a la ORIT. Sufre de las mismas desventajas y ha gastado muchísimo dinero con muy pocos resultados. Comenzaba a progresar un poco en los sindicatos rurales, donde la IER y sus sindicatos habían recibido de AID sumas considerables, pero la elección de Allende probable-

¹⁸ Estas cifras se tomaron de *Survey of the Alliance for Progress: Labor Policies and Programs*, estudio del personal del Comité sobre Relaciones Extranjeras del Senado de los Estados Unidos, 15 de julio de 1968 (1968), pp. 10 y 86. El total de los gastos en América Latina para el año de 1967 fue de 5 273 365 dólares en comparación con 323 000 dólares para la ORIT. Centroamérica fue la región que recibió la cantidad más alta, con 568 197 dólares y luego Brasil, con 499 961 dólares —y no son precisamente países conocidos por sus sindicatos libres e independientes.

¹⁹ P. O'Brien, *AID and trade union development*, MS., Santiago, 1967.

²⁰ *Survey of Alliance for Progress*. Así por ejemplo las casas prometidas a los trabajadores de la COMACH que se empezaron a construir en 1963 no habían sido terminadas todavía a mediados de 1968. Un préstamo masivo de 2 millones de dólares solicitado por AIFLD del AFL-CIO no se pudo obtener porque la confederación norteamericana exigía intereses iguales a los que regían en el mercado y éstos eran demasiado altos. No obtener este préstamo significó un retroceso para la AIFLD.

mente ponga fin a sus actividades en Chile.

La CLASC se fundó en Santiago, en 1954. La mayor parte de sus fondos provienen de fuentes europeas, principalmente del fondo de solidaridad de la ICFTU y aún más de la fundación de Alemania occidental conocida como Solidaridad Internacional, financiada por el gobierno federal.²¹ No es una organización clerical ni confesional y acoge a gente de distintas religiones, aunque, naturalmente, la gran mayoría de sus miembros son católicos. Aunque ataca al comunismo, también ataca los valores propagados por la ORIT, y considera al modelo de "sindicalismo neutral" como inadecuado para Latinoamérica. La ORIT la acusa de cuando en cuando de servir a los intereses del comunismo.

Como muchas organizaciones católicas, está dividida. Su secretario general, Emilio Máspero, argentino, dirige el ala radical, y su filial chilena, la ASICH, tiende a apoyar a su mayoría rural más moderada. Una disputa entre ambos condujo al desplazamiento de las oficinas de la CLASC, junto con Máspero, de Santiago a Caracas, y actualmente la ASICH no tiene representantes en el comité ejecutivo de la CLASC, aunque durante muchos años había tenido mucha importancia dentro de ella. El primer presidente de la CLASC fue William Thayer, y le sucedió José Goldsack, empleado bancario que era también presidente de la ASICH. Después de que la CLASC se mudó a Caracas, su retoño, el Instituto de Capacitación Sindical y Social que, como su nombre indica, es un centro de entrenamiento, siguió en Chile, bajo la dirección del padre Vekemans, en el edificio contiguo al que ocupa el cuartel general de la CUT. La CLASC y la ASICH han colaborado en varias ocasiones en el intento de formar una confederación rival de la CUT, pero sin éxito, en parte porque no podía tener éxito ninguna organización rival sin el pleno apoyo de los demócrata-cristianos, y éstos no lo dieron ni a la MUTCh, ni a la UTRACH, aunque algunos demócrata-cristianos participaron en ambas.²²

Se podría objetar que la ASICH no se puede considerar como influencia externa en el movimiento chileno, aunque es indudable que recibe apoyo económico del exterior.²³ Séalo o no, lo cierto es que tanto los

²¹ Véase un buen artículo sobre la CLASC por M. J. Francis, "Revolutionary Labor in Latin America", *J. Inter-American Stud.*, octubre de 1968, pp. 597-616.

²² ASICH, *9º congreso nacional*, pp. 21-22. Cuando se transformó la MUTCh, por iniciativa demócrata-cristiana, en una confederación de sindicatos y no solamente un organismo de coordinación, la ASICH la vio como rival y se retiró. La UTRACH fue lanzada en una época en que los sindicalizados demócrata-cristianos se habían desplazado hacia la izquierda, de manera que la reacción mayoritaria dentro del partido fue de hostilidad. Tanto el departamento campesino como el sindical la atacaron fuertemente y lograron que el partido declarara que sus miembros no podían participar en la UTRACH (Labarca, p. 171).

²³ Burnett (p. 139) escribe que "las fuentes de fondos ultramarinos de la ASICH se localizan principalmente en Europa, especialmente entre los sindicalizados que pagan cuotas de solidaridad para los trabajadores africanos, asiáticos y latinoamericanos. Como América Latina era la región que ofrecía más posibilidades en los

marxistas como los demócrata-cristianos la consideran como tal, con base en sus fuentes de sostenimiento económico, sus esfuerzos por dividir al movimiento sindical y su escaso éxito fuera de las zonas rurales donde su éxito se atribuye a los mayores recursos económicos que recibió la UCC, filial de la ASICH, del extranjero.

Las relaciones entre la ASICH y los demócrata-cristianos nunca han sido especialmente buenas. En algún periodo los segundos sostuvieron incluso que la militancia en ambos grupos era incompatible, aunque parecen haber hecho a un lado esta restricción.²⁴ Los demócrata-cristianos han sido un poco menos hostiles hacia la CLASC. En el segundo congreso se declaró que la militancia en esta organización no era incompatible con la membresía en el partido, y el congreso estuvo de acuerdo en estudiar medios de lograr una mayor aproximación, aunque señaló que tenía fuertes objeciones a las actividades y tácticas de las filiales locales chilenas de la CLASC.²⁵ Sin embargo muchos sindicalizados demócrata-cristianos sienten que pertenecer a la CLASC inhibiría sus movimientos en el campo sindical doméstico y daría a otros grupos armas para acusarlos de ser peleles del imperialismo católico; un contacto demasiado estrecho con la ASICH también los expondría a cargos de ser peleles del imperialismo norteamericano. Mientras los demócrata-cristianos aprecian más su participación en la CUT que la asociación con otros grupos católicos, es improbable que busquen ningún acuerdo con ellos. Y mientras las organizaciones católicas carezcan de apoyo demócrata-cristiano, es improbable que ganen terreno en el movimiento sindical.

sesentas para la expansión de la democracia cristiana, más del 60% del total de estas cuotas llegaba al hemisferio occidental, y una gran parte de esta cantidad se quedaba en Chile".

²⁴ Entrevista con el presidente de la ASICH (Santiago, 1968).

²⁵ Partido Demócrata Cristiano, *Acuerdos del 2º congreso*, pp. 56-57.

BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA

Nota: Esta bibliografía contiene únicamente los libros y artículos sobre Chile más importantes utilizados en este estudio. Las notas al pie de página contienen las referencias a los folletos y documentos de los partidos y sindicatos, y a las tesis no publicadas. Salvo indicación contraria, los libros y revistas han sido publicados en Santiago.

- Abbott, R., "The Role of Contemporary Political Parties in Chile". *American Political Science Review*, junio de 1951.
- Affonso, Almino y otros, *Movimiento campesino chileno*. 2 vol. ICIRA, 1970.
- Aguilar, Luis, *Marxism in Latin America*. Nueva York, 1968.
- Alexander, Robert, *Communism in Latin America*. New Jersey, 1957.
- , *Labor Relations in Argentina, Brazil and Chile*. Nueva York, 1962.
- Allende, Salvador, "Homenaje a la memoria del ex-senador Salomón Corbalán". *Arauco*, abril de 1967.
- Ampuero, Raúl, *Carácter de la revolución chilena*. s. f.
- , *La izquierda en punto muerto*. 1969.
- , "1964: Año de prueba para la revolución chilena". *Arauco*, febrero de 1964.
- Arroyo, G., "Sindicalismo y promoción campesina". *Mensaje*, junio de 1966.
- Barrera Romero, Manuel, *El sindicato industrial chileno*. INSORA, 1965.
- , *La participación social y los sindicatos industriales en Chile*. International Institute for Labour Studies, Ginebra, 1970, mimeografiado.
- , "Participation by Occupational Organizations in Economic and Social Planning in Chile." *International Labour Review*. Ginebra, agosto de 1967.
- Barría Serón, Jorge, *Breve historia del sindicalismo chileno*. INSORA, 1967.
- , *El convenio colectivo en la industria de cuero y calzado*. INSORA, 1967.
- , *Las relaciones colectivas del trabajo en Chile*. INSORA, 1967.
- , *Trayectoria y estructura del movimiento sindical chileno*. INSORA, 1963.
- Bermúdez Miral, Óscar, *El drama político de Chile*. 1947.
- Boizard, Ricardo, *La democracia cristiana en Chile*. 1963.
- Bowers, Claude, *Chile Through Embassy Windows*. Nueva York, 1958.
- Briones, Guillermo, "La estructura y la participación política". *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*. 2-3, 1963.

Burnett, Ben G., *Political Groups in Chile*. Texas, 1970.

Clissold, Stephen, *Soviet Relations with Latin America*. Londres, 1970.

Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, *Chile: tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola*. 1966.

Contreras Labarca, Carlos, "La gran experiencia del frente popular". *Principios*, julio-agosto de 1967.

Corbalán, Salomón, "Las bases técnicas de la revolución chilena en la política de frente de trabajadores". *Arauco*, noviembre de 1961.

Corvalán, Luis, "Strengthening the National Liberation Front". *World Marxist Review*, abril de 1959.

Cruz-Coke, Ricardo, *Geografía electoral de Chile*. 1952.

Chelén Rojas, Alejandro, *Trayectoria de socialismo*. Buenos Aires, 1968 [?]

Chonchol, Jacques, "Poder y reforma agraria". *Chile Hoy*. Centro de Estudios Socio-Económicos, Universidad de Chile, 1970.

Debray, Régis, *Conversación con Allende*. Ed. Siglo XXI, México, 1971.

Escobar, Aristodemo, *Compendio de la legislación social y desarrollo del movimiento obrero en Chile*. 1940.

Faletto, Enzo y Eduardo Ruiz, "Conflicto político y estructura social". *Chile Hoy*. Centro de Estudios Socio-Económicos, Universidad de Chile, 1970.

Figueroa, Luis, "La clase obrera y la elección presidencial". *Principios*, enero-febrero de 1964.

Frei, Eduardo, *Pensamiento y acción*. 1958.

Fuchs, Claudio y Luis Santibáñez, *Pensamiento, política y acción del ejecutivo industrial chileno*. INSORA, 1967.

Garay, Mario, *La crisis política y el PSP*. 1969.

Gil, Federico, *The Political System of Chile*. Boston, 1966.

González Díaz, Galo, *La lucha por la formación del partido comunista de Chile*. 1958.

Grayson, George, *El Partido Demócrata Cristiano Chileno*. Buenos Aires, 1968.

Gregory, Peter, *Industrial Wages in Chile*. Nueva York, 1967.

Gurrieri, Adolfo, "Consideraciones sobre los sindicatos chilenos". *Aportes*, París, julio de 1968.

— y Zapata, Francisco, *Sectores obreros y desarrollo en Chile*. ILPES, 1967, mimeografiado.

Halperin, Ernst, *Nationalism and Communism in Chile*. Cambridge, Mass., 1965.

Heredia M., Luis, *Cómo se construirá el socialismo*. Valparaíso, 1936.

Herrick, Bruce, *Urban Migration and Economic Development in Chile*. Cambridge, Mass., 1965.

Hinojosa Robles, Francisco, *El libro de oro de los empleados particulares*. 1967.

Hirschman, Albert, *Journeys Toward Progress*. Nueva York, 1963.

Hurtado Cruchaga, Alberto, *Sindicalismo: historia, teoría, práctica*. 1950.

Jobet, Julio César, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. 1955.

—, "El movimiento obrero mundial, la realidad chilena y la fundación del partido socialista". *Arauco*, marzo de 1967.

—, "El partido socialista y el frente popular en Chile". *Arauco*, febrero de 1967.

—, *El socialismo chileno a través de sus congresos*. 1965.

—, *Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chileno*. 1955.

Kaempffer Villagrán, Guillermo, *Así sucedió*. 1962.

Kaldor, Nicholas, "Problemas económicos de Chile". *El Trimestre Económico*, México, abril-junio de 1969.

Labarca Godard, Eduardo, *Chile invadido: reportaje a la intromisión extranjera*. 1967.

Lafertte, Elías, *Vida de un comunista*. 1961.

Landsberger, Henry y Canitrot Fernando, *Iglesia, intelectuales y campesinos*. INSORA, 1967.

—, "Do Ideological Differences Have Personal Correlates? A Study of Chilean Labor Union Leaders at the Local Level". *Economic Development and Cultural Changes*, 16-2, 1968.

— y otros, *El pensamiento del dirigente sindical chileno*. INSORA, 1963.

— y otros, "The Chilean Labour Union Leader". *Industrial and Labor Relations Review*, abril de 1964.

Lehmann, David, *Hacia un análisis de la conciencia de los campesinos*. ICIRA, 1970.

—, *Peasant Consciousness and Agrarian Reform in Chile*. Sussex University, Institute of Development Studies, 1970, mimeografiado.

—, "Political Incorporation Versus Political 'Stability': the Case of the Chilean Agrarian Reform". *Journal of Development Studies*, julio de 1971.

Mattelart, Armand, y otros, *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente*. Buenos Aires, 1970.

McCoy, Terry L., *The Politics of Structural Change in Latin America: the Case of Agrarian Reform in Chile*. Wisconsin University, Land Tenure Centre, Research Paper 37, 1969.

—, "The Seizure of 'Los Cristales'". *Inter-American Economic Affairs*. 21-1, 1967.

Menges, Constantine, "Public Policy and Organized Business in Chile: a Preliminary Analysis". *Journal of International Affairs*. Princeton, 20-2, 1966.

—, *Peasant Organizations and Politics in Chile. 1958-64*. Rand Corporation, diciembre de 1968.

Millas, Orlando, "Medio siglo de partido obrero en Chile". *Principios*, julio-agosto de 1962.

Morgado, Emilio, *Libertad sindical*. INSORA, 1967.

Morris, James, *Elites, Intellectuals and Consensus*. Nueva York, 1966.

— y Oyaneder, Roberto, *Afiliación y finanzas sindicales en Chile*. INSORA, 1961.

Núñez Bravo, Óscar, "Balance del paro nacional". *Arauco*, noviembre de 1962.

—, *Diez años de lucha de los trabajadores*. 1963.

Olavarría Bravo, Arturo, *Chile bajo la democracia cristiana*. 1966.

Ortúzar, Gregorio e Isaac Puente, *Hacia un mundo nuevo: teoría y práctica del anarco-sindicalismo*. Valparaíso, 1938.

Petras, James, *Chilean Christian Democracy: Politics and Social Forces*. Berkeley, 1967.

—, *Politics and Social Forces in Chilean Development*. Berkeley, 1969.

—, "La clase obrera chilena". *Punto Final*, enero de 1971.

— y Zeitlin, Maurice, "Miners and Agrarian Radicalism". *American Journal of Sociology*, agosto de 1967.

Petris Giesen, Héctor de, *Historia del partido democrático*. 1942.

Pike, Frederick, *Chile and the United States*. Indiana, 1963.

Pinto, Aníbal, *Chile: una economía difícil*. México, 1964.

Pizarro Novea, Eduardo, *Victoria al amanecer: intimidades y trayectoria de la huelga general de 1950*. 1950.

Poblete Troncoso, Moisés, "El movimiento de asociación profesional obrera en Chile". *Jornadas*, Colegio de México, 29, 1945.

—, *La organización sindical en Chile y otros estudios sociales*. 1926.

—, "El movimiento sindical en Chile". *Combate*, Costa Rica, julio-agosto de 1962.

Ramírez Necochea, Hernán, *Historia del movimiento obrero en Chile: siglo XIX*. 1956.

—, *Origen y formación del partido comunista de Chile*. 1965.

—, "El movimiento obrero chileno desde 1917 a 1922". *Principios*, enero de 1960.

—, "¿Tuvo influencia la primera internacional en Chile?" *Principios*, septiembre-octubre de 1969.

Ravines, Eudocio, *La gran estafa*. 1954.

Recabarren, Luis Emilio, *Obras escogidas*, vol. i, 1965.

Romualdi, Serafino, *Presidents and Peons*. Nueva York, 1967.

Segall, Marcelo, *Desarrollo del capitalismo en Chile*. 1953.

Sepúlveda, Armando, *Historia social de los ferroviarios*. 1959.

Simon, Fanny, "Anarchism and Anarcho-Syndicalism in South America". *HAHR*, febrero de 1946.

Soares, Glaucio Dillon, "Desenvolvimiento económico y radicalismo político". *América Latina*, julio-septiembre de 1972.

Solar, Julio Silva y Jacques Chonchol, *El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina*. 1965.

Solberg, Carl, "Immigration and Social Problems in Argentina and Chile". *HAHR*, mayo de 1969.

Sunkel, Osvaldo, "La inflación chilena: un enfoque heterodoxo". *El Trimestre Económico*, octubre-diciembre de 1958.

Tella, Torcuato Di y otros, *Huachipato et Lota: étude sur la conscience ouvrière dans deux entreprises chiliennes*. París, 1966. (ed. esp. *Sindicato y comunidad*. Buenos Aires.)

Thayer, William, *Trabajo, empresa y revolución*. 1968.

—, "Bases para una política sindical". *Política y Espíritu*, 15 de agosto de 1957.

Thomas, Jack Ray, "The Evolution of a Chilean Socialist: Marmaduke Grove". *HAHR*, febrero de 1967.

Urzua Valenzuela, Germán, *Los partidos políticos chilenos*. 1968.

US Department of Labor, *Labor in Chile*. Washington, 1962.

—, *Labor Law and Practice in Chile*. Washington, 1969.

Varas, José Miguel, *Chacón*. 1968.

Véliz, Claudio, "The Chilean Experiment". *Foreign Affairs*, marzo de 1971.

Vidal, Gustavo y Guillermo Barría, *Doce días que estremecieron al país*. 1950.

Vitale, Luis, *Los discursos de Clotario Blest y la revolución chilena*. 1961.

Waiss, Óscar, *El drama socialista*. 1948.

—, *Socialismo sin gerentes*. 1961 [?]

Walker Linares, Francisco, "Trade Unionism among Agricultural Workers in Chile". *International Labor Review*, diciembre, LXVIII-6, 1953.

Wolpin, Miles, "Some Problems of the Left in Chile". En R. Miliband & J. Saville, *The Socialist Register 1969*. Londres, 1969.

Zapata, Francisco, *Estructura y representatividad del sindicalismo chileno*. ILPES, 1968.

—, *Federaciones y centrales en el sindicalismo chileno*. Ginebra, International Institute for Labour Studies, 1970, mimeografiado.

Zañartu, Mario y J. J. Kennedy, ed., *The Overall Development of Chile*. Indiana, 1969.

Zeitlin, Maurice y James Petras, "The Working Class Vote in Chile". *British Journal of Sociology*, marzo de 1970.